LA HISTORIA DEL SERIAL KILLER DE BARCELONA
EL HEDOR DE LA VERDAD
THRILLER
RICCARDO BRACCAIOLI

Riccardo Braccaioli

El Hedor de la Verdad

La historia del Serial Killer de Barcelona

First published by BRACCAIOLI 2023

Copyright © 2023 by Riccardo Braccaioli

All rights reserved. No part of this publication may be reproduced, stored or transmitted in any form or by any means, electronic, mechanical, photocopying, recording, scanning, or otherwise without written permission from the publisher. It is illegal to copy this book, post it to a website, or distribute it by any other means without permission.

This novel is entirely a work of fiction. The names, characters and incidents portrayed in it are the work of the author's imagination. Any resemblance to actual persons, living or dead, events or localities is entirely coincidental.

Depósito legal: 2304264153136

First edition

Proofreading by Marta Pérez Braña
Editing by Eva Alton

This book was professionally typeset on Reedsy
Find out more at reedsy.com

…a Lluís Estragués Carratalá, Sargento de la policía científica de los Mossos d'Esquadra de Barcelona. Por enseñarme muchas de las técnicas de investigación que aparecen en este libro.

…a todos los cuerpos de seguridad y sus investigadores. Gracias a su trabajo mantienen el crimen a raya.

…a ti, que leyéndome, haces que todo sea posible.

…a mis padres
…a Eva

“Si quieres que la gente te escuche, no puedes limitarte a darles una palmadita en el hombro: hay que usar un mazo de hierro, sólo entonces se consigue una atención absoluta.”

KEVIN SPACEY - John Doe, Seven

“Escribir sobre la muerte, para hablar de la vida.”

Riccardo Braccaioli

PERSONAJES PRINCIPALES

Álex Cortés: Sargento/inspector del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra Karla Ramírez: Cabo/Caporal del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra Alfonso Reixach: Subinspector del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra Alba Guevara: Directora de la Morgue Mario: Sargento de la científica del Cuerpo de los Mossos d'Esquadra Alan Martínez: Agente de la policía científica, grupo telefonía forense Rafael: Responsable de la Cafetería que está enfrente a la Comisaria

¡ATENCIÓN!

Al final de este libro hay un **regalo para ti,** la novela negra «La Muerte del Mentor».

Esta novela es un trabajo de ficción. Cualquier parecido con la realidad y con nombres de personas es una pura coincidencia.

1

Barcelona.

Martes por la mañana.

Cuando el delincuente más sangriento de Barcelona frenó en un paso de peatones, no se podía imaginar que estaba a punto de cruzarse con el único hombre capaz de detenerle.

Conducía una simple furgoneta blanca, de aspecto anónimo, que disimulaba a la perfección su inquietante mercancía.

Frenó justo a tiempo, evitando atropellar al agente Álex Cortés. Este se extrañó de que el conductor se escondiera tras unas gafas de sol, a pesar de la lluvia. Pronto se arrepentiría de no haber truncado su diabólico plan.

La furgoneta había entrado por la Avenida Diagonal hacía media hora: la gran arteria urbana se había convertido en un río de coches paralizados por el diluvio. Los rígidos guantes de piel del conductor crujían con fuerza mientras apretaba el volante.

La carga que llevaba no podía esperar, y ya era demasiado tarde para retirarse.

Tamborileaba con los dedos sin cesar, a la espera del semáforo. La vida de la ciudad se había detenido por las luces rojas. La lluvia primaveral de esa mañana amplificaba el tráfico de un día que daba la impresión de ser como otros.

Los paraguas dibujaban las aceras barcelonesas, creando un flujo de animales urbanos. Negros, azules, a cuadros y con pequeños puntos rosas, en todas las direcciones y a múltiples destinos. Ninguno se libraba de la persistente lluvia que los azotaba.

El vehículo se encontraba detenido. A pesar del continuo movimiento de los limpias, la visión a través del parabrisas quedaba borrosa y teñida por las rojas circunferencias de los coches. El silencio del angosto habitáculo solo quedaba interrumpido por la lluvia.

El parte meteorológico era una variable importante, y se le había escapado durante la preparación del plan.

En una ranura del salpicadero llevaba el móvil: este le indicó que girara a la derecha. Entró en la Travessera de les Corts, una calle trasversal a pocos metros de su destino.

Pasó por delante de la entrada de un famoso hotel, mirando al lado contrario. Siguió avanzando por una arteria secundaria donde el tráfico era más fluido, a pesar de que la lluvia seguía con la misma intensidad.

Apartó el guante para ver la hora de su reloj: marcaba las ocho y media de la mañana. El plan se había retrasado media hora. El tiempo suficiente para hacer saltar por los aires el programa.

Respiró profundamente.

Faltaban pocos metros para su destino. Se detuvo en el último semáforo en rojo, en el carril de la izquierda. Vio el sitio donde tenía que dejar la furgoneta: había un aparcamiento vacío.

El semáforo se puso en verde. En el acto, la furgoneta se puso en marcha. Dos peatones, que apuraron el amarillo para no quedarse bajo la lluvia, se encontraron en la trayectoria del vehículo.

Clavó las ruedas y consiguió detenerse sin atropellarlos.

Levantaron las manos, indignados. El conductor permaneció impasible; frío como un témpano a pesar de la situación y la reacción de los hombres.

El conductor los siguió con la vista, sin moverse.

Álex Cortés, caporal de los Mossos d'Esquadra, era uno de esos dos hombres, pero el conductor no lo sabía. Sus miradas generaron un rayo invisible que atravesó el parabrisas, recorriendo la espalda del conductor.

Una vez que los hombres dejaron de protestar por su mala conducción, se apartaron y la furgoneta reanudó la marcha.

Aparcó rápidamente delante de la cafetería.

Extrajo un espray de la guantera y lo vaporizó por todo el salpicadero: no podía dejar rastro.

Bajó del vehículo antes de que los dos hombres llegaran a la cafetería. Levantó la mirada: estaba justo delante de su objetivo. Lo observó un instante. Luego cerró la furgoneta y se subió la capucha. Caminó hacia la boca de metro más cercana.

Desapareció bajo la lluvia.

Barcelona quedó purificada por el agua de esa mañana. La contaminación y la suciedad de las calles fueron arrastradas a las cloacas de la ciudad.

El hombre había dejado la furgoneta delante de la comisaría de Barcelona. Eso cambió para siempre el barrio y la ciudad misma. Solo era cuestión de tiempo y de que la carga fermentara y alcanzara su maduración.

La ciudad engulló al hombre, pero no la verdad, que pronto estallaría.

2

Barcelona.

Sábado, un mes después.

Álex Cortés esperaba, sentado en su coche.

Aguardaba el momento perfecto, confiando en que el chivatazo fuera cierto.

El vehículo nuevo destacaba en el barrio. Lo llevaba limpio, reluciente, y sus rayas blancas y negras llamaban la atención de los transeúntes. Aquel Mini Cooper había sido un capricho con el que su novia no había estado de acuerdo; pero Álex siempre había sido terco, y por eso mismo estaba allí en ese momento, apostado en su Mini a pesar de estar perdiéndose en la televisión la final de la Champions. Habría sido mejor acudir en un coche patrulla camuflado, pero ese día el Cuerpo no disponía de ninguno, y Álex no podía esperar a que volviera a presentarse otra oportunidad como esa.

Escuchaba el partido del Barça por la radio, mientras sorbía un café para llevar y vigilaba la puerta del edificio. El acontecimiento deportivo era mundial, y en Barcelona los viandantes eran escasos. La información le había llegado esa misma tarde y no pudo ignorarla por una cuestión personal; menos aún por un evento tan trivial como una final de fútbol. Álex se sintió en deber de averiguar si el soplo era cierto.

Se abrió la puerta del edificio.

El tiempo de juego se estaba agotando, y si no cambiaba el resultado, en un cuarto de hora sonaría el pitido final.

El equipo *blaugrana* iba ganando por un gol del astro argentino.

Álex se agachó en el asiento del coche, ocultándose detrás del salpicadero.

El hombre que le habían señalado acababa de salir del edificio. Cerró la puerta detrás de él y miró a su alrededor. Se encendió un

cigarrillo y comenzó a caminar por la acera.

Entretanto, el Caporal de los Mossos d'Esquadra salió de su coche sin hacer ruido y sin hacerse notar. Se colocó en la estela del individuo. Este, a los pocos metros, entró en un ultramarinos de barrio. Álex entró también.

Su corazón aceleró repentinamente, a pesar de estar entrenado y acostumbrado a enfrentarse al peligro en las operaciones.

Detrás del mostrador había un joven chino que seguía el partido en el móvil, casi sin prestar atención a los clientes. Había unos pocos pasillos de alimentos con estanterías viejas, recicladas de otros lugares.

Álex cogió una bolsa de patatas, mientras observaba al sospechoso poner su compra en una cesta.

Ganó tiempo mirando otros productos.

Cuando el individuo apoyó la cesta en el mostrador, Álex cogió una bebida gaseosa de la nevera y se colocó detrás de él.

El sospechoso desprendía un terrible olor a sudor ácido, y su ropa se veía vieja y gastada. Era de la misma altura que el policía, con el pelo aplastado y tan oleoso por falta de lavado que daba la impresión de llevar gomina.

El joven tendero escaneó con un ojo los productos, mientras con el otro seguía el partido.

—*Noi,* ¿cuánto falta para el final? —le preguntó Álex desde detrás.

El sospechoso se giró para mirarle, pero el policía no le devolvió la mirada.

—¿Del partido? —preguntó el joven tendero.

—Claro, ¿de qué si no?

—Menos de diez minutos.

—Mecachis, me lo estoy perdiendo —dijo Álex mirando al suelo y negando con la cabeza—. ¿Siguen igual?

El chico asintió mientras le decía el importe al hombre de delante.

Mientras Álex preguntaba, se fijó en lo que había comprado el otro hombre: un pack de cervezas, comida preparada y unas galletas.

Se rascó las cejas y se pasó la mano por la barba.

El sospechoso salió de la tienda. Álex puso las patatas fritas en el mostrador, junto a la botella de gaseosa. Pagó y se apresuró a salir.

Abrió las patatas y fue comiéndolas, siguiendo al hombre por los pocos metros que distanciaban el colmado del edificio.

El sospechoso entró y Álex esperó a que desapareciera. Se apoyó en la puerta para que no se cerrara, pero esta ya se había bloqueado.

«Maldita sea.» pensó.

Miró por las ranuras de la puerta. El hombre se había esfumado. El rellano era un pasillo alargado que llevaba a unas estrechas escaleras.

De ascensor no había ni rastro.

Observó la calle desierta. Esa puerta seguiría cerrada por mucho tiempo si no hacía nada.

Sacó el móvil y recuperó el mensaje del informador.

«Segunda planta, tercera puerta. Es peligroso.»

Guardó el teléfono y tiró lo que acababa de comprar.

Faltaban pocos minutos para que el partido finalizara.

Apretó los timbres del edificio, evitando el del sospechoso, hasta que alguien le contestó.

Se hizo pasar por un vecino que se había dejado las llaves en casa.

El primer hombre que contestó no le abrió, molesto por haber sido interrumpido en el momento más importante del partido.

La segunda persona, una señora, accedió al dejarle pasar.

Subió los dos pisos saltando los escalones de dos en dos. Faltaba un minuto para el final del partido.

Miró la puerta y la identificó: la tercera del rellano.

Eran puertas antiguas y precarias.

Miró el móvil: estaba a punto de llamar cuando el partido finalizó. En todo el edificio resonó un estruendo de aficionados que celebraban la victoria. El Barça acababa de ganar la Champions League.

Se escuchó el bullicio de los aficionados que gritaban desde las ventanas y tiraban petardos por los balcones. El barrio se despertó de golpe y entró en una fiesta desbocada por las celebraciones.

Álex interrumpió la llamada que estaba a punto de hacer. Guardó el móvil en el bolsillo y respiró hondo. Haciendo acopio de todas sus fuerzas recorrió los pocos pasos que distaban del rellano y se lanzó contra la puerta, tumbándola de un solo golpe.

Ya estaba en el piso.

El ruido de las celebraciones cubrió parcialmente el abatimiento de la puerta.

Se encontró en un oscuro pasillo. Sacó la pistola de la funda. Con la izquierda encendió una pequeña linterna.

Detrás de la puerta de entrada había un muro. Fue avanzando en la única dirección posible.

El corazón del Caporal estaba a punto de estallar; hacía tiempo que no se encontraba en una situación así.

El pasillo estaba lleno de basura. El olor a cerrado y a residuos era tremendo.

Al final encontró una sala de estar. No había nadie. Se preguntó dónde estaría el hombre a quien había seguido.

El informador le había dicho que durante esa noche de la final solo habría un hombre de guardia. De momento no encontraba ni a ese. En

la calle los festejos y petardos seguían. Fue avanzando a pequeños pasos, sin dejar de apuntar con la pistola y la linterna.

La primera estancia estaba vacía. Al fondo había una puerta entreabierta.

Llegó a pequeños pasos y acabó de abrirla.

Asomó por un segundo la cabeza y vio lo que buscaba.

Primero un sentido de alivio le inundó; pero acto seguido se sintió invadido por el miedo.

Llevaba varias semanas revolviendo los bajos fondos de Barcelona para buscar su objetivo. La ciudad entera lo estaba buscando. Todos los medios de comunicación, los cuerpos policiales y, por supuesto, los Mossos d'Esquadra. Deseó que llegara ese momento y ahora por fin lo tenía.

Volvió asomarse.

Se decidió a entrar, apuntando con su pistola.

Delante se encontró al hombre al que había seguido al supermercado. Sujetaba una pistola contra la cabeza del rehén; aquel a quien tendría que haber protegido esa noche de fútbol, si su guarida no hubiera sido descubierta por la pasma.

—Está bien, suelta el arma, no tienes salida —le dijo Álex con tono negociador.

El hombre chorreaba de sudor.

Negó con la cabeza y apretó más fuerte la pistola contra la sien de su víctima, que no era más que un niño.

3

La situación se le había escapado de las manos.

Álex había optado por entrar solo, sin informar de dónde estaba, qué hacía allí y, lo peor, que necesitaba refuerzos.

El efecto sorpresa no había funcionado, y ahora la operación colgaba de un hilo por su cabezonería.

Se encontraba delante del hombre que pocos minutos antes había seguido al supermercado. Álex podía percibir el miedo del individuo, acorralado y sin salida.

El niño tenía las manos sueltas, pero la boca cerrada con un trozo de cinta americana de color gris. Sus ojos estaban abiertos de par en par, asustados. El pelo largo y rubio le tapaba la frente. No presentaba heridas aparentes, pero seguramente hubiera sufrido daños emocionales después de tantos días secuestrado.

El policía dio un rápido vistazo a su alrededor. Era un piso con butacas raídas y paredes con papel tapiz de flores desteñidas por el paso del tiempo. Las telarañas cubrían los muebles. Las ventanas tenían marcos de madera con pintura verde y desgastada.

—¿Estás bien? —preguntó el policía al rehén.

El niño no contestó. Temblaba sin cesar y le miraba sin entender qué estaba pasando.

—Yani, ahora nos iremos, ¿de acuerdo? —continuó Álex.

El niño seguía en shock.

—Niño se queda, aquí, conmigo —dijo el hombre, apretando aún más la pistola—. Mis amigos llegando.

Álex siguió apuntándole.

—Estás rodeado, no te vas a ir a ninguna parte.

El hombre miró a través de la ventana que tenía justo detrás. En la calle no aparecía ningún coche de patrulla, solo aficionados celebrando la victoria de su equipo.

Álex decidió jugar su única carta.

—¡Quietos! ¡No disparen! ¡Tiene al niño! —dijo Álex acercándose el cuello de su chaqueta de cuero, justo cuando el secuestrador volvía a mirar al policía.

Este se quedó paralizado. Álex sabía bien que las personas, en situaciones críticas como esa, se volvían mucho más crédulas.

El farol había funcionado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el policía al otro hombre.

No obtuvo respuesta.

El hombre miraba por todas partes del piso, como tratando de encontrar una salida.

—¡Ey! ¿Cómo te llamas?

—Kai —confirmó el secuestrador.

—Escúchame, Kai, no tienes salida, el edificio está rodeado. ¿Ves esa ventana de allí fuera? ¿En el edificio de enfrente?

El secuestrador no se giró.

—Mírala, por favor —insistió el policía.

El secuestrador obedeció y la miró.

—¿Ves esa ventana del tercer piso, con la persiana a medio bajar? Allí tenemos un francotirador que te está apuntando. Cuando le dé la señal te va a disparar. Pero preferiría no tener que hacerlo.

El secuestrador agarró más fuerte al niño y comenzó a lloriquear, murmurando algo incomprensible. A Álex le dio la impresión de que estaba rezando.

—Kai, no tenemos que salir heridos de esta situación, ¿me entiendes?

No le dio tiempo de terminar la frase, porque el secuestrador cerró los ojos y se arrojó por la ventana con el niño en brazos.

Destrozó la ventana y el fino cristal se rompió en mil pedazos.

El tiempo se detuvo para el policía. La situación se le había escapado completamente de las manos. El salto era de dos pisos, sobre unas motocicletas aparcadas justo debajo. El individuo, con el niño, se precipitaba al vacío junto con la operación y su carrera. Pero gracias a sus reflejos, el policía consiguió atrapar al niño por los pies.

Las plegarias del secuestrador habían surtido efecto, y el niño se encontraba en suspensión, sujeto por los pies, sin entender qué había detenido su caída.

Álex lo agarró mejor y consiguió subirlo, cortándose con el cristal.

Una vez arriba, suspiró: el niño estaba a salvo. Pero la operación no estaba terminada.

El secuestrador se había quedado enganchado en un hierro afilado en la base de la ventana. Sujeto por el pantalón, seguía increpando al policía, con los brazos colgando.

Álex, al verlo, tuvo un instante de perplejidad. El bien y el mal pasaron por su mente, en una terrible báscula de justicia. Pero él no era un juez, y no podía decidir sobre la suerte de las personas.

Se puso de rodillas y tiró de las piernas del hombre. El esfuerzo fue sobrehumano, pero consiguió subirlo. Lo apoyó en el suelo, cogió una cinta americana que había encima de una mesita y le ató las manos detrás de la espalda Álex volvió al niño. Sus ojos estaban perdidos y seguía temblando.

—Se acabó, Yani, ya está —dijo el policía, sentándose a su lado y acercándolo a su pecho.

Luego sacó el móvil y, sin dejar de abrazar al pequeño, realizó la llamada que tenía que haber efectuado antes de entrar.

—Central, soy el Caporal Cortés. Estoy en la calle Diplomacia, 34, segundo piso. He encontrado a Yani, el hijo del presidente del Barça. Enviad una ambulancia y operativos, tengo a uno de los secuestradores.

4

Cuando abrió la puerta ya era de madrugada.

Se quedó quieto. El cansancio era extremo, pero aún mayor era el temor de que sus amenazas se hubieran cumplido.

Las luces del pasillo seguían encendidas y había cuatro abultadas maletas al lado de la puerta. Las conocía y no eran suyas. Arrugó el ceño y la mirada se le fue hacia la puerta de la cocina. El cristal de la puerta dejaba pasar la luz de los tubos de neón.

—¿No cierras la puerta?

La voz de la mujer procedía de la estancia. Álex cerró la puerta principal y entró en la cocina. En la silla, junto a la mesa, había una mujer con las piernas cruzadas y mirando hacia la entrada. En cuanto vio al hombre le dio una última calada al cigarrillo y lo apagó en la taza de café vacío.

Detrás de ella la ventana abierta rebajaba el humo en la estancia.

—¿Así que te vas? —dijo Álex con una ceja enarcada.

La mujer era su novia, o por lo menos lo había sido hasta antes de entrar por la puerta del piso que compartían. Era estadounidense, más joven que el policía, con el pelo rubio atado en una coleta con flequillo. Diseñadora gráfica y loca del rock. Se habían conocido en un concierto de Miles Davis en la capital. Él se enamoró de ella y ella se enamoró de Barcelona.

—¿Tengo elección? —contestó ella con un marcado acento americano.

—¡Quedarte! ¿No la contemplas? —dijo el policía apoyándose en la encimera.

La mujer rio cínicamente.

—Te he dado tiempo para cambiar y no lo has hecho.

—¡Amar es aceptar! No cambiar —le espetó él.

—¿Tú te crees que estas son horas de llegar a casa? —Ella se encendió otro cigarrillo.

—¿Cuántas veces te he dicho que no fumes en casa?

La mujer detuvo el mechero, luego lo miró y con una expresión desafiante, accionó el botón y la llama encendió el tabaco.

Al hombre eso no le gustó nada. Se rascó la barba.

—He salvado al niño.

—*Woow*. ¡Enhorabuena, poli! —gritó la mujer en tono burlón—. ¿Te van a dar una medalla? —Luego tragó el humo y al soltarlo concluyó—. Sí, al tonto del año.

A Álex aquello le dolió, pero no dijo nada.

Ella se quedó callada por tres caladas y él respetó su silencio.

—Tengo el vuelo en cuatro horas.

—Podríamos haber tomado juntos esta decisión.

—No, es una oportunidad de trabajo inmejorable en Nueva York y no la voy a dejar escapar —dijo ella sin mirarle—. Si quieres puedes venir a verme, además creo que nos vendrá bien un tiempo de pausa con todo esto.

—¿Esto? —dijo sorprendido—. A una relación de dos años la llamas… ¿*esto*?

La mujer apagó el cigarrillo y se levantó. Antes de que pudiera volver a hablar, Álex ya había salido de la estancia.

—¿Qué haces? —dijo ella, desconcertada—. ¿A dónde vas?

—A ducharme y a meterme unas horas en la cama, que mañana tengo una rueda de prensa.

—¿Pero tío, de qué vas? ¿No me acompañas al aeropuerto? —soltó ella indignada.

Álex se detuvo, se giró y la miró.

—Pídete un taxi, Mary —dijo mirando sus azules y fríos ojos por última vez.

Salió de la cocina y mientras iba hacia el dormitorio, añadió: —¡Y deja tus llaves en la mesa!

5

Barcelona.

Domingo.

La justicia nunca descansa.

Que fuera domingo no era una excusa para que en la central no se trabajase. La comisaría de Travessera de les Corts había rescatado al hijo del presidente. Llevaba semanas desaparecido y el departamento de investigación lo había tratado como un caso prioritario. El padre movió todos los hilos políticos que pudo. Era el niño más buscado de España, por ser el hijo de alguien importante.

El nerviosismo se sentía desde primera hora de la mañana. A la rueda de prensa, programada para la tarde, iban a acudir todos los jefes del cuerpo.

El equipo de limpieza llevaba horas devolviendo al edificio el brillo de las mejores ocasiones. La presencia de todos los efectivos daba la impresión de un día normal de trabajo y no de un festivo.

Álex se lo tomó con calma. El protagonista del evento se presentaría más tarde que los demás.

*

—¿Cómo lo llevas, Juan? —preguntó Karla a su compañero de oficina.

El subordinado la miró de reojo y levantó la vista.

—¿Qué quieres que te diga? Pretenden que acabe esto antes de la rueda de prensa —replicó el otro agente—. ¡De locos!

La mujer levantó las cejas.

Karla Ramírez era otro Caporal de la policía de investigación de la misma división que Álex Cortés. Recién estrenada la placa, la vida de comisaría oprimía su carácter irreverente y poco domable. Sin embargo, su inteligencia la había hecho avanzar en el cuerpo.

—Ya lo sé, pero hay un límite —dijo mirando por la ventana—. Oye, bajaba a por un café y un bollo. ¿Te apetece venir conmigo?

Juan levantó las manos en signo de rendición. Cerró el ordenador y dejó el bolígrafo.

—Vamos, jefa.

Los dos policías bajaron a la planta baja y cruzaron el puesto de control de acceso. Dieron la vuelta por la parte trasera donde estaba ubicada la entrada de servicio y pasaron por la parte frontal. En Travessera de les Corts, justo en frente de la comisaría, había una cafetería, la más visitada por los agentes de los Mossos d'Esquadra. A pesar de ser una copia de una franquicia americana, tenía el mejor café de la zona y los bollos estudiados para el paladar local. El ambiente era cuidado, con suave música jazz y butacas para tomarse un respiro entre investigación e informes.

Entraron. El establecimiento estaba abarrotado de personas, vecinos de los edificios de alrededor que aprovechaban los domingos para bajar a desayunar. Olía a croissants recién horneados y a café tostado. Las familias se sentaban en los sofás verdes y marrones, con carritos. La mayoría con ropa de deporte, creyendo que por hacer un paseo dominguero quemarían las calorías de una semana y aligerarían la conciencia.

Se pusieron a la cola y esperaron su turno.

—Un café con leche de avena y una ensaimada —ordenó Karla—. ¿Son de hoy, Rafa?

—Claro, cada día las hacemos nuevas —replicó el encargado de la tienda, que para compensar el tráfico de la mañana se había puesto a ayudar a los compañeros de la tienda—. A estas alturas, ¿aún me lo preguntas?

—¡Tú y tu empresa! —replicó la mujer sin estar muy convencida —. Juan, te invito. ¿Qué quieres?

Eligieron su desayuno y el encargado pasó el pedido. Karla acercó la tarjeta para pagar, y en ese momento no pudo contener su curiosidad.

—Oye Rafa, ¿qué pasa con vuestras cloacas? Cada día que paso huele más a podrido. ¿Pero qué echáis ahí? ¿Restos de las comidas? — susurró con una media sonrisa.

—No me hables de eso, por favor. Llevo varios días quejándome al ayuntamiento, pero no consigo nada. ¿Ves que está lleno aquí dentro? —dijo el encargado mientras señalaba con la cabeza el interior del establecimiento—. Nadie quiere sentarse en la terraza por el mal olor que viene de la acera. Las mesas están vacías, nadie quiere estar ahí fuera —dijo, y acabó agarrando con las dos manos el monitor de la caja—. ¡No sé qué más hacer!

La mujer se rascó la nuca.

—Tienes razón, no me había fijado, están todos dentro a pesar del

calor que hace.

—Estamos en mayo, pero hace un día de sol de agosto y la terraza debería estar llena.

—¿Karla? —preguntó una mujer al otro lado de la barra.

La policía levantó las cejas y se fue detrás de la camarera. Juan la siguió. Se sentaron en la mesa del fondo.

—Qué bien lo de Álex, ¿no? —preguntó el compañero.

La superior resopló.

—Hoy presenciarás una farsa de los jefes para ponerse medallas en el pecho. Vendrá el político de turno para engrandecer el trabajo del cuerpo y decir cualquier chorrada. Todo esto solo porque estamos cerca de las elecciones.

Juan miró a su alrededor para ver si había compañeros, por si alguien los podía oír.

—¿Qué dices, jefe?

—Ya llevo algún año en esto y es lo que verás. En lugar de estar en casa descansando tenemos que estar aquí con todo esto. —La mujer negó con la cabeza mientras remojaba un trozo de ensaimada en el café.

—¿Has visto el vídeo que corre como la pólvora por las redes?

—¿Qué video?

—Jefa, ¿pero dónde vives? —dijo el subordinado.

Este sacó el móvil y le enseñó una aplicación donde aparecían los festejos del Barça por las calles. De repente un hombre rompía una ventana, aparecía Álex cogiendo al niño y acto seguido el hombre quedaba colgado de la ventana. Luego sonaba un aplauso triunfal por toda la calle.

—Álex es el héroe del momento, ¿no crees? Todos hablan de ello.

La mujer casi se atragantó.

—Caramba Juan, que estoy desayunando. ¿Puedes evitar ciertos temas? —dijo la mujer al recuperar el aire—. A ese engreído solo le faltaba eso, dar con el bendito niño. Y esto es justo lo que el sistema quiere que veas, que la justicia siempre tenga un ganador. En definitiva, que todo va bien.

Juan se calló, fue comiendo su pastelito de chocolate y dejó de lado el tema que tanto enfurecía a su jefa.

Los dos acabaron el desayuno. Se despidieron del ajetreado encargado y se fueron hacia la comisaría. Mientras la mujer pasaba por la puerta vio entrar a un hombre con un periódico local con la foto en primera página de su compañero. Karla hizo como si no lo viera y giró la cara.

El sol resplandecía en el cielo, ni una sola nube lo ofuscaba. Barcelona se despertaba con resaca del día anterior por la victoria del Barça en la Champions, pero los titulares no hablaban de eso, sino del

rocambolesco hallazgo del hijo del presidente, que ahora podía volver a abrazarlo.

6

La fama le venía estrecha y los desamores aún más.

Álex se metió en la ducha, y el contraste con el agua caliente impregnó de vaho el cristal del lavabo.

Pasó la mano por el espejo, dibujando un arco en el que reflejarse. Se apoyó en la pila.

Lo que vio no era lo que esperaba. A pesar de ser un policía aclamado, su vida era un desastre. Barcelona ya no le gustaba. Se sentía un extranjero en una ciudad con una sociedad de pladur. Un forastero que nunca se había integrado.

Al principio, llegar a Barcelona fue como llegar a La Meca; a la tierra de las oportunidades. Pero no resultó ser así. La vida allí era muy diferente a lo que se había imaginado.

Fue a la gran ciudad por el cuerpo y porque sus hermanos vivían allí. Originario de un pueblo de Tarragona, sintió que la ciudad le venía grande.

Sin embargo, Mary fue la razón por la que se quedó. No tenía muchos más alicientes que ella. Al desaparecer, todo se esfumaba, se retraía, se arrugaban sus ansias de vivir en una ciudad que le resultaba poco hospitalaria.

La noche fue corta y las ideas muchas.

En el espejo volvieron a aparecer las olvidadas ojeras, las mismas de cuando conoció a Mary. Aquellas de cuando cenar a medianoche, asistir a un concierto y luego pasar el resto de la noche teniendo sexo y durmiendo solo un par de horas, era divertido. En aquellos tiempos disimulaba los chupetones con fulares y aceptaba escenas de celos delante de los compañeros del cuerpo. Aceptaba cualquier cosa, porque estaba enamorado.

En ese momento, reflejado en un arco de vaho, ya no se reconocía.

El ocaso de la relación que estaban fraguando lo llevó a pedir el traslado a Tarragona. Sus jefes no lo querían perder, pero con ello se abriría una ventana de posibilidades.

Ya lo tenía decidido, era solo cuestión de cuándo.

Entró en la cocina y se tomó una aspirina para el dolor de cabeza. Luego se preparó un café y se sentó en la mesa del comedor.

Seguía viendo el espectro de Mary enfrente de él. Los recuerdos de cuando reían y hacían el amor encima de esa misma mesa.

La taza preferida de Mary seguía en el mismo sitio. Dentro, las últimas colillas que se había fumado en su cocina.

Le dio un golpe con el dorso de la mano y arrojó la taza al otro lado de la cocina, rompiéndola en mil pedazos. Al caer, se esparció la

ceniza por el suelo.

Sintió una cierta liberación. Una época había acabado y cuando saliese por la puerta otra comenzaría.

Se vistió con su uniforme de las mejores ocasiones y salió, dejando los añicos de la taza en el suelo, junto a los de su corazón.

La rueda de prensa se celebraba en la comisaría.

Acudieron los políticos que se presentaban a las elecciones y los altos cargos del Cuerpo. La prensa y televisiones se rifaron los mejores puestos. La mesa de la conferencia tenía un arcoíris de micrófonos de varias naciones. Querían cubrir la noticia del día y tener una foto del hombre que salvó al niño más buscado de la nación.

Álex llegó en medio de flashes. Se sintió un impostor: se llevaba el mérito de un chivatazo y un atrevimiento que podía haber costado caro.

Los compañeros de la comisaría le aplaudieron. De la misma manera, en la planta de investigación todos le aclamaron. Todos fueron hacia él para hacerse un selfi.

Mientras, en segundo plano veía a su compañera, que no se había acercado. Karla se quedó quieta en su mesa, mirando con desdén un espectáculo que no compartía.

El evento comenzó tarde. El presidente del Barça llegaba del hospital y el avión chárter del equipo aterrizó con retraso.

Álex Cortés habló poco; el protagonismo se lo llevaron las autoridades. Mientras las televisiones retransmitían en directo, su móvil no paraba de vibrar. Al concluir, lo sacó y repasó si tenía el mensaje que más deseaba, el de Mary. Pensó que estaría aún en el avión de vuelta a su ciudad. Su corazón se apretó en un puño por no tener noticias suyas.

Se quedó en el despacho, rellenando los informes. La parte mediática no le eximía de la burocrática.

A la hora de la cena, bajó a una máquina expendedora y compró un sándwich. Lo comió en su mesa, viendo la calle iluminada en otro domingo de trabajo.

La cafetería de enfrente apagó las luces.

Reconoció a Rafael. Lo vio salir a tirar las basuras y después de un buen rato, volver al establecimiento junto a dos agentes uniformados.

No le prestó mucha atención.

Se concentró en su pantalla y continuó, decidido en acabarlo.

7

Café Sirena.

Era el nombre de una cadena de cafeterías de Barcelona. Había varias en la capital: sillones cómodos, bollería fresca, todo acompañado de un buen café. Era la más famosa de la ciudad.

Años atrás, el fundador vio en el periódico que se iba a construir una nueva central de policía para toda la provincia y no esperó. Cogió el coche y se fue directo a la zona. Buscó el mejor local e hizo una propuesta a los dueños de un viejo mesón. Estos no se lo pensaron, firmaron y se jubilaron. Enseguida montó la cafetería más gran de su cadena, y no se equivocó.

Puso a Rafael al timón, uno de sus mejores empleados.

Ese domingo pasó rápido para Rafael, el encargado de la cafetería. Por la falta de personal, su presencia fue necesaria durante todo el día.

Acabó el servicio y se quedó a limpiar. Una vez hecho el recuento de la caja, se sentó con una gaseosa en la terraza. El olor era insoportable y en menos de un minuto desistió. Fue a dejar la basura a unos pocos metros de distancia. Allí el olor desaparecía.

Al volver se detuvo en medio de la acera y miró otra vez los contenedores aparcados en la calle. Se arrodilló y olió el alcantarillado a diez metros de la cafetería. El olor era normal. Regresó hacia el establecimiento, perplejo. Se colocó delante de la puerta acristalada y esperó que se abriera. Cuando esta se replegó, no pasó. Afinó los ojos y se dio la vuelta.

—Esto no puede ser —dijo en voz alta.

Por la acera no pasaba ni un alma. Los pocos coches que circulaban regresaban del fin de semana.

Rafael se acercó a la alcantarilla. Ese problema le indignaba, sobre todo por la facturación que estaba perdiendo al no disponer de la terraza. Se tapó la nariz con la camiseta y se acercó a la alcantarilla enfrente de la tienda. Bajó entre dos coches, hasta poner la nariz en la alcantarilla, respiró y frunció el ceño. De la alcantarilla no salía olor alguno. Se extrañó: el hedor era fuertísimo en ese punto, pero no derivaba de allí. Fue subiendo, girándose hacia un vehículo

estacionado. En cuanto se acercó un poco más y olió por debajo del vehículo, se echó hacia atrás. El olor a putrefacto le estalló en la cara. Cayó al suelo de espalda, tosiendo y escondiendo su nariz dentro su camiseta.

—¿Se encuentra bien, joven? —preguntó un señor que pasaba.

El hombre, que seguía tosiendo, contestó a través de la ropa.

—Sí, creo que sí. Gracias.

El pasante le miró raro y se fue refunfuñando.

Rafael se fue recuperando del pútrido olor que seguía sintiendo a pesar de ya estar lejos.

Se quedó mirando el vehículo. Creía haber encontrado el foco del problema.

Miró el reloj: eran las diez de la noche pasadas.

«Me va a matar», pensó, refiriéndose a su mujer.

Desafortunadamente, su sentido del deber y la responsabilidad le presionaron. Sintió que debía resolver de una vez ese asunto. Cogió el mando de la puerta, la cerró y cruzó la carretera. Esa noche tenía que hacer algo al respecto.

—Hola, chicos —dijo Rafael entrando en la comisaría. Era el edificio de la izquierda del complejo de los Mossos.

—Mira a quién tenemos aquí. ¿Nos traes un café?

—Hola chicos, perdonad que os moleste…

—Rafa ¿qué haces por aquí a estas horas? —contestó el agente—. ¿No deberías estar en casa?

—Ya me gustaría. Escúchame, ¿te acuerdas que hace días que huele mal nuestra terraza? —El agente no contestó, pero entrecerró los ojos prestando más atención—. Pues he estado mirando, porque hoy con el día de solazo que hemos tenido ha incrementado ese maldito olor.

—¿Y? —contestó el agente con poco interés.

—Acabo de descubrir de dónde viene: de una furgoneta que está aparcada justo delante de mi cafetería.

—Genial, enhorabuena por haberlo encontrado.

—Ya, pero… ¿no podríais venir a echar un vistazo?

—¿Yo? Yo no puedo. No puedo dejar este puesto. —Mientras decía eso sonó el teléfono.

—Comisaria de Travessera de les Corts, un momento por favor —dijo y apretó un botón—. Rafa, si quieres te mando unos agentes a ver qué pueden hacer.

El hombre asintió.

—Dame dos minutos. Ahora vienen.

—Gracias —dijo Rafael con el pulgar hacia arriba.

Esperó en la puerta unos minutos hasta que salieron dos agentes.

Llevaban camisa de manga corta debido al prematuro calor veraniego. Se ajustaron el gorro y se colocaron la porra.

Miraron que no viniera nadie y cruzaron la calle.

Los dos agentes conocían al encargado.

—¿Así que tú crees que este olor viene de la furgo y no de la alcantarilla?

Rafael le hizo un gesto para que se acercase y oliese el vehículo desde abajo.

Uno de los agentes frunció los labios.

—Toma, aguántame el gorro —le dijo a su compañero.

Cogió un pañuelo de algodón del bolsillo, se lo puso delante de la boca y se acercó al punto que le indicaba Rafael.

En cuanto el agente se lo quitó de la cara y olió, cayó hacia atrás.

—¿Estás bien? —preguntó el otro policía.

—¡Por todos los demonios! ¡Esto huele a vómito! —dijo mientras tosía.

El hombre se levantó y se alejó del lugar con rapidez.

Cuando se recuperó miró al vehículo con asco.

—¿Te lo decía o no?

—Es un olor infernal —dijo arrugando el rostro.

—¿De quién es esa furgoneta?

El responsable de la cafetería se encogió de hombros.

—Ni idea, lleva aquí varias semanas.

—¿No es de alguien de la zona? —preguntó el otro agente.

—¿Pero os dais cuenta de que no podemos tener en una ciudad esta pestilencia? He perdido muchas ventas por no tener la terraza abierta —dijo Rafael señalando la acera—. Chicos, por favor, ¿podéis ayudarme?

Los dos agentes se miraron a la cara.

—Imaginad que dentro lleva mercancía en mal estado, esto solo puede ir a peor, os lo digo yo. —dijo Rafa, argumentando para que los dos agentes hicieran algo—. O peor aún, imagínate que al dueño le ha pasado algo y ha dejado aquí el coche. ¡Yo que sé!

—Bueno, podemos ver si sale algo con la matrícula.

Los dos miraron al hombre y uno concluyó:

—Solo porque eres tú, Rafa.

—Gracias, pero no es por mí, es por la ciudad. No podemos tener esto así.

Los policías se marcharon. Rafael volvió a encender las luces de la cafetería, sin saber bien por qué. Algo le decía que la noche que le esperaba sería larga, pero no se imaginaba que también estaría llena de sorpresas.

8

La vida pasa rápido en la ciudad.

No da tiempo a adaptarse, solo a correr. Da igual la dirección, de dónde o hacia dónde. Solo es importante una cosa: que seas rápido.

Vivir lento no es para una ciudad. Es igual para el ladrón o el policía. Todos deben correr en esa gran rueda de hámster llamada Barcelona.

Rafael conectó la máquina del café. Se calentó un té y se apostó junto a la puerta, esperando a que volviesen los agentes.

Envió un mensaje a su mujer, avisando que llegaría tarde, sin entrar en detalle. A la media hora, los policías volvieron, acompañados por un tercer hombre.

—¿Y bien? ¿Qué habéis averiguado?

—¿Cuánto decías que llevas viendo esta furgoneta estacionada aquí?

El encargado resopló.

—No lo sé exactamente, pero seguro que varias semanas. Casi te diría un mes —dijo perplejo—. ¿Por qué?

—Ningún resultado en el portal de la Delegación de Tráfico —dijo un agente, y luego señaló al tercer hombre—. Te presento al Cabo Domènech, nuestro jefe de guardia.

Rafael le saludó y se extrañó de su presencia.

—Ven, huele esto —dijo el agente al Cabo.

El superior le siguió y notó el olor aberrante que provenía del vehículo. Cogieron las linternas e inspeccionaron la cabina.

No destacaba nada. Ni un papel, ni un objeto, todo limpio como salido del concesionario el primer día. Dieron la vuelta al vehículo, examinándolo, y se dieron cuenta de que no tenía ni un adhesivo, ni una placa o identificación en la matrícula. Nada.

—¿Qué hacemos? —preguntó un agente.

—¿Le puedo invitar a un café? —preguntó Rafael

Los hombres se miraron a la cara, aceptaron y entraron.

—El coche está aquí desde hace demasiado tiempo, como dice el señor —dijo el cabo señalando al encargado de la cafetería—. Lo

confirman las ruedas, la suciedad y papeles alrededor de los neumáticos.

—Pero no es delito dejar un coche aparcado mucho tiempo.

—Claro, pero el coche está a nombre de una sociedad madrileña. ¿Qué hace aquí?

—Vete a saber, las vueltas que da la vida. ¿No es mejor esperar y que se encarguen los de mañana, con la luz del sol? —dijo un agente.

Cogieron sus cafés.

—No. No podemos dejar aquí eso, es una cuestión de salud pública. ¡Os voy a decir qué vamos a hacer! Vosotros vais a hacer un atestado y que os lo firme el encargado. Mientras, voy a llamar a los de la científica para que vengan a abrir esta furgoneta y vamos a ver qué contiene. Me da que le va a caer una multa de las que se va a acordar toda su vida.

—¿No tenemos que pedir permiso al juez antes de entrar?

—En un vehículo no es necesario. Además, hasta mañana no lo tendríamos —dijo el cabo y se dirigió hacia la furgoneta—. Eso huele a infierno, vete a saber qué diablos se han dejado dentro.

Pasada una hora se presentó un mosso d'esquadra de la científica.

Venía del edificio de la derecha, uno de los pocos que aún tenían luces encendidas a esas horas de un domingo.

Rafael y los dos agentes se quedaron esperándoles. El café bajó más rápido que la consciencia de haber encontrado algo importante.

El hombre de la científica llegó con un maletín. Lo apoyó al lado de la cafetería y se presentó.

—Buenas noches, compañeros, soy Joel de la científica. Me habéis pillado por los pelos, estaba por salir a una inspección ocular, pero me han dado más prioridad aquí. ¿Me han dicho que habéis tenido un problema? ¿Qué os ha pasado? —dijo mirando dentro del establecimiento.

El agente señaló el vehículo.

El agente de la científica arrugó el ceño y se giró.

—Eso. Tienes que abrir eso.

—¿Nosotros? —dijo riéndose de lo que le acababa de oír—. ¿Nos habéis tomado por cerrajeros abiertos las 24 horas?

—Mi jefe dice que tienes que abrirlo, no sabemos lo que hay y huele de miedo.

El agente que acababa de llegar soltó el maletín y se acercó. A los pocos segundos de haberse acercado se tapó la nariz y se acercó un pañuelo a la boca. Dio un vistazo a su alrededor y volvió.

—¿Os habéis fijado en las cerraduras? —dijo Joel—. Venid.

Se acercaron a la puerta lateral.

—Veis, la maneta ya no está, fue substituida por una plancha

hermética de dolor negro que simula una maneta. Y si me seguís por detrás, la cerradura de las puertas traseras está como blindada para no ser abierta.

—¿Entonces? —preguntó un agente.

—No lo sé, pero yo no podré abrirlo. Y esto es muy raro, el dueño de esta furgoneta no quiere que se abra.

—Pues sí, tienes razón, es raro de narices —confirmó el agente.

—Aquí no puedo hacer nada. Os aconsejo llamar a los bomberos y cuando hayan abierto la puerta entonces volveré —dijo mientras cogía el maletín. Después se fue, sin dejar que los otros dos protestaran.

9

Álex apagó el ordenador y solo entonces se percató de todo lo que estaba sucediendo en la calle.

Por fin había acabado el informe del rescate de Yani. Le había llevado mucho más tiempo de lo esperado. Tuvo que obviar una parte y recrear ciertas escenas, para que su carrera y reputación no se vieran afectadas.

Durante la rueda de prensa, el inspector de la comisaría le había ascendido de Caporal a Sargento.

Álex lo vio como un problema, no como una alegría. Su única preocupación era que aceptaran el traslado a Tarragona, y no ascender en el Cuerpo.

El cansancio le ofuscaba la mente. Necesitaba tomarse unos días de descanso. Como máximo volver a ver a Yani, para saludarle y saber cómo estaba.

Abrió los ojos de par en par, sin dar crédito a lo que veía en la calle. Primero pensó que se trataba de una bomba, o un simulacro. Justo delante de la comisaría. ¿Qué podría haber sucedido?

Desde su ventana, el espectáculo era más adecuado a un set de cine que el corazón nocturno de una ciudad. Había estado tan metido en el trabajo que no se dio cuenta de lo que sucedía justo delante.

Una patrulla impedía el paso de los coches. Los vecinos se asomaban a las ventanas y a los balcones, a pesar de la hora.

Una estructura de metal sujetaba unos plásticos amarillos que impedían ver lo que sucedía alrededor de una furgoneta blanca aparcada delante de la cafetería. Al lado, justo delante de la comisaría, había un furgón de los bomberos y coches de emergencia.

Varias unidades del cuerpo estaban desplegadas como si estuvieran valorando el vehículo.

Se quedó un rato contemplando la escena y luego se fue. Estaba demasiado cansado como para meterse en asuntos que no le tocaban. Apagó la luz de la oficina y se fue caminando hacia donde había

aparcado su Mini. Lo arrancó, desplazó el cristal del techo y fue hasta casa disfrutando del aire que acariciaba su pelo.

Mientras tanto, la unidad de bomberos estudiaba el vehículo.

El olor se estaba haciendo más insoportable por momentos. Optaron por acercarse con máscaras antigás, las mismas que usaban para entrar en los edificios en llamas.

—Yo cogería la radial y abriría esta furgoneta como una lata de sardinas —dijo un bombero a otro.

—No podemos, lo tenemos prohibido, estamos delante de un edificio oficial. Es por si tiene dentro gases o explosivos.

—¿Y si hacemos un agujero y metemos una sonda con cámara?

—Sigue siendo peligroso, no sabemos lo que hay dentro. Tenemos que abrirlo mecánicamente y ver qué hay.

—Pero no tiene manetas.

—Saca la Halligan —dijo uno señalando la herramienta.

Cuando el jefe de los bomberos se acercó a las puertas traseras y arrancó la guarnición negra, se dio cuenta de que algo no iba bien. Entre la chapa de las puertas y la carrocería había una materia desconocida, poco habitual en las furgonetas.

Cogió un pequeño escarpín y, después de varios intentos, arrancó un trozo. Lo cogió y descubrió que las puertas estaban selladas con un pegamento.

—¿Qué es eso, jefe?

—Esto no me gusta para nada —dijo el jefe poniéndose una mano en la cabeza—. Esto es alucinante. ¿Sabes qué es esto?

El otro bombero subió los hombros.

—¿Cola?

—¡Silicona negra de barco! Con esto se cierran las escotillas y las fisuras. Donde se pone esto no pasa ni un rayo. Jamás he visto esto en mi carrera.

El jefe se quedó atónito. A pesar de no haber entendido cómo podía acabar eso, dio orden de que procedieran a abrir la furgoneta.

Los dos bomberos se pusieron manos a la obra con la herramienta que usaban para abrir las puertas cortafuego. Mientras, el jefe de los bomberos se acercó a los agentes para explicarles con qué estaban selladas las puertas del vehículo.

—El dueño, por alguna razón, ha sellado las puertas con silicona marina —dijo el jefe de bomberos.

—¿Para qué? —preguntó uno de los agentes.

—Ni idea, pero dentro de poco creo que lo descubriremos y me da la sensación que no nos gustará para nada —dijo mirando a sus hombres, que no conseguían forzar las puertas—. ¿Te has fijado en

que no es una furgoneta normal?

—Es una Opel de reparto —contestó un agente encogiéndose de hombros—. ¿Qué tiene de diferente?

—Si miras las puertas, esta furgoneta es isotérmica.

—¿Iso… qué?

—Isotermo. Son las que se usan para hacer el reparto refrigerado de los alimentos, como carnes, quesos u otros productos.

—En efecto, la empresa de Madrid que resulta ser la dueña se dedica a la distribución de carne. Es decir, ¿estamos dando tantas vueltas por un repartidor que se ha dejado una bandeja de panceta y se le ha caducado?

El jefe de los bomberos lo miró perplejo y optó por no contestar.

Se acercó a sus hombres. Conseguían clavar la herramienta, pero no les permitía abrir: el empaste era demasiado duro.

Al cabo de un rato desistieron.

«¿Qué narices escondes allí dentro?», se preguntó el jefe de los bomberos, tomándoselo como un reto personal.

—Vale chicos, dejadlo —dijo agitando los brazos—. Coged las pinzas hidráulicas.

—Pero señor, no podemos usar eso, porque… —dijo un bombero y fue interrumpido.

—Esto lo vamos a abrir como que me llamo Benito. Venga chicos, a por la pinza.

Desplegaron la manguera conectada al camión y la pusieron en marcha.

Los vecinos, que no conseguían dormir por el ruido, se asomaron a ver qué demonios pasaba en su calle.

La zona vallada estaba iluminada por unas columnas de focos alimentados por unos generadores. Estos emitían un ruido que reverberaba en las fachadas de los edificios y se perdía por el cielo de la capital. Se propagaba a varias manzanas, con la indignación de los vecinos que bajaban a las calles protestando en bata de noche.

Al conectar el camión, el ruido se intensificó.

La pinza hidráulica podía cortar una viga de acero con la misma facilidad que un niño se comería una barra de pan.

La conectaron al camión y la probaron un par de veces en el aire. Luego, cogieron una escalera y subidos en esta, la colocaron en la parte superior. Con el primer tijeretazo salió un chorro del aire interno. El bombero que trabajaba con la máscara no se dio cuenta del aire putrefacto que llevaba semanas fermentando.

Continuó partiendo la estructura. Con cada tijeretazo, más grande era su sonrisa y su satisfacción por estar consiguiendo la hazaña.

Cuando el hombre acabó con la junta donde se unían las dos

puertas traseras, decidió dejar la pinza. Cogieron una linterna, pero no consiguieron ver nada.

Retomaron la Halligan y entre dos comenzaron a hacer palanca para abrir, intentando despegar la puerta del marco. Después de varios intentos consiguieron abrir la puerta dos dedos.

El bombero más cercano a la fisura miró dentro.

Al abrir los ojos vio la peor imagen de su vida, mientras daba un paso hacia atrás embestido por una ola expansiva de hedor a putrefacción que atravesó los filtros de la máscara antigás.

El hombre, tumbado en el suelo, comenzó a toser y se arrancó la máscara para respirar aire fresco. Esos dos centímetros hicieron que la olla a presión en que se había convertido la furgoneta dejara salir el olor de varias semanas de putrefacción, desbordando del malvado envoltorio donde se había potenciado hasta llegar a ser una bomba ecológica.

El bombero, entre los golpes de tos, se fue alejando de la furgoneta, arrastrándose en dirección contraria.

En ese momento comenzó a salir una cascada de sangre coagulada, junto a pequeñas larvas blancas. Pequeños gusanos de un centímetro de color claro, de los que proliferan en los cuerpos en proceso de putrefacción.

Por la parte superior de la brecha comenzaron a volar las moscas grises de esas mismas larvas, como un enjambre de pájaros emigrando hacia tierras más cálidas.

El jefe de los bomberos quedó boquiabierto. Nunca había visto cantidades tan ingentes de larvas. Estaban invadiendo el asfalto como una ola de pintura blanca vertida de un bidón. Algunas cayeron en el alcantarillado, acercándose al bombero que seguía alejándose en búsqueda de aire.

El jefe de bomberos se acercó y prestando atención a no pisar las larvas se colocó delante de la fisura. Le dio justo tiempo de encender la linterna y ver lo que había dentro hasta ser arrollado por la misma ola de putrefacción. Fue como si hubiese recibido un puñetazo.

Retrocedió de inmediato.

—¡Cerradlo inmediatamente! —gritó a sus hombres una vez recuperado el aliento.

Pero ya era demasiado tarde, la caja de Pandora estaba abierta y salió lo que llevaba dentro: hedor, sangre, larvas y la verdad más aterradora.

Un agente de los Mossos se acercó y le dio palmadas en la espalda del jefe de bomberos.

—¿Se encuentra bien?

Este tosió hasta que pudo respirar bien.

—Benito, ¿qué hay dentro?

—Ahora entiendo la silicona. No te acerques, por el amor de Dios. Nos lo tenemos que llevar lo antes posible, y muy lejos de aquí.

—Pero, ¿qué hay dentro? —preguntó sin entender.

Entonces el jefe de los bomberos le miró a los ojos y contestó.

—Cadáveres. Está llena de cadáveres.

10

Barcelona.

Lunes.

Lo despertó la vecina.

Se fue a dormir sin despertador. No podía más, necesitaba que su cuerpo descansase y que se despertase solo. Llevaba mucho tiempo sin hacerlo y creía merecerlo. Después del ascenso inesperado, Álex recibió unos días libres.

Siempre se preguntaba a qué se podía dedicar la vecina, la del piso de arriba. Todas las mañanas, sobre esa hora, el respaldo de su cama golpeaba la pared como un martillo neumático.

Mary y él tenían varias teorías. Su marido se iba y venía un amante, un cliente, o un vecino. O era el mismo marido que volvía. Cada teoría era más atrevida y retorcida que la anterior.

Las pocas veces que estaban los dos en casa, al escuchar a la mujer, se les despertaban las ganas y acababan haciendo lo mismo.

Esa mañana no fue menos. Al abrir el ojo derecho se dio cuenta de que el sol estaba bien alto. Se giró al otro lado de la ventana, pero ya era demasiado tarde y se había desvelado.

Miró la hora: marcaba las doce del mediodía. Su barriga llevaba varias horas murmurando.

Se incorporó en la cama y recordó a la americana.

Le habría gustado llamarla para contárselo, pero tenía que resignarse: Mary era parte del pasado, no de su presente.

Miró su móvil; jamás había tenido tantos mensajes.

Involuntariamente los pasó todos por alto y solo buscó los de Mary: los únicos que no estaban. Había algunos de compañeros, llamadas perdidas y más mensajes en redes sociales de gente que ni siquiera conocía.

Se fue al lavabo y cuando regresó, un ruido perforó el dolor de cabeza que tenía de la resaca de varios días. Era el timbre de la puerta.

Por la mirilla reconoció a Mario.

Le abrió y se fue hacia la cocina.

—Por fin, pensaba que habías muerto —dijo el invitado mientras cerraba la puerta—. ¿Sabes cuánto tiempo llevo llamando?

—Pues no te había escuchado, me ha despertado la mujer de arriba, con su… —luego pensó y le hizo un gesto con la mano—. Déjalo, es igual. ¿Qué haces aquí?

—Oye, hay confianza, pero en calzoncillos es demasiado. ¿No crees?

—Si no te va bien, allí está la puerta —dijo señalándola, mientras se preparaba una cafetera.

—¿No está Mary?

—¿Mary? —dijo mientras se reía—. Se fue el sábado por la noche.

—Ah, no lo sabía. ¿Cuándo vuelve?

—Espero que jamás —dijo mientras se giraba.

—¿Cómo dices? ¿Tu Mary? ¡Imposible! ¿Qué le has hecho?

—Mario, ¿qué haces aquí? ¿Has venido a tocarme los huevos?

—He venido a buscarte, porque no contestas a los mensajes.

—Mario, tengo unos días libres. Dejadme en paz, no pido mucho, solo unos días.

El hombre le miraba mientras negaba con la cabeza.

—¿Pero es que no te has enterado?

Álex, que se estaba tomando una aspirina, le miró con cara de hastío.

—Acabo de despertar, Mario, ¿por qué no te vas al cuerno y me dejas tranquilo?

Mario era un agente de los Mossos d' Esquadra, compañero del grupo de científica. Él se encargaba de documentoscopia, falsificaciones de todo tipo. Trabajaba en la planta dos del edificio de la izquierda de Travessera, y Álex en la primera.

El invitado sacó un periódico y se lo enseñó.

—Mira lo que han encontrado esta noche.

Al leer de reojo el titular se giró de golpe.

El coche de la muerte.

Encontrado un cadáver en la caja de una furgoneta.

Ayer de madrugada, delante de la comisaría de la Travessera de les Corts, se encontró una furgoneta con un cadáver. Según los primeros testimonios parece ser que estaba en avanzado estado de descomposición.

—Ahora entiendo lo de anoche.

—¿Lo viste? —preguntó Mario emocionado.

—¡Qué va! Me fui antes. Acabé el dichoso informe y me marché.

—Me ha enviado el subinspector.

—¿Y?

—Me ha dicho que venga a buscarte para que te ocupes, necesita todos los efectivos en este caso.

Álex zarandeó la cabeza.

—Necesito descansar. Por todos los rayos, no somos robots —dijo mientras se vertía una cafetera.

Mario se sentó en la mesa de la cocina.

—¿Qué hacen esos trozos de cerámica en el suelo?

—Es una larga historia —contestó sin mirar y se sentó con una enorme taza de café—. Ostras perdona, no te he preguntado, ¿querías? —preguntó Álex levantando las cejas.

—¿Café? No, a estas horas no, ya llevo demasiados.

Se quedaron en silencio y luego añadió:

—El subinspector tiene razón. Lo que aparece en el periódico no es nada. Mis hombres han hecho la inspección ocular. Hemos tenido que llevarla a las afueras de Barcelona, a un hangar militar —dijo Mario con tono preocupado. Luego cogió el periódico y se lo volvió a poner delante, señalando el titular—. Por suerte, no se ha filtrado toda la información, estos no saben nada. Lo que hay en esa furgoneta es para estremecerse y te lo digo yo que he visto muchas cosas. Necesitamos que vengas, que mires lo que hay dentro. Eso parece la furgoneta de los horrores.

11

Esa mañana llovía.

Las gotas golpeaban con fuerza las hojas de las palmeras. El viento movía carteles y empujaba las motos que zigzagueaban entre los coches, detenidos por el tráfico. Las arterias de la ciudad estaban colapsadas.

Los dos policías escuchaban la radio, intercambiando pocas palabras.

Álex miraba por la ventanilla. El dolor de cabeza le apretaba, implacable.

Mientras Mario conducía, hojeó el periódico recordando las imágenes que había visto desde la ventana de su oficina. Los bomberos, la furgoneta, las luces, el revuelo y los vecinos asomados por las ventanas.

El artículo periodístico no llevaba foto; solo aparecía el edificio acristalado de la policía. Era un aglomerado de conjeturas que no daba a entender nada en concreto. Pocos datos. Mucha paja e invención periodística mezclada con la finalidad de vender ejemplares.

Se guardó el periódico.

Cuando llegaron, Álex entendió por qué Mario le había deseado suerte un semáforo antes.

Un denso conjunto de periodistas acechaba el amplio acceso al edificio.

—Déjame antes —se le ocurrió decir, para despistar a los periodistas.

Las cámaras de los telediarios y los periodistas aguantaban la insistente lluvia que caía con fuerza.

Bajó del coche del compañero y se acercó a la entrada. Se tapó la cara con el periódico para no ser reconocido. A dos metros de la entrada, los periodistas lo reconocieron e intentaron abalanzarse sobre él, pero ya era demasiado tarde: las puertas automáticas de la comisaría se abrieron y se refugió dentro.

Pasó la tarjeta magnética y subió por el ascensor.

La puerta del despacho del jefe estaba cerrada. Toco y entró.

Detrás del escritorio estaba el subinspector Alfonso Rexach y, sentada enfrente, la caporal Karla Ramírez apuntando en una libreta.

—Pasa, Cortés. Siéntate —dijo levantándose.

La agente, a pesar de que ya no eran del mismo grado, no se levantó. Ella lo miró de reojo y él la ignoró.

—¿Cómo estas, Álex? —preguntó su jefe

—¿Tienes una aspirina?

El hombre abrió el cajón de su escritorio y le lanzó una caja de medicamento. Álex la cogió y se tragó una cápsula sin agua.

—No haces muy buena cara.

—¿Por qué me ha llamado? Es mi día libre. Creo que merecido.

—Ya lo sé y es así. ¿Pero te has enterado de lo que ha sucedido?

El joven agente levantó el periódico.

—Desde ayer solo he leído el diario, pero si te soy sincero me da igual, no es mi caso. Ya se lo dije ayer. Necesito descansar para retomar fuerzas.

El jefe se acomodó en el sillón, se giró hacia la ventana y suspiró profundamente.

Seguía lloviendo con intensidad.

—Cortés, sé perfectamente lo que te dije ayer, pero las cosas han cambiado. Si no fuera tremendamente importante no te llamaría. Toda la planta está en alerta por lo que ha sucedido. Cuando lo veas lo entenderás.

—¿Cuando lo vea? No, no. Yo me voy —dijo y se levantó—. No pienso quedarme. Yo cumplí, jefe, ahora cumpla usted su promesa.

La mujer no había dicho aún nada. Estaba valorando la conversación, pero cuando se levantó el agente y estuvo a punto de marcharse, una pequeña mueca de satisfacción apareció en su rostro.

—¡Álex, espera! Si no fuera porque es cuestión de vida o muerte, no te habría llamado. Necesito a todos mis efectivos. Necesito tu inteligencia, tu experiencia. Más que antes.

—Si no quiere quedarse, que descanse —replicó ella—. Estamos nosotros. Mi equipo está al completo y nos podemos ocupar perfectamente del caso. Jefe, no le necesitamos.

—Espere un momento Ramírez —dijo el jefe alargando el brazo hacia ella.

—Pero jefe, perdone que insista, que se vaya. Yo estoy a su completa disposición.

—¡Quiere callarse, Ramírez! —soltó tajante, imponiendo su autoridad.

Entonces se levantó, dio la vuelta al escritorio y se puso al lado de Álex.

—Cuando lo veas… lo entenderás. Te lo pido por favor, como algo personal, y sabes muy bien que si no fuera así no te lo pediría.

No dijo nada. Seguía con la mano en el pomo de la puerta, abatido.

—Álex, hay algo más, ¿verdad?

Álex suspiró y miró primero hacia abajo y luego a su cara.

—Jefe, lo siento, pero voy a aceptar el traslado a Tarragona.

El subinspector dio un paso hacia atrás. La decisión de uno de sus mejores hombres le embistió como una bala.

—No me fastidies, Cortés. ¿Ya has decidido?

—Mejor, jefe, que se vaya. Deme a mí el caso. Ya sabe que mi equipo de homicidios y yo somos muy competentes —dijo la mujer levantándose.

—¡Siéntese y cállese de una maldita vez! —le gritó a la mujer y se volvió a Álex—. ¿No podrías esperar un poco más? ¿Cuándo?

—No lo sé, aún no lo he comunicado, pero quisiera que fuera pronto. Por temas personales.

El jefe asintió, mientras enarcaba una ceja. Luego tomó asiento, afligido.

Se quedaron en silencio.

El subinspector, sentado, miró por la ventana apoyado en un brazo. Luego, sin saber muy bien cómo, intentó lo imposible.

—¿Puedes sentarte?

El sargento cerró la puerta y obedeció.

—¿Qué te parece si mientras sigas aquí nos echas una mano con este caso? Escúchame —dijo con tono negociador—, cuando se pide un traslado, siempre hay unas semanas para cambiar de piso, ambientarte y demás. Solo te pido un último favor, quédate estos días para ayudarnos. Unos días, nada más. —Alargó la mano hacia Álex—. ¿Qué me dices? ¿Un último favor?

Álex miró a la mujer, que los observaba contrariada. Luego alargó la mano y dijo: —¿Y Ramírez?

—Necesito a todos los agentes disponibles. Tenéis que colaborar juntos en estos días —dijo mirando a uno y la otra.

—Sigo pensando que no me hace falta Cortés… —dijo ella, cortando al jefe.

—Ramírez, el día que tengas los grados de subinspector, entonces decidirás. De momento decido yo. Y hasta que Cortés no se vaya, investigaréis juntos el caso. ¿Está claro?

La mujer se sintió retada, aguantó la mirada y concluyó.

—¡Entendido!

—Podéis iros. ¡Confío en vosotros!

Los dos se levantaron y Karla, más rápida, fue la primera en salir.

Álex la siguió y cerró la puerta.

—Oye, espérame —dijo a la mujer.

—¿Qué quieres? ¿No te podías ir sin más periplos o tonterías? —

dijo ella, girándose como una fiera—. ¡No! Tienes que quedarte y tocarnos la moral hasta el último día.

Álex se extrañó de lo que le decía, no se sintió identificado en esas palabras.

—Mira, tengo cero ganas de discutir. ¿De acuerdo? Nos vamos a llevar bien estos días, no lo hago por ti, desde luego —contestó riéndose cínicamente.

La mujer casi ni le dejó hablar. Cogió sus cosas en el escritorio y se puso a caminar hacia el ascensor. El hombre la siguió.

«Esto va a ser peor que Troya. ¡Con lo bien que me hubiera quedado en la cama!», pensó.

Entraron en el ascensor, y él preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A donde han llevado la furgoneta.

—¿Al depósito?

—No, allí no cabía.

El hombre se giró extrañado.

—¿Cómo que no cabía?

La mujer apretó el botón de la planta baja y suspiró.

—Vamos a un aeropuerto militar. Ya entenderás por qué.

12

El coche camuflado salió del aparcamiento.

A pesar de que habían elegido un vehículo sin adhesivos, los periodistas se les echaron encima. Los esperaban en el semáforo. La lluvia no les hizo cambiar de idea; seguían asediando el edificio policial.

Les rodeaban por todas partes, sacando fotos y grabando con cámaras de video.

Cuando el semáforo se puso verde, la mujer increpó y tocó el claxon.

—¡Venga, hombre, pero qué narices hacéis! ¿Estáis tontos o qué?

Álex arrugó el ceño y se giró.

—Están haciendo su trabajo.

—Pues que lo hagan en otro sitio, nosotros somos más importantes.

—Te equivocas.

—¿Ya empezamos? ¿Te crees superior?

No le gustó cómo le había contestado; estaba demasiado cansado como para aceptar ciertas actitudes.

—¡Eh! Tranquila, a mí no me hables así. Primero, porque soy un compañero y segundo, porque soy tu superior.

—¡Caray, Álex! Ni veinticuatro horas sargento y ya vas imponiendo tu voluntad. Creo que harás mucha carrera aquí dentro.

Álex giró la cabeza y dejó el tema. No quería discutir con ella. No era el día más adecuado.

Se quedó en silencio todo el trayecto.

Dejaron la Travessera de les Corts y tomaron la Avenida Diagonal. Pasaron delante de El Corte Inglés, de la universidad y de dos edificios de una entidad bancaria.

La sociedad seguía su vida bajo el aparente paraguas de la seguridad. Pero, en ocasiones, el caos y la muerte despuntaban. Y cuando eso sucedía, gente como ellos debían poner orden y regresar a la situación inicial. El pueblo tenía que seguir tranquilo, manso como un rebaño. Trabajando, viviendo, comprando y viendo la televisión. Leer un

periódico o ver un telediario creaba el efecto contrario, generaba cortisol para que la gente tuviese miedo y siguiera con la vida de rebaño. No podían tener un rebaño fuera de control. Pero, de vez en cuando, el rebaño se descontrolaba por una oveja que se creía un perro o, peor aún, un lobo.

Álex no tenía ni idea de lo que se podía encontrar. Si la hubiera tenido, seguramente no habría ido.

Abandonaron la arteria barcelonesa y se fueron por la Ronda de Dalt, la variante que daba la vuelta a la ciudad por la parte norte. Esta estaba también colapsada. Avanzaban lentamente, como cada día laborable en hora punta y con lluvia.

Álex solo tenía que soportar por un breve tiempo a esa mujer y una última investigación en Barcelona. Su cabeza ya estaba en Tarragona, su ciudad natal, cerca de sus amigos de la infancia y sus padres.

Después de casi una hora sin hablarse tomaron la salida hacia Sabadell, una ciudad de la periferia.

—¿Falta mucho? —preguntó él.

Ella no se dignó a contestar, le miró de reojo y encendió la radio.

En ese momento, un famoso programa informativo daba la noticia de la furgoneta. El periodista estaba haciendo un gran trabajo asustando las masas.

La radio más importante de la región difundía pánico y recelo en la población. Hasta que la policía no tuviera claro qué estaba sucediendo no podía emitir un comunicado.

Llegaron a la salida “Sabadell Sud – Aeropuerto”.

—¿Puedes decirme adónde vamos?

La mujer siguió sin decir nada.

Fue conduciendo en silencio, hasta encontrarse delante del aeropuerto de Sabadell. Una estructura estatal, de Aena y dedicada a vuelos privados y de recreo.

Pasaron delante de las oficinas de “Barcelona-escuela de vuelo” y siguieron por el perímetro. El coche no accedió por la entrada principal.

Casi al lado opuesto del espacio, las luces rojas y azules comenzaron a reflejarse en la lluvia del parabrisas.

Un portón largo estaba presidido por dos coches de patrulla del cuerpo de los Mossos d’Esquadra. Karla se detuvo delante, bajó dos dedos el cristal y enseñó su placa.

Un mosso con traje impermeable se acercó y observó la placa. Acto seguido, se dirigió al largo portón oxidado y con fuerza lo replegó.

El coche siguió hacia una nave cercana. La presidía una tanqueta del ejército; dos soldados con ametralladora en mano aguantaban el puesto a pesar de la lluvia insistente.

Coches de paisano, de la policía, de los bomberos y ambulancias estaban aparcados al lado de lo que parecía una puerta de acceso.

Álex quitaba el vaho de su ventanilla para ver lo que le esperaba. Cuanto más se acercaba, menos sentía el cansancio y más crecía su curiosidad.

Karla aparcó y apagó el motor.

—¿Qué es esto? —preguntó Álex.

—Un hangar abandonado del ejército.

—¿Abandonado?

—En desuso.

—¿Y por qué no en nuestra sede de Sabadell? ¿En la central del cuerpo aquí al lado?

—Vamos —dijo la mujer, se subió la capucha de su chubasquero y salió del coche.

Álex hizo lo mismo, cogió el periódico para protegerse la cabeza y la siguió.

Se colocaron debajo del porche, en una puerta lateral.

Llamaron a un timbre y, después de identificarse, les abrieron.

En cuanto Álex entró se estremeció al ver lo que tenía delante.

13

Olía a una mezcla entre cemento mojado y putrefacción cadavérica.

También a polvo en suspensión, levantado después de mucho tiempo de estar quieto.

El techo estaba formado por vigas de hierro entrelazadas a dos aguas.

El espacio era diáfano: podrían caber dos aviones de línea haciéndoles mantenimiento. El suelo era de cemento claro y, de vez en cuando, se veían unos charcos debidos a goteras por las que se filtraba la lluvia.

Personas uniformadas de distintos cuerpos se paseaban por la zona perimetrada. En el centro, focos conectados a generadores externos apuntaban a la furgoneta con las puertas abiertas.

La mujer le dio en el pecho. En la mano llevaba una mascarilla y un bote.

—Póntelo, lo necesitarás.

Se la colocó: eran las que utilizaban los forenses en las escenas del delito. Luego se aplicó en la base de la nariz un ungüento de alcanfor para neutralizar los olores.

Se pusieron cubrebotas, batas blancas y gorros.

Se fueron acercando al centro. Compañeros de la policía científica esperaron alrededor del vehículo. Cuanto más se acercaba, más se daba cuenta de que las condiciones de la furgoneta eran extrañas.

La lluvia seguía picoteando los altos techos de lata.

—Lo hemos traído aquí porque su carga está llena de larvas y el olor que desprende no se soporta en un espacio cerrado. Decidieron este emplazamiento por la estructura. Dicen que cuando lo abrieron aquí, tuvieron que retirar tres sacos de las larvas *Sarcophaga carnaria* y dejar varias horas de oxigenación de lo que llevaba dentro. Era insoportable, el olor a pútrido traspasaba los filtros de las máscaras de los bomberos.

—¿Se sabe de quién es la furgoneta?

—Aparece como de una empresa de Madrid, pero no cuadra.

—¿Y las cámaras?

—Luego te explico, sígueme —dijo la mujer y siguieron avanzando.

En cuanto Mario los vio se acercó.

—No os lo podéis imaginar, esto es de locos. Venid —dijo a los dos compañeros con tono jovial y sorprendido, casi disfrutando de esa diablura.

Se fueron a la zona del habitáculo.

—No hay ni una huella, ni un resto de ADN, este tío es un crack —dijo admirado.

—Mario, no volvamos a lo mismo, porque si es *un crack* tiene que ser un hombre. ¿No hay asesinos en serie mujeres? —soltó Karla, sin prestar atención del hombre que había entrado en bucle.

—Mirad esto. —Mario señaló con los guantes azules el suelo, donde aparecía un número de la prueba—. Es un espray de lejía y agua oxigenada para cancelar todo rastro orgánico. Para que no sepamos quién era.

—¿Qué más habéis encontrado en la cabina? —preguntó Álex.

—¡Nada! Estaba limpia. En la guantera solo había eso y nada más. Ni papeles, ni tickets, ni nada —dijo mientras dejaba otra vez el contenedor de plástico en el suelo y daba la vuelta a la furgoneta.

Los otros dos le siguieron.

—No hemos conseguido entender mucho, pero, como puedes notar, emana un olor que te tumba. Cuesta estar cerca.

Los dos se acercaron y en cuanto se asomaron a la caja lo entendieron.

—Las paredes de plástico están impregnadas.

—¿Qué es esta furgo?

—Es para el reparto de pescado, de carne o de alimentos. ¿Veis estas placas? —Mario indicó que las paredes del vehículo presentaban un espesor de color blanco que sobresalía de la chapa, de color rosado —. Esto, en origen, es de color blanco y lavable, pero está impregnado de gases formados por la evaporación de la sangre. Supongo que por el calor.

Álex observaba en silencio.

—Como puedes ver, ya no está la puerta. —El compañero indicó los bordes recortados de la chapa—. El portón estaba encolado con una mezcla formada con silicona negra de barco y un pegamento híper fuerte para la industria. Una vez sellada la puerta no se pudo abrir, quedó encolada para siempre. Fíjate en estos cortes, los bomberos tuvieron que cortarla con las pinzas hidráulicas.

Álex se giró para ver el camión de los bomberos que seguía a un lado.

Se puso los guantes y se apoyó en la plancha externa. Asomó la cabeza tapándose la boca y miró en su interior, sin respirar.

—¿Qué es eso? —dijo ya con la cabeza fuera.

Mario se acercó y miró el techo.

—Ah, sí. No lo sabemos. Es un raíl, al final está un artilugio con un alfiler. Suponemos que, en la trayectoria de este, han ido haciendo explotar los globos que ves aquí. Pero no tenemos ni idea para qué sirven. Le hemos pasado las fotos al equipo forense para que puedan evaluarlo.

—¿Dónde están los dos cadáveres? —preguntó Álex.

—Los tenemos aquí al lado, en la central, en los sótanos —dijo Mario apartándose de la furgoneta para respirar mejor—. Me ha dicho el subinspector que vayáis, una vez que hayáis pasado por aquí.

—¿Qué habéis hecho con tal cantidad de larvas? —preguntó Álex.

—Una muestra al laboratorio forense y el resto, unos tres sacos, se las llevó una empresa de exterminación de plagas.

Álex miró a su alrededor.

—¿Qué vais a hacer ahora? —preguntó.

—Nos queda un montón de trabajo. Estamos esperando al experto de la marca constructora para desmontar el habitáculo y el resto. Vamos a desmantelar pieza por pieza y analizarlas para ver si encontramos huellas.

—¿Vamos? —preguntó Karla retomando el mando de la situación.

Álex no contestó. Tomó distancia y fue a ver los objetos que tenía la científica en unas mesas plegables. Los observó, caminando lentamente, con las manos detrás de la espalda. El zumbido de los generadores quedaba casi camuflado por el ruido en el techo a causa de la tempestad. Las puertas recortadas de la furgoneta estaban en unos caballetes y un policía les arrojaba polvo negro con un pincel. Buscaba las imprentas del monstruo que había ideado tal abominable plan.

Álex asintió mirando a la mujer.

—Vamos, pero solo una pregunta más —contestó a Karla y se dirigió a Mario—. ¿Luminol? ¿Qué resultados te ha dado?

—¿Quieres verlo?

Álex, serio, hizo un ligero gesto con la cabeza.

Mario sacó el aparato de luz ultravioleta y la encendió. Al iluminar el espacio de la carga aparecieron pocas manchas fluorescentes por las paredes.

—Es curioso Álex, está el fondo lleno —dijo mientras iluminaba la base de la furgoneta. Luego levantó la luz y continuó—. Hay muy pocas manchas aquí, casi ninguna. Eso quiere decir que los cadáveres los introdujeron ya muertos, no los mataron aquí.

Apagó la luz y, mientras miraba a su compañero, concluyó con semblante serio: —Por cierto, no son dos cadáveres, Álex. Son cinco.

Subieron al coche. Karla condujo hasta la central de los Mossos d'Esquadra. Entraron por la puerta principal después de identificarse y rodearon el edificio hasta encontrar aparcamiento. En un extremo había un acceso a una parte subterránea. El coche fue bajando por una rampa y se abrió un espacio inmenso.

Aparcó en la primera plaza libre y bajaron.

Álex seguía a la mujer, que sabía dónde ir. Eso era nuevo para él, pero tampoco le molestaba. Su mente y esperanzas ya estaban en vivir más tranquilamente en Tarragona, la comisaría con menos casos de la región.

En la puerta, de dos hojas metálicas, ponía: "Morgue, laboratorio central".

Karla abrió paso y entró primera.

Siguió por el pasillo acristalado. A los lados había espacios oscuros que parecían laboratorios. No se apreciaba bien qué eran, ya que las luces del pasillo se reflejaban en los cristales.

Al llegar a la última puerta de la derecha, Karla la abrió y pasó.

Dentro había varias personas examinando un cadáver, en batas blancas, mascarillas y discutiendo encima de un cuerpo que se entreveía entre ellas.

En cuanto se percataron de su presencia, uno de ellos se acercó.

—¿Álex Cortes? —dijo una mujer alargando la mano.

Se dio cuenta de que llevaba el guante sucio de sangre y se lo quitó dando la vuelta formando una pelota. Apretó la mano del policía, este notó la mano sudada y con polvo de talco. Le provocó repulsión.

—Soy la doctora Alba Guevara. El subinspector me ha informado de que venías acompañado por… —dijo y luego cambió de tercio mirando a su acompañante—. Hola Karla.

Álex percibió una fricción, una fuerza magnética repulsiva entre las dos mujeres como dos fuerzas del mismo polo que se rechazan.

Alba era una médica forense de la que había oído hablar en numerosas ocasiones. En el cuerpo la llamaban, de forma coloquial, "*la madame de la muerte*".

Era una mujer atractiva, con rasgos fuertes y arrugas que marcaban la frente. Para trabajar recogía su deslumbrante melena rubia en un moño informal, usando un palillo. Nunca hablaba de su vida personal, pero las malas lenguas aseguraban que solo tenía relaciones sexuales con los cadáveres de la Morgue central.

Álex carraspeó, miró la cara de Karla y se centró en lo que habían ido a hacer. Luego la siguió.

—Chicos, dadnos un momento. Idos a descansar, y en media hora volved, que seguiremos.

Estos se fueron.

El habitáculo era una cámara frigorífica para cadáveres. En el centro había mesas de acero, en batería, enfocadas directamente por unas lámparas que colgaban del techo. En cuatro de dichas mesas se veían unas bolsas azules cerradas con cremallera. En la camilla más cercana había un cadáver desnudo e iluminado por una luz blanca.

Álex se fue acercando a la mesa de acero. Dejó de escuchar a la médica forense.

Delante tenía el cadáver y se le hizo un nudo en la garganta. Su corazón se aceleró y comenzó a sentir una presión en el pecho ante la cruel visión.

El cuerpo sin vida era de una mujer. Parecía una mujer joven y de pechos pequeños, aplastados por la fuerza de gravedad.

Estaba cubierto de sangre y comido por las larvas: algunas seguían saliendo de las heridas de su cuerpo.

Pero lo que más le impactó fue que el cuerpo de la mujer estaba amputado.

La cabeza había sido seccionada en la base del cuello. Los brazos estaban intactos, pero las manos habían sido cortadas a la altura de las muñecas.

A las piernas les faltaban los pies por los tobillos.

Por la zona seccionada, seguían saliendo larvas y se reconocía el corte de los huesos.

La piel daba a entender que el proceso de descomposición estaba avanzado, casi de momificación.

Álex comenzó a sentir arcadas, a pesar de la mascarilla y de haberse aplicado alcanfor. Se apartó y se sentó en un taburete.

—¿Sargento? ¿Se encuentra bien?

Este comenzó a hacer respiraciones más lentas y profundas. Karla se giró sutilmente para que no vieran que se estaba riendo.

Al cabo de un rato Álex se recuperó.

—¿Quiere que lo dejemos? ¿Prefiere otro día?

—No, gracias, doctora, el asesino no espera —dijo mientras tragaba saliva—. Por favor, siga.

Alba se giró hacia el cadáver.

—Bien, tenemos este fiambre fuera de la funda y os informo de que los otros cuatro están en las mismas condiciones. Pero las sorpresas no acaban aquí.

15

Relación directa.

Cuando una imagen o situación se asocia a un olor, cuando vuelves a percibirlo el cerebro despierta el recuerdo asociado y reproduce las mismas sensaciones.

Álex no tenía dudas con el olor a alcanfor: desde ese momento se quedaría asociado al cadáver de la mujer decapitada.

Lo había olido varias veces en su intensa carrera. Era una substancia con un olor característico, que se extrae por destilación del alcanforero y otros árboles orientales. En época, se usaba como medicinal, antiespasmódico y sudorífico.

Ese día adquirió un nuevo significado para él.

—Sargento Cortés, permítame decirle que en mi carrera solo he visto esto en los manuales de la universidad, en informes del FBI.

—Le creo —contestó.

—¿Han podido avanzar con algo más, doctora? —preguntó Karla.

—Sí, ahora os lo explico.

La forense se dirigió hacia el cadáver y, repasando las fotos que hicieron a los cuerpos antes de sacarlos de la furgoneta, continuó.

—Cuando nos encontramos delante de un cadáver nos hacemos cinco preguntas. ¿Quién es? ¿Cuándo ha muerto? ¿Dónde? ¿Cómo le han matado? ¿Y quién? En este caso estamos algo perdidos, porque no tenemos muchos indicios. Pero aún así tenemos la posibilidad de averiguar muchas cosas, más de las que creíamos —dijo la mujer.

Luego sacó un puntero laser.

—Obviamente no podemos saber quién es, porque… bueno, no hace falta especificarlo. Lo único que podemos hacer es registrar el ADN e introducirlo en el biobanco por si aparece alguna coincidencia. El cómo ha muerto, puede que por desangramiento. Suponemos que por la amputación del mismo corte. Eso no lo acabo de confirmar, aunque me atreveré a dar una hipótesis cuando tenga las analíticas de sangre. Pero podéis ver aquí… —dijo mientras señalaba la parte lumbar.

En la espalda y en las zonas del cuerpo que tocaban el suelo, aparecía una mancha de color morado. Levantó el cadáver por un brazo y la espalda era de ese color uniforme. La piel había tomado una coloración violácea.

—Es decir, que una vez muerto, fue dejado en esta misma posición. Aquí están las livideces. ¿Veis? Estas de color rojo-violáceo. La sangre se fue depositando en la parte inferior del cuerpo a causa de la fuerza

de la gravedad.

Se tomó un respiro.

—El dónde y el cuándo no lo podemos saber aún, estamos esperando unas pruebas.

—Pero por el grado de descomposición, doctora, ¿pueden ser días, semanas?

—Yo creo que varias semanas, aunque es verdad que con la furgoneta al sol y en ese espacio que parecía un invernadero, la descomposición se ha acelerado —contestó y se tomó un momento.

—Luego, otro dato que puede sobresalir, es cómo los ha matado. El corte es demasiado perfecto, creo que ha sido una sierra eléctrica o una motosierra. La sección es perfecta, es imposible hacerla con algo manual. Estas secciones me recuerdan a las de los carpinteros, cuando accidentalmente se cortan los dedos.

La mujer se quedó observando el cuerpo y sacudió la cabeza.

—Creo que no me dejo nada más. Solo eso, de momento es lo que sabemos. Esperamos más análisis y el subinspector me ha pedido un informe detallado lo antes posible.

—Doctora, ¿cree usted que las mujeres han podido sufrir algún tipo de abuso?

—¿Sexual?

Karla afirmó con la cabeza. Ese fue el primer signo de humanidad que demostraba.

—Es difícil porque ha pasado tiempo, pero lo que sí sabemos es que en las tres mujeres no había esperma y tampoco lubrificante. Tanto en la vagina como en el recto. De momento descartaría un psicópata sexual, pero veremos en las próximas analíticas.

—¿Y otro tipo de violencia? —preguntó Álex, ya menos pálido.

—Pues parece que no, los cuerpos no demuestran ninguna violencia física a parte de la amputación.

—Ha dicho que son tres mujeres, y ¿dos hombres?

—Sargento, ¿no ha visto las fotos?

—Por favor doctora, nos podemos tutear, sería más fácil.

—Claro, por supuesto Álex.

Karla los miró de reojo, afilando su vista.

—Mira, son estas.

Álex las cogió y las repasó mientras la doctora seguía hablando.

—Tenemos tres mujeres y dos hombres. Una mujer de tez morena y las otras muy clara. De los hombres uno es de piel blanca y uno más moreno. Las mujeres tienen algún tatuaje, pero lo veréis en los informes que estarán preparados en un día.

Mientras la escuchaba, Álex vio cómo estaban los cinco cadáveres apelotonados en el pequeño espacio de la furgoneta, acomodados

como en una foto de un algún campo de concentración nazi.

—¿Habéis analizado las larvas?

—Esos diminutos demonios son más voraces que los leones de las praderas. Son *Sarcophaga carnaria*. Solo se presentan en las dos primeras semanas de descomposición, eso es un indicio de que podrían estar en ese vehículo infernal solo unas pocas semanas, pero no estoy segura.

Mientras, Karla se alejó. Sacó el móvil y llamó al subinspector.

—Rexach.

—Soy Ramírez. Hemos acabado la vuelta. ¿Qué hacemos?

—Volved aquí, tenemos mucho trabajo.

Los dos policías se despidieron y se dirigieron hacia la central.

En el trayecto de vuelta, se detuvieron en una gasolinera para repostar y para comer un sándwich.

La lluvia seguía cayendo con la misma intensidad.

—¿Hambre? —preguntó la mujer.

—Desde ayer por la noche que no como nada.

—¿Te puedes creer algo así?

La mujer se rascó la frente y se pasó la servilleta por la boca antes de beber de la botella del refresco.

Estaban en una estación de servicio, en una mesa alta, delante de las máquinas expendedoras.

—Tengo aún las fotos en la cabeza. Es inhumano.

—Pues te has librado de verlo en directo. Esta madrugada el jefe me llamó y fuimos a ver los cadáveres cuando los sacaban. Eso sí que te hubiera girado las entrañas. Algunos de los compañeros se fueron porque, después de vomitar varias veces, no podían soportar ese escenario macabro.

—Me lo imagino.

Álex se levantó, compró otro sándwich y sacó un café.

Mirando el vaso y removiendo el azúcar se acordó.

—Un momento, yo me acuerdo de esa furgoneta. Hijo de perra. Claro. Si casi me atropella, el muy cabrón. El conductor de esa furgoneta… le miré a la cara —dijo Álex con la carne de gallina, estremecido por la emoción y luego por la rabia de no haber detenido a ese enfermo al momento.

—Fui a tomar un café con Mario. Era un día como hoy, de lluvia, me acuerdo porque corrimos por el paso de cebra para no mojarnos. ¡Claro! ¡Era él!

—¿Y cómo era? ¿Sabrías hacer un identikit?

Álex soltó el café y cerró los ojos. Luego se cubrió los ojos con la palma de la mano.

—Recuerdo solo su cara. Inexpresivo, pero no sabría dibujártela,

solo vi las gafas, eran oscuras, como las de un aviador. El resto es difuminado, no recuerdo nada.

—Bueno, es algo.

—Espera, ¿y las cámaras de la central? Tiene que estar grabado, ¿no?

—Lo están investigando mis agentes. ¿Te acuerdas de qué día era?

—¿Qué día era? ¿Qué día era? Espera…. ¿Por qué fuimos a tomar un café con Mario?

Álex fue apretando los ojos, esforzando la memoria.

—¡Claro! Era el día que daban las asignaciones de las finales de la Champions League. Es decir, espera…

Álex buscó en el móvil y entró en un buscador de internet. Miró el día exacto.

—Ya lo tengo, Karla. Fue el día cinco de abril.

La mujer comenzó a contar con los dedos.

—No me fastidies. No me lo puedo creer. ¡Es increíble!

—¿Qué pasa?

—¡Hace treinta y dos días! —espetó la mujer.

—¿Por qué? ¿Qué pasa Karla?

—Este tío nos conoce más de lo que creemos y además es muy calculador. Nos va por delante.

—¿Me quieres decir qué pasa?

—Treinta y dos. Cada treinta días se borran las cámaras de vigilancia de la comisaría.

16

La Ronda de Dalt seguía colapsada.

Parecía un conjuro: los días de más lluvia en una primavera que apuntaba a récord de precipitaciones y sucesos.

El coche de la secreta avanzaba a paso de tortuga. Álex aprovechó que Karla conducía para pensar. Ver la carretera desde el lado derecho era un privilegio que no todos los días podía disfrutar.

Se giró un momento para observar a Karla. Se dio cuenta de que ya no tenía ni idea de quién era. Si se hubiese quedado, a partir de ese día hubiera estado bajo su grupo de investigación de homicidios. Pero eso nunca sucedería.

El pelo moreno, fino y largo cubría el cinturón de seguridad.

Intentaba disimular su rudo y contundente carácter felino ya que, en una institución dominada por hombres, debía tener las uñas afiladas.

Un alma guerrera y ojos felinos. Rebelde.

Los tejanos ceñidos la hacían más femenina de lo que quería aparentar.

¿Qué escondía esa mujer?

¿De dónde había salido tanta soberbia?

¿De una carencia afectiva?

¿De la infancia? ¿De la inconformidad con lo que estaba viviendo ahora?

Esa mujer ya no era la que había dejado atrás, antes de Mary.

La estuvo mirando sin darse cuenta, hasta que ella lo notó.

—¿Qué miras, Cortés? —dijo regresando la vista hacia la carretera —. ¿Nunca has visto a una compañera?

—Claro, estaba mirando el tráfico del otro sentido.

Entraron por la calle de la comisaría y sin que les diera tiempo a los periodistas, se metieron en el parquin subterráneo del edificio.

Subieron al despacho del subinspector y Álex le informó de todo lo que habían averiguado. Karla iba añadiendo los detalles.

—Te veo pálido, Cortés —interrumpió el jefe.

Álex paró su explicación y se fue a mirar por la ventana. Llevaba las manos por detrás de la espalda, luego la derecha se la pasó por la cara, estirando la piel.

—No me sientan bien los sándwiches de gasolinera.

—Nadie dijo que la vida del policía fuera un paseo por un campo de flores.

—No es de fácil digestión lo que acabamos de ver.

—No hacemos un trabajo sencillo, no lo ponía en el manual de la

academia, Cortés.

—Pero esto es distinto. No creo que pueda con esto.

—¿No puedes o no quieres?

—Oye, Rexach, yo no sé cuánto tiempo estaré, dáselo a Ramírez. Tengo bastante caos en mi vida como para seguir en este caso —dijo y se giró hacia la compañera—. Ella está perfectamente capacitada. Además, conseguí resolver el caso del niño, ya deberías estar contento —concluyó y se giró de nuevo hacia la ventana.

Karla se encogió de hombros.

—Ramírez, déjanos solos…

—Pero jefe, ya lo ha oído, yo me puedo encargar del caso.

—¡Ramírez! —insistió—. Tienes mucho trabajo, venga.

La mujer se giró hacia Álex y le lanzó una mirada intimidatoria. Sus miradas se cruzaron. Se levantó resoplando. Abrió la puerta y la cerró rozando el portazo.

Álex enarcó las cejas.

—Tiene carácter la muchacha. Será una buena sustituta.

—¿Tú crees? A lo mejor hasta demasiado —dijo mirando la mujer y siguiéndola con la vista por el cristal de las paredes.

—Álex, no hace falta que te convenza, ese momento ya pasó. Solo quiero decirte que necesitamos de tu ayuda por unos días. Y con esto no te voy a decir más. Si quieres nos ayudas. Ahora, vete a casa y nos vemos mañana, ya es tarde.

Álex asintió y, sin decir nada más, se fue por la puerta. Cuando estaba a punto de cerrarla, volvió a abrirla y dijo: —Me lo voy a pensar.

Álex atravesó el despacho. Se puso el chubasquero y abandonó el edificio por la puerta trasera. Los periodistas ya se habían marchado, pero la lluvia seguía.

La opción de coger el metro no estaba en su plan. Se acercó caminando a la Diagonal y cogió el primer taxi.

Dijo la dirección, dos calles antes de su domicilio, por seguridad. Luego se colocó en los asientos de atrás.

El taxista fue conduciendo por las calles de forma tranquila. Cuando Álex abría los ojos se daba cuenta de que de vez en cuando le miraba por el retrovisor.

Cuando estaban llegando y dejó de cerrar los ojos, el taxista se atrevió a hablarle.

—¿Es usted, verdad?

Álex levantó la cabeza del respaldo y se incorporó.

—¿A qué se refiere?

—Quien salvó al hijo de nuestro presidente.

En ese momento se dio cuenta de que en el taxi había objetos del Barça.

—Sí, creo que sí —contestó mirando por la ventanilla.

El mal tiempo hacía la ciudad aún más oscura de lo que podía ser a la vista de un policía que la conocía desde sus entrañas.

—Es usted un héroe.

«Lo que me asusta es dejar de serlo y convertirme en un villano en menos que canta un gallo», pensó, pero no era un pensamiento para compartir con un desconocido, aunque le hubiera gustado.

—No se crea todo lo que dicen los periódicos.

—El video de cómo salva al niño me lo han pasado ya cinco veces por grupos de WhatsApp —dijo mirando por el retrovisor—. Sabe, hay días que piensas que esta ciudad es una cloaca y la gente son ratas. ¿No sé si me explico? Tío, en este trabajo a veces ves cada cosa para llorar. De vez en cuando tener alguna alegría, jolines, te da vida, crees que aún hay buenas personas en esta ciudad. Ya me entiende, ¿verdad? Desde que Messi se fue, las alegrías son pocas.

Álex no contestó y se ciñó a pensar.

—Los dos tenemos el mismo trabajo, servimos a la comunidad de dos maneras diferentes. Hemos llegado. Lo siento, el taxi no es mío, si no le invitaba a esta carrera.

—No se preocupe, usted tiene que comer. Gracias.

Álex pagó y el taxista le perdió de vista entre la gente, sin ver dónde vivía.

El policía entró en el edificio y recibió un mensaje de su amigo Mario.

«Álex, tenemos noticias de la furgo. Rexach me ha dicho algo. Espero verte mañana.»

Álex cerró la aplicación sin entrar en el mensaje. Se tiró en el sofá; la casa estaba vacía sin Mary. La vida le había cambiado. La añoraba más de lo que pensaba.

Se dio cuenta de que escapar a Tarragona en ese momento era solo una huida hacia adelante, que allí también la echaría de menos. No dejaría los problemas en ese piso.

Cerró un momento los ojos, recordándola a ella y los momentos más bonitos: esos residían en su cabeza, no se habían escapado a Nueva York.

Se durmió con la cabeza torcida, en el mismo sofá donde tantas veces se había quedado dormido en los brazos de Mary, pero ahora sin ella, solo acompañado de los recuerdos agridulces que aliñaban sus sueños.

17

Barcelona.

Martes.

La primera luz del día entró por la ventana.

Álex vivía en un edificio que se levantaba frente al mar, uno de los primeros que veían las luces del alba.

Las finísimas fisuras de las persianas dejaron pasar la luz que le despertó. Se encontró en la misma posición en la que se había dormido, con la cabeza torcida en el sofá. El dolor de cuello le duró un rato.

Lo primero que tuvo delante no fue la visión del mar que bañaba la costa de la ciudad, sino el cadáver de la mujer brutalmente amputado.

Las nubes seguían cubriendo la ciudad, arrojando un triste gris.

Miró el reloj y sintió pereza. No tenía ganas de salir a correr. Conocía esa sensación, pero del mismo modo sabía cómo se sentiría después.

Se cambió, aún dolorido del cuello tras casi doce horas de sueño. Bajó por el ascensor y se fue corriendo por el paseo de Barcelona.

El ejercicio y el salitre le ayudaban a pensar en los temas más importantes de su vida y, del mismo modo, a tomar distancia. El traslado, Mary, el niño, los cadáveres.

Sacó todo el estrés que se había anidado en sus poros y regresó a la media hora.

Se duchó, hizo una cafetera y se decidió a recoger los trozos de taza que seguían en el suelo.

Arrancó el Mini y se fue al trabajo sorteando el tráfico.

En cuanto pisó la comisaría recibió un aplauso de su equipo por el ascenso. Las personas que estaban bajo su disposición se multiplicaron.

Se sentó en su escritorio y apareció por detrás Karla.

—¿Recuperado?

El hombre arqueó las comisuras de los labios y asintió la cabeza.

—Buenos días. ¿Reunión de equipo en 5 minutos?

—De acuerdo —dijo la mujer y se fue.

Mientras se iba le miró el trasero, respingón y elegante. Luego se

centró en su ordenador, abrió el programa de correos electrónicos y abrió uno nuevo.

Lo dirigió al comisario jefe de la comisaría, poniendo en copia al subinspector Rexach.

El asunto era: *Traslado*.

El mail comenzaba agradeciendo el tiempo que había pasado en la comisaría de Travessera de les Corts y en especial al jefe Rexach, pero había decidido aceptar el traslado a Tarragona y hacerlo oficial, dejando un período de una semana para concluir temas pendientes.

Cuando lo tuvo listo, colocó el puntero encima del botón "Enviar" y miró a su alrededor. Sintió nostalgia y que eso lo cambiaría todo. Pero estaba decidido.

Respiró hondo y el ratón hizo clic.

Luego se levantó, pasó por la máquina de café, se sacó un solo y entró en la sala de reuniones del equipo.

La mayoría de su equipo ya estaba sentado.

Karla pasó al lado de Álex y dejó una estela con olor a champú. Álex la olió y le despertó recuerdos en su mente.

—Bien. ¿Por dónde empezamos? —Álex tenía una pierna apoyada en un escritorio—. ¿Qué tenemos? Empecemos por la furgoneta. Karla, ¿sabemos de quién es? Mario dijo que había nuevas noticias, ¿verdad?

—Como sabemos, el vehículo está a nombre de una sociedad de Madrid. Pero… —contestó la mujer, sin moverse—. Ayer unos compañeros de la Guardia Civil hicieron una visita al lugar y confirmaron que la furgoneta con esa matricula está en Madrid y no se ha movido de la capital. Tienen historial y grabaciones que lo certifican. Es una isotérmica como esta. Se ha revelado un callejón sin salida.

—¿Qué puede haber hecho nuestro hombre?

—Creemos que ha buscado el mismo modelo, una Opel Vivaro con las mismas especificaciones, y ha copiado la matrícula. Es muy parecida, o prácticamente igual, y nadie podría sospechar nada en un control aparente.

—¿Es tan fácil falsificar una matrícula?

—Entiendo que sí —contestó la mujer.

—Yo tengo unos amigos propietarios de un taller que las hacen y las envían por correo. El cliente pasa los papeles por mail y ellos la fabrican y la envían. Podrían ser falsificados o tener un amigo que se lo haya hecho —contestó un agente —Entendido, es decir que la matrícula es un callejón sin salida, definitivamente.

—El tío es listo y sabe lo que hace —confirmó Álex y tachó de la pizarra esa pista—. ¿Y el bastidor?

—El número de bastidor está limado con una radial, no sabemos qué coche es —contestó Karla.

Álex lo tachó de la pizarra.

—¿Cómo podemos saber de quién es?

—Tengo dos agentes rastreando las cámaras de vigilancia. Pero el problema es el que te dije ayer. No es tanto lo que podamos hacer, sino que han pasado más de treinta días y se regraba encima. —La mujer se rio—. El tío lo ha pensado todo.

—Bueno, las grabaciones de nuestra central tampoco nos pueden ayudar, pero seguro que están las de delante del colegio, de Travessera, las del hotel antes, y siguiendo la pista hacia atrás.

—Vayamos a revisar que durante los días anteriores nadie, ¡digo nadie! la haya abierto o tocado. ¿Me habéis entendido? Karla, ¿quién se ocupa?

—Eleonora —dijo a la mujer mientras la agente levantaba el brazo al fondo de la estancia—. Comprueba todos los ángulos y los comercios. Asegúrate de que nadie la haya mirado, observado o cualquier otro movimiento aparentemente sospechoso. ¿De acuerdo?

La mujer al fondo asintió con la cabeza mientras anotaba en una hoja.

—Álvaro y María están con las cámaras de la comisaría, en cuanto tengamos algo te diré.

Álex arrugó las comisuras de los labios y se giró hacia la pizarra. Al lado de cámaras puso un OK.

—Personas desaparecidas, ¿cómo proceden? —preguntó Álex.

—Miguel, ¿cómo lo tienes? —preguntó Karla dándole la palabra.

Este se levantó.

—Tranquilo, siéntate —confirmó Álex.

El chico siguió de pie. Era un chico argentino tan delgado que en la comisaría le habían asignado el mote de “fideo”.

—En cuanto tengamos los informes forenses tendremos más datos, pero en Barcelona no tenemos ninguna persona que responda a las características iniciales.

—¿Cómo puede ser que nadie se dé cuenta de que alguien ha desaparecido?

—En Barcelona, con un rango de tiempo de un mes —dijo y entonces hizo el primer gesto con una mano descomponiendo su compostura estatuaria—. Una semana más, una semana menos, no tenemos ninguna desaparición.

—Ok, en Barcelona no. ¿Y en los alrededores?

—Sí, correcto, Sargento. De hecho, en un radio de treinta kilómetros, es decir toda la zona urbana de Barcelona, no tenemos constancia. Pero seguiré investigando —concluyó y se sentó.

Entonces Álex se giró y subrayó la palabra “desaparecidos”. Luego

se quedó observando la pizarra.

—¿Algo más? —preguntó Álex.

A los pocos segundos una mano se levantó desde atrás.

—¿Sí? —dijo Álex.

—¿Es verdad que usted lo ha visto?

Álex miró a Karla, por ser la única persona a la que se lo había dicho. Ella estaba leyendo un mensaje en su móvil que le acababa de vibrar en sus pantalones.

—Sí, parece que sí. Ahora iré a hacer un retrato robot, mañana os lo daré para que podamos tener un retrato de nuestro hombre.

—También lo podemos pasar a otras comisarías, que lo difundan a sus agentes y de otras ciudades, además de otros cuerpos, fronteras, aeropuertos, estaciones de servicio y a los medios.

—De momento a los medios no, Rexach no quiere. El resto sí, es una buena idea. Pero creo que nuestro hombre no tiene muchas ganas de escapar, no creo que haya montado toda esta locura para escapar, para no ver el resultado de tanto trabajo. Me da que esto acaba de comenzar y no sé cuándo puede acabar.

—El problema no es tanto cuándo… —matizó la mujer—. Sino cómo.

Álex asintió y concluyó.

—Bien, tenemos mucho trabajo, chicos. Gracias y a trabajar —dijo Álex—. Karla, ¿te puedes quedar un momento?

La mujer se acercó a la pizarra.

—Dime.

—Creo que nos ayudaría si le pusiéramos nombre a nuestro asesino.

La policía arrugó el ceño.

—Si le damos un nombre sería más humano y menos asesino en serie. Creo que, incluso al equipo, buscar a alguien con un rostro y un nombre les ayudaría a visualizarlo. Ya sabes, creo que sería mejor.

—Bueno… —contestó la mujer levantando los hombros sin acabar de entender—. ¿Tienes alguna preferencia?

—No sé, que te parece Valerio, o Roberto, por ejemplo.

—Lo que tú digas. Roberto está bien.

—Pues ya tenemos nombre para cuando hablemos.

—¿Al final te irás? —dijo la mujer con tono casi solemne—. He visto el mail.

Álex se sorprendió.

—Veo que las buenas noticias corren como la pólvora —dijo mientras borraba las cuatro palabras que tenía apuntadas en la pizarra —Bueno, era lo que querías, ¿no?

—¿Lo has hecho por ella?

—¿A qué te refieres?

—Me he enterado que lo has dejado con tu novia. ¿Te vas por eso?

Álex la miro y a pesar de lo atractiva que podía resultarle, decidió que no le incumbían sus motivaciones.

—Me voy por asuntos personales, Ramírez, lo que a ti te tiene que importar es que te quedarás con este caso, es todo tuyo, por si quieres saberlo —dijo Álex y concluyó tajante—. Estaré una semana y me iré. El resto es cosa mía.

—No era mi intención entrar en lo personal —contestó la mujer.

—Ya, pero lo has hecho. Tú estás muy bien desde tu pedestal donde miras a la gente desde arriba. ¿No?

—¿Perdona? Nunca me has hablado así.

—Puede, porque cuando no tienes nada que perder, ya te da igual —respondió Álex.

—Como te vas, nos tratarás como peonzas.

—Me equivoco, tú siempre has sido así. Te casas a finales de este verano, ¿verdad? —dijo Álex levantando la mano para dar autoridad a lo que estaba diciendo—. Con el hijo del empresario de los perfumes. Casi nada.

—No es justo que te vuelvas así. Por mí te puedes ir ahora mismo. Ya resolveremos este caso nosotros —dijo la mujer y se fue hacia la puerta. Luego se detuvo y concluyó—: El despecho no es la mejor medicina para pagar a los demás por tus propios problemas. Me da igual que te vayas. Pero huir no sirve para curar —dijo sin mirarle y cerró la puerta de la sala de reuniones.

Álex sintió en su interior que la mujer tenía razón, pero la herida estaba demasiado fresca para razonar con objetividad. No podía permitirse sembrar odio en la comisaría que tanto le había entregado. Recordó una frase de su abuelo, que en esas circunstancias le ayudaba: “Quien siembra vientos, recoge tempestades”.

Salió por la puerta y se fue a por un café. Necesitaba otra dosis antes de hablar con la persona que había abierto la caja de pandora.

18

Cruzó la calle solo.

El semáforo estaba en verde.

Mientras cruzaba, Álex se percató de una furgoneta blanca detenida frente al paso de cebra.

Las gotas le estaban empapando. Le pareció que el conductor le miraba tras sus gafas de sol, que jamás olvidaría. De aviador, con forma de gota. El chófer le miraba, como esperando a que pasara.

¿Quién era? ¿Por qué gesticulaba? Se tocó disimuladamente el pecho con la muñeca y notó la pistola que reposaba bajo la chaqueta de piel.

La furgoneta se acercó como si lo quisiera atropellar.

Entonces sus ojos acabaron de focalizar lo que tenía delante. El conductor del vehículo comenzó a pitar, moviendo la mano. Un *déjà vu*, un recuerdo de Roberto que se había mezclado con la realidad en el tráfico de esa mañana. Se dio cuenta de que estaba en un paso de cebra, obstaculizando el tráfico. Levantó las manos en disculpa y se apartó. La bocina del vehículo sonó un buen rato tras reanudar la marcha.

El recuerdo de aquel momento se había despertado en su mente como una bombilla.

Entró en la cafetería y pidió un café con leche y una caracola de pasas.

—Hola Rafael. ¿Qué tal?

—Hola Álex, me han dicho que estás tú al mando de… —dijo el camarero y cuando el policía le hizo un gesto comprendió.

—¿Tienes un momento? —dijo Álex y le hizo un gesto con la cabeza.

—¡Claro! —contestó y se giró—. Anna coge tú mi sitio, por favor.

Rafa preparó el pedido del sargento y lo colocó en una bandeja. Fueron hasta el fondo y se sentaron en la mesa alargada, donde nadie los podía oír.

—Enhorabuena.

—¿Enhorabuena? —replicó el policía.

—Por el niño —contestó y se encogió de hombros.

—Déjalo, ya es pasado. Te quería ver para hablar de la furgoneta.

En cuanto nombró el vehículo la cara del encargado delató el asco que había sentido con esa situación.

—¿Te acuerdas del día que aparcaron la furgoneta?

—No, Álex, ni idea. De lo único que me acuerdo es del día en que la vi aparcada y siguió allí varias semanas. Hasta que empezó a salir el olor.

—¿Te acuerdas del día?

Rafael carraspeó la voz.

—Hace una semana más o menos, hacía un calor anómalo que parecía verano.

—Sigue.

—Los clientes, poco a poco, se fueron quejando del mal olor que venía de la calle. Claro, es que luego te fijas, y la cloaca estaba justo por detrás de la furgoneta y creíamos que venía de allí. Pero las quejas fueron aumentando con el paso de los días. Hasta que pensé que tenía que hacer algo. A pesar del buen tiempo, la gente ya no se sentaba en la terraza. Así que me asomé. Ya había decidido llamar al administrador de la finca y quejarme de la cloaca. Pero me di cuenta de que el hedor venía de la furgoneta —dijo, y se quedó en silencio pensando—. Bueno, creo que ya está.

—¿Y no te acuerdas de nadie que rondara a su alrededor, que la mirase o cualquier cosa que te llamara la atención? Rafa, tú eres el encargado y no se te escapa nada —dijo y luego comió el último trozo de la pasta.

—Jamás he visto nada.

Álex le indicó con la cabeza una pared.

—¿Y tus cámaras? ¿Apuntan a la calle?

—Antes teníamos una cámara dirigida a las mesas, para saber si algún cliente se iba sin pagar. Pero con la última ley de protección de datos, la empresa optó por retirarlas. Ahora solo tenemos sobre la caja y hacia dentro del establecimiento.

Álex acabó de beber su café y dejó la taza en la bandeja.

—Gracias, Rafa. Te dejo mi número, si recuerdas algo, cualquier detalle, llámame, por favor.

—Cuenta con ello —contestó el responsable y cogió el ticket donde el policía le había escrito su número de teléfono.

En cuanto pisó la acera, el móvil del policía vibró.

La pantalla mostraba un mensaje de Karla.

«Ven. Ha llegado el informe de la forense.»

A secas, sin más. Entendió el estado de ánimo de la mujer. Levantó la mirada y miró el edificio acristalado. Guardó el móvil y regresó a la

oficina.

19

Los recuerdos.

¿Por qué los recuerdos volvían en los peores momentos?

¿Eran una vía de escape rápida que la mente usaba para desviar su atención? ¿Para quitar foco a lo que no le gustaba?

Los recuerdos de Mary estaban presentes en la mente del sargento, pero se añadieron otros más antiguos: los de Karla. Al principio de aterrizar en la comisaría e investigar juntos. Los primeros meses siempre son los más bonitos, apasionados, fugaces. Los momentos iniciales siempre quedan idealizados en nuestra mente. La de Álex no era menos.

Del mismo modo, el primer bocado de un plato preferido, es siempre el mejor. Como los primeros minutos de un masaje, luego el cuerpo se acostumbra. A lo bueno… y a lo malo.

El pasado no se puede borrar. En ocasiones escuece, más que el limón en una herida abierta.

Álex había regresado al pozo de los ojos negros de la compañera.

Mientras subía para ir a ver qué acababa de llegar desde el laboratorio forense, se preguntó si la mente le estaba proporcionando un salvavidas. La repentina ausencia de la americana de su vida activó unos sistemas de supervivencia olvidados. La mente de Álex, como cazador, al desaparecer un objetivo, recordó aquellos que seguían al alcance.

Entró en la sala del grupo de investigación de homicidios. Se acercó a Karla.

—¿Nos lo miramos?

—Lo que digas… jefe —dijo sonando a reproche.

Se fueron a una habitación especial al final de la sala común donde estaban los escritorios del grupo.

Se encerraron dentro y encendieron las luces.

Por uno de los lados largos de la sala los cristales daban a la fachada. Se veía el cielo que iba oscureciendo. La lluvia volvió a dominar la ciudad y a dictar su tácita ley.

El informe eran unos cuatro dedos de hojas.

Juntaron dos mesas largas y se pusieron uno por cada lado.

Fueron sacando fotos y a repasar el tema.

En la pizarra, que solía ser usada para el Briefing, comenzaron a colgar folios y fotos. A la derecha la matrícula de la furgoneta y las fotos de cuando fue abierta con el cúmulo de cadáveres.

Debajo las larvas y la demás información.

Luego el informe de la forense.

Estaba firmado por Alba Guevara.

—¿Cómo dividimos todo esto?

—Cadáver por cadáver.

Fueron añadiendo las fotos a la pizarra y las dividieron en números del uno al cinco.

Álex empezó a leer el informe del primer cuerpo que tenía, en el mismo orden en que le había llegado. Karla aplicó en orden los folios y las fotos.

Calculaban las palabras. Debajo de las fotos de cada cadáver mutilado, colocaban unas hojas donde el forense identificaba en los cuerpos todas las marcas que presentaban, pre y post mortem.

Aparecían tatuajes, piercings, cicatrices, pero ningún rasguño ni golpe o signo de violencia ulterior a las amputaciones.

—Estos dos serán más difíciles de identificar —indicó Karla señalando dos cadáveres sin signos.

Álex levantó la mirada. La pizarra era un macabro collage. Se levantó para verlos todos.

Encima de la furgoneta, la mujer escribió: *¿Quién es Roberto?*

—¿Te has fijado en que son todos jóvenes? ¿Qué tendrán, entre veinte y treinta años?

—De lo poco que vemos, parece que sí. Jóvenes y sin violencia. ¿Conocían a su asesino?

—Menuda mierda.

—Karla, ¿dónde viven tus padres?

A la mujer no le gustó la pregunta.

—Ya lo sabes, cerca de Cadaqués.

—¿Y cada cuanto habláis?

La mujer encogió de hombros.

—No sé, una vez cada semana, dos veces a la semana —dijo sin mirarle—. ¿Por qué?

—¿Cuánto tiempo deberías pasar sin hablar con ellos para que llamasen a la policía o te vinieran a buscar?

—No tengo ni idea, sargento.

—Karla, piensa. Si vivieras sola en una ciudad grande. ¿Qué tardarían? ¿Una semana? ¿Dos?

La mujer le miró sin entender a dónde quería llegar.

Él la dejó de mirar y miró las fotos, sentándose en la mesa.

—¿Cómo puede ser que cinco personas estén desaparecidas desde hace un mes y nadie las reclame?

—A lo mejor las estamos ubicando en un sitio equivocado. Estamos buscando en Barcelona y quizá son de otra provincia, o incluso franceses.

—Buena idea, dile a tu agente que amplíe la búsqueda. Puede que sus familiares piensen que están en un lugar y no, están en otra parte.

—¿Qué más, Karla? ¿Qué más no vemos?

—¿Qué dice la forense?

—Nada nuevo de lo que ya nos dijo ayer. Todo confirmado. Las livideces son debidas a que los cuerpos ya estaban muertos cuando los metieron en la furgoneta. Lo que no se explica bien es por qué tienen gran cantidad de sangre los cuerpos. Esto hay que preguntárselo a la forense.

—¿A qué te refieres?

Álex levantó la mirada de los documentos.

—Cuando cortas un cuerpo en más de cinco puntos, la sangre bombea y sale por los agujeros. Pero, por la gran cantidad de sangre que había en la furgoneta, es como si los hubiera cortado dentro de la furgo. Pero, si te acuerdas, no había salpicaduras.

—Es verdad, Mario nos enseñó que las paredes no tenían casi ninguna salpicadura.

—No lo entiendo —dijo negando con la cabeza y rascándose la barba.

Álex regresó al informe y siguió leyendo.

—Las amputaciones fueron hechas con una sierra metálica. Alba ha encontrado unas micropartículas de metal en los huesos seccionados. Luego dice que por la descomposición y las larvas de la mosca *Sarcophaga carnaria* es una vivípara y es voraz. Aparece a partir de la semana. Necesita calor y oxígeno. —Álex miró a la mujer—. Oxígeno, ¿no te recuerda algo?

—Oxígeno —repitió la mujer—. Los globos.

—Exacto. Los globos que se rompían en el techo liberaban oxígeno. ¿Puede que tuvieran oxígeno y moscas? Porque, si no ¿cómo han podido entrar estos bichos?

—Buena observación. Deberíamos preguntárselo también.

—Apúntalo, que luego la llamaremos —dijo Álex y siguió leyendo —. El médico confirma que ningún cuerpo presenta una forma evidente de violencia o signo alguno de violación sexual. Esto no es un asesino improvisado o sexual fruto de un lapsus de violencia o locura, es calculador y más de lo que pensamos. No tenemos idea.

—O puede que te equivoques, a lo mejor es solo un demente que ha cometido un acto de locura.

Karla sintió un fuerte escalofrío que le pasó por todo el cuerpo.

Una de las mujeres decapitadas tenía un cuerpo esbelto y un pecho precioso. Se vio identificada. Podría ser ella, en esa camilla, sin vida, con la tez comida por larvas voraces. Pero el destino hizo que estuviera allí, al otro lado de la verdad y de la historia. En una sala descifrando el mensaje de un asesino que apuntaba a ser serial.

La prensa no hablaba de otra cosa. Los periódicos y la radio no tenían otro tema de discusión y, por supuesto, no conseguían arrojar luz al tema, sino solo difundir pánico entre la población. La noticia de que eran cinco cadáveres ya era de dominio público. La gente tenía miedo a entrar en los párquines subterráneos de la ciudad y por la noche había menos personas de lo normal. Barcelona estaba en una niebla que cubría la verdad y había convertido una ciudad solar en una tétrica y peligrosa urbe mediterránea.

El juez dictó el secreto de sumario. Toda la información estaba bloqueada, para evitar fugas. La prensa disponía del detalle de que los cuerpos estaban mutilados, pero conociendo las propinas que daban a los policías, tardarían muy poco en saberlo.

—Karla, mira esto. La doctora dice que los cuerpos estaban sedados, una especie de cóctel de medicamentos para mantenerlos dormidos. Ha encontrado fuertes dosis de ansiolíticos, mezclados con barbitúricos y otra sustancia desconocida que siguen investigando.

Siguió leyendo en voz baja y luego levantó la mirada.

—Por todos los demonios.

—¿Qué pasa? ¿Qué has leído?

—Dice la doctora que en algunos cuerpos estas substancias están menos presentes.

La mujer se encogió de hombros.

—¿Qué quieres decir?

—Ella piensa que algunos fueron amputados no estando del todo dormidos, sintiendo lo que les estaba haciendo.

20

Se miraron a los ojos.

Karla y Álex hacía tiempo que no lo hacían.

No como las primeras veces, pero casi. Aunque el sentimiento era diferente, esta vez había miedo y rabia.

Los dos policías tan solo comenzaban a desenredar el ovillo de Roberto.

Álex sacó el teléfono y llamó a Alba Guevara.

Al segundo tono contestó.

—Guevara.

—Doctora, soy Cortés.

—Álex, buenos días.

—¿Te pillo bien? ¿Puedes hablar?

—Sí, por supuesto. Por favor, llámame Alba.

Hubo silencio, y Álex vio que Karla hacía una mueca.

—Estupendo… Alba. Hacerte un inciso, estoy con el altavoz puesto y la caporal Ramírez está escuchando.

—Buenos días —soltó cambiando de tono.

—Hola —contestó Karla

—Bien. He leído el informe.

—¿Ya?

—Damos la máxima prioridad a este caso —contestó mientras giraba páginas.

—Claro, dime lo que no entiendas.

—Bien. Lo primero es, ¿cómo justificas que las paredes del vehículo no tengan manchas en el techo mientras que los cuerpos tienen gran cantidad de sangre en el interior?

—No te lo sabría decir, tengo un dilema. Es como si hubieran puesto los cadáveres y sellado los cuerpos. No tiene sentido. He pensado que a lo mejor estaba la puerta lateral cerrada y el vehículo en bajada. Para que esa cantidad de sangre se quedara dentro.

—Claro, pero las paredes habrían quedado muy manchadas y con la prueba de Luminol, aparecería la pared frontal fosforescente. Te lo digo porque tengo delante las fotos de la furgoneta y no son así.

—Es bastante inexplicable. Además, porque observando las

pruebas al microscopio, las secciones no se han hecho con una sierra de mano. Las fotos que te he enviado era una sección, el corte es típico de sierras eléctricas de disco con un diámetro ancho y altas velocidades. Propio de una carpintería. Eso quiere decir que el cuerpo fue cortado con eso y puesto dentro a la vez, mientras cerraba la puerta. Aunque lo podría hacer con uno, no con todos. O bien eran varias personas.

—En teoría no suelen tener cómplices, los asesinos en serie. Actúan en solitario. No son sociales, muy probablemente sociópatas, antes que colaborativos —dijo Álex y siguió—. ¿Habéis extraído el ADN de los cuerpos? Por si coincide con alguno en el banco de datos del Biobanco de la policía.

—Lo estamos sacando, pero nos costará y dudo que podamos.

—Un último detalle y creo que el más importante: las analíticas que nos has enviado tienen un detalle inquietante. Dices que algunos cuerpos tienen una dosis más consistente de fármacos en vena y otros menos.

—Exacto, los tienes identificados en el informe.

—Sí, pero… ¿qué quieres decir con esto exactamente?

—Puede dar a entender muchas cosas, pero con mi experiencia creo que el *modus operandi* del asesino ha evolucionado. Ojo, es una teoría, porque si supiéramos la cronología de quién murió primero y quién el último, lo podría confirmar —dijo la médico y carraspeó la voz—. No es cuestión de sexo, porque al principio pensé que estaban relacionados con eso. Las mujeres más y los hombres menos, pero no. Creo que el asesino cambió de técnica. Creo que los últimos los cortó cuando aún estaban conscientes. La cantidad de fármacos en cuerpo no era elevada, para una persona adulta. ¿Me explico?

—Sí, muy bien, lo que me sorprende es hasta dónde se puede llevar la maldad humana —dijo Álex. Luego se tomó un momento, se oyeron unas páginas girar y continuó—. En fin. ¿Crees que nos indicará el cementerio de las cabezas?

—No lo sé, Álex. Estuve pensando en ello anoche y esta mañana he buscado en documentos del FBI, que están más acostumbrados a manejar temas de asesinos en serie. Hay un caso análogo de los años ochenta en Connecticut, al cabo de un año unos cazadores encontraron el lugar donde había sepultado las cabezas. Eran unos cazadores que cada año iban a la apertura de la veda en un lugar concreto y perdido de un monte. El asesino sabía que en esa época irían e hizo que las encontraran. Así que puede que vuestro hombre, cuando decida o quiera, os deje encontrarlas. Puede que dentro de una semana o dentro de una década… quién sabe.

—O cabe la posibilidad de que le pillemos antes —soltó Karla

intentando romper el pronóstico de la médica.

—Nunca se sabe, puede que cometa un error —contestó Alba.

—Gracias, doctora —dijo Álex—. No tenemos más preguntas, gracias por tu tiempo.

—Una cosa que no os he dicho —comentó antes de colgar—. Hay un detalle interesante. Una chica tiene un tatuaje en forma redonda. Representa una banda rock de Barcelona. Lo he averiguado con el buscador introduciendo la foto. Tocan regularmente en un antro del barrio gótico de Barcelona. Un pub que tiene el mismo nombre de la banda. Es curioso que una chica tenga un tatuaje así.

—¿De cuál estamos hablando?

—Creo recordar que es el cuerpo de la mujer número tres.

Álex se levantó y fue a ver la foto.

—Sí Alba, lo veo, es un pequeño símbolo en la base del tobillo. Casi imperceptible.

—Qué raro que una chica de Barcelona, que vive aquí, desaparezca sin que nadie denuncie su desaparición —dijo Karla.

—Os lo digo porque os puede servir de pista, un hilo por el que tirar.

—Bien visto, doctora —dijo Álex—. Revisaremos todos los tatuajes, por si hay alguno más.

—Yo los he revisado, pero no veo ninguno más que sea determinante. Pero vosotros mismos.

—Gracias Alba, te iremos informando. Gracias.

—Un placer —dijo y colgó.

Los dos policías se miraron a la cara. Karla estaba seria, y Álex apabullado por la cantidad de trabajo que les esperaba.

Se puso a recoger todos los papeles esparcidos por las dos mesas. Luego se sentó otra vez y entró con el móvil en el buscador y en la página en una red social del bar musical.

—Esta noche iré a ese bar de música en directo, coincide que toca el grupo que decía Alba. A ver si alguien se ha dado cuenta de que falta una chica entre sus clientes.

—Álex, estás en todos los periódicos, tu cara es demasiado conocida, es mejor que vaya yo.

—No te voy a dejar ir sola, vamos a ir juntos —dijo Álex con las carpetas en mano—… Si no te importa.

21

Sin límite.

El lugar no invitaba a entrar; el nombre menos.

El bar del Barrio Gótico daba miedo.

Álex acudió un rato antes de las doce, la hora a la que había quedado con Karla.

Las estrechas calles olían a historia y orina ácida. Nunca había pasado por allí, ni jamás volvería.

«¿A quién quieres que nos encontremos un martes por la noche? Venga, no seas patético», pensó.

La sorpresa no fue muy grata en una triste noche de entre semana. La pútrida calle estaba repleta de individuos oscuros, cada cual más extraño.

Las callejuelas del barrio, en las proximidades del bar, se asemejaban al set de rodaje de *Jack el Destripador*.

La falta de costumbre de moverse en esos ambientes, junto con su poco conocimiento del rock duro, lo hicieron sentirse desplazado.

Había hombres con crestas de colores fluorescentes; mujeres con miradas perdidas y múltiples piercings en la cara. Atuendos de cuero, punk y heavy metal. Tatuajes y greñas, con camisetas negras de grupos con nombres impronunciables.

Álex se ajustó la cazadora de piel para sentir la pistola que llevaba en la funda. Eso le provocó tranquilidad en aquel lugar tan inhóspito.

Su pasión era el rock, pero el comercial: nunca se había atrevido a ir a lugares como ese, y menos acompañado de su pareja. Aún así, el rock fue un punto de unión con Mary y con su infancia rebelde. Estando allí pensó que esa fauna estaba pasada de rosca.

Miró el reloj; faltaban varios minutos para verse con Karla. Decidió darse una vuelta. Rodeó la manzana del gueto. No comprendía la configuración de ese barrio, tan distinto al resto de la ciudad. Los barrios judío y gótico eran los barrios más antiguos de la ciudad, y su arquitectura seguía patrones diferentes a los de los romanos o los de Cerdà.

Encontró una puerta trasera. Por las pegatinas de bandas, entendió

que era la del local.

Recibió un mensaje de la caporal y se encontraron en la puerta de entrada.

—Nada mal como ambiente —dijo ella al aparecer.

—Menudo zoo —le susurró él en la oreja.

—¿Has dado un vistazo?

—Más o menos. Esto no es lo que me esperaba.

—Pero es el mismo tatuaje de la mujer —dijo, indicando con la cabeza el letrero.

Era un letrero blanco, que también tenía la función de iluminar la callejuela. Por un lado, estaba el logo de una famosa marca de cervezas, y por el otro el logo redondo del bar y en el centro el nombre, que compartían con el grupo.

—¿Sin límites? El nombre es un poema… —dijo la mujer, luego miró a su alrededor y concluyó—. Pero no tanto como la gente de por aquí.

—Por favor Karla, que no te oigan.

La mujer subió las cejas y decidió entrar.

El hombre la siguió.

Ella llevaba puesta una chaqueta motera clásica, comprada en alguna cadena de ropa. Iba conjuntada con pantalones negros estriados. Debajo, una camiseta negra con el logo de los Rolling Stones.

Al entrar todos los clientes los miraron, extrañados de ver caras nuevas.

Se acercaron a la barra y pidieron dos cervezas.

Daban sorbos e iban mirando a su alrededor. El grupo comenzaría a actuar en breve, pero eso era muy aproximado; los grupos siempre comienzan tarde.

Se sentían fuera de lugar, pero estaban acostumbrados a ese tipo de incomodidad.

—¿Alguna idea? —gritó la mujer para que le oyera.

—Yo creo que se olvidan de hacer inspecciones en lugares como este —contestó también gritando—. No dan ticket, el volumen está imposible y las condiciones generales del lugar son nefastas.

—Eso da igual, centrémonos en lo nuestro. ¡Tengo una idea! —contestó ella y se fue de nuevo hacia la barra.

Hizo señal al camarero y este se acercó.

—¿Qué más quieres? —preguntó él.

—¿Dónde está el encargado? Me gustaría preguntarle algo.

El camarero se quedó callado pensando y mirándolos.

—No lo sé, va y viene.

—¿Cómo podemos encontrarlo?

—No lo sé, soy nuevo. Pero supongo que en un rato vendrá, creo… pronto tocarán.

Mientras, Álex observaba la zona y la conversación de la compañera, en medio de las miradas de los clientes del bar.

Se quedaron callados y de repente el camarero señaló con el dedo.

—Mira, es él —dijo.

La mujer lo localizó al otro lado del local mientras caminaba hacia la entrada. El hombre se percató de que el camarero lo señalaba, acompañado de una persona más.

En ese momento, Karla dio un paso hacia él. Álex la siguió.

El encargado se detuvo, miró a su alrededor y retrocedió. Cuando entendió que los dos forasteros iban hacia él, se dio la vuelta y comenzó a correr. Karla también arrancó a perseguirlo, sorteando a la gente. Lanzó la botella de cerveza al suelo. El hombre se coló por una puerta. La estancia tenía una luz roja y unos sofás con personas estiradas, y todo tipo de drogas por la mesa.

El hombre salió por la puerta que estaba al otro lado y la mujer fue detrás de él.

Entraron en un almacén oscuro, alargado y lleno de trastos. La tenue luz verde de la salida hacía intuir dónde estaba la puerta. Una luz roja venía de la estancia de detrás.

El responsable tiraba a su paso objetos mientras corría, para dificultar la carrera de su perseguidora.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó la mujer.

En cuanto se cerró la puerta de atrás, Karla dejó de ver y se detuvo, mientras escuchaba cómo el hombre seguía corriendo.

Solo cuando abrió la puerta del final y se iluminó el espacio con la luz de la calle, reanudó la carrera. Entretanto, el fugitivo le había ganado terreno.

Aquel hombre corría como si lo persiguieran para matarle.

Huía calle abajo, desenfrenado.

Cuando el hombre giró a la derecha, un brazo apareció por detrás del muro e impactó directamente en su nariz. El golpe inesperado lo hizo caer al suelo sin saber qué estaba ocurriendo. En cuanto vio a Álex, lo entendió.

El hombre se contorsionó en el suelo. Se tocó la nariz, y sus dedos se mancharon de sangre.

Entonces Karla llegó por detrás y Álex levantó al fugitivo, que había quedado aturdido.

22

Karla jadeaba a causa del esprint tras el hombre.

El desconocido tenía la mitad del rostro cubierta de sangre.

Llevaba la cabeza rapada, con varios tatuajes por el cuello y la frente. Otros sobresalían de las mangas de la camisa negra.

Los efectos de haber consumido algún combinado de alcohol y drogas eran evidentes en sus ojos rojos. Estaba temblando y chorreando sangre, que le bajaba por la larga barba y manchaba la camisa.

—¿Quién eres? —preguntó Álex agarrándolo por la ropa.

Lo estampó contra el muro.

—¡Déjame, esbirro! ¿Qué quieres de mí?

—Solo queremos hablar —dijo Álex.

—¿Se puede saber por qué has echado a correr? —replicó la mujer.

El hombre observaba uno y otro lado de la calle, sin mirarlos a la cara.

—Escúchame, solo queremos hablar. ¿Me oyes?

—Claro que te escucho. Suéltame de una vez.

Álex le soltó. El hombre se ajustó la camisa estirándola hacia abajo.

—¿Tanto se ve que somos polis?

—No sé, a lo mejor estamos un poco oxidados con esto de ir de incógnito —contestó la mujer.

—Tíos, se os huele a kilómetros.

Karla le ofreció un pañuelo de papel.

El hombre se lo aplicó en la nariz.

—Me habéis roto la nariz. ¿Cómo voy a cantar hoy?

—Pues no haberte escapado —dijo ella apretándole el dedo en el pecho— ¿Por qué corrías?

—Da igual, queremos hacerte unas preguntas —dijo Álex yendo al grano—. Estamos buscando a una chica que ha desaparecido.

—Pues aquí no está.

—¿Cómo lo sabes, si aún no te he dicho quién es? Antes de nada, ¿cómo te llamas?

El hombre hizo un intento de irse al lado opuesto de donde estaba

Álex. Karla lo empujó en la pared.

—Mi compañero te ha hecho una pregunta.

El hombre miró el suelo.

—Jerry el negro, ¿vale? —contestó y miró al policía— ¡Malditos esbirros!

—¿Jerry? ¿Me estás tomando el pelo cabronazo?

—Si tú quieres ser Tom, yo seré Jerry. ¿Qué te parece?

Álex le cogió del cuello y le aplastó la cabeza contra el viejo muro.

—Escúchame bien, cabronazo. Estamos en una investigación de asesinato, si queremos te metemos en el cuartelillo por un tiempo para que se te refresque la memoria o directamente te denunciamos por obstrucción a una investigación.

—¡O mejor, colaboración con un asesino! —añadió Karla.

—Te lo repito, ¿cómo te llamas?

El hombre respiró hondo.

—Manolo Mejías Pérez.

—Muy bien, Manolo. Te voy a soltar y no quiero más bromas, ¿entendido?

El hombre asintió con la cabeza

—Estamos buscando a una chica que tiene que haber desaparecido hace un mes más o menos. ¿Te falta alguna fan?

—No tengo ni idea. ¿Cómo se llama?

—¿Crees que estaríamos aquí si lo supiéramos?

—Tiene un tatuaje pequeño de tu banda en el tobillo derecho. ¿Te acuerdas ahora?

El hombre hizo un gesto con la cabeza.

—No sé, hay muchas locas que se tatúan nuestro dibujo. ¿Es rubia, morena?

—No lo sabemos. ¿Ha desaparecido de forma repentina alguna chica?

El hombre negó con la cabeza mientras se metía el pañuelo ya empapado por una fosa nasal, echando la cabeza para atrás.

Álex miró a la compañera y le hizo un gesto con la cabeza. Ella contestó a su manera.

—Manolo, te vamos a dejar ir, pero estate localizable. Necesitamos que nos informes si te vas de la ciudad o si te acuerdas de algo. Aquí me encuentras a cualquier hora —dijo Álex y le dio una tarjeta de visita donde aún ponía *caporal*—. Cualquier cosa, ¿está claro?

El hombre la cogió manchándola de su sangre y se la metió en el bolsillo.

En la lejanía se oyeron truenos.

Álex levantó la mirada. Vio caer unas gotas iluminadas por la farola de la callejuela.

Lo dejó marchar y lo vio entrar por la misma puerta que había salido.

—Te has pasado, te podría denunciar —dijo Karla, mientras caminaban calle abajo.

—Algo sabe. De momento se lleva solo una nariz rota, la próxima vez veremos —contestó Álex.

Los dos iban acercándose a la boca del metro. La lluvia caía cada vez más fuerte.

—Menuda primavera.

—No recuerdo una temporada de tanta lluvia —contestó él.

—La necesita el bosque.

—Ojalá purificase los dementes como Roberto.

—¿Qué piensas del Manolo este?

—Alguien que no tiene secretos, no se escapa.

—¿Qué tiene que ver con Roberto?

—Mañana te lo explico, tengo una hipótesis.

La mujer se rio, negando con la cabeza.

—Vuelves a hacerlo.

—¿El qué? —preguntó él.

—Dejar las cosas a medias —contestó, luego se giró y marchándose concluyó—. Nos vemos mañana.

Él asintió y sin decir nada más tomó el metro en la dirección contraria a la de la mujer.

Se despertó más tarde.

Apagó el despertador y se volvió a dormir. La lluvia le provocaba un efecto meditativo: su dulce sonido era terapéutico.

Álex alargó un brazo al otro lado de la cama, pero no había nada. Frías sábanas y un cojín sin usar. La huida de Mary no era un sueño, sino la pesadilla que ya formaba parte de su vida.

Comenzaba un nuevo día con un cielo de color gris pizarra. Entonces se acordó de Roberto y de la investigación.

Se incorporó y miró el reloj; era mucho más tarde de lo que se esperaba. La hora de vuelta a casa después de la investigación nocturna se le había escapado de las manos.

Conectó el móvil y aparecieron varios mensajes. El más importante era del jefe, que le reclamaba un informe de la investigación.

Se aseó y preparó una cafetera. Se puso el chubasquero y se fue hacia la comisaría.

Los periodistas seguían acechando el edificio en búsqueda de noticias jugosas.

Entró apartando los periodistas con un "sin comentario" y subió a su planta. Se quitó el chubasquero empapado y lo dejó colgado en la maneta de la ventana.

Karla se encontraba en su escritorio. En cuanto lo vio, se apresuró a colgar.

—Álex, llevo toda la mañana intentando llamarte.

—Estaba cansado. Voy a ver a Rexach.

—Te está esperando desde primera hora —dijo Karla.

El policía entró en el despacho de su jefe. Este colgó y levantó la vista del ordenador.

—Álex, te he estado llamando varias veces. ¿Dónde estabas?

—Lo sé, estaba desmontado, necesitaba dormir —contestó desde el umbral de la puerta.

—¿Tienes novedades?

—Ven, te enseño una cosa —dijo Álex a su superior.

Este arrugó el ceño y se levantó.

Álex entró primero en la sala, detrás del jefe y Karla. Abrió la puerta y enchufó las luces.

Las mesas estaban juntas y la pizarra tapizada de papeles enganchados con flechas y nombres.

Álex puso al jefe al corriente del informe forense del día anterior.

Todos los detalles, las hipótesis y las consideraciones.

—¿Quién es Roberto? —preguntó el jefe.

Álex miró a la compañera y le hizo un gesto.

—Hemos decidido personificar al asesino. Como no sabemos cómo se llama, de momento es Roberto. Así, entre el equipo, da un sentido de búsqueda más real.

El jefe asintió.

—Buena idea, Caporal —dijo a Karla.

Álex calló.

—No, es idea de Álex —contestó ella sin mirar.

—En fin, eso da igual. Ves esta —dijo Álex señalando la tercera fila de fotos—. Es la mujer número tres, la hemos llamado así de momento. Nos hemos basado en los signos identificativos de los cadáveres. Es una idea de la forense Guevara, de la central. Es decir, esta mujer tiene un dibujo tatuado aquí, ¿ves? —Indicó la foto y el jefe se acercó colocándose las gafas—. Encontró que es un símbolo de un bar y de un grupo. Una banda de rock, vaya. Ayer nos fuimos a investigar.

—¿Y qué habéis encontrado?

—Bueno, el solista del grupo se llevó un recuerdo.

—¿Cómo? —preguntó el jefe

—Se llevó un buen susto.

Los dos se miraron.

—¿Sabe algo?

—Algo sabe, pero no nos ha querido decir nada.

—¿Puede que sea él, el tal Roberto? —dijo el jefe girándose—. ¿Le ponemos unos agentes que le sigan?

—No, perderíamos el tiempo. Es un drogata y músico del tres al cuarto. No creo que pueda saber nada de todo eso, pero no quita que sepa algo de la mujer desaparecida.

—Me gusta esto —dijo el jefe apuntando a la pizarra.

—Subinspector, le llaman al teléfono —dijo un agente asomándose por la puerta y mirando la pared llena de papeles.

—Vengo en seguida —contestó al chico—. Seguid, no será fácil, pero si este hijo de perra ha cometido un error, seguro que lo encontraréis —concluyó y salió de la estancia.

Álex y Karla se miraron.

—En fin, volvamos a lo nuestro —dijo Álex.

—¿Qué vas a hacer?

—De momento tomarme una aspirina y un café. Revisaré mi correo y luego te digo.

La mujer asintió y salió de la estancia.

Álex apagó las luces y cerró la puerta. Se acercó a la máquina de café y se sacó un café largo. Luego se acercó a las ventanas y se quedó

mirando el tráfico y la calle.

Recordó las imágenes de hacía un par de noches, cuando estaba todo vallado, y los focos que iluminaban la furgoneta.

Un camión amarillo de reparto, con tres letras rojas, se marchaba de la acera de delante de la comisaría.

Los paraguas pasaban rápidamente por la acera. La cafetería estaba abierta y con las mesas reagrupadas y vacías, ya no por el hedor, sino por la inclemencia del tiempo.

Una niña pasaba con un chubasquero rosa al otro lado de la calle. Entró en un portal, cerrándolo detrás de sí. La mente de Álex regresó a los cadáveres: antes tenían que ser personas que, como esa niña, caminaban por la acera, sin ser conscientes de que acabarían decapitados.

Regresó a la oficina. Dejó de escuchar sus pensamientos, dejando paso a los teclados y las llamadas.

Al otro lado de la estancia, un agente le llamó.

—Sargento, ha llegado esto para usted —dijo señalando su escritorio, y luego se marchó.

Se giró para ver qué era. Una caja estaba apoyada en el centro de su escritorio.

Dio el último sorbo al café y tiró el vaso de plástico.

Se acercó lentamente. Era una caja de cartón sin marcas. Estaba cerrada con celo de color marrón, estándar. La etiqueta, en la parte superior, llevaba el logo de la compañía de envío: DHL.

El destinatario era él, con su nombre y apellidos y la dirección de la comisaría.

Levantó la mirada: todos los compañeros se encontraban haciendo sus tareas.

El paquete tenía una forma cúbica.

Cogió unas tijeras para perforar el celo y se dispuso a abrirlo.

24

El mundo despareció.

Hasta ese momento le había gustado su trabajo, a pesar de los días más complicados.

En todos sus años como mosso d'esquadra, ese era el primer paquete que recibía.

Nadie lo miraba; en la sala todo el grupo de investigación funcionaba a pleno régimen, concentrados en sus puestos.

Suspiró.

Perforó la cinta adhesiva.

Siguió la fisura que formaban las dos solapas.

Abrió con delicadeza las alas de cartón.

Dentro había una caja blanca. La tocó. Era de un material plástico, de porexpan.

Volvió a cerrarla y miró otra vez la etiqueta de la compañía de envío; el remitente era de Barcelona. No lo conocía. Arrugó el ceño, preocupado.

Regresó a la caja interior: eso parecía más una Matrioska que un paquete al uso.

La caja de porexpan no salía, ni podía extraerla con las manos. La levantó y notó que pesaba unos seis kilos. No conseguía separar los dos envoltorios.

Optó por cortar las esquinas hasta casi la mitad del lateral. Apareció una fisura en la caja blanca. Repitió el procedimiento por los cuatro lados.

Una extraña sensación lo invadió de repente.

¿Podía una caja trasmitirle esa sensación tan extraña?

¿Podía emitir pulsaciones que no fueran visibles?

¿Podía ser algo más?

Separó la tapa con la punta de las tijeras. De esta salió un aire fresco.

Olió el aire y olía a aséptico, a hospital, casi a lejía.

Alzó la mirada y se percató de que Karla le estaba observando, con el cable del teléfono estirado.

Regresó a su paquete.

Acabó de levantar la tapa y miró su interior.

Lo atravesó un escalofrío que jamás había experimentado. El mismo que explicaban los agentes de tráfico cuando acudían a un accidente, pero que jamás había experimentado en sus carnes. Un rayo le recorrió la columna. Se le puso la piel de gallina.

Sujetó la tapa y la volvió a cerrar, sin creer a sus ojos.

No dijo nada, su boca ni siquiera emitió sonido alguno. No era seguro. Pero Karla conocía muy bien esos ojos.

Colgó el teléfono y se acercó.

—¿Qué pasa?

Álex no contestó.

Karla fue a abrir la caja y él dio un manotazo a la tapa para impedírselo.

—Llama al subinspector y sígueme —dijo con un hilo de voz.

Álex agarró la caja y se dirigió a la sala.

Abrió la maneta con el antebrazo y encendió la luz. En las ventanas, las gotas de la lluvia tocaban una sinfonía extraña, casi macabra, contra los cristales.

Se dio cuenta de que su respiración se había incrementado notablemente, al igual que sus pulsaciones.

El jefe entró por la puerta, sin saber bien qué pasaba.

Los encontró en la sala donde estaban los papeles de investigación colgados en la pared.

La pálida tez del sargento no era de buen auspicio. Estaba delante del paquete con los ojos enrojecidos y una mano que le cubría la boca.

Por la expresión de su cara, al jefe ni siquiera le hicieron falta sus años de experiencia en el cuerpo para entender que algo no iba bien.

—Álex, ¿qué pasa?

El policía no le miró.

—Cerrad la puerta —dijo casi susurrando.

Karla obedeció.

Álex dio un suspiro profundo y ruidoso.

Entonces levantó la tapa de la caja de porexpan y la apoyó a un lado. Acto seguido cogió con dos manos el asa de una bolsa trasparente. La subió con delicadeza.

Cuando estuvo fuera de la caja, los dos espectadores se estremecieron.

—Menudo hijo de perra —soltó el jefe y giró la cabeza para acabar de digerir aquello.

—No me lo puedo creer —dijo la compañera y se acercó como si a ella no le afectara—. Esto es lo más cruel que he visto en mi vida.

Álex no sabía muy bien qué hacer con lo que tenía en sus manos. Lo apoyó en la mesa con delicadeza, para que no rodara.

Los dos policías se acercaron para evitar que cayera.

La bolsa de plástico carecía de aire en su interior y se pegaba al contenido. Dentro, ordenados, había una cabeza, dos manos y dos pies.

El rostro carecía de expresión. El plástico ladeaba la boca por la fuerza del vacío. Un ojo estaba abierto. El otro cerrado.

—¡Dios bendito! —dijo Karla e hizo el signo de la cruz—. Esto es un juego, y acaba de empezar.

25

Álex la miró.

—¿Cómo puedes llamar a esto juego? —dijo a la compañera, echándole encima toda su frustración.

La mujer se extrañó.

—Tu Roberto ha dictado las reglas del juego, enviando una furgoneta llena de cadáveres y ahora una caja que no podemos definir de otra forma.

—Silencio —dijo el jefe sin alterarse.

Luego se acercó a la cabeza. Entre el plástico y la piel, la sangre había creado un líquido rosáceo que humedecía el contenido. Era un hombre, de joven edad, con el pelo corto y oscuro, mojado por el líquido.

—Centrémonos. Estamos delante de un ser humano que ha muerto —dijo acercándose y mirando a través de sus gafas—. ¿Álex?

—Dime, jefe

—Llama a Mario, dile que subimos con algo para ellos. Que nos vemos ahora mismo en el laboratorio —dijo el jefe mirando la bolsa. Luego hinchó el pecho y se dirigió a los dos compañeros, apuntándoles con el índice—. Ni se os ocurra decir nada de esto a nadie que no sea estrictamente necesario.

Luego se rascó la cabeza.

—Metedlo otra vez en su caja y lo subimos.

—Maldita sea, Rexach. Estaba con un informe de documentoscopia que he de entregar esta tarde de unos cheques robados. Y ahora, ¿con qué me vienes? —dijo Mario rebotándose, mientras abría a Álex la puerta del laboratorio.

Detrás de él iban el jefe y Karla.

—¿Dónde puedo apoyar esto? —preguntó Álex.

—Pero, ¿qué es? —preguntó impaciente Mario, extrañado de la repentina incursión en su departamento.

Álex lo miró y suspiró.

—¿Dónde puedo dejarlo? —replicó insistiendo.

Mario se giró y saludó a los dos agentes, que estaban analizando en

el laboratorio de la segunda planta unas muestras de droga incautada y unas huellas en unas latas de Coca-Cola, de dos casos diferentes.

Álex apoyó la caja sobre una encimera.

El jefe hizo una señal a Mario para que se fueran los dos chicos del laboratorio.

—Ellos se quedan, son de mi equipo y respondo por ellos.

—De acuerdo. Álex, vamos a ello —confirmó el jefe.

Este abrió la caja de cartón, luego la caja de porexpan y finalmente sacó la bolsa de plástico con los restos del cadáver.

Los tres agentes del laboratorio, en cuanto vieron el contenido, dieron un paso hacia atrás.

—Esta investigación es de máxima importancia y no podemos dejar escapar ni una sola palabra. ¿Está claro? —dijo Rexach a los del laboratorio—. El juez ha dictaminado secreto de sumario.

Mario se acercó a ver el macabro contenido.

—¿Quién ha tocado todo esto? —preguntó Mario.

—¿Álex? —preguntó el jefe.

—Pues creo que solo yo, y supongo que el agente de la recepción que lo recogió —respondió y luego se giró hacia su compañera—. Karla, ¿tú la has tocado en algún momento?

—Negativo.

—Pues solo yo. ¿Por qué? —preguntó Álex.

—Por las huellas. Vamos a estudiar esto, a ver si el asesino ha dejado rastro —dijo y se levantó y continuó mirando a los compañeros de investigativa—. ¿Qué pensáis hacer con… esto?

—Caray los de científica, un poco de tacto, que es un hombre al fin al cabo. No es "esto", es "él" —replicó Karla.

—¿Cuándo ha llegado? —preguntó Mario.

—Hace media hora.

Mario se puso unos guantes de látex y se acercó a la caja. La inspeccionó y se detuvo en la etiqueta.

—Menuda sorpresa, mirad esto —dijo Mario, mientras los demás se acercaban—. Te la han enviado precisamente a ti, Álex. Esto quiere decir algo. No ha sido enviado a la comisaría en general. Es para ti. Este tío te tiene en la diana.

—¿Has recibido llamadas extrañas en estos días? ¿O alguien te ha seguido? ¿O te has enterado de algo raro? —preguntó el jefe.

Álex se cruzó de brazos y negó.

—Nada anormal, pero también he estado muy cansado y concentrado con el caso del niño raptado.

—¿Podrían tener relación, jefe? —preguntó Karla.

—No lo sé, habrá que verlo.

Álex se dio cuenta de que había abierto la caja sin guantes, y al cruzar los brazos su expresión fue de asco.

El jefe torció la boca y miró a Álex, que se estaba lavando las manos.

—No podemos abrirlo aquí —contestó el jefe.

—¿Tenemos posibilidad de sacar las huellas de la caja? —preguntó Álex.

—Claro, aquí tenemos la tecnología. De eso no os preocupéis. Si hay huellas las encontraremos. Tanto en la caja de cartón, como en la caja de plástico —confirmó Mario.

—Pues hay que llevar esta bolsa a la central y que los forenses la abran —dijo el subinspector Rexach.

—Antes déjenos sacar las huellas de la bolsa. También necesitaremos tus huellas Álex, y las del agente que recibió esto.

—Muy bien, yo llamaré a la jueza para informarle y que nos autorice el movimiento del cuerpo… bueno, de los restos —afirmó el jefe.

—Yo avisaré a uno de mis agentes de que consiga las del repartidor de DHL —dijo Karla.

—Informaré a la médica forense de que iremos —añadió Álex.

—Bien, yo bajo y vuelvo en seguida —dijo el jefe.

—Subinspector, ¿puedo ir con vosotros? —preguntó Karla.

—Yo creo que sería mejor que te quedaras aquí a coordinar las investigaciones. Cuanto antes empecemos, más posibilidades tendremos de coger a ese hijo de perra —dijo Álex.

—Tiene razón. Tu equipo, Ramírez, tiene que dar soporte con todos sus efectivos —confirmó el subinspector.

Mario se volvió a acercar a la bolsa y la tocó. Recordaba a un bebé dentro de una placenta. Un espectáculo repugnante y cruel.

—Pues venga, en marcha. No tenemos un minuto que perder —confirmó el jefe y se fue por la puerta.

26

Era miércoles en Barcelona.

En la Ronda de Dalt, a pesar de estar bajo un continuo diluvio, no había mucho tráfico a esa hora.

Los limpias seguían evacuando agua por el parabrisas. Columnas de goteras caían de los techos de las galerías. Hacía días que las oscuras nubes se habían adueñado de los cielos y no daban señales de irse.

El jefe prefirió coger un coche patrulla. Delante iba un agente uniformado y con las sirenas encendidas. Los coches se apartaban al verlo. Pasaba a toda velocidad por las vías inundadas.

En los asientos de atrás iban Álex y el subinspector Rexach. En el maletero, los restos amputados.

En el coche reinaba un silencio sepulcral que incomodaba hasta al agente que conducía. De vez en cuando lanzaba alguna mirada extraña y analizaba a los dos hombres de atrás, pero no acababa de entender lo que sucedía.

—¿Crees que es él?

Álex se despegó de sus pensamientos y se giró hacia el jefe.

—¿Hablas de Roberto?

El otro asintió.

—Espero que sí, ya tenemos bastante con uno por las calles.

—¿Sacaremos algo de la caja?

—Un tío que ha montado este espectáculo por vete a saber qué enfermiza razón, no creo que deje hilos colgando o cometa errores como el de poner su nombre real en el remite de un paquete como este.

—Esto abre un melón que no nos esperábamos.

—Nadie se espera un melón como el que tenemos en el maletero.

El agente que conducía arrugó las cejas y se le escapó una mirada fugaz por el retrovisor. Álex la notó.

—Esto es carne de cañón para la prensa, no sé cuánto tiempo lo podremos mantener en silencio.

—Acabo de hablar con la jueza, me ha recomendado encarecidamente que no se filtre nada —dijo el jefe y concluyó con

resignación—. Y tiene razón.

—Mi equipo es una tumba.

—Pero los periodistas pagan muy bien.

—Sí, pero si te pillan te puede caer un informe sancionatorio de cinco años sin sueldo por un tema así, los de asuntos internos no se andan con tonterías —dijo Álex, mirando fijamente al retrovisor hasta que el agente le cruzó la vista.

Álex creyó que lo había entendido, porque no volvió a mirar atrás.

A los veinte minutos llegaron al recinto de la comisaría central de Sabadell. Álex miró el reloj.

—Diez minutos menos que yendo en coche camuflado. ¡Esto es la leche! —dijo Álex mientras el agente entraba en el sótano del complejo—. ¿Cómo te llamas? —le preguntó.

—Herminio.

—¿Herminio?

—Sí, es el nombre de mi abuelo.

—Buen trabajo, Herminio. Si me hubiese quedado en Barcelona te habría fichado como chófer oficial —dijo Álex.

Al entrar, los neumáticos mojados comenzaron a escurrirse. En cuanto se secaron un poco, empezaron a emitir un sonido que parecía un chillido humano.

Aparcaron al lado de la puerta. Álex salió y cogió la caja de plástico anónima del maletero.

El jefe lo cerró. La médica forense estaba en la puerta.

—Os estaba esperando —dijo Alba.

Álex y el subinspector la siguieron.

Entraron en el habitáculo principal de la morgue. Otro médico esperaba ya preparado con una potente luz, apuntando a una camilla vacía.

Álex apoyó encima la caja.

—Por favor, esperad fuera, tenéis unas sillas allí —dijo la forense.

—No, yo quiero estar aquí —dijo Álex.

—Tú mismo, yo miraré desde fuera —dijo el jefe.

Álex se vistió de blanco y se quedó a un paso.

—Prueba número siete del caso de la furgoneta —dijo la mujer, sabiendo que la cámara de grabación estaba registrando ese momento. Luego indicó el día y la hora.

Álex buscó el aparato, que estaba colgado. Un punto rojo en el techo le indicó su presencia.

—Vamos a extraer la bolsa. Vemos la presencia de una cabeza humana, de dos manos y de dos pies, seccionados. Todo apunta a que sean de una de las víctimas de la furgoneta. Los restos se encuentran

en lo que parece una enorme bolsa al vacío. Podría ser un material empleado en una carnicería o en una fábrica de carne. El grosor del envoltorio no deja pasar olor alguno. Procedemos a perforar la bolsa.

Cogió las tijeras de una mesa con ruedas llena de utensilios. El otro forense le sujetó la bolsa con las dos manos y la mujer procedió a cortar.

Con el primer corte, en una décima de segundo la bolsa se hinchó, perdiendo el vacío. Al instante, la perfecta composición simétrica de las piezas humanas se desmontó, escapando de las manos del ayudante. El segundo corte provocó lo que se esperaba la mujer; entonces Álex entendió su insistencia por que se pusiera alcanfor además de una mascarilla. El hedor del contenido comenzó a difundirse en la estancia. Álex tosió compulsivamente.

—¿Seguro que quieres quedarte?

El policía levantó el pulgar mientras se recuperaba.

—Seguimos —dijo la mujer mientras recortaba el perímetro de la bolsa.

Levantó la solapa de plástico y las partes humanas quedaron al descubierto.

—Creo que estamos presenciando las primeras partes del puzle que el asesino nos ha querido hacer llegar.

Cogió la mano derecha y la volteó en el aire.

—Podemos ver que el asesino ha dejado intactas las huellas dactilares del difunto. La sección realizada, al cortar la mano del cuerpo, presenta las mismas características de los encontrados en la furgoneta.

Luego levantó los pies y los examinó sin decir nada. Intentó coger la cabeza, pero el líquido escurridizo se lo impedía.

Entonces la apoyó en la mesa por la base del cuello.

La cabeza se mantenía sin tener que sujetarla. El pelo, aplastado como recién salido de una ducha, le cubría la frente. Seguía con un ojo abierto y otro cerrado. Mientras la observaba, la iba describiendo para que quedase constancia.

Se agachó y siguió hablando.

—La cabeza parece de un hombre joven, de tez morena. No presenta livideces, pero puede que estén en la parte del cuero cabelludo. La autopsia lo dirá. Puede que corresponda al hombre número cuatro. Las fosas nasales quedan aplastadas a pesar de estar sin presión.

Mientras lo decía cogió un utensilio puntiagudo y abrió las narices.

—Las fosas nasales no presentan obstrucción —dijo y acto seguido lo introdujo entre los labios—. Un momento, aquí hay algo.

Apretó el objeto para apartar los labios cuando apareció un detalle

que no se esperaba. La mujer cubría la visual a Álex y al jefe, aumentando la curiosidad.

—Vaya, aquí tenemos una sorpresa, nuestro hombre nos ha enviado algo. Contiene un papel entre los dientes.

27

Crestas y valles.

Esos elementos, que creaban una estructura única en cada individuo del globo, fueron los culpables de que Mario se enganchara a la ciencia. La evolución humana había confabulado para que cada cuerpo fuera diferente, tanto en su aspecto como en sus marcas dactilares y en su rastro orgánico.

«Los hombres mienten, las huellas nunca», decía Mario.

Mario y la doctora Guevara disfrutaban con casos extraños. Aunque no se alegraban de lo sucedido, los alimentaba de retos y los sacaba de la monotonía del día a día.

El laboratorio se centró en la caja de cartón que acababa de llegar. La cortaron a trozos y la sumergieron en el reactivo del papel, un líquido rojo llamado Ninhidrina. El cartón marrón claro fue impregnándose del líquido y adquiriendo una tonalidad rosácea. Al cabo de varios minutos, como por arte de magia, aparecieron las huellas. Unas marcas digitales rojas sobre una superficie clara.

Con unas pinzas sacaron el cartón de la bandeja hasta que dejó de chorrear. Luego, lo metieron en un horno para secarlo.

Mientras, cogieron la caja de porexpan. Primero probaron con el polvo negro, pero no apareció nada. Entonces probaron el sistema de Cianocrilato.

Introdujeron la caja y la tapa en la campana, aplicaron el reactivo en una base caliente y cerraron. El vapor de la base química del *Super Glue* se fue adhiriendo a las paredes, apareciendo solo una huella. La de Álex.

Una vez el cartón se hubo secado, hicieron las fotos de las huellas y las introdujeron en el ordenador. Las compararon con las del repartidor de DHL.

Entonces Mario llamó a Karla.

—Ramírez.

—Soy Mario, malas noticias.

28

Un transporte mortal.

La agencia de mensajería no tenía ni idea de lo que estaban trasportando.

Karla llamó en seguida a la central de la compañía. Se identificó y pidió hablar con alguien responsable de logística. Dio el número del envío y reclamó el recorrido que el paquete había realizado.

Le indicaron que el paquete no había sido recogido. El cliente, que no se encontraba en la base de datos, se presentó en la sucursal de la calle Espronceda y lo dejó allí. Había indicado que era un regalo de cumpleaños y que se entregara con un par de días de demora.

Karla envió dos hombres a esa sucursal para conseguir más información. Sacó el teléfono y miró las fotos que había realizado a la caja de cartón.

Amplió, en búsqueda de pistas. Pasó las fotos al ordenador y las aumentó. Había una marca escondida debajo del precinto que cerraba las solapas inferiores. A partir de ahí comenzó a tirar del hilo.

Analizó las medidas y las características: dónde se podía comprar; si era material profesional, para qué servía, qué podía contener, *etc.*

Entró en el navegador y descubrió algo. Tenía algo a lo que aferrarse.

Cogió el teléfono y llamó a Álex para contárselo.

29

Un juego macabro había comenzado.

El ayudante de la médica forense sujetaba con fuerza la cabeza y Alba introdujo el bisturí para hacer palanca. La mandíbula estaba durísima.

El cuerpo humano es una máquina perfecta y se mueve gracias a un movimiento hidráulico. Cuando el corazón palpita, los tejidos, los músculos, los huesos, todo el cuerpo puede moverse, gracias al flujo constante de la sangre. Cuando este se detiene, esta deja de fluir y los músculos se bloquean, agarrotándose. Mover un miembro o un mecanismo humano sin el flujo sanguíneo es una hazaña titánica.

En cuanto consiguió abrir la mandíbula introdujo un dilatador, y pudo extraer lo que tenía entre los dientes.

—Encontramos un trozo de papel en el interior de la cavidad bucal. Parece estar plastificado y doblado. Procedo a abrirlo. En su interior hay solo una sucesión de líneas negras de diferente tamaño, lo que se diría vulgarmente un código de barras. Este carece de números.

Una vez desplegado lo enseñó a la cámara y se lo entregó a Álex.

En cuanto lo cogió lo volteó. Solo había líneas negras, nada más. Ni un signo, ni una letra.

Todo estaba centrado a un misterioso código escondido detrás de un enigma de barras.

Álex apretó los dientes.

«¿Qué quieres decir con esto, maldito hijo de perra?», pensó.

En ese momento entró el jefe para ver el papel. Luego preguntó: —¿Cuándo tendremos la autopsia?

—Dejamos todo lo que estábamos haciendo y seguimos con esto ahora mismo. A última hora de esta tarde creo que lo tendremos —dijo Alba, casi en éxtasis con lo que tenía en la mesa.

—¿Y cuándo podremos saber de qué cadáver es? —preguntó Álex.

—Esta tarde te daré mi opinión, es decir, será una deducción por el

color de la piel, por los cortes, la sección. La confirmación del ADN la tendremos en veinticuatro horas.

—Creo que deberíamos pedir el reconocimiento del cuerpo por vía de la huella del DNI —dijo Álex—. ¿Te puedes encargar tú, jefe? Tienes un trato directo con la jueza.

Mientras decía eso, Álex se percató de que la forense lo estaba repasando de forma sutil, felina. Tuvo claro que le gustaba, pero no se había dado cuenta hasta entonces. El filtro que llevaba puesto en los ojos, de nombre Mary, lo había aislado y desconectado de su radar.

—Yo me encargo de esto.

—¿En cuánto tiempo podemos tenerlo?

—Si les ordeno prioridad, creo que en veinticuatro horas lo tendremos.

—Esperad —dijo la mujer—. Hay algo que os quiero adelantar y que me ha llamado la atención. —Los dos policías se giraron al unísono—. Hay algo diferente en esto. Algo inquietante y que no consigo descifrar. La piel de este cuerpo está casi perfecta. Si miramos los cuerpos o incluso el resto del cuerpo tenemos una incongruencia aplastante. El cuerpo tiene una fuerte descomposición tanto de la piel como de los tejidos internos. Sin embargo, las condiciones de la cabeza y de las extremidades no presentan signos de que hayan pasado más de unos pocos días —dijo y se quedó pensando—. De todas maneras, realizando la autopsia, seguramente descubriremos más.

—Gracias por tu tiempo, Alba, espero tu informe lo antes posible —dijo quitándose la mascarilla, sin darse cuenta de lo que hacía.

Las narices del policía se inundaron de olor a óxido y a putrefacción.

Se colocó rápidamente el brazo delante y salió de la estancia. En cuanto salió del laboratorio forense, le sonó el teléfono.

Se quitó los guantes y contestó.

—Cortés.

—Álex, soy Karla. He enviado a unos agentes a la sucursal de DHL para que investigaran. ¿Adivina?

—No lo sé —dijo entre golpes de tos.

—Es una de las pocas sucursales de la empresa que no tiene cámaras de vigilancia. Nadie se acuerda. Pagó en metálico y no hay rastro. He controlado el nombre con que ha firmado el documento y es falso. Hemos recogido las huellas del repartidor y de los empleados, pero Mario dice que la caja está limpia. Todas las huellas de la caja son de personas que tenemos controladas.

—Lo suponía. Este tío no es un improvisador. Es calculador.

Hubo silencio.

—¿Sigues ahí, Álex?

—Sí. ¿Algo más?

—Tengo una buena noticia, tenemos una pista en la caja. Pinta bien.

—Genial, nosotros también tenemos un indicio, es un papel que tenía entre los dientes el muerto. Lleva un enigma.

—Maldito cabrón, está jugando con nosotros.

—Exacto. Escúchame, salimos ahora de Sabadell, en breve estamos allí. Tenemos que prepararnos, porque seguro que van a venir más paquetes.

30

Álex regresó a la comisaría.

La sensación de tener chófer le había gustado, pero también era consciente de que era algo esporádico.

El coche patrulla entró en Travessera de les Corts. En los laterales de la calle estaban aparcadas las furgonetas de las cadenas televisivas más importantes de la nación e internacionales. Era un cortejo nefasto, reservado solo para situaciones excepcionales. Y esa no era menos.

—¿Has visto alguna vez algo así? —preguntó Álex.

—La verdad es que solo una vez. Hace años, en un caso igual de mediático —contestó el subinspector—. Estábamos siguiendo la pista a un asesino. Un indicio nos enviaba a pensar que en el pantano de Sau estaría el cadáver de una niña. La información se filtró a la prensa. Parecía un campamento de la universidad de comunicación. Nos acecharon durante una semana. Fue un sinvivir.

El coche arrancó del semáforo justo delante de la comisaría. Enfrente, un ejército de periodistas estaba esperando cualquier movimiento.

—Mira, ni siquiera la lluvia los detiene. Son implacables.

—Es un caso muy jugoso. ¿Si fuéramos periodistas, sabrías esperar tanto tiempo? ¿Yo sabría?

—Estaríamos aquí y donde hiciese falta —dijo el jefe mientras entraban en el parquin subterráneo recibiendo flashes en la cara—. Solo espero que no filtren cierta información.

—¿Conseguiste encontrarlo?

—¿Al asesino de la niña?

—El cuerpo.

—En el pantano no lo encontramos, estaba en la casa de la víctima, debajo de una losa de hormigón —concluyó saliendo del vehículo.

Álex entró en el despacho. En cuanto Karla lo vio le hizo un gesto para que se reuniese con ella en la sala de los documentos.

Entraron los dos.

—Dime que has encontrado algo.

—Roberto ha cometido un error.

Álex se sorprendió.

—¿A qué te refieres?

—Creo que con las prisas no ha quitado una pequeña marca del fabricante de la caja de cartón.

—Sigue.

—He pensado lo siguiente; cuando has intentado sacar la caja de porexpan de la otra, estaban tan justas que no podías. Así que he pensado que el fabricante de la caja de cartón, era el mismo de las dos. Así que lo he averiguado y el fabricante deja una marca pequeña. Supongo que con el celo se cubría y no se acababa de ver.

—¿Y has llamado al fabricante?

—Es una caja para los envíos de productos refrigerados. O, mejor dicho, está pensada para los pedidos refrigerados que se realizan en las tiendas online.

—Interesante.

—He hablado con el fabricante, vende solo a cash and carry, es decir: supermercados para profesionales, a cuatro clientes grandes y por su página web. Nos pasará todos los listados de sus ventas de ese artículo. Obviamente, los interesantes son los de su propia web.

—Excelente, puede ser una buena pista a seguir.

—¿Y la tuya?

Álex sacó el móvil y le enseñó lo que tenía la cabeza entre los dientes.

—¿Esto? ¿Pero qué es esto?

—Parece un código de barras.

—Espera —dijo la chica y sacó su teléfono—. Tengo una aplicación que nos puede ayudar. Cuando voy al supermercado, escaneo los alimentos por el código de barras. Me dice si llevan gluten, si son sanos y unas cuantas cosas más.

La mujer escaneó el código y la aplicación buscó alguna coincidencia.

—No. No es de ningún producto habitual.

—Suponía que no sería tan fácil —dijo Álex dejando el móvil en una mesa.

Luego se giró hacia la pizarra donde estaban todos los indicios.

—Esto acaba de comenzar, Karla. Acaba de comenzar —reiteró desconsolado y juntó las manos detrás de la cabeza.

Hubo unos instantes de silencio.

—Espera, tengo una idea —dijo ella y sacó el móvil—. Alan, hola, soy Karla Ramírez de investigativa. Por favor, ven corriendo a la sala del Briefing. Gracias.

—¿Corriendo? —preguntó Álex.

—Es que si no vendría en media hora —replicó Karla.

—¿Quién es?

—Alan, el de telefonía forense. Un coco, ya verás.

A los minutos, un suave, casi tímido ruido se oyó en la puerta.

—Pasa, Alan.

La puerta se abrió lentamente. En cuanto estuvo abierta por la mitad, una cabeza se asomó.

—¿Es aquí? —dijo Alan.

El agente informático asomó la cabeza. Llevaba el pelo a casquete y gafas de vista rectangulares con marco de pasta fina y juntadas con celo. No iba de uniforme, llevaba una camisa de cuadros y manga larga.

—Entra, por favor, Alan.

Con la velocidad de un oso perezoso, entró.

—Alan, de todo lo que veas aquí no podrás decir una palabra a nadie. El caso tiene secreto de sumario.

El chico ya había escaneado la pizarra y asentía con la cabeza.

—Ven, siéntate —dijo Karla y le enseñó la foto del código de barras—. Esto nos lo ha dejado un asesino en serie.

—¿El de la furgoneta? —dijo mirando la pizarra por encima de las gafas y arrugando la nariz.

Karla miró a Álex, este se encogió de hombros.

—Sí, Alan.

—Creemos que contiene un mensaje, pero no tenemos ni idea.

Alan soltó un ruido gutural.

—Los códigos de barras son una secuencia de barras de espesor diferente que siguen un patrón y un algoritmo. Normalmente estas barras representan un número concreto. Déjame tu móvil —dijo a Karla—. No sabemos el número, pero lo podemos averiguar.

Empezó a buscar en un buscador de internet, luego descargó una aplicación y escaneó el código.

—Ya lo tenéis. Este código de barras representa el número 18.09.06.05.20.21 —dijo y le devolvió el móvil mientras se ajustaba las gafas.

Luego se levantó para irse.

—No tan rápido, Alan —lo detuvo Álex—. ¿Qué quiere decir esto?

—No lo sé. No tengo ni idea.

—Pero espera, necesitamos tu ayuda. Imagínate si todos los cadáveres llevan un número de estos. ¿Qué tenemos que hacer?

Alan miró a Karla.

—No lo sé. Cuando los tengas todos, veremos.

—Ya, pero, ¿y si es un mensaje del asesino? Lo que quiero decir es que, si lo pudiéramos adelantar, podríamos cogerle antes que nos decida enviar el último cuerpo.

—Cuando tengas el segundo volvemos a hablar —contestó el informático.

—No lo entiendo —replicó Álex.

—Sí. Cuando tienes una sola coordinada de un mapa, no puedes entender nada. Cuando tengas más de una, aunque solo sean dos, podremos intuir el movimiento, la dirección. No quiero decir que sea una dirección o un mapa. Si es un enigma que nos da el asesino, tenemos que esperar para entender el patrón, si es que sigue alguno. Hasta entonces, no podemos averiguar nada. ¿Puedo irme?

—Sí, gracias, Alan.

Salió sin decir nada más.

—Es un poco raro, pero es un coco. Ya verás —dijo Karla una vez la puerta se cerró.

Tenían un número, pero no era suficiente. El juego había comenzado y los dos policías no tenían ni idea de las reglas. Solo tenían un número y no sería el único.

El teléfono le vibró encima de la mesa. Álex lo cogió.

En la pantalla aparecía un nombre. Miró el reloj; era casi noche.

—Perdona, Karla, tengo que contestar —dijo y salió de la estancia.

La policía se quedó repasando los indicios. Apuntó el número que le había dado Alan en la pizarra y fue anotando temas pendientes para el día siguiente.

Hizo un listado, del más importante al menos.

Cuando la acabó regresó el policía.

—¿Tu novia?

—Mi madre —dijo mirando al suelo.

—¿Y Mary?

—No es asunto tuyo.

La mujer levantó las manos y enarcó las cejas.

—Veo que sigues a la defensiva.

—La vida es un columpio; a veces se está arriba, a veces abajo. —Álex se detuvo en la puerta—. Necesito despejar las ideas. Nos vemos mañana —dijo y cerró la puerta con un portazo.

Las ventanas de la sala temblaron. Karla dio un respingo del susto. No tendría que soportar al sargento mucho tiempo más: solo hasta que se marchara a su nuevo destino, Tarragona.

31

Álex necesitaba correr.

En cuanto llegó a casa, se cambió y se fue por el paseo marítimo a liberar dopamina. No quería caer en la tentación de rebuscar alguna ex dispuesta a recordar viejos momentos que ya nunca volverían. Tampoco le apetecía irse a algún bar a tomar una copa que lamentaría el día después, o meterse en la cama y llorar la ausencia de Mary.

Subió la música de sus cascos y corrió más rápido.

La imagen de la cabeza al vacío no se despegaba de él, de la misma manera que no se marchaba el olor a putrefacto de sus narices.

«¿Por qué me enviaron ese paquete a mí? ¿Por qué yo?».

Recordó la etiqueta de la caja. Su nombre. Entonces se acordó de un detalle más. Uno que se le había pasado por alto.

Sargento Cortés.

Sargento, ¡no caporal!

Hacía muy poco que se había realizado ese ascenso.

Corrió hasta el Maremágnum. Pasó por delante de una tienda donde había una pantalla de televisión. En esta, el telediario daba una noticia del niño secuestrado y de la rueda de prensa.

Entonces se dio cuenta. Quien había decidido enviarle el paquete a él tenía que haber seguido la historia. Podía haberle elegido a partir de esa situación. El nuevo cargo, sargento, se le otorgó a partir de ese caso.

Karla le informó de que el paquete había sido retenido en la sucursal de DHL desde lunes hasta el miércoles: por lo tanto, fue preparado durante el fin de semana. El domingo lo tuvo que decidir. Él.

¿Por qué él?

Sacó su teléfono y envió un mensaje. Quería verla, necesitaba hablar, algo de cariño, y ella era la única persona que podía entenderle y comprender esa situación, o por lo menos eso era lo que esperaba.

Ana era muchas cosas, y entre ellas, una amiga.

32

Se duchó rápido.

Cogió el Mini y se dirigió al otro lado de Barcelona. Algo le decía que valdría la pena verla. Tomó la Ronda Litoral y siguió hasta la salida más próxima. La lluvia estaba dando una tregua que sabía a aire fresco. En el coche, Álex se había puesto una de sus canciones de preferidas, *Secret Garden* de Bruce Springsteen. No era Rock, pero era lo que necesitaba.

Aparcó y subió los cuatro pisos saltando de dos en dos los escalones.

«No llames al timbre, mándame un mensaje», recordó que le había escrito.

Así hizo.

Esperó en la puerta, recuperándose del flato, hasta que ella le abrió. Se quedó con la puerta entreabierta e inspeccionándolo.

—Haces mala cara —soltó Ana.

Él suspiró.

—¿Puedo entrar? —dijo encogiendo los hombros.

—Ven, quédate aquí en el salón, dame un momento —dijo mientras cerraba la puerta y se fue a otra estancia.

Álex la siguió con la mirada y se quedó mirando la librería.

La casa olía a comida recién hecha y a colonia de bebé. A pesar de su dura y exitosa carrera profesional, Ana también había logrado todo lo que se había propuesto en la esfera personal: una pareja, un hijo precioso y un lugar al que llamar hogar en su ciudad adoptiva, Barcelona.

Los libros decoraban el ambiente. Pero el estante más bonito era aquel donde llevaban impresos su nombre. Tres años menos que él y ya tenía publicados cuatro libros de su especialización. El último, lo acababa de publicar.

«Ana Cortés: La Mente Criminal y Alrededores.»

Álex lo cogió y lo hojeó.

En la primera página había una dedicatoria donde mencionaba a su familia y a las familias destrozadas por los asesinos en serie.

Sintió orgullo por su hermana. Eran cuatrocientas páginas de trabajo, esfuerzo y muchos sacrificios.

Acababa de devolverlo al sitio cuando Ana regresó.

—¿Has comido?

—No, pero da igual.

—¡Da igual no! ¿Te has visto?

El policía se reflejó en el espejo de la estancia.

—¿Por qué? ¿Qué me pasa?

—Ven, anda, a ver si te preparo algo.

—Cada día te pareces más a mamá.

—¿Duerme?

—Sí, justo se ha dormido.

Los dos entraron en la cocina. Ella abrió la nevera, sacó un túper y lo metió en el microondas.

—¿Qué ha pasado esta vez con Mary?

—¿Cómo sabes lo de Mary?

La hermana se giró y lo miró estrechando los ojos.

—Tus incursiones en esta casa a estas horas solo son debidas a problemas amorosos ¿Realmente te lo tengo que recordar?

Él se rio.

—Se acabó.

—También lo dijiste hace unos meses con la que tenías antes. ¿Cómo se llamaba?

—Agustina.

—¡Agustina! Ya, la argentina. ¿Cuándo sentarás la cabeza?

—Esta vez es diferente, se ha vuelto a USA, me ha dejado las llaves y se ha marchado.

Ana dejó la puerta del congelador abierta y se giró con los ojos abiertos de par en par.

—¿En serio?

El hombre asintió, algo avergonzado.

Luego ella siguió, sacó un poco de pan y lo metió en la tostadora.

—Mamá se va a coger un cabreo de los que nos vamos a acordar —dijo burlándose de él y de la situación—. Ya sabes cuánto se toma a pecho las relaciones y nuestras parejas. ¿Le habrá llamado por lo menos para despedirse?

—Lo dudo mucho, por poco, se fue a la francesa.

La hermana se cubrió la cara con una mano y se poyó en la encimera para esperar que el microondas acabase.

Álex la miró, con admiración. Llevaba unos pantalones de un estilo que no le gustaba para nada, de cintura alta, por encima del ombligo. Le parecían anticuados, retomados de algún armario de la casa del pueblo, pero la verdad era mucho más estrafalaria. Las mujeres a la moda compraban esos horripilantes pantalones. Los llevaba con una

blusa blanca que le daba autoridad, con dos botones abiertos, que casi trasparentaba el sujetador e insinuaba sus formas. Una goma recogía su precioso pelo moreno y rizado. Los rizos eran una marca de familia, un sello del padre que venía a decir; «estos hijos son míos».

—Álex, siento decírtelo, ¡se veía a venir a un kilómetro! Pero tú estabas cegado por la enfermedad del enamoramiento.

Él lanzó un suspiro que sonó a otra batalla perdida. Escuchó un balbuceo procedente del dormitorio, y supuso que era su sobrino, dormido en su cuna.

—¿Y Alberto?

—Está trabajando, hoy tenía una reunión larga. Por cierto, enhorabuena por el hijo del presidente. Al menos el trabajo sí te va bien —dijo, poniéndole pollo con pimientos asados en un plato y el pan en otro.

—Gracias. Necesitaba hablar.

—Lo que deberías hacer es comer, no hablar.

—¿Qué es esto? —dijo él, cogiéndole la mano—. ¿Es nuevo?

La mujer tenía un anillo.

—Eres el primero que lo ve. Pensábamos anunciarlo el domingo.

—¿Os casáis? —Miró el anillo de compromiso, un diamante solitario en una banda de oro blanco.

—Alberto me lo regaló el finde pasado.

—Madre mía, menudo pedrusco, le irá muy bien.

—Sí, está muy contento. ¿Y el tuyo?

—El trabajo no me va como te imaginas, también he venido por esto —dijo cambiando su expresión y pinchando el pollo con el tenedor—. He pedido el traslado.

—¿Cómo?

—Me quiero volver a Tarragona. El Cuerpo me lo ha aceptado, en unas semanas me voy.

—¿En serio? ¿Cuándo has tomado esta decisión?

—Queríamos ir con Mary, pero ella ha preferido Nueva York, antes que Tarragona.

La hermana hizo una mueca desconsolada.

—Hombre, visto lo visto, tampoco hay que recriminárselo.

—Pero Ana, Tarragona es nuestra tierra, esta es una ciudad más grande, inhóspita…

—Inhóspita para ti, porque a lo mejor no has encontrado tu Barcelona.

—Mira el pirado este, ¿sabes qué nos ha hecho?

—¿De qué me hablas ahora?

—Del tío de la furgo.

La mujer levantó las cejas, y al instante incrementó su interés por

la conversación.

—¿Qué ha pasado? ¿Puedes hablar de ello?

—¿Tenemos confianza, no? Hay secreto de sumario, por lo tanto, ya sabes.

La mujer hizo un gesto como si se cerrara la boca con una cremallera.

Álex le explicó todo lo que había sucedido: la furgoneta llena de cadáveres, el macabro paquete y todas las incongruencias que presentaba el caso.

—¡Menuda locura! ¡Cómo me gustaría estar con un caso así!

—Déjate de tonterías, Ana, este es un pirado. Cuanto más lejos de esto, mejor.

—Es el asesino en serie más prolífico de Barcelona. Esto marcará un antes y un después en tu comisaría y en la ciudad. ¿Y tú te quieres ir? —soltó con entusiasmo—. ¡Estas completamente loco!

Álex se rascó la cabeza.

—¿Qué opinas?

La mujer resopló abrumada y se quedó pensando.

—Cuando estaba en Massachussets estudiando, una de las asignaturas era precisamente el *modus operandi* de los asesinos en serie. Estos tipos parecen normales, como cualquiera, no son los típicos inestables que se ven de lejos. ¡No! Lo que les hace diferentes es que son calculadores, minuciosos, detallistas. Cuando los investigadores creían haber encontrado una pista o un cable por dónde tirar, era porque estas personas decidían dejarles una pista. Normalmente son personas de una gran inteligencia, austeros y de poca o nula empatía —dijo la hermana mientras que Álex aprovechaba para comer—. Cuando los investigadores los atrapaban, parecían gente normal. Pero los había de dos tipos, a grandes rasgos. Los primeros mataban por gusto y se les acumulaban tantos cadáveres que de alguna manera los tenían que sacar. Los segundos ideaban un plan y lo ejecutaban a rajatabla. Estos segundos eran los más difíciles, porque costaban más de pillar. Los agentes del FBI, si los cogían, era con el tiempo o porque ellos se dejaban atrapar.

Ana se tomó un momento para pensar.

—Lo que creo es que tienes un tío que no vas a coger y que tiene más cosas preparadas de las que te imaginas —dijo la mujer asintiendo con la cabeza—. Prepárate, que vienen curvas.

Álex fue acabando el pollo. Le gustó tanto, que limpió el plato con el pan.

—Me da igual, Ana, yo en una semana me voy a Tarragona, ya se espabilarán ellos.

La mujer retiró el plato.

—Me ha llamado mamá. ¿Vendrás el domingo?

Álex se rascó la cabeza.

—Justo hoy me lo ha dicho. ¿Puedo ir con vosotros?

—Claro. Te escribo para confirmarte la hora.

En ese momento Álex recibió una llamada. Por un momento pensó que era Mary. Miró la pantalla del móvil: era Karla.

—Cortés.

—Álex, tenemos una huella. Vamos a buscar a ese hijo de perra.

33

Álex sintió miedo.

Era la primera vez que lo sentía en esa operación. Le atormentaba la idea de ver el rostro de un hombre que había hecho tales atrocidades. ¿Qué vería en el fondo de sus ojos? No podía dejar de lado el deber y hacer como cuando era pequeño: meterse debajo del edredón y esperar a que se fueran los fantasmas.

—De acuerdo, esperadme. En veinte minutos estoy en la central.

Colgó y miró a su hermana.

—Tenemos algo. Me tengo que ir.

—Suerte, hermanito.

—Gracias por el pollo, estaba exquisito.

Le acompañó a la puerta y se abrazaron.

—Ten cuidado —dijo Ana antes de cerrar la puerta.

En cuanto esta se cerró, oyó tres giros de llave.

Álex bajó la escalera corriendo, mirando el reloj. Se encontraba mucho mejor y no era el pollo, ni el calor del hogar de su hermana: simplemente era el hecho de hablar con una persona querida, una amiga y una hermana que hacía también las funciones de madre.

Fue a toda velocidad hacia la comisaría. El tráfico era casi nulo a esa hora de la noche.

Bajó la ventanilla y puso la música tan alta que no se escuchaba el ruido del motor.

Cuando salió de la avenida Diagonal y entró en la Travessera de les Corts, bajó el volumen. Aparcó el coche y entró en la comisaría. Bajó al sótano, donde ya estaban todos preparados. El subinspector y Karla llevaban puesto el chaleco antibalas, y también había un equipo de asalto con un todoterreno, dos furgonetas y varios coches camuflados.

—Bien, ya estamos todos —dijo el jefe en cuanto lo vio llegar—. Venga, vamos.

Todos entraron en los coches y salieron a gran velocidad. Por delante del convoy iba una patrulla que abría paso con las luces encendidas.

Álex iba en un coche con Karla, que conducía, y el subinspector ocupaba el asiento del copiloto.

—Le tenemos, Álex —dijo el jefe girándose—. Lo hemos

identificado.

—¿Dónde estaba la huella? —preguntó Álex.

—Estaba en la furgoneta. El muy hijo de perra la había limpiado mejor que cuando salen de fábrica, pero el equipo ha encontrado una huella en la caja de fusibles. El tío cambió uno de esos componentes sin guantes y le hemos pillado. En una hora estaremos en su casa.

Álex escuchaba sorprendido.

—¿Y quién es?

—Se llama Pere Franco. Tienes el historial en esta carpeta —dijo el jefe mientras se la pasaba.

Álex la cogió y comenzó a revisarla. En la solapa, por la parte interna, había una fotografía del individuo. Era un hombre con una mirada inquietante, barba dejada y ojos oscuros.

—Desde luego que me lo encuentro por la calle y cambio de acera —dijo el sargento—. ¿A qué se dedica?

—Según sabemos, es un pequeño empresario de la carne. Tiene corderos y los exporta a Francia. Al parecer es un autónomo al corriente de la seguridad social, tiene alguna multa, pero nada que levante sospechas.

Álex miró el expediente mientras el coche ya estaba en la autopista, dirección Girona. Hacía unos años que el hombre había sido condenado por robo y estafa por el grupo de investigación multi reincidentes de los Mossos d'Esquadra de Girona. Un tipo raro, pero que encajaba con la furgoneta y con el resto.

Una vez que se leyó el documento, Álex se puso a mirar por la ventanilla. Las palabras de su hermana regresaron a su mente, en un bucle.

Luego miró el móvil; Mary seguía desaparecida. Entró en la aplicación de mensajes instantáneos y vio que estaba conectada.

Consiguió reprimir las ganas de escribirle.

—Estamos llegando —dijo el jefe.

Los coches entraron en el camino que llevaba a la casa. El edificio estaba a las afueras de Girona, a los pies de las Gabarres, las montañas que rodean Girona.

Al lugar acababa de llegar un helicóptero que iluminó de repente el edificio, mientras llegaba el cortejo de coches y furgonetas.

Los haces de luces de los coches hacían un baile extraño, casi funerario, sobre el polvo del camino.

Vieron que la granja estaba formada por varios edificios: un establo, una casa y un edificio en medio, chato y gris.

En cuanto las furgonetas se detuvieron, un enjambre de agentes de intervención se propagó por el complejo.

Uno de ellos, con un ariete, se colocó delante de la puerta principal y la tiró abajo casi sin esfuerzo. Entraron de dos en dos.

—Quiero entrar —dijo Álex.

Desenfundó su arma y entró el último.

El jefe se quedó fuera con la radio en mano y Karla siguió al sargento.

En cuanto entró, Álex siguió el rastro de los agentes.

Solo se oían portazos y gritos: *«¡Despejada!»*.

Una vez comprobada la planta baja, subieron. En cuanto los primeros dos agentes estuvieron en el primer piso, de la radio llegó un mensaje que los dejó helados.

«Ha escapado por detrás».

La mitad de los agentes se detuvieron y se dieron la vuelta. Álex y Karla se encontraron primeros y comenzaron a correr hacia fuera.

«Está por el bosque».

Una vez estuvieron fuera, recibieron otro mensaje del helicóptero.

En cuanto llegaron a la parte de atrás, el haz de luz del vehículo indicó la ubicación del fugitivo. Los agentes comenzaron a correr. Álex guardó la pistola. Se encontró en ventaja respeto a sus compañeros. Entrenado y más ligero de ropa, corría por el bosque.

Al cabo de varios minutos de esprint, comenzó a ver el hombre que estaba escapando.

—¡Alto! ¡Policía! —gritó Álex.

El fugitivo hizo caso omiso. Lo veía, estaba a punto de atraparlo.

En cuanto estuvo encima de la ladera, el hombre desapareció. Álex llegó y vio que ya estaba corriendo ladera abajo.

Se giró. A unos metros llegaba Karla jadeando, y detrás los compañeros con las luces en los cascos, que avanzaban desacompasados.

Los compañeros no llegaban; tendría que seguir solo.

Se tiró ladera abajo.

Se apresuró, le costaba incrementar el paso y faltaba muy poco para cogerlo. Se dio cuenta de que iba descalzo. La necesidad de escapar era más fuerte que las zapatillas del policía.

—¡Quieto! ¡Maldita sea! ¡Para! —gritó Álex cuando estaba a un par de pasos de distancia.

Se le echó encima en un placaje de rugbi desesperado y cayeron juntos, levantando hojas y arbustos. A pesar de los golpes, el policía no soltó la presa.

«Te tengo, maldito bastardo», pensó sin saber cuántas vueltas estaban dando.

A los pocos segundos apareció Karla, que apuntaba con la pistola, con una pequeña linterna que se diluía en el haz de luz del helicóptero.

«Lo tienen, presa atrapada», se oyó desde la radio del vehículo.

34

La ventana era oscura.

Por el otro lado las cámaras estaban grabando. Álex llevaba tiritas en la frente, que le cubrían los rasguños provocados por la caída. Delante, la presa, atado en la habitación y sentado, como una fiera enjaulada.

Tenía más años de los que aparentaba en la foto de la carpeta. Era de tez morena, con el pelo más largo. Sobresalía de su barbilla una barba larga y densa con mechones blancos.

—Quiero entrar yo —dijo Álex al jefe.

El jefe le hizo un gesto con la mano, permitiéndole pasar.

—Yo también quiero estar presente —dijo Karla.

Álex la miró.

—Dame un rato a solas con él, y luego es todo tuyo.

A ella no pareció gustarle la orden, pero la acató sin protestar.

Álex asintió, tragó el último sorbo de café, se sacó otro de la máquina y entró en la sala.

Apoyó el expediente sobre la mesa, junto al vaso. Se colocó en la silla y miró por la ventana. Él sabía quién había al otro lado y que estaban grabando. El otro se lo debía de imaginar también.

Se quedó mirándolo fijamente.

El detenido, con una expresión dura que encerraba una emoción que Álex solo adivinaba, no decía nada.

Los dos se aguantaron la mirada. Álex no pensaba bajarla, a pesar de que el hombre le asustaba, pero eso no podía demostrarlo.

Al minuto el otro agachó los ojos.

—¿Cómo te llamas?

—Que te jodan.

—No me consta que te llames así —dijo sin quitarle un ojo de encima—. ¡Vuélvelo a intentar!

El hombre no dio signos de colaborar.

Álex dio un puñetazo sobre la mesa metálica que hizo sobresaltar al hombre, no por la fuerza, sino porque no se lo esperaba.

Se miraron con rabia.

—¿Por qué me lo preguntas, poli?

—Para que quede constancia. Para saber si eres la persona que estamos buscando.

No contestó.

—Mira, te cuento, en la mierda estás tú, no yo. Lo que estoy haciendo es averiguar si eres quien creemos que eres.

Tampoco dijo nada.

—Tu casa está siendo puesta patas arribas por mis compañeros de la científica. Si tienes un papel fuera de sitio, una mancha que no tiene que estar, o una factura de la cual no has pagado el IVA, te lo van a encontrar. Eso es lo que está pasando en tu casa, por si no te lo imaginas.

El hombre se mordió un labio.

—¿Qué te parece si pasamos de todo esto y me confiesas por qué lo has hecho?

A pesar del aire acondicionado, el hombre comenzó a sudar. Comenzó a mover la pierna derecha nerviosamente.

—¿Tienes la intención de que nos quedemos aquí mucho tiempo? —dijo Álex. Se cruzó de brazos y se apartó de la mesa—. Yo no tengo prisa.

—Quiero hacer una llamada, está en mis derechos.

—Te equivocas, no tienes ningún derecho y si los tuvieras me los pasaría por donde yo sé. Te vas a quedar aquí el tiempo que diga yo. ¿Me oyes?

El otro suspiró. Le pareció que temblaba.

Álex bebió un trago de la taza. La madrugada se presentaba muy larga, pero a diferencia del otro hombre, tenía a su aliado, el café.

—Mira, es muy fácil —dijo. Dejó el vaso y se limpió de la boca una gota del líquido negro—. Te voy a ser sincero y pragmático. Tienes dos vías. La primera es que nos quedemos aquí los días que necesites hasta que se te ocurra decirme la verdad. Pero con la diferencia que tú estarás en esa silla varios días y yo saldré, comeré, dormiré, y volveré a entrar fresco como una rosa sin nada que perder. Tú te quedarás en esa silla, no comerás y beberás solo agua. Llegaremos al mismo punto, y esto te lo aseguro por lo que más quiero. ¡Tú vas a hablar! —le espetó y se quedó de brazos cruzados para ver cómo reaccionaba el otro.

El otro hombre suspiró y se puso las manos en la cabeza. Su cuerpo temblaba más y más.

—¡Maldita sea! Yo no quería, él me convenció de hacerlo.

La madrugada se había acortado de repente.

Álex se descruzó de brazos y se acercó al individuo. Frunció el ceño; no daba crédito a lo que estaba escuchando.

Al otro lado del cristal, el jefe y Karla escuchaban la conversación sin perderse ni un detalle.

—Lo tienes, Álex. Estrújale como un limón.

—Demasiado fácil, jefe —repuso Karla.

—Ramírez, no seas pájaro de mal agüero. Es él, lo acaba de decir.

Karla no añadió nada más. Siguió sentada y se quedó esperando a ver cómo seguía la escena que miraban en primera fila, al otro lado del cristal.

—Tomás me convenció de hacerlo. Yo no quería —dijo el detenido entre sollozos—. Pero no. ¡Joder tío! No pensaba que pudiéramos tener estos problemas. Tengo familia que alimentar, ¿sabes?

—¿Quién es Tomás?

El hombre miró a su alrededor.

—Si lo delato me la va a hacer pagar.

—Si no me ayudas la vas a pagar tú.

—Menuda mierda, tío. No me esperaba esto.

—Nadie se lo espera hasta que sucede. Venga, dime quién es Tomás y qué te ha obligado a hacer.

—Es el payés de al lado, al que le compro los corderos.

Álex se extrañó.

—Que más…

—Me propuso un negocio.

—¿Qué negocio?

—Tenía unas cabras que no estaban declaradas, ya sabes, fuera de registro.

—No, no lo sé, dime.

—Tomás tiene una finca que sanidad no controla y tiene unas piezas de ganado que hace pasar por buenas. Ya sabes, son más baratas. ¡Maldita sea!

—¿Y entonces?

—Pues las vendemos en Francia como halal y sacamos mucha pasta.

—¿Halal?

—Sí, las sacrificamos como dice el Corán, para los musulmanes. Y en Francia las pagan muy bien. Es decir, declaramos una parte y la otra no, porque es más barato, hay más margen.

Álex se rascó la barba y miró por el cristal.

—Ahora entiendo la furgoneta nueva. Es una Mercedes Vito, ¿no?

Matrícula de hace seis meses, nueva, comprada en efectivo —dijo Álex haciendo una mueca mientras miraba el informe de hacienda—. Nada mal.

—Sí, joder.

Al otro lado del cristal Karla carraspeó, mirando de reojo al subinspector.

—¿Qué te había dicho?

—Este tío no es nuestro hombre. ¡Maldita sea! —gritó y tiró un vaso de agua por el suelo. Luego abrió la puerta y se fue, dejándola que se ocupara sola de las cámaras.

Ella se levantó, cerró la puerta y siguió en la sala viendo qué hacía Álex al otro lado.

—Claro, y además no pagas ni IVA ni impuestos sobre esos cabritos, ¿no?

—Lo siento, tío —dijo mientras rompía a llorar.

Álex miró el expediente y levantó la mirada.

—Y tu furgo vieja, ¿qué marca era?

El hombre le miró y pensó.

—Una Opel Vivaro.

—¿Por qué no la diste como entrada en la Mercedes?

—Porque la puse en venta y un tío me llamó al día siguiente. La vendí más caro de lo que me la valoraba la Mercedes, sin contar el descuento de no entregar ningún coche.

—Y este tío… ¿te contactó él? —soltó Álex sorprendido.

—Sí, tío. Un tipo muy raro. ¿A qué viene todo esto?

—¿Recuerdas su cara?

—Yo que sé, hace unos seis meses. Además, no se quitó en ningún momento las gafas, el cabrón.

—Espera, espera, volvamos al día en que fue a verte. ¿Qué pasó?

El hombre miró la mesa y levantó las manos.

—No sé, lo típico. Vino, le gustó, hicimos el papeleo y me pagó.

—¿Cómo te pagó?

—Me trajo un fajo de billetes, tampoco era tan cara la furgo. Tenía un zurrón de kilómetros. Pero me pagó en metálico. El día que llamó para verla me dijo que si aceptaba todo en negro y… ¿qué tenía que hacer? Necesitaba la pasta rápido para comprar otra. No podía tener dos.

—¿Cuándo te llamó? ¿Cómo lo hizo? ¿Tienes su número?

—Ostras tío, ahora que lo dices, siempre me llamó él y desde un número oculto. Nunca le llamé yo.

—¿No te dio un número de teléfono para enviarle mensajes por escrito?

—No.

—¿Dónde está la copia de tu contrato?

El hombre caviló un momento.

—En la oficina, creo que en el segundo cajón del escritorio.

Álex envió un mensaje desde su celular.

Al otro lado del cristal, Karla lo recibió.

—¿Recuerdas qué bolígrafo usaste para firmar el contrato?

—No tengo ni idea, no sé, uno cualquiera. —Luego se corrigió—. ¡No! Espera, él llevaba bolígrafo y firmamos con el suyo. Era uno con publicidad, creo.

—¿Qué publicidad?

—No sé, no me acuerdo.

—Por favor, todos los elementos son importantes.

—No sé, era un bolígrafo azul y naranja, creo.

—¿Qué más recuerdas?

—Llevaba guantes, hacía frío, pero no se los quitó ni siquiera para firmar el contrato de compraventa del coche.

—¿La voz? ¿Qué voz tenía?

—No sé, muy profunda. Y las gafas eran como de aviador, oscuras.

Álex iba anotando.

—Qué más, ¿qué más recuerdas de él?

—No sé, ahora que lo dices era raro, porque el tío no tenía nada que ver con una furgoneta isotérmica. Era un tío con porte, educado, tranquilo, sin decir ni un taco. Le hice un par de bromas y el tío ni se inmutó. A la tercera desistí. Yo estaba contento, acababa de hacer un buen negocio. Él la cogió y se fue.

Álex se quedó pensando. Se rascó la cabeza y se giró hacia el cristal.

—Necesitamos que nos hagas un retrato robot.

—Claro. ¿Pero qué pasó con mi furgoneta? —preguntó el hombre y mientras hacía la pregunta le cambió el rostro y lo entendió—. ¡No me jodas tío, que la furgo del asesino es la mía! No me lo puedo creer. Cuando llegue al bar del pueblo y se lo cuente a mis amigos seré el amo, me invitarán a cervezas.

Álex se levantó de golpe. La silla fue arrojada contra la pared y el otro hombre se calló de golpe.

—¿Sabes que en ese vehículo hemos encontrado varias personas muertas? —gritó apuntándole con un dedo—. ¿Te estás jactando de que tu coche ha sido el vehículo donde unas personas han perdido la vida? ¿Y si hubiera estado tu hermana o tu hija allí dentro? ¿O tú mismo? ¿Estarías hablando de esta forma?

Se quedó mirándole de pie, con rabia. Apretó los dientes.

—Lo siento —se disculpó el otro.

—Será mejor que sea así y que no digas nada a nadie. Como vayas por ahí dando información sensible, estarás infringiendo la ley y te podemos volver a arrestar. Te pueden caer varios años de cárcel si te escapa algún comentario.

—De acuerdo poli, estaré callado. ¿Me puedo marchar ya?

—Ahora entrarán mis compañeros. Y luego veremos.

Álex recogió sus papeles y bebió el último trago de café.

Se acercó a la puerta. Estaba a punto de salir cuando se detuvo. Movió la cabeza a un lado y se giró.

—Por cierto, si el tío este se fue con tu furgoneta… ¿cómo llegó hasta tu casa?

36

Barcelona.
Jueves.

Álex entró en la habitación oscura.

Karla lo esperaba. Al otro lado seguía el hombre apoyado en la mesa, en un intento desesperado de descansar a pesar de la luz y la incomodidad de la silla metálica.

Álex no dijo nada hasta dejar la carpeta en su mesa y coger un vaso de agua de la garrafa.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—Creemos que estamos avanzado, pero en realidad caminamos en círculos.

—Es un buen paso, aunque tú no lo creas.

—¿Pero es que no lo ves? Ese tío no sabe nada, es un puto callejón sin salida. ¿Dónde tienes los ojos, Karla? —gritó y tiró al suelo la carpeta.

La mujer lo miró de reojo, sin hablar.

—Estás cansado. ¿Por qué no te vas a dormir?

—¿Cansado…?

—Eh, tranquilo, yo no te he hecho nada, ¿vale, Álex? —dijo ella cortándole—. Estamos en el mismo bando y tengo las mismas ganas de coger a Roberto que tú. ¿Ok?

Álex no contestó. Se pasó las manos por la frente y se sentó. Entretanto Karla recogió los papeles del suelo.

—Lo siento. Estoy cansado, sí.

—Todos comenzamos a estarlo, pero eso no nos da la licencia de gritarnos.

—¿Has enviado eso?

—Sí.

—¿Y?

—Ya lo tengo.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —le volvió a gritar.

—Aunque seas mi jefe, no toleraré que me grites.

Álex se levantó y cogió otro vaso de agua. Dio un respiro y levantó los brazos hacia el techo, estirando la espalda. Luego cerró los ojos, estiró el cuello por los dos lados y cuando los volvió a abrir, la mujer estaba con los brazos cruzados.

—¿Has acabado el teatrillo?

—Venga, por favor, enséñamelo —dijo Álex con un tono completamente diferente.

Karla se acercó y apoyó en la mesa el móvil con la foto.

—Me lo acaban de enviar los agentes que están haciendo la inspección ocular. Estaba justo donde nos indicó él.

—¿A qué nombre está?

—El mismo remitente del paquete.

—Menudo cabronazo.

—Lo ha estudiado bien. Cuando estaba escuchándoos, pensaba por qué quiso pagar en metálico y se llevó el contrato. Porque así, diciendo que se encargaba él de presentarlo a tráfico, el otro estaba contento por no pagar el coste y se libró de hacerlo. Pero el otro no lo hizo. No presentó ni siquiera un documento. El otro usó seis meses una furgoneta a nombre del viejo propietario.

—Pues sí. Solo si tenía que pasar la ITV u otra inspección y si no, decir que era un empleado del propietario —comentó Álex—. Tenemos que buscar cómo llegó hasta su casa.

—Puede que en autobús. Pero si así fuera, hace seis meses, nadie se acordará. Ya ni habrá grabaciones.

Álex se rascó la barba.

—Tenemos que preguntar a Alan, por lo del número oculto.

—En cuanto llegue se lo pregunto.

Karla miró el reloj.

—¿Qué te parece si vamos a desayunar algo? En un cuarto de hora abre la cafetería. Tengo que explicarte algo.

Álex asintió. Dio el último vistazo al hombre que reposaba en la mesa del interrogatorio y la siguió.

Los dos policías esperaron unos minutos delante de la persiana de la cafetería. En cuanto se levantó, el reloj marcaba las seis de la mañana de un jueves que acababa de empezar para casi todos.

Para los dos policías era una continuación del miércoles.

El aroma a croissant recién hecho era más cálido que las acogedoras luces del techo.

Cogieron unas pastas y unos cafés. Apoyaron las bandejas en la larga mesa del fondo. Eran los primeros clientes.

—¿Te acuerdas de cuando veníamos aquí las primeras veces? —recordó Karla.

—¿Sigues con esos recuerdos? —dijo Álex con tono algo incrédulo —. Te casas en unos meses y me sales con esto.

La mujer apretó la mandíbula. Él lo notó.

—El pasado no podemos cambiarlo, pero tampoco olvidarlo — contestó ella.

—¿Qué querías decirme? Antes me has dicho que habías descubierto algo.

Karla suspiró.

—He revisado las compras en la página web de la empresa que fabricó la caja de cartón.

Álex afirmó con la cabeza mientras se comía la caracola.

—Pues he cribado las compras de solo cuatro, cinco o seis unidades.

—¿Y?

—¡Hay muchísimas!

—¿Y de solo Barcelona?

—De Barcelona, solo una empresa y un privado —dijo ella dándole poca importancia—. Esta mañana enviaré dos agentes a controlar.

Álex soltó un sonido gutural.

—¿Qué más sabemos?

—Las huellas del cadáver. Sabremos el nombre esta mañana.

—A ver si podemos averiguar quién era la víctima —dijo Álex. Bebió un trago de su café con leche y siguió—. ¿Han podido encontrar tus chicos alguna pista sobre el trayecto de la furgoneta?

—Tenemos unas cuantas cámaras de establecimientos que hemos conseguido.

—¿Y cómo es que aún las tienen al cabo de un mes?

—Simple: porque sus cámaras son de una compañía que almacenan las grabaciones comprimidas en una nube durante más de un año.

—¿Y a dónde nos llevan las pistas?

—A un sitio muy extraño, me gustaría enseñártelo.

37

¿Tenía razón su hermana?

Todas las pistas que creían haber encontrado, ¿eran migajas esparcidas a propósito?

¿Cómo era posible discernirlo?

La única respuesta posible era investigar sistemáticamente los indicios que encontraban por el camino. Estadísticamente, alguna tenía que provenir de algún error, una dejadez, algún tipo de fallo.

Nadie podía cometer un homicidio perfecto, al menos eso era lo que defendía Ana Cortés en las tertulias televisivas y en la radio.

La escritora y periodista había recibido más invitaciones que nunca para participar en eventos cuando su hermano consiguió liberar al niño secuestrado más mediático de la historia española.

El apellido Cortés era un peso y una responsabilidad.

Álex se lo habría borrado y hubiera preferido ser invisible para seguir investigando sin ser reconocido. A Ana no le molestaba; supo surfear cómodamente la ola mediática que generaba la estela del hermano.

Álex iba de copiloto junto a Karla. El coche camuflado se encontraba colapsado en el tráfico de un jueves cualquiera para la mayoría de la gente. En la radio, una tertulia matutina analizaba los datos que los medios de comunicación tenían acerca del asesino en serie de Barcelona.

Pensaba que sabía qué esperar, pero se sorprendió cuando el presentador radiofónico dio paso a una llamada de una mujer.

—Hola, Juanma.

—¿Cómo te llamas?

—Soy Montse, de Barcelona.

—Hola Montse de Barcelona. ¿Qué piensas de todo esto?

—Juanma, te escucho todos los días. Hoy me he atrevido a llamarte.

—Gracias, pero vamos a lo que nos trae aquí. ¿Cómo estás? ¿Qué opinas?

—Tengo miedo, Juanma, tú vives en Madrid, pero aquí todos

tenemos miedo. Vivir en una ciudad en la que tenemos un asesino en serie por las calles, nos aterroriza. Creo que la policía es incompetente. No hace nada. No dice nada. Debería venir la policía nacional o incluso sacar al ejército a las calles, para generar más confianza.

—Montse, me parece demasiado exagerado.

—¿Exagerado? No, no, exagerado es lo que está pasando. Tenemos miedo a entrar en los párquines subterráneos y a caminar por nuestra ciudad por la noche. Tenemos miedo de andar solos. Estamos aterrorizados. Así no podemos seguir.

—¿Por qué hablas en plural?

—Porque todos mis amigos y yo lo pensamos. Acompañamos a los niños al cole y las hijas de mis amigas que van a la universidad hacen los trayectos en grupo, para que ninguna vaya sola. Han dejado de salir de noche, ni de fiesta. Recemos para que esto acabe pronto, Juanma.

El locutor esperó un momento y del micrófono se oyó un suspiro.

–Bueno, gracias, Montse. Hemos escuchado el testimonio de una amiga de Barcelona. Ahora preguntaremos a nuestros invitados, justo después de la publicidad.

Álex miro a la compañera.

—Ya ves, con el secreto de sumario, no podemos informar a la gente y piensan que no hacemos nada.

—Es el principio del marketing: todo lo que no se comunica no existe.

—¿Desde cuándo eres experta en marketing?

—Mi madre está igual, y sus amigas están igual. Ella vive lejos, pero tiene miedo igual.

—Bueno, ¿a dónde vamos?

—Estamos llegando.

Siguieron unos kilómetros de retenciones y aparcó en una calle paralela a la Diagonal.

Las primeras luces del día asomaban por detrás de los rascacielos, haciéndolos brillar. El sol se adentraba en el día pasando entre estos, sin pedir permiso.

Álex miró a su alrededor. Era una zona universitaria y de casas adineradas. Los aspersores levantaban los aromas del césped recién cortado.

—¿Qué hacemos aquí?

—Mira —dijo Karla—. Esta es la zona. Allí está el ángulo de grabación.

La mujer señaló una casa que tenía una cámara que apuntaba a la carretera principal.

—Es la casa de unos millonetis.

—¿De Barcelona?

—Rusos —dijo ella mientras sacaba una foto.

Era una captura de un monitor.

—No se ve gran cosa —dijo él.

—Mira esta —dijo ella con la siguiente.

En la segunda se ampliaba el rincón superior derecho. Había un autolavado de coches.

—Esta es nuestra furgoneta. Aquí perdemos la traza.

—Pero espera un momento, ese día lo recuerdo, estaba lloviendo. ¿Qué hace un tío lavando un coche?

La chica levantó los hombros.

—A lo mejor quitaba polvo o algún signo. Barro, marcas de sangre. No tengo ni idea.

—Sangre no, no tenía en la carrocería. El informe de Mario es claro.

—Yo también lo he leído, pero algo tenía que lavar.

Álex miró el sitio, se giró a su alrededor.

—Vamos allí.

Los dos policías se desplazaron hasta el lugar y aparcaron.

—Mis chicos están buscando las grabaciones de antes y después. Todas las posibles pistas, y vías.

—Es un muy buen trabajo, Karla.

Álex comenzó a mirar, sin preocuparse de si ella le seguía.

El autolavado era parte de una gasolinera. Estaba formado por un tren de lavado automático y una batería de cuatro boxes con manguera para el servicio manual. El que aparecía en la fotografía era el último de la derecha. En la foto se veía perfectamente el modelo de la furgoneta, con un hombre que arrojaba agua a presión sobre la carrocería.

Álex caminaba escaneando toda la infraestructura. Revisó centímetro por centímetro el box de la fotografía. Miró la manguera, pero las huellas no podían haberse quedado, había pasado demasiado tiempo. La moneda tampoco, pudo haber usado guantes y no era posible de identificar.

Alzó la vista, busco a 360º todas las posibles cámaras y las visuales que podían tener, pero las mamparas laterales cegaban los lados.

—¿Qué estás pensando? —preguntó su compañera.

Álex se giró sorprendido, se había olvidado de Karla.

—¿Cómo dices?

—¿Que qué piensas? —replicó.

—No lo sé, estoy valorando todas las posibilidades —dijo el

sargento sin mirarla—. Si la furgoneta entró por allí, se detuvo en este lugar para lavar vete a saber las manchas de qué y siguió hacia nuestra comisaría. ¿Qué tenía que limpiar? Y sobre todo… ¿por qué aquí? Es decir… ¿por qué no antes? Si venía de un sitio menos peligroso… ¿por qué no lavó el coche en otro sitio o el día antes? Lo que está claro es que nuestro hombre lo ha hecho a propósito. Roberto no ha dejado nada al azar. Karla, si se paró aquí fue por algo, y eso tenemos que descubrirlo.

—Ya, estoy de acuerdo contigo. ¿Pero qué narices es lo que tenemos que descubrir? —dijo ella y se detuvo a mirarlo—. ¿Qué haces, Álex?

El sargento se agachó en el centro del lavadero. Observaba las rendijas donde se recogía el agua sucia del lavado.

—Sé que es de locos, pero tenemos que probar todas las cartas. Karla, diles a nuestros compañeros de la científica que revisen el alcantarillado de este lavadero. Quién sabe, a lo mejor encontramos algo.

—¿Estás de broma? ¿En serio quieres que revisen eso?

—Llama al subinspector. Si hace falta un permiso judicial, que llame a Su Señoría y que lo consiga —dijo mientras miraba la cámara de donde provenía la foto que conservaba en sus manos—. Karla, Barcelona nos mira y tenemos que coger a ese hijo de perra. No podemos dejar ninguna pista sin rastrear. Por cierto, que no se olviden del filtro de la depuradora central.

En cuanto el policía acabó de decir esas palabras, se giró hacia la compañera. Caminó hacia ella y le apoyó la mano encima del hombro.

—Tu equipo está haciendo un muy buen trabajo —le dijo.

Ella miró hacia el suelo y se lo agradeció con una escueta sonrisa. Álex comenzó a caminar hacia el coche, dejándola atrás. Al darse la vuelta, a Álex le pareció que las mejillas de su compañera se habían enrojecido por el comentario, pero no pudo saberlo con seguridad porque ella se puso a mirar el móvil fijamente.

—¿Vamos, Karla? —dijo esperando que la chica abriese el coche.

Karla dio un profundo respiro, se giró y accionó el mando a distancia del coche.

En cuanto Álex se acomodó en su asiento recibió un mensaje. Sacó el móvil y desbloqueó la pantalla.

«Ven a la central. Tenemos la identidad del primer hombre».

Karla entró en el coche. Esperó unos segundos antes de introducir la llave en la ranura. A Álex le dio la sensación de que estaba a punto de decirle algo. Sintió una cierta incomodidad al observar su extraño comportamiento. Miró al frente, esperando a que la mujer dijera algo.

—¿Vamos? —dijo Álex con cautela, intentando cambiar de tema para que Karla no dijese nada que lamentase después.

—Sí —respondió ella mientras suspiraba y ponía en marcha el coche.

Álex no dijo nada más en todo el viaje de vuelta. Sabía bien que ciertos silencios dicen más que largas conversaciones.

38

La jueza autorizó la identificación del primer cadáver.

Sonaba frío para los agentes y para los médicos forenses, pero eran números, fiambres, elementos.

El fiambre en cuestión era un ser humano que había perdido la vida. O, mejor dicho, alguien a quien un ser despiadado se la había arrebatado.

Roberto era el asesino que había dejado la furgoneta aparcada delante de una comisaría. Nada había sido dejado al azar. Menos aún, enviar a nombre del flamante sargento un paquete con los restos del primer cadáver.

Roberto era astuto y seguramente no sentía ninguna admiración por él. Probablemente pretendía utilizarle como megáfono para que su causa, aún desconocida, tuviera más amplificación mediática.

Acababan de tocar las ocho en la radio. Faltaban pocos cruces para llegar a la comisaría cuando en la radio emitieron un comunicado especial.

«Nuestros compañeros que se encuentran en la sede de los Mossos d'Esquadra de Travessera, nos confirman que finalmente son cinco cuerpos sin vida encontrados en la furgoneta».

Álex y Karla se miraron a la cara; la noticia les había sorprendido y desplazado. No podían imaginar cómo había llegado la información a los medios de comunicación.

—¡Que me parta un rayo! —dijo Álex, dando un puñetazo en el salpicadero y arriesgándose disparar el airbag—. Si cojo al tipo que ha filtrado esa información lo cuelgo de la fachada por los…

—Espera, escucha —dijo Karla subiendo el volumen de la radio.

«También nos aseguran que algunos medios de comunicación han recibido información privilegiada del asesino. Es un código, un acertijo, un enigma. Desde la radio hemos entrado en las portadas más importantes de la ciudad y lo vemos en primera página de sus webs. Si no lo podéis ver, os lo

puedo adelantar. Son unas líneas paralelas verticales, de diferentes espesores. Serían unas diez o doce. Parece un código de barras sin números. El asesino acaba de lanzar un juego. El mensaje dice que por cada cuerpo enviará un acertijo. Se hace llamar El Asesino del Criptograma. *Muy bien, vamos a publicidad, después seguimos con este informativo especial y hablaremos con nuestros invitados».*

—Este tío nos ha expuesto delante de la opinión pública —dijo Álex mientras entraban en Travessera.

El coche se detuvo en el semáforo rojo, antes de la comisaría. Un enjambre de periodistas cada vez más amplio se lanzó a la ventanilla del copiloto. Su intención era sacar una foto o conseguir declaraciones del sargento Cortés. El vehículo arrancó y se abrió paso hasta entrar en el parquin.

—Esto es de locos —dijo Álex mientras cerraba la puerta.

En la sala de reuniones estaba sentado todo el grupo de investigación.

—Os estábamos esperando para comenzar —dijo el subinspector.

—¿Has visto la locura que hay fuera? —dijo Álex al jefe y siguió—: Estaba escuchando la radio y ya saben todo, encima Roberto ha enviado un mail a los periódicos.

—Lo sé. María ya ha solicitado que nos envíen el mail y he dicho a Alan de telefonía forense que haga una investigación del ordenador y servidor desde donde ha sido enviado. El teléfono está bombardeado de llamadas de periodistas pidiendo más información.

—Nos está poniendo de rodillas. Estamos más pendientes de los periodistas que de la investigación —dijo Álex.

—A lo mejor deberíamos salir y dar una mini rueda de prensa para tranquilizar a la ciudadanía —propuso Karla.

Rexach, que coordinaba el caso, no dijo nada.

—Buenas, vamos a por el Briefing de hoy —dijo el jefe—. Nos acaban de enviar la identidad de la primera víctima. Los compañeros de la Fábrica de Moneda y Timbre han hecho un trabajo a contrarreloj. Pero ya lo sabemos. Nuestro hombre se llama Miguel Rodríguez. Tenemos una foto y os la hemos puesto en el informe que tenéis en las sillas. Podéis abrirlo.

Los asistentes, unos treinta agentes, abrieron la carpeta. El jefe alargó una también a Álex y a Karla, que la abrieron juntos.

El hombre que aparecía en la foto era un joven, delgado y con cabello oscuro, de ojos marrones y piel morena.

—Miguel Rodríguez, veintidós años, según el informe de Hacienda actualmente está trabajando en un pequeño supermercado. Originario de Cáceres, tenemos constancia que vive en Barcelona desde hace un par de años. En este aparece la dirección de un domicilio que nos

consta —concluyó el subinspector y luego miró a Álex.

—Muy bien, pues tenemos que averiguar todo de este chico. Quién es, de dónde viene, qué trabajo hace oficialmente y si tiene algún trabajo extra que no declara. Sus compañeros de piso y los que tuvo. Si fuma, qué fuma. Si tiene una novia, un novio, qué hace en su tiempo libre. Cuántas veces va al lavabo. ¡Necesitamos saber todo! —dijo Álex—. Tenemos que averiguar los últimos pasos suyos y sobre todo cómo conoció a Roberto, eso es lo más importante.

Hizo un silencio mirando al equipo.

—Saber qué hizo en los últimos días de su vida para saber cuándo se cruzó con él —concluyó apuntando en la parte más alta de la pizarra, donde había un cartel con el nombre de Roberto y el retrato robot.

—¿Preguntas? —dijo Karla.

En la sala nadie dijo nada.

—¿Quién está siguiendo la búsqueda de la caja que nos ha llegado por DHL? —preguntó Álex.

Una pareja de agentes levantó la mano.

—¿Cómo va?

—No hay trazas de Roberto —dijo uno de los dos agentes apuntando a la pizarra—. La sucursal no tiene cámaras y nadie se acuerda de él. Es muy transitada. Los comercios de alrededor no tienen cámaras tampoco. Se ha desvanecido. Hemos comprobado el transporte público, pero nada. Aparece y desaparece.

Álex los miró afinando los ojos.

—A lo mejor estamos buscando un individuo que entra y sale de la ciudad, cuando realmente vive en la ciudad. Eso sí, la furgoneta debía tenerla en otro sitio. Además, pasó por un autolavado, donde la lavó antes de dejarla aquí delante un día de lluvia —dijo Álex, lanzando la pregunta a todos—. ¿Por qué la tuvo que lavar? No tenía manchas de sangre en la carrocería, el Luminol no las reveló. Si las hubiese tenido, con un manguerazo no habrían salido. ¿Por qué la lava antes de entregarla? —concluyó sin que nadie le contestara.

—¿A lo mejor por barro? El tío tiene una casa en las afueras y quería quitar polvo o barro, para no delatar la ubicación en la que había estado durante tanto tiempo —aportó un agente.

—Bien, es una hipótesis. Si es así, lo sabremos más adelante para saber dónde lo guardó. Pero hay algo que no me cuadra, no sé, creo que hay algo más. Seguimos dándole vueltas —concluyó Álex, mirando por la ventana.

El cielo amanecía despejado esa mañana; el mal tiempo daba un respiro a la ciudad.

—¿Karla?

Ella asintió.

—¿Cómo va la búsqueda en otras agencias por si hay más paquetes?

—Estamos averiguando una por una, ya que no podemos enviar comunicados masivos, pero hay miles —dijo un agente.

—Muy bien, seguid investigando —confirmó Karla y volvió a mirar a Álex.

—Buen trabajo, tenemos que seguir. Karla, asigna a los agentes que tienen que investigar al chico.

Ella obedeció y asignó a dos parejas de agentes que hurgaran en la vida del primer identificado. Luego levantaron la sesión y se fueron todos excepto los tres jefes.

—Necesito hablar con vosotros, Álex y Karla —dijo el subinspector y una vez se quedaron solos añadió—: Puede que tengamos un topo.

39

La palanca.

Todo se complica cuando la información se filtra. Como el agua entra en la tierra, así hace la información. Un secreto tarda en difundirse menos de lo que se cree.

Los secretos son el alimento de los necios.

Los difunden con la misma facilidad que se quitan los pétalos a las margaritas. Y, si entra el dinero en la ecuación, entonces el secreto deja de ser agua y pasa a ser pólvora: la velocidad de propagación aumenta.

—Tenemos un problema —dijo el subinspector—. No sabemos por dónde ha salido la información. La jueza me ha llamado y me ha preguntado cómo puede ser que salga la información, y si tenemos un topo.

—Ya, pero Roberto ha difundido información que nosotros no hemos dado —dijo Karla defendiendo a su grupo.

—En el mail que ha enviado no estaba la información de los cinco cadáveres. Solo habla del acertijo.

Álex se quedó en silencio.

—Tenemos secreto de sumario. No podemos filtrar información.

—Yo me preguntaba, ¿la familia no había denunciado la desaparición? ¿Desde cuándo no tenían información de Miguel? —dijo Álex—. ¿No os parece raro?

—A lo mejor efectuaron la denuncia de desaparición en Cáceres —contestó la mujer.

—Puede. ¿A lo mejor a los compañeros de la policía municipal? Hay que averiguarlo —respondió el subinspector.

—Yo me encargo —contestó Karla.

—¿Quién dará la comunicación a la familia? —preguntó Álex.

—¿Te encargas tú, Karla, de que vaya una patrulla de la Guardia Civil? —dijo el subinspector.

Ella asintió y Álex resopló. El jefe le miró con mala cara.

—¡Ya sabes qué quiere decir eso! —dijo Álex al jefe—. Que la noticia estará en todas las franjas informativas en menos de doce

horas.

—¿Algo más? —concluyó el jefe—. Ojos abiertos, podemos tener un topo.

—Jefe, visto el asedio de los periodistas y que me quedaré a ayudaros con esto, ¿puedo aparcar el coche en el parquin subterráneo?

—¿En serio te quieres quedar?

—Solo unos días. ¿Sí o no?

El jefe asintió y Álex salió por la puerta.

Una vez en su escritorio, repasó los mensajes de su móvil.

Entre ellos había uno de Mary. En la parte que podía ver aparecía un saludo frío como un témpano, que casi no parecía de ella. No quiso abrirlo. Lanzó de mala manera el móvil y se fue a buscar un café.

—¿No exageras con el café? —le preguntó Karla.

Él no contestó; la mañana se le acababa de torcer.

—¿A quién le has asignado el tema del supermercado? —preguntó a Karla.

—A dos agentes. ¿Por qué?

—Espera, quiero ir yo.

La mujer se sorprendió.

—¿Te acompaño?

—No, mejor que no, creo que tienes mucho trabajo aquí. Te informaré cuando vaya.

Vio en su rostro que la respuesta le había gustado.

Álex regresó a su mesa. Entró en el portal de un periódico catalán. La web abría con *El Asesino del Criptograma*. Roberto ya tenía un nombre público, así quería ser recordado. Hablaban del acertijo dentro del paquete. De los cadáveres. Cerró el navegador por desesperación.

Abrió el programa de correos electrónicos. Muchos de los nuevos eran de compañeros del cuerpo despidiéndose. Luego vio uno que le llamó la atención.

El asunto era: *¿Te ha gustado el paquete?*

Un escalofrío lo dejó inmóvil.

Podía ser un error, pero todo apuntaba a que era él. Abrió el mail y se quedó de piedra. No, no era un error.

Era él.

Era Roberto.

40

Álex se abalanzó sobre la pantalla.

Tuvo un momento de apagón cerebral. No sabía cómo reaccionar a eso. Se sintió un juguete del asesino. Luego sintió también el peligro. ¿Que podía querer ese loco de él?

Ya había abierto el mensaje, quizá hubiera sido un error.

Pero ya estaba abierto y no podía volver atrás.

Cogió el teléfono.

—Mario, hola. Por favor, no hagas preguntas, mándame a Alan enseguida.

—No puedo, Álex, está investigando el teléfono móvil de un violador.

—Lo siento, serán diez minutos, es urgentísimo.

—¿Qué pasa?

—No puedo decírtelo. ¿Me lo mandas?

A los dos minutos, a pesar de su acostumbrada lentitud, Alan estaba delante de su ordenador, detrás él y Karla.

—No pasa nada porque lo hayas abierto, Álex —dijo Alan con extrema parsimonia.

—¿Puedes averiguar desde dónde lo ha enviado?

—Estoy en ello.

Alan abrió un programa paralelo con números verdes en un fondo negro, con frases que solo un programador podía comprender.

—El mail ha sido enviado desde un correo cifrado de un servidor suizo. Pero antes fue rebotado por varios DNS's en diversas partes del mundo.

—Alan, por favor, ahora como si lo explicaras a unos niños de tres años.

Este se giró.

—¡Ah, ok! Que el tipo ha usado varios cortafuegos y no podemos localizarle. Además, Suiza no nos dirá quién es el propietario de una cuenta de mail cifrada. Es como una cuenta anónima con dinero, no

van a decir quién hay detrás.

—Espera. Llamo a Su Señoría y les enviamos una orden de la Interpol. ¡Ya verás cómo nos lo dirán! —espetó Álex con tono de autoridad y chulería.

—No van así estas cosas. Primero, un juez español no puede hacer nada en Suiza, y segundo, aunque ellos quisieran, no lo sabrían porque es anónimo. Es falso, y con el juego de rebotar en varios servidores, es imposible saber quién ha sido.

—¿Me estás diciendo que el tío me mandó un mail y no podemos rastrearle?

Alan si giró y asintió con la cabeza.

—Si quieres saberlo, es el mismo correo que han recibido los periódicos. Nada que hacer —dijo mientras cerraba su portátil. Con la misma energía que vino, se levantó para irse.

—¿Ya está?

Alan soltó una sonrisa falsa y se fue, sin decir nada más.

En cuanto desapareció por la puerta Álex explotó.

—Estos informáticos son raros como un perro verde —dijo rabioso.

Karla se sentó y leyó el mail:

«¿Te gustó el paquete?
No será el último.
Prepárate para otro acertijo.
A la chica le hizo perder la cabeza».

—Va a llegar otro —dijo Álex, apretando los dientes con fuerza mientras miraba por la ventana—. ¿Pero cuándo?

41

Álex consiguió escapar usando un truco habitual de los magos: capturar la atención en la mano izquierda y hacer la artimaña con la derecha.

Del parquin salió el mismo coche que había entrado, con Karla al volante y otro agente a su lado. Salió disparado y, en cuanto se detuvo en el cruce, los periodistas se dieron cuenta de que no era Álex el del asiento del copiloto.

Mientras, el sargento salió por la puerta lateral, por donde salía la basura y entraba la paquetería.

Cruzó la ciudad en su Mini.

La dirección introducida en el GPS lo llevó al barrio de La Mina. Un barrio conflictivo, donde en ciertas ocasiones no entraba ni siquiera la policía. El coche no pasaba desapercibido, era una atracción para los grupitos de jóvenes que pululaban por las calles y hacían de todo menos acudir a clase.

Aparcó en la calle, rezando para que no le pasara nada a su coche. Llamar a la policía no le habría costado mucho, pero la reparación de cualquier parte de ese capricho sí.

Tanteó por encima de la chaqueta para sentir el arma y se colocó la placa en el cinturón, cubierta por la solapa.

Cogió el móvil y salió.

En la calle se respiraba violencia y degradación.

Lo miraban como si fuera un marciano. Álex respiró profundamente y cerró el vehículo.

Levantó la vista y miró si había cámaras a su alrededor. La precariedad de la zona era evidente. Los locales comerciales abiertos no disponían de tal tecnología. En otros, las pintadas cubrían por completo las persianas bajadas.

Siguió las indicaciones que le daba el móvil. Antes de girar y dejar la vía principal, vio una parada del tranvía. No pudo ver ninguna cámara de vigilancia, ni en la marquesina ni en los postes. Se sintió en el Medio Oeste.

Giró.

Pasó por unas calles estrechas transversales de la principal. A cada calle en la que entraba miraba a su alrededor, escaneando todos los posibles detalles e indicios.

Llegó a su destino, un supermercado sucio y destartalado con los cristales tapizados de carteles en varios idiomas. La mugre acumulada en la acera daba que pensar sobre la higiene del interior.

Se guardó el móvil y entró.

Al cruzar la puerta le llegó un intenso olor a pescado.

Se rascó la cabeza mirando a su alrededor. Jamás hubiera entrado a comprar nada ahí, y se sorprendió de la afluencia de clientes.

Se acercó al mostrador y apartó la solapa de la cazadora lo justo para que el hombre viera la placa.

—¿Policía? ¿Qué ha pasado? —dijo el que parecía el dueño.

Vestía una camisola larga y llevaba aros de metal en las muñecas.

—Soy el sargento Cortés, de la policía. Estamos investigando la desaparición de su empleado, Miguel Rodríguez.

—¿Miguel? —preguntó y se quedó pensando—. ¡Sinvergüenza!

—¿Por qué?

—¿Por qué? Dejado mi tirado. Más de un mes sin trabajar. Yo despedido, sí —dijo y siguió con un tono diferente—. ¿No es legal?

Álex se pasó la mano por la cara y miró a su alrededor, sin percatarse de una chica que estaba escuchando.

—¿Cómo se llama?

—Yasir.

—Mire, Sr. Yasir, Miguel ha muerto. No puedo decirle nada más. Necesito más información de usted. Cuándo fue el último día que vino a trabajar, su número de celular, *etc.*

El dueño le dio la información que pedía el policía. Cuando acabaron, Álex le dejó su tarjeta de visita por si recordaba más detalles.

Dio un último vistazo a su alrededor y decidió marcharse. En cuanto salió por la puerta, la chica que había escuchado la conversación le siguió.

—Perdone.

El policía la escuchó y se giró.

La chica llevaba un chaleco con el nombre del supermercado. Al ver sus ojos, Álex lo entendió todo.

—Oiga, he escuchado que Miguel ha… —dijo y no consiguió acabar la frase.

—Sí, ¿lo conocías?

La chica asintió.

—¿De qué lo conocías?

—De aquí, trabajábamos juntos en el súper —dijo entre sollozos—. ¿Cómo ha muerto?

—No te lo puedo decir —dijo Álex y la invitó a moverse a un lugar de la calle algo más apartado.

—¿Viste algún comportamiento inesperado en sus últimos días?

—No… bueno, sí. Estaba buscando trabajo, quería salir de este sitio. Llevaba currículum a muchos sitios por las tardes y a agencias de empleo. Pero me decía que estaba difícil la cosa. Tenía la esperanza de salir de esto, había venido de Cáceres para mejorar su vida, no empeorarla.

Álex asintió con la cabeza.

—¿Sabes a qué establecimientos fue? ¿O qué agencias?

—No, era reservado, más en el trabajo. No quería que Yasir se enterase de que buscaba otro trabajo.

—Mira, el dueño me ha dado este número de teléfono —dijo Álex enseñándoselo—. ¿Me puedes confirmar que es el suyo?

La chica lo miró y lo confirmó.

—¿Cuándo fue el último día que lo viste?

—El ultimo día hace unas cinco semanas, me acuerdo porque acabábamos de celebrar su cumpleaños con unas cervezas y un par de pizzas en mi casa.

—¿Y luego?

—Pues… la tierra lo tragó. Casi no contestaba al móvil, a mis llamadas. Solo contestaba a los mensajes, de una forma rara, diciendo que estaba bien, pero nada más. De una forma que no era él.

—¿Cómo que no era él?

—Sí, mira.

La chica abrió la aplicación de mensajes y se lo enseñó.

—Qué interesante —dijo Álex mirando la pantalla.

Luego se le ocurrió algo que rompía las reglas del juego.

—Envíale un mensaje ahora.

—¿Ahora? Pero está muerto.

—Lo sé, envíalo.

La chica no lo entendió, pero lo hizo.

«Hola Miguel. ¿Estás ahí?».

El mensaje se envió. Al segundo apareció el segundo “tic”, estaba entregado, el móvil estaba encendido.

—¿Esperas que te conteste?

—Dame un minuto.

Los dos siguieron mirando la pantalla, casi hipnotizados.

A los pocos minutos las dos palomitas se pusieron de color azul. *Mensaje leído*. A los dos les atravesó una corriente eléctrica que les

dejó sin palabras. Se miraron, ella con los ojos llorosos. Se quedó con la boca abierta, asustada. La chica intentó decir algo, pero no lo consiguió.

Álex arrugó el ceño.

Entonces sucedió lo inesperado. Debajo del nombre de "Miguel compi" apareció la palabra "*Escribiendo…*".

Los dos, a pesar de estar en medio de la calle, sintieron miedo.

«Hola Carmen. Sí, estoy aquí», apareció.

La chica soltó el teléfono, levantando las manos como si el mismo aparato hubiese dejado ir una descarga eléctrica de alto voltaje.

El móvil cayó al suelo.

Álex, al recogerlo, se dio cuenta de que tenía los pelos como escarpias.

Lo miró, no estaba dañado: por suerte la funda rosa de silicona de la muchacha lo había protegido.

El policía sujetaba el móvil.

La chica se tapaba la cara con sus palmas.

En la aplicación, debajo del nombre, seguía apareciendo el teléfono conectado. Álex tragó ruidosamente, se armó de valor y apretó el icono de llamada.

Lentamente, temeroso, se acercó el aparato a la oreja.

Al otro lado se oían los tonos.

Una gota de sudor frío se le desprendió de la frente.

De repente se enlazó la llamada y escuchó.

«Hola… poli».

42

Álex no podía creer lo que estaba escuchando.

Al otro lado del aparato tenía a un hombre con la voz grave y profunda.

A Álex lo atravesó un escalofrío que le recorrió toda la columna.

Hubo unos segundos de silencio.

—Has perdido la lengua… Sargento Cortés.

—¿Quién coño eres, hijo de perra?

El otro hombre dio un profundo suspiro.

—Tranquilo, esto acaba de empezar. Tendremos formas de conocernos mejor, no te preocupes.

—¿Por qué no sales y dejas de hacer jueguecitos inútiles?

—Lo siento, agente Cortés, me temo que tengo que dejarte.

—Te voy a coger. Estarás en la cárcel más tiempo de lo que te puedes imaginar.

—Me alegro de lo que me dices, entonces no te irás a Tarragona. ¡Perfecto!

Álex calló.

«¿Cómo sabe lo de Tarragona?».

—Sé mucho más de lo que crees. Adiós, Álex. Nos veremos pronto… a lo mejor.

—Espera, maldito bastardo. Te voy a coger con mis propias manos.

—No lo creo, pero sigue así, lo estás haciendo muy bien. Chao chao…

Y la llamada se colgó.

—¡Oye! ¡OYE!

Álex miro el teléfono varias veces.

Volvió a intentar la comunicación reiteradas veces, pero no lo consiguió.

Escribió lo primero que le vino a la mente, pero el otro aparato ya no recibió el mensaje.

El teléfono estaba apagado.

El bullicio de la comisaría era anormal.

Se estaban jugando la opinión pública, la paz ciudadana y el renombre del cuerpo.

Álex entró acompañado por Carmen, la compañera de trabajo de Miguel.

En la sala le esperaban Karla y Alan.

En cuanto el informático tuvo el teléfono de la chica sacó el historial de los mensajes y miró si era posible localizar la llamada.

Mientras, Álex explicó la conversación con Roberto.

Seguía alterado, las manos le temblaban. Mientras el informático forense intentaba sacar alguna información del móvil, dos agentes estaban tomando declaración a la chica en un despacho. En otro apartado, Álex le explicó a Karla lo que acababa de suceder.

—No me lo puedo creer —dijo ella—. Estás temblando como una hoja, Álex.

—Perdona, son los nervios…

—Sí, los cafés y la rabia. ¿Qué voz tenía?

—Profunda, tranquila. Midió las palabras. ¿Cómo sabía mi nombre? ¿Cómo sabía que le llamaría yo?

—Conoce más de lo que podemos imaginar, va un paso por delante.

Álex cerró los ojos y dio un respiro profundo, lento, y sacó un hilo de aire que duró casi un minuto.

—¿Mejor? —preguntó ella, acariciándole el rostro y dejándole sorprendido.

—Sí, gracias —dijo él y se movió lo justo para que ella apartase antes su mano de él—. ¿Qué sabemos de los padres?

—De eso te quería hablar. Ha ido a primera mañana la Guardia Civil. Los padres están separados. Se ve que hace diez años se divorciaron y cada uno ha llevado su vida. La madre se echó a llorar, no tenía ni idea. Tuvieron que llamar a una ambulancia y llevársela al hospital por crisis de ansiedad. La hermana menor dijo que últimamente ya no llamaba, no contestaba a las llamadas y los mensajes que enviaba eran telegráficos.

—¿Y el padre?

—El padre… Las palabras textuales del agente fueron: “El padre reaccionó a la noticia como si oyera llover” —dijo ella con una mueca de disgusto—. Algo pintoresco como frase, pero vaya, al tipo le ha dado un poco igual.

Álex dejó de temblar. Una vez que la compañera terminó de hablar se acercó la mano a la boca y se comenzó a rascar la barba.

—¿Qué opinas?

—Cáceres, va contestando Roberto lo mínimo, no responde las llamadas, pero sí envía mensajes.

—Roberto conserva el teléfono de la víctima —dijo Álex

levantándose y apuntando a Karla—. Y responde a los mensajes como si fuera la propia víctima.

—Si un padre no recibe respuesta de su hijo, se preocupa. ¿No?

—Sí, pero si es una familia de pocos recursos… no se puede desplazar y no tiene por dónde agarrarse. ¿Qué puede hacer?

—Rezar —dijo la chica.

—Se hizo pasar por la víctima durante todo este tiempo para no levantar sospechas. Y aunque la familia sospechara, ya habría desaparecido, tragado por el macabro plan de Roberto —dijo Álex mirando a la mujer sin verla, pensando en algo que le rondaba a la cabeza—. Tengo una idea, ¡ven!

Álex atravesó el pasillo a toda velocidad, llamando la atención del equipo. Detrás le seguía Karla.

Entraron en la sala donde estaba Alan con el móvil de Carmen.

—Alan.… —dijo Álex sin que el informático se inmutara—. Tengo una idea. ¿Puedes localizar la última triangulación de este móvil?

—¿Esta es la gran idea?

Álex se sorprendió de la respuesta.

—No, viene ahora…

—Ya lo he hecho. Tengo un amiguete en la compañía de la víctima y ya me lo ha dicho. Es Barcelona centro, zona Plaza de Catalunya. Ahora me pasará las últimas actividades por correo. ¿Algo más? —concluyó mirándole por encima de las gafas.

Álex levantó una ceja.

—Escúchame, si pongo el teléfono en modo avión y activo el wifi de casa, ¿me podrías encontrar? ¿Me podrías triangular?

El chico pensó.

—Por telefonía no. Porque el teléfono no emite nada. Pero podría tener la opción de "búscame" de algunos teléfonos, pero si no tememos el teléfono, poco podemos hacer.

—Entonces nada. Los conserva en una habitación, solo conectados al wifi doméstico.

Álex intercambió una mirada con la compañera y se fueron. El sargento fue rebobinando todo lo que acababa de pasar y apuntando en su libreta las ideas, indicios y todo lo que se le ocurría. Bajó a comprar un par de sándwiches a la máquina expendedora y los comió en el comedor del que disponía el edificio.

Luego se hizo media hora de siesta para recuperar las horas de sueño y poder aguantar hasta la noche.

La tarde pasó entre informes y viendo las noticias en las webs de los periódicos.

El sol fue desapareciendo por los edificios de la capital.

Álex se levantó; las fuerzas ya flanqueaban. Se acercó a la ventana; los periodistas se habían reducido. El tráfico recobró las carreteras. La cafetería de enfrente volvía a tener clientes en la terraza. Entonces recibió una llamada de teléfono.

Al cabo de diez minutos, una vez concluida la llamada, se fue a la mesa de Karla.

—¿Te vas?

Álex miro el reloj.

—Sí, y es mejor que te vayas tú también.

La chica afirmó con la cabeza. Cuando Álex estaba por cruzar la puerta, se giró y le dijo.

—Por cierto, me ha llamado Alba, me ha dicho que tiene algo interesante.

—¿Alba? —dijo Karla con el mismo tono de una gata celosa—. Ya no es la doctora Guevara, es… Alba.

—No pienso entrar al trapo —replicó él, poniendo seriedad a la conversación—. Vete a casa de tu chico. Necesitamos descansar. Esto nos está llevando al límite y aún no ha comenzado. Mañana necesitamos estar a tope —dijo antes de cruzar la puerta.

Entró en su Mini, que tenía aparcado en el sótano, y salió sorteando los periodistas: la forense tenía algo importante que contarle.

43

De nuevo se vio atrapado en un atasco en el centro de Barcelona.

«Otra vez», pensó.

El tráfico de la Ronda de Dalt en pleno regreso a casa lo había engullido. No tenía otra manera de alcanzar la sede central de los Mossos. Podía solicitar un helicóptero, pero ya sabía la respuesta.

Enchufó la música en una emisora de rock y se acomodó en los rígidos asientos de su Mini.

Abrió el techo desplegable y dejó que el poco aire que circulaba pasase por el habitáculo.

Recibió un mensaje de Carmen, la compañera de Miguel, que había llegado a casa y le daba las gracias. Se preguntó de qué tenía que darle las gracias, si era al revés.

Siguió rebobinando.

En cuando dejó la arteria, el tráfico era más fluido y llegó a la central antes de lo que pensaba.

Se identificó en la garita y aparcó en la zona de visitas.

Las instalaciones estaban casi vacías; el horario de trabajo para la mayoría de agentes había concluido.

La forense le estaba esperando en la Morgue. Picó en el marco de la puerta.

—Está abierto —dijo ella sin girarse.

Estaba en su escritorio. Él se acercó.

—He venido lo antes posible, Alba.

En ese momento se giró y le notó algo diferente.

—Gracias, Álex.

—¿Qué pasa? ¿Qué era tan urgente que no podías decirme por teléfono? —dijo percatándose de que sus labios llevaban carmín rojo escarlata.

—Me gustaría enseñarte algo —dijo ella y se levantó.

Se fue hacia un recinto refrigerado y sacó una mesa extraíble.

—Mira lo que he encontrado —dijo ella y cuando vio que el hombre estaba aún en el mismo lugar continuó—. ¿Quieres venir aquí? No te lo puedo llevar.

Él se acercó.

La mujer dejó de mirar lo que acababa de sacar de la nevera para mirarle a él. Álex llevaba una camiseta banca debajo de la chaqueta de cuero. Esta de una talla menos, marcando los pectorales trabajados y su estrecha cintura. A cada paso que daba, la solapa dejaba entrever la placa.

La mujer suspiró y comenzó a mirarle diferente. Él lo notó.

—Ven aquí, Álex —dijo ella—. Acércate más.

En la mesa estaban los restos de Miguel. A pesar de que ya los había visto, la imagen de una cabeza que salía de una mesa inox hizo que el policía girara la vista.

—¿Qué has encontrado, Alba?

La mujer le sacó un informe.

—Hemos encontrado tierra debajo de las uñas del cadáver.

—¿Y?

—He estado verificando la composición química y me he llevado una sorpresa —dijo mientras desplegaba otra mesa al lado, en la cual apoyó el informe.

—Los minerales y la composición molecular son típicos de los fondos marinos.

Álex arrugó el ceño.

—Lo tengo aquí, mira —dijo ella indicando el informe.

—¿A Miguel lo llevaron a la mar?

—A la montaña —dijo sensual y acercándose a él.

Álex no se percató de su acercamiento, estaba comprobando el informe en la carpeta y pasando hojas.

—Hay zonas de los Pirineos que, a pesar de estar en alta montaña, conservan algunas propiedades intactas, las que tenían antes de la retirada de los mares —dijo la mujer hasta acabar susurrándole al oído—. La tierra nos dice muchas cosas. ¿Sabes?

Él reaccionó con un sobresalto.

Se giró y encontró el color escarlata a la altura de sus labios.

Álex retrocedió la cabeza.

Cayó en la red de la mujer y en sus preciosos y profundos ojos. Las largas pestañas con rímel se movían al compás de los latidos de la médica.

Álex tragó saliva.

La expresión no verbal de la médica no dejaba lugar a la confusión. Era una mujer atractiva, a pesar de su edad.

Los labios de la mujer se acercaban, sentía su respiración aumentar. La bata de la mujer dejaba entrever que llevaba solo sujetador, del mismo color del carmín.

A Álex le habría venido bien olvidar a Mary, y además la médica era muy guapa. Notó cómo algo en sus pantalones iba cambiando de

tamaño.

La mujer se acercó y sintió el jadear de su respiración acelerada.

—No creo que sea el sitio adecuado —dijo él mirando a su alrededor.

Álex se movió a la derecha y la pierna de la mujer subió apoyándola en la mesa, cerrando el paso.

—Estamos solos y nadie tiene que venir —dijo reduciendo otra vez la distancia.

La mujer apoyó sus labios sobre los de Álex. Estos quedaron manchados de color carmín.

Luego hubo una cadena de besos, cada uno más apasionado que el anterior. La mujer cogió la cabeza del policía con las dos manos. No pensaba soltarla. El policía le siguió el juego.

Luego bajó la pierna de la mesa y pasó una mano por la ingle del hombre.

—Mmm —dijo ella alargando el contacto.

—Espera —dijo Álex, apartándola—. Aquí no. Vamos a tu casa.

—¿A mi casa? ¿Estás loco? —dijo ella buscando otra vez el contacto de los labios—. Está mi marido. ¡Qué dices!

Álex se vio otra vez atrapado en sus brazos, pero en su interior sintió que el camino no era desahogarse con una mujer casada y además una compañera.

Respetuoso pero decidido, apartó la mujer.

—No puedo —dijo Álex—. No puedo, lo siento.

La apartó hacia las neveras y se alejó hasta la puerta.

—Pero qué haces, Álex. ¿Sabes cuánto tiempo llevo preparado este momento? Tú y yo, solos en todo el edificio —dijo con despecho—. ¿Te das cuenta?

—Por favor, doctora Guevara, mándeme el informe del *scraping subunguale* por mail. Gracias —dijo sin girarse.

—Acabas de desperdiciar una oportunidad que no volverás a tener.

—Lo que deberías hacer, a mi parecer —dijo en el umbral de la puerta—, es darte cuenta de que tienes cinco cadáveres en tus cámaras y uno de ellos podría ser tu hijo, en lugar de pensar en follar.

Dicho eso, sin dirigirle ni una sola mirada más, desapareció por el mismo pasillo por el que había entrado hacía pocos minutos.

Se sentó en su coche, dividido.

Una parte de Álex pensaba que era un auténtico bobo: nunca se desaprovecha una oportunidad de tener sexo.

Pero la otra pensaba que se tenía que sentir orgulloso.

Respiró, se sacudió el pelo con las manos y se encaminó hacia casa.

Llegó tarde, pero a pesar de la hora se fue a correr. La música rock

en los auriculares marcaba el ritmo de sus zancadas.

Llegó a casa después de unos siete kilómetros, agotado.

No era precisamente el sustituto del sexo, pero lo que más se acercaba.

Cenó los restos de un túper descongelado después de una ducha y se durmió sobre las páginas de una novela.

El despertador sonó pronto.

Se levantó para apagar el móvil al otro lado de la habitación y se quedó delante de la ventana del dormitorio en calzoncillos. El mar se perdía en el cielo, fusionándose entre la oscuridad del momento previo al amanecer.

Salió como cada mañana de su casa y recorrió el trayecto hasta la comisaría. Las noticias que se escuchaban en la radio eran más y más desconsoladoras. La población de Barcelona estaba cada vez más preocupada.

Llegó a la comisaría antes de que los periodistas estuvieran preparados.

Aparcó en el sótano y se sacó un café al pasar por la máquina.

Mientras sorbía, miraba por la fachada, añorando sus desayunos con Mario y la posibilidad de cruzar la calle sin la necesidad de esquivar los medios de comunicación.

El tráfico aumentaba por momentos, hasta que un pequeño camión se detuvo frente la comisaría, en el espacio reservado a los coches de patrulla.

Era un camión blanco y azul, y en los lados aparecía una palabra: *Fed-Ex*.

Álex frunció el ceño.

El conductor abrió la puerta lateral de la comisaría y entró.

Los ánimos de Álex comenzaron a alterarse, pero lo vio salir sin nada. Entonces suspiró.

«Menos mal», pensó.

Pero en ese momento el repartidor se dio la vuelta y arrastró un paquete fuera de la furgoneta. Lo sujetó con una mano, mientras con la otra cerraba la puerta.

Álex se quedó paralizado.

«No me lo puedo creer. El segundo paquete».

44

Dualidad.

El sargento no sabía si alegrarse o enfadarse, pero lo que sí hizo fue bajar las escaleras lo más rápido que pudo. De dos en dos.

En cuanto llegó a la planta baja, sus compañeros estaban entreteniendo al repartidor y uno de ellos estaba llamando a Álex. Se saltó el control de personal y aterrizó delante del repartidor.

En su polo de manga corta aparecía el mismo logo de la furgoneta. Los ojos asustados del individuo lo decían todo.

—¿Usted no lee los periódicos?

El repartidor encogió el cuello.

—Lo… los periódicos… ¿Por qué?

Entonces fue cuando Álex miró el paquete, de las mismas dimensiones y forma. El precinto que lo cerraba era de otro color, pero el resto era igual. La etiqueta de la compañía era parecida a la del primero: un remitente inventado y como destinatario, Sargento Álex Cortés de la comisaría de Travessera de les Corts.

Acercó las manos, pero dudó tocarlo por las huellas y por el contenido.

Las retiró y entonces escuchó un revuelo que venía del otro lado de la puerta automática acristalada.

Álex se giró y vio un ejército de periodistas que se habían despertado para capturar la imagen del día.

—Quiero esas puertas despejadas. ¡YA! —gritó Álex apuntando a los medios.

Luego miró al repartidor y a continuación a otro compañero.

—Llevaos a este hombre, que le saquen las huellas y le tomen declaración.

—Que no, que no, yo tengo una ruta que cumplir, mi jefe me va a despedir.

Álex se rascaba la cabeza mirando el paquete.

—Tu jefe nos tenía que haber llamado antes, no entregarlo a la brava. ¡Maldita sea! —dijo mientras sacaba el móvil—. Karla, tenemos un problema.

A los minutos una furgoneta del cuerpo con las sirenas encendidas y una patrulla salían de camino hacia Sabadell. Esa vez optaron por trasportarlo intacto a las instalaciones centrales y abrirlo allí.

La comisaría obedeció las órdenes del sargento y tomó declaración mientras los periodistas difundían la noticia junto a las fotos.

Cuando tuvieron la caja en la mesa de la doctora Guevara, procedieron a su apertura. Las personas que estaban presentes tenían el corazón en un puño.

La doctora era la encargada de abrir el regalo de Navidad adelantado.

Arrancó la etiqueta y la enganchó a una hoja de papel. Luego hizo lo mismo con el precinto, por si hubiera huellas o partículas de ADN de Roberto.

Abrió las solapas de la caja, mientras hablaba y decía en voz alta lo que estaba realizando. Las cámaras lo estaban documentando todo.

Una vez abierto, el asistente cortó con un cúter afiladísimo los laterales. La abrieron por completo. La separaron, y apoyaron el cartón en otra mesa.

Cuando tuvieron la caja de porexpan delante, la doctora miró a Álex, y este le hizo una señal con la cabeza al otro lado del cristal.

La médica, en cuyos ojos quedaban finos rastros de despecho que solo Álex pudo apreciar, procedió a abrir la tapa.

Saltó la tapa.

La levantó cuidadosamente.

En su interior estaba lo que esperaban.

Lo cogió con las dos manos y mientras lo levantaba, el ayudante le retiró la caja.

Allí estaba.

Encima de la mesa, la bolsa al vacío con las partes faltantes del segundo cadáver dentro.

Una cabeza, dos manos y dos pies.

Álex se pasó la mano por su rostro y la detuvo delante de la boca.

¿Podía ser cierto?

¿De verdad le estaba pasando eso a él?

¿Por qué?

Las partes eran de una chica.

La doctora procedió a recortar los laterales. En cuanto perforó, se perdió el vacío y la bolsa se hinchó con un silbido de aire que entraba.

Apoyó la cabeza recta. La separó de la bolsa mientras el ayudante le sujetaba el resto del contenido; el largo pelo rubio se había juntado y

enredado.

Cogió el papel y se lo quitó del rostro. El líquido rosáceo quedó enganchado a este, como si fuera amniótico.

Luego le subió los párpados: sus pupilas eran de un azul claro, del mismo color del hielo.

La piel era clara, nórdica.

Una vez todo estaba en la mesa, la doctora les hizo la señal de entrar. Había algo que desde fuera no se apreciaba.

45

Álex y Karla se pusieron las mascarillas.

Entraron al laboratorio.

A pesar de la protección, el olor a óxido y a muerte entró en los pulmones de los dos policías. Las expresiones de sus rostros delataban que se necesitaba mucho tiempo para acostumbrarse a eso.

Cuanto más se acercaban, más se avivaba la percepción de que la muerte estaba presente.

—Mirad esto, me jugaría que aquí podremos sacar más información —dijo la doctora con una de las manos giradas.

Esta presentaba una manicura barata y mal cuidada, de color rosa fluorescente y gastada. No llevaba anillos.

Las uñas por dentro mostraban presencia de tierra.

—Me jugaría que esto es lo mismo.

—Pues no te lo juegues. ¡Analízalo! —dijo Álex categórico.

La doctora y Karla se giraron, mirándole descolocadas por la respuesta.

—¿Algo más? —replicó Álex.

Apoyó la mano y siguió con la inspección.

—Lo primero que puedo ver es esto —dijo la doctora con tono más distante—. El asesino ha dejado esto en el pie, por algún motivo.

Los pies eran pequeños y con un puente pronunciado. En uno de ellos aún llevaba alrededor del tobillo un fino cordoncito de algodón rojo que hacía de brazalete. Roberto no se lo quiso quitar.

—Pues descúbrelo, es por esto que estamos aquí —dijo con el mismo tono—. ¿Qué más?

La doctora sacudió la cabeza.

—Ya os podéis ir. Tenemos mucho trabajo —dijo sin mirar al policía.

Salieron por la puerta sin decirse ni una palabra más.

—¿Pero qué demonio te pasa ahora? —dijo Karla antes de entrar en el

coche patrulla, cuando nadie los podía escuchar—. Ayer te llama a las tantas de la noche y ¿ahora no os podéis ni ver?

—No es asunto tuyo, ¿vale?

—¿Qué os lleváis entre manos?

Álex arrugó el ceño y la miró.

—No tengo que darte explicaciones sobre mis asuntos personales. Limítate a hacer tu trabajo —dijo Álex casi sacando espuma por la boca—. ¿Me has entendido? Dime que sí, porque tenemos mucho que hacer y un asesino por atrapar.

Los ojos de Álex guardaban rabia en su mirada, aparte de algo más, pero la agente no supo ver más allá del escudo que se había creado detrás de la rabia.

Entraron en el coche y regresaron con las sirenas apagadas a la comisaría. En cuanto salieron de las instalaciones de Sabadell, el policía recibió un mensaje. Era el subinspector.

«Necesito hablar contigo urgentemente. Ven a mi despacho».

Álex apagó la pantalla y dio un puñetazo en la puerta.

46

Los gritos traspasaban las paredes.

El subinspector estaba tan cabreado que Álex se alegraba de estar a punto de irse y no tener que soportar más a ese hombre, que se atrevía a gritarle como un energúmeno.

«Encima que me quedo a echaros una mano, me tratas como si fuera yo el que envía los paquetes», pensaba.

Álex no se había sentido así desde los tiempos en que su padre le reñía por no estudiar en el colegio: los gritos le causaban una presión invisible que le aplastaba los hombros y la cabeza. Se hizo pequeño, deslizándose cada vez más por el sillón.

—¿Sabes quién me ha llamado esta mañana? —gritó Alfonso Rexach, el subinspector. Álex se quedó inmóvil—. ¡El ministro del interior desde Madrid! —dijo mirándole a los ojos—. ¿Y sabes qué me ha dicho? Que si el caso le va grande al cuerpo de los Mossos d'Esquadra nos enviará un superinspector. ¿Es eso lo que queremos? ¿Que nos quiten el caso o nos envíen una *babysitter* desde el estado? ¿Es eso lo que quieres, Álex?

Álex calló, comprendiendo la presión a la que estaba sometido su jefe. Él estaba en el punto de mira de sus superiores y de la prensa, y en la academia no le habían enseñado a soportar todo eso. Era una de las costumbres más viejas del mundo: transferir a los eslabones inferiores las preocupaciones, a base de gritos.

De repente se calló y se quedó mirando fuera de la ventana. Álex pensó que había acabado y ya se había desahogado. Se sintió magullado emocionalmente, como un saco de boxeo.

—¿Qué más quiere que haga? —le soltó al jefe.

Este se giró. Su rostro daba la impresión de haberse deshinchado del enfado. Regresó a su sillón.

—Más. Quiero que hagas más. Tenemos que cogerlo.

—Alfonso, escúchame —dijo Álex justificándose—. Estamos haciendo…

—¡NO! No estáis haciendo lo suficiente —volvió a gritar el jefe.

Álex se levantó.

—No estoy dispuesto a escuchar más sus quejas absurdas —dijo

cortándole—. Si no tiene nada más que decirme, estaré en mi puesto trabajando y coordinando.

Dicho esto, salió por la puerta. Mientras seguía gritando, le cerró la puerta.

Una vez fuera, cerró los ojos y respiró profundamente.

Abandonó el pasillo del jefe y fue a la sala donde trabaja el equipo de Karla.

Levantó las manos y pidió un momento de atención.

—Chicos, sé que estáis haciendo un gran trabajo y llevamos muchas horas casi sin descanso, pero nos han llamado la atención desde arriba —dijo Álex a pleno pulmón—. Sé lo fácil que es estar aquí y pedir más, porque antes estaba de ese lado. Pero necesito pediros una milla extra. Un poco más. Si queremos coger a Roberto, necesitamos más picardía, más inteligencia, o más trabajo, y sé que podemos dar un poco más. A lo mejor, más imaginación para intuir sus próximos pasos, no lo sé. Algo nos tenemos que sacar de la chistera, o este caso será el último de nuestras brillantes carreras.

Esperó un segundo, mirándolos a los ojos. Se había pasado por el forro el Briefing, había pedido su atención en el lugar de trabajo, no había tiempo para formalidades. Nunca lo había hecho así.

—¿Alguna pregunta? —dijo y esperó. Nadie se atrevió a preguntar nada—. Muy bien. ¿Quién está encargado de hablar con las agencias de trasporte?

Un agente levantó la mano.

—Bien. Definitivamente su *modus operandi* es enviarnos paquetes. ¡Se acabó! Nos tenemos que adelantar. Haz un mail estándar y envíalo a todas las agencias de trasporte de esta nación, da igual si están en Girona, en Barcelona o Finisterre. A todas. ¿Está claro? Toda compañía que en algún momento pueda tocar un sobre, una caja de zapatos o un palé de mercancía en su proceso de servicio. Envíasela, a cara descubierta. Somos tal… buscamos cual. Contáctenos aquí… ¿Sí?

El chico asentía con la cabeza mientras apuntaba.

—Muy bien. En breve, esperamos conocer la identidad de la chica del segundo paquete, ya sabéis qué hacer. ¿Quién gestiona los medios de comunicación?

Nadie alzó la mano y todos se miraron a la cara.

—¿Karla?

—Eeeehh, no. No tenemos a nadie para eso —dijo casi excusándose.

—De acuerdo —dijo levantando las manos y mirando—. Iba a nombrarlo a dedo, pero no sería justo. ¿Algún voluntario para enviar una nota de prensa a todos los medios de comunicación?

Al fondo una chica levantó tímidamente la mano.

—Muy bien, ¿cómo te llamas?

—Clara.

—Perfecto, Clara. Haz un comunicado a todas las televisiones, radios, periódicos, blogs… ¡A TODOS! Envías una carta diciendo que esta tarde a las 18:00h, delante de nuestra comisaría, habrá una rueda de prensa abierta a todos sobre el caso del Asesino del Criptograma.

—Álex ¿lo has consultado? ¿Te lo ha aceptado Rexach? —preguntó Karla.

—A tomar viento. Quiere resultados, se los vamos a dar. Hablaremos con Su Señoría para que nos autorice hasta qué punto podemos a hablar para tranquilizar a la población. Porque somos un cuerpo eficiente y estamos trabajando duro en ello. Y tenemos que decirlo. Todo lo que no se comunica no existe. Y señores… vienen curvas y yo no pienso soltar el volante. Si alguien no está dispuesto a darlo todo, hay otras tareas y departamentos en este cuerpo. Sin rencores, pero si a alguien no le va la marcha, este no es su lugar.

Álex se detuvo, mirando a todo el equipo con una mano levantada como si buscara a alguien que no quisiera seguir.

—¿Nadie? Ok. Entonces a trabajar, que hay mucho que hacer. Cualquier cosa llamad a Karla o a mí —dijo y dio una palmada.

Luego miró a Karla.

—Nos vamos. Sígueme —dijo y salió de la estancia.

—¿Dónde vamos? —dijo Karla intentando seguirle.

—Al lugar donde teníamos que haber ido mucho antes.

47

Entraron en el puerto.

Buscaron la calle que indicaba el navegador y aparcaron delante de una nave. La fachada era de color blanco y azul. Un cartel en la parte superior señalaba el nombre de la empresa de transporte que había repartido el paquete esa misma mañana.

Los dos policías entraron.

—Buenos días, ¿qué desean? —preguntó la recepcionista.

—Policía, sargento Cortés y caporal Ramírez —dijo Álex mientras apartaba la solapa de la chaqueta de piel para enseñar la placa—. Venimos a hablar con el responsable.

—¿Para qué asunto?

«Esta tía es idiota. ¿Dónde hemos acabado?», pensó el policía y suspiró.

—Un tema delicado. ¿Piensa llamarle o tenemos que esperar todo el día? —dijo con tono autoritario.

La mujer se quedó sorprendida y molesta.

Cogió el teléfono y llamó. Dos minutos más tarde entraron en un despacho.

En las paredes se veía la planta logística: la vista se perdía en ella.

Había camiones que recogían paquetes, larguísimas cintas de envío que clasificaban paquetes y toros moviendo palés de un lado al otro: un tráfico de paquetería frenético. Los dos policías quedaron embobados ante tal despliegue.

—¿Álex? No sé si es buena idea sacar el Kalashnikov delante de estos —dijo su compañera.

La puerta del despacho se abrió antes de que el policía pudiera responder.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? —dijo un hombre delgado que rozaba los dos metros de altura.

—Venimos por un paquete que habéis entregado esta mañana.

Al hombre le vino una carcajada.

—Entregamos centenares de miles de paquetes cada día —dijo sin sentarse ni invitarles a que lo hicieran.

—Esta mañana, a las 08:00h, se ha entregado un paquete en la comisaría de Travessera —dijo Álex y le dejó un momento para pensar

—. ¿Entiende?

El hombre cerró la puerta, que seguía abierta. Luego le miró fijamente.

—Le conozco, usted es… claro, el que salvó al niño —dijo. Luego calló y se tapó la frente con la mano—. No me diga que…

Álex asintió con la cabeza.

—Habéis entregado el segundo paquete.

El hombre fue sacudido por un ataque de asco.

—¿Estuvo en nuestras instalaciones? —dijo horripilado—. Entonces tenemos que limpiarlo todo. La furgoneta, sobre todo.

—No, no tiene riesgo en absoluto para la salud pública. En caso contrario seríamos los primeros en decirlo. Estamos aquí por dos temas distintos. El primero es, ¿por qué no lo habéis individualizado antes de entregarlo?

—¿Individualizado? Tenemos millones de paquetes a la semana. ¿Cómo podríamos hacerlo?

—Lo que quiere decir mi compañero es que usted es el experto. A lo mejor, con un programa informático… —dijo Karla para amortiguar la contundencia del compañero.

—A lo mejor sí, bueno, quiero decir que sería posible, pero no teníamos ninguna orden de hacerlo. Solo unas noticias confusas. ¿Quién iba a pensar que esto pasaría? —dijo y apuntó con un dedo—. ¿Vosotros lo pedisteis? ¿Informasteis de esto?

Los dos policías se miraron a la cara.

—Tiene usted razón —contestó ella.

—La segunda es, ¿podemos ver quién lo entregó? ¿Cómo fue la recepción? —preguntó él.

—Claro —dijo. Cruzó la estancia y se sentó en un ordenador.

Pasó su tarjeta magnética por una ranura y desbloqueó el aparato. Al minuto de usar el ratón y. escribir, volvió a hablar.

—Aquí tengo la matrícula del camión, el nombre del empleado que lo entregó y el sitio. Fue, efectivamente, a las ocho de hoy. Aparte de eso… fue entregado en nuestra sucursal del Raval a pie de calle. Por esta persona —dijo indicando la pantalla—. Hace una semana y con expresa orden de entregarlo hoy y no a las veinticuatro horas.

—¿Me está diciendo que usted lo ha tenido aquí casi una semana, en sus instalaciones?

—¿Ahora entiende mi asco? Voy a desinfectar todas las instalaciones, aunque usted no lo crea necesario.

—¿Puede mirar si tiene más?

—¿Con entrega en la misma dirección?

Álex asintió. El hombre se quedó mirando.

—A fecha de hoy no —dijo y les volvió a mirar—. ¿Algo más?

—¿Tenéis cámaras en la sucursal?

—No, ningún punto de recogida y entrega de los que disponemos en la geografía española dispone de sistema de grabación. ¿Para qué? En cambio, en Estados Unidos hasta lo tenemos en los camiones y los repartidores —dijo y se encogió de hombros.

Álex se acercó y le alargó la mano.

—Gracias por su ayuda.

El director miró la mano del policía, pero no se la estrechó.

Álex la retiró y se fue de la estancia. Karla lo siguió.

Ya en el coche, Álex miró su teléfono y luego señaló a Karla.

—Por favor, envía a dos agentes al punto de recogida de la empresa de paquetería, a ver si consiguen algo.

Karla sacó su teléfono y se puso a llamar.

Antes que ella pudiera establecer línea, Álex añadió: —Ya sabemos quién es la chica del segundo paquete.

48

Los dos policías volvían a la comisaría.

Karla prefería llevar el volante, ya que la conducción de Álex le provocaba mareos.

Él miraba por la ventanilla. Ella lo observó un par de veces.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

Álex la miró y regresó a observar el mar del puerto, desde la ronda Litoral.

—En los cruceros, y en la cantidad de gente que transportan. Siempre a destinos tan exóticos… me gustan.

—¿Has ido alguna otra vez?

—¿Te refieres aparte de nuestro viaje?

Ella sonrió maliciosamente.

—No —dijo él—. Jamás, preferí quedarme con nuestro recuerdo. Fue nuestro capricho secreto.

—Yo también tengo muy buenos recuerdos —dijo ella sonriendo, mirando al frente—. ¿Te acuerdas de cuánto leíamos?

—De hecho, podríamos habernos quedado en casa. Total, para lo que hicimos, solo leer y… —Álex carraspeó y siguió—. Bueno, ya sabes, tú también estabas.

—¿Sigues leyendo?

—Menos, mucho menos que antes. ¿Y tú? —preguntó Álex.

—Todo lo que puedo, ahora estoy leyendo un libro muy bueno, de un tal Poveda. Un tipo algo excéntrico.

—¿Cómo se llama el libro?

—Algo de una tal Laura Coves, un misterio o un asesinato… no, espera… *¿Quién mató a Laura Coves?* Sí. Eso era.

Álex asintió.

—¿Y tú, qué lees?

—¿Yo? Maxime Garanger, Sangre de Rosas, el *best seller*.

—Ah sí, un fenómeno de masas… autopublicado. ¿Me lo prestarás? ¿Qué tal es?

—Se merece el éxito que tiene.

—De acuerdo. A cambio te dejaré el libro de Poveda, como en los

viejos tiempos.

—Claro… así te lo podrás llevar de luna de miel.

La frase rompió el momento mágico que se había creado entre ellos.

Álex regresó a mirar por la ventanilla. Ya no se veían barcos, solo edificios y grises galerías.

Patricia Morales.

Así comenzaba el informe de la forense. El segundo paquete. Antes de ser un cuerpo inerte desmembrado fue una chica preciosa.

La foto del DNI era de modelo. Unos ojos azules que celaban sueños, un pasado y deseos rotos. Cuando vio la foto, Álex pegó un puñetazo sobre su mesa, acaparando la atención de todo el equipo. Luego, poco a poco, todos regresaron a sus tareas.

—No puede morir una persona tan joven de la mano de un asesino despiadado como Roberto. ¡Maldita sea! —dijo Álex rabioso—. Uno no puede perder la vida con veintitrés años por el capricho homicida de un desquiciado.

—Tranquilízate —dijo Karla y agitó el vaso que acababa de sacar de la máquina—. Deberías tomar menos de esto.

Álex la miró y le quitó el café de las manos, bebiendo un trago tan largo que se lo acabó al instante. Luego arrugó el vaso y lo tiró.

—Se acabó la discusión.

El policía siguió leyendo el documento.

Era originaria de la meseta zaragozana y huérfana. Adoptada por una familia de Teruel, a los dieciocho años se había ido de casa. El último trabajo que constaba en la Hacienda pública era de camarera en un bar de copas.

—Mira esto. *Camarera en un bar nocturno*. ¿Adivina? —dijo Álex a la compañera—. Es un local en el centro, zona Plaza de España.

Cogió la carpeta y se lanzó a la sala del Briefing. Se puso delante del mapa que estaba enganchado en la pizarra y esperó a que entrara Karla.

—Y mira —dijo señalando el mapa—. Todo está en el centro de Barcelona. El Raval, donde Roberto deja el segundo paquete. El Paralelo, el primero. La Mina, donde trabajaba Miguel. Zona Plaza Catalunya, Patricia. El radio es este.

—Bueno, es importante que lo tengamos identificado. Pero sí, todo tiene una cierta coherencia.

—Todo esto tiene cada vez más patrones. ¿Pero cuáles son los puntos en común que tienen todas las víctimas con Roberto? —dijo Álex contando con los dedos—. Miguel y Patricia. Algo tienen que

tener en común y la clave es esto —concluyó y dibujó un círculo en la zona del centro—. La respuesta está aquí. El nexo que los unió es la manera de pillar a Roberto.

—Hay otra cosa que se sale de este círculo —dijo ella y Álex se giró—. El informe de la tierra bajo las uñas, hay tierra que se atribuye a los Pirineos.

—Sí. Tienes razón. Los Pirineos. ¿Qué tienes allí, Roberto…?

—¿Y si llamamos a nuestros compañeros de allí para que estén en alerta?

—Buena idea, Karla. Por si acaso —dijo Álex satisfecho—. ¿Te ocupas tú?

Ella levantó los hombros, resignada.

—Ya que estás, también te ocupas tú de llamar a la policía de Teruel para que vayan a ver a los padres de Patricia, y que hagan las preguntas —dijo Álex.

—Claro. ¿Tú qué vas a hacer?

Álex miró el reloj y suspiró.

—Tengo que llamar a la jueza y convencerla de la rueda de prensa.

—Pero si ya está programada…

—Ya, por eso me preocupa. Porque ya está programada, pero ella no lo sabe.

Primer tono.

Silencio.

Segundo tono.

Se arrepintió de haber organizado ese espectáculo mediático movido por la rabia.

En situaciones así, Álex solía recordar lo que siempre le decía su hermana: *«Cuando sube la emoción, baja la inteligencia».*

Tercer tono.

Le entraron ganas de colgar, pero la tortilla ya estaba hecha y no podía echarse atrás.

Hubo un ruido metálico.

Álex estaba temblando.

—¿Dígame?

—Buenos días, Su Señoría —dijo con la voz entrecortada.

Ella guardó silencio, como si hubiera reconocido la voz.

—¿Sargento Cortés?

Álex suspiró: era la primera vez que hablaba con un juez por teléfono, y más saltándose a su superior.

—¿Sargento? ¿Qué quiere? Espero que sean buenas noticias.

Álex siguió en silencio: por más que lo intentaba, no le salían palabras.

—Sargento, no tengo todo el día. ¿Sigue ahí?

—Sí, Su Señoría. Sí y no.

—Sí y no, ¿qué?

—Sí, sigo aquí. No, no tengo buenas noticias. Como sabe, nos ha llegado un segundo paquete, y van a llegar otros. Este juego macabro lo voy a parar como que me llamo Cortés.

—Ojo con su nombre, Sargento, que conlleva una responsabilidad. Estoy informada de que su abuelo era un distinguido Guardia Civil.

—Tiene razón como siempre, Su Señoría. Pero no estoy de acuerdo con usted acerca del secreto de sumario.

La jueza se rio, burlándose de la opinión del policía.

—¿Con qué no está de acuerdo? ¿Con mi prohibición de filtrar información de un caso tan importante?

—Sí, efectivamente es un caso muy importante y de máxima prioridad, pero la población está asustada y desconfía de lo que no conoce. Si no tiene información de primera mano, se la inventa o da

por bueno lo que se encuentra en los medios de comunicación.

—Sargento Cortés, ¿se puede saber qué me quiere decir?

—Que tenemos que informar a la población.

—De ninguna manera.

—Y usar el canal más mediático, los medios de comunicación.

—En absoluto, ¿ha perdido usted el juicio?

—No, Su Señoría. Tenemos que hablar o van a seguir asustados. Tienen que saber que en la furgoneta había cinco cadáveres descuartizados y que hay un loco enviando paquetes.

—¿Y se puede saber para qué servirá?

—Se sentirá observado, haremos un llamamiento a la población para que sean nuestros ojos y nuestras orejas. Nuestros centinelas. Roberto se sentirá…

—¿Quién es Roberto? —preguntó ella, aún más sorprendida.

Álex tragó saliva y la jueza siguió.

—¿Tiene información que yo desconozco?

—No, Su Señoría, nunca haría algo así. Le pido disculpas, pero se me ha escapado —dijo Álex con tono apaciguador—. Es un nombre que le hemos puesto, un nombre en clave, solo una forma de identificar al asesino sin que nadie se entere.

—En fin, sargento. Volvemos a lo mismo: usted no me puede llamar, ni tampoco puede hablar a la prensa. Le tengo que dejar, no le puedo dedicar más tiempo.

—He convocado una rueda de prensa —soltó Álex y cerró los ojos mientras encogía el cuello.

—¿Cómo? ¿Está usted loco? Desconvóquela de inmediato o le imputaré por desacato.

—Permítame que le diga antes una cosa más. Usted trabaja encerrada en un despacho y nosotros trabajamos en la calle, codo a codo con asesinos. Nos jugamos el pellejo cada día. Nuestras familias nunca saben cuál será el día en que un compañero llame al timbre, de uniforme, para darles la noticia de que no volveremos a casa. Cualquier día podemos recibir un balazo de algún maleante. Y si usted me entendiera y apoyara de verdad a nuestro cuerpo y, en este caso, a nuestra hazaña titánica, nos ayudaría de esta forma, en lugar de escudarse en sus cuatro paredes, protegida por un coche blindado.

Álex acabó, jadeante. No fue hasta entonces cuando se dio cuenta de cómo le había hablado a la magistrada.

—¿Ha terminado, sargento? —dijo la jueza con un tono entre disgustada y ultrajada—. Es la última vez que me llamará. Discrepo de su visión. Suerte, sargento. Esta llamada tendrá sus consecuencias: usted se ha pasado de la raya.

Y colgó el teléfono.

Álex miró la pantalla con los ojos abiertos de par en par.

—¿Jueza? —dijo incrédulo—. ¿Me oye?
Había colgado, y la cosa no pintaba nada bien.

50

Asustado.

Nunca lo había estado tanto.

Se dio cuenta de que había perdido la investigación. Había sido un estúpido llamando a la jueza, un insolente.

La vuelta de tuerca del subinspector Rexach había sido demasiado fuerte. Con su furia había empujado a Álex a hacer aquella llamada, y la situación se les había ido de las manos. Hablar con la jueza había sido un error, pero Álex sentía que no era el único responsable de ello.

Se sentó en su escritorio. La bandeja de mails estaba llena.

Karla lo siguió con la vista, pero no le dijo nada. Probablemente se podía imaginar la respuesta.

—¡Cortés! —gritó de pronto el subsinspector, saliendo de su despacho y corriendo por el pasillo—. ¡Cortés! ¿Dónde estás?

En cuanto lo vio, Álex se fue directo hacia él. Cerró los ojos y se los frotó.

—Cortés, ¿se te ha ido la pinza al llamar directamente la jueza y saltarte mi autoridad? —dijo tan fuerte que sus palabras retumbaron en las paredes.

Todos los agentes dejaron lo que estaban haciendo y miraron la escena.

—¿Qué mierda le has dicho a la jueza? ¿Quieres que me despidan por no saber llevar un grupo de investigación, o qué?

—Lo siento, Alfonso, es la última vez que sucederá.

—Ya te lo digo yo que ha sido la primera y la última vez. O te enviaré a investigar al Delta del Ebro el robo del algodón primaveral —dijo comiéndoselo con los ojos.

Álex negó con la cabeza.

—¿Cómo se te ha ocurrido una demencia de ese calibre?

—¿A qué te refieres?

—¿Una rueda de prensa? ¿Estás loco?

—La gente está asustada y hay que tranquilizarla.

El subinspector se calmó un poco.

—¿Has traído una camisa del uniforme, por lo menos?

—¿Una camisa?

El subinspector suspiró, manteniendo vivo el enfado.

—La jueza se lo ha pensado y no está de acuerdo, pero te ha dejado toda la responsabilidad a ti. Como salga mal —dijo apuntándole—, no te va a trasladar a Tarragona: te enviará a la Isla del Hierro. Nada de jueguecitos a partir de ahora, e informarme antes de avanzar. Cámbiate, que pareces un cantante de rock —dijo y se dio la vuelta.

En cuanto desapareció por el pasillo, la sala explotó en un aplauso para Álex.

El cielo prometía tempestad.

Las previsiones lo confirmaban, pero de momento el tiempo aguantaba.

Álex no había traído la camisa del cuerpo, así que fue mendigando a los compañeros para que alguien le dejase una. Aplicó sus insignias y se la remetió dentro de los vaqueros.

La mesa que pusieron delante de la puerta de entrada de la comisaría estaba abarrotada de micrófonos. Formaban un arcoíris de colores, un abanico de logos de todas las cadenas de televisión internacionales.

Una turba de periodistas esperaba la salida de quien había convocado la rueda.

Cámaras de televisión y fotógrafos estaban listos para que la puerta se abriera.

Programas de todos los idiomas aguardaban para retrasmitir la información en directo.

Pasaron las seis. Los operadores habían impermeabilizado las cámaras de televisión por temor a un inminente temporal.

Finalmente, las puertas se abrieron.

Delante estaba Álex, detrás de él Karla y junto a ella el subinspector. Al otro lado había más de diez millones de personas viéndolo todo en directo. Entre ellos probablemente estuvieran también la jueza y Roberto.

Álex salió con un guion anotado. Miró a su alrededor y reconoció a Rafael, el responsable de la cafetería, entre los asistentes.

—Mi nombre es Álex Cortés y soy el sargento al mando de esta investigación. Como sabéis, hemos encontrado un vehículo con cadáveres justo enfrente de esta comisaría de policía. Confirmamos que eran cinco víctimas, y también que habían sido mutilados.

Tragó saliva y miró sus notas.

—Rompemos hoy el silencio porque queremos tranquilizar a la población acerca de lo que está sucediendo. Estamos investigando incansablemente, tenemos varias pistas y todas muy válidas. Los cadáveres que estamos identificando son jóvenes que trabajaban en Barcelona. Hacemos un llamamiento a la población: si saben de personas de entre veinte y treinta años que hayan desaparecido hace aproximadamente un mes, o que hayan cambiado radicalmente su manera de comunicarse con amigos o familiares, infórmennos. En este momento los principales periódicos de este país y televisiones estáis recibiendo un correo electrónico con unas líneas de teléfono que abrimos precisamente para esto.

Volvió a mirar el trozo de papel. A cada gesto que hacía, recibía una ráfaga de flashes.

—Hemos recibido con una regularidad de dos días un paquete de unas dimensiones de cincuenta centímetros cúbicos, conteniendo partes de los cadáveres. Son cajas de cartón dirigidas a mi persona y enviadas a esta comisaría. Por favor, necesitamos doce millones de ojos. Dos por cada habitante de la región, para que el asesino se sienta acorralado. Solo entre todos podemos hacerle sentir en jaque mate. Pero de la misma manera, si ven algo, no hagan nada. Llamen a las fuerzas del orden, que para esto estamos.

Miró otra vez el papel y luego el cielo.

—Para concluir, mis pensamientos van a las víctimas y a ti, que le has arrebatado la vida a cinco jóvenes que solo querían trabajar y mejorar su vida. Sé que nos estás viendo: que sepas que voy a ir a por ti hasta el final, como si mi vida dependiera de esto —dijo Álex mirando fijamente una cámara de televisión.

—Nada más. No tenemos tiempo para preguntas. Espero que entiendan que no podemos responderles y que ya esto es un gran esfuerzo que hacemos para tranquilizar a la población. Todo el cuerpo de los Mossos d'Esquadra y el resto de los cuerpos seguimos trabajando para devolver el orden a esta preciosa ciudad. Gracias y buenas tardes.

En cuanto se movió los periodistas comenzaron a gritar para hacer preguntas y los flashes se reactivaron. En cuanto cruzó la puerta comenzó a diluviar.

—Muy bien, Álex —dijo el subinspector—. Buen trabajo.

Karla lo agarró de un hombro y lo obligó a girarse.

—¿Qué quiere decir eso que has dicho? —dijo con un tono que el sargento no consiguió entender—. ¿Te vas a quedar?

—Qué pasa, Karla, ¿no eras tú la que decías que querías que me

fuera? ¿Has cambiado en menos de una semana?

La mujer lo soltó de golpe y se mofó de él.

Cuando los tres comenzaban a subir por las escaleras, bajó un compañero corriendo.

—Álex, nos han llamado.

Álex se detuvo, reconociéndolo.

—¿Qué ha pasado? —dijo el sargento.

—Ha llamado una agencia de trasporte refrigerado. Dicen que tienen algo para ti.

51

Álex y Karla se miraron.

—¿Cómo que tienen algo para mí?

—Dicen que después de haber recibido el mail, han controlado los paquetes y tienen uno para entregar en la comisaría dirigido a ti —dijo el agente levantando las manos—. Lo tenían programado para entregarlo dentro de unos días.

—Excelente —dijo Álex al agente—Sigue atento por si llega más información.

El sargento dio un paso adelante y se detuvo.

—¿Vienes? —preguntó a Karla.

—¿Y me lo preguntas?

Él le sonrió y se fueron hacia el parquin subterráneo.

Salieron en medio de la lluvia, que volvía a azotar la ciudad. De nuevo, un convoy formado por la furgoneta de los Mossos y una patrulla con las sirenas en marcha se dirigió a la agencia de transporte.

Era la primera vez en mucho tiempo que aparecía una sonrisa en la cara de Álex.

Se sintió enérgico y vivo. El protagonista de la historia, y no la presa. Era la primera vez que habían conseguido ir un paso por delante de Roberto. Eso era una buena señal. El correo a las agencias de transporte y la comunicación comenzaban a surtir su efecto. Al final se había cumplido su predicción: la gente funcionaba mejor bajo presión. Si las estrujaba se esforzaban más que si las dejaba funcionar sin límites.

Al final, no tuvo más remedio que agradecer la bronca del subinspector.

Le escocía, pero tuvo que admitirlo.

—¿Cómo se llama la agencia? —preguntó Álex.

—Chronus Frius —dijo Karla mirando el documento que le había

dado el chico de su equipo.

—¿Cuánto tardaremos?

—Unos veinte minutos, está en la Zona Franca.

Álex volvió a comprobar en su teléfono los mensajes y correos.

En cuanto aparcaron salieron los agentes armados, junto a Karla y Álex. Entraron y después de presentarse fueron al almacén con el responsable que estaba en ese momento.

—Hemos sabido lo que era cuando enviasteis el correo esta mañana.

—¿Dónde vamos? —preguntó Álex al responsable. Ambos iban escoltados por los agentes armados.

—A una cámara frigorífica que tenemos separada, por temas de seguridad alimentaria. Productos caducados, ya sabes, marrones varios.

La instalación era enorme. El personal se trasladaba en su interior en patinete eléctrico para reducir los tiempos de desplazamiento entre un lado y otro.

La nave industrial tenía unos diez metros de altura, como un edificio de tres pisos. El cortejo pasaba entre pasillos de estanterías en las que cabían cuatro filas de palés apilados. Los toros cruzaban a velocidades de vértigo, con el reloj entre los dientes y con movimientos de danza clásica, como al compás de una ópera.

Llegaron a una puerta enorme.

El encargado se detuvo.

—Está aquí.

Agarró un cable que colgaba del techo y lo estiró. Una sirena comenzó a emitir un sonido de emergencia y la puerta se fue desplazando automáticamente.

El espacio era oscuro y desde fuera no se veía nada. Cuando la puerta se abrió totalmente, se encendieron las luces con varios parpadeos iniciales.

El espacio era diáfano, completamente vacío. En el centro, como si fuera el Santo Grial, había una mesa de aluminio inoxidable con la caja encima.

Se acercaron y Álex la reconoció con un solo vistazo. Las dimensiones, el precinto.

La etiqueta no daba lugar a dudas. Era el tercer paquete.

Álex lo tocó con los guantes; estaba fría como un témpano.

—Nos la llevamos —dijo Álex y dio orden a un agente de cogerla y cargarla en la furgoneta. Otro siguió haciéndole de escolta armado.

El encargado acompañó a los policías de vuelta. Mientras caminaban, Álex le preguntó: —¿Cuánto hacía que estaba aquí?

—Una semana. Teníamos órdenes explícitas de entregarlo el lunes.

Álex asintió: eran los dos días de espera entre uno y otro.

—¿Cómo pagó?

—En metálico.

—¿En metálico?

—Sí, en metálico. Y, por cierto, fue muy amable.

Álex se detuvo y le miró incrédulo.

—¿Usted lo ha visto?

—Yo no, pero la secretaria sí. Fue ella quien le cobró.

52

Álex se estremeció.

No le dio tiempo de pensar cómo articular su pregunta, porque la noticia lo partió como un rayo.

—Perdona, ¿qué has dicho?

—Sí, la secretaria casi se nos cae al suelo desmayada. Tuvimos que darle aire, casi le viene un ataque de ansiedad. Ya sabe, no es muy alentador que te digan que has tratado con un asesino en serie.

—¿Podría hacer un retrato robot?

—Sería mejor que no, ya es duro para ella. Pero tengo algo mejor —dijo y reanudó la marcha—. Tengo algo mejor…

Los policías siguieron al responsable hasta su oficina.

Era un pequeño despacho repleto de papeles y polvo, una imagen que difería del hombre y su manera de hacer, aparentemente muy cuadriculada.

Se sentó al ordenador y entró en unos programas.

—En cuanto lo descubrimos y un agente nos comentó que vendríais, me he preguntado, ¿qué más puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudarles? —Abrió una ventana del sistema operativo—. Así que aquí le tenemos.

Concluyó y giró la pantalla. En ella estaba el hombre que llegaba con el bulto, caminando. Se detuvo, alguien le abrió desde dentro. El rostro de Roberto, de lo que se podía apreciar en el monitor, era amigable e incluso afable, y nada daba a entender que ese pudiera ser el asesino en serie de Barcelona.

—¿Y dentro?

—No disponemos de cámaras de vigilancia en los despachos, para la privacidad de clientes y trabajadores. En las cámaras frigoríficas y en la planta sí, pero allí no hay nada de interesante.

Álex se pasó la mano por el pelo y miró a Karla, con aire de decepción. Las grabaciones de la parte externa no mejoraban lo que ya tenían. El retrato robot del que disponían era calcado al hombre del

monitor: un hombre vestido de oscuro, pelo corto moreno y unas gafas de sol de estilo aviador. Nada nuevo o que ampliase lo que ya tenían.

—Pero hay algo más —dijo el responsable, llamando de nuevo la atención de los policías—. Estuve pensando que, si este tío aparece con esta caja tan voluminosa en la Zona Franca del puerto, ¿de dónde viene?

Álex y Karla se volvieron a mirar.

—Quiero decir, uno no aparece de la nada, y aquí no aparece en coche, sino estaríamos apuntando la matricula. Así que he solicitado a la garita de seguridad unas grabaciones de la entrada y el trayecto de esa hora. Y… ¡bingo!

Mientras hablaba abrió un correo electrónico con un link en azul que le llevó a una grabación en una nube.

Esta se abrió.

La imagen de la entrada mostraba un entrar y salir de camiones y coches en el recinto. Al minuto de avanzar la imagen a doble velocidad, apareció un autobús de línea. Bajaron unas personas que parecían trabajadores. Entre ellos estaba Roberto. El conductor le abrió el maletero, cogió su paquete con el macabro contenido y lo volvió a cerrar. Roberto entró en la agencia de transportes y el bus siguió su itinerario.

—Necesitamos estas imágenes —dijo Álex con los ojos desencajados —. ¿En bus? Y luego, a la vuelta, ¿qué hace?

—Lo mismo. Espera quieto como un palo de teléfono, inmóvil sin hacer nada y espera el siguiente autobús. Lo veréis en las cámaras.

Los demás se quedaron en silencio.

Álex soltó una risa cínica.

—Se está burlando de nosotros. Hasta apostaría que se le escapó una mirada a la cámara porque sabía que miraríamos estas imágenes. Pero lleva gafas y no podemos verle —dijo Álex y se detuvo—. Pero la pregunta es, ¿por qué un bus?

—Aquí no llega el metro. Hay un kilómetro de caminata a pie. La otra opción es el ferrocarril, a un kilómetro y medio.

—No, no. Hay algo más, seguro: este tío es extremadamente calculador. Tiene que haber algo más.

—Álex, yo lo veo obvio. No podía venir con la furgoneta, le habrían grabado con ella —dijo Karla.

—No —repuso Álex, mirando a su alrededor—. Karla, la furgoneta estaba aparcada delante de nuestra comisaría, hace una semana.

Karla se golpeó la frente.

—Pero tampoco pudo venir con su coche particular, porque de la

misma manera que le hemos rastreado con estas cámaras podríamos rastrear las matrículas con ayuda de la DGT.

—El bus no deja rastro —dijo el responsable.

—¿Cómo dices?

—Si coges un ferrocarril o un tranvía, en todas partes tienen cámaras. También en las máquinas expendedoras. Está todo lleno de cámaras —explicó el responsable—. Si vas en bus, en cambio, compras el billete al conductor en metálico, no hay cámaras en ningún lugar, pides una parada, no hay cámaras dentro del vehículo ni en las marquesinas. Si no hay rastro, no hay delito.

Álex lo miraba, siguiendo su razonamiento.

—Discúlpame, ¿cómo te llamas?

—Antonio —contestó el responsable levantándose y alargando la mano.

—Antonio, toma —dijo Álex mientras le proporcionaba una tarjeta de visita—. Si quieres cambiar de trabajo, en la policía necesitamos cerebros pensantes como el tuyo. ¡Piénsalo!

El hombre se sonrojó.

—Gracias, pero estoy bien en Chronus —dijo y se introdujo la tarjeta en un bolsillo de su pantalón—. Pero nunca se sabe.

—En la tarjeta encontrarás mi correo electrónico, ¿nos podrías enviar las grabaciones?

Los dos policías salieron de la instalación y se subieron al coche.

Activaron las sirenas y las luces. Se fueron directos a la central de Sabadell a abrir el tercer paquete: ya llevaban dos el mismo día.

La sensación de ir un paso por delante era como una droga y enganchaba.

Álex pensó que ahora que había conseguido adelantarse a Roberto, esa sería la dinámica a partir de ese momento. Pero se equivocaba estrepitosamente.

53

Sabadell.

En cuanto la médica abrió la caja de porexpan, se dio cuenta de que era diferente.

Había conservado el envoltorio.

Al quitar la tapa, se agachó para ver su interior. La columna de hedor que salía del paquete de plástico la echó para atrás.

La mascarilla y alcanfor no consiguieron contrarrestar el impacto olfativo.

Encendió unos extractores de aire. Entendió que ese paquete tenía algo diferente.

Lo cogió con ambas manos y lo dejó en la mesa.

La bolsa era igual, con el mismo macabro contenido, pero substancialmente diferente: el envoltorio no había conservado el vacío.

Recortó el plástico y sacó la cabeza de un chico con rasgos de origen sudamericano.

Las manos presentaban muchos callos y uñas comidas.

Álex y Karla seguían cada movimiento desde fuera.

La doctora le abrió la mandíbula para sacar el tercer indicio.

Al desplegarlo se vio otra secuencia de barras, idéntica a las dos anteriores. Se lo dio al asistente para que hiciera fotos.

Luego, la médica cogió un trozo de papel e intentó limpiar el rostro de la víctima, cuya cabeza estaba apoyada en la camilla. Por último, le abrió los ojos.

A los dos minutos salió de la morgue.

—Ha pasado algo hoy —dijo la médica.

—¿A qué te refieres? —preguntó Karla.

—La bolsa estaba abierta, perforada en un punto. Es la primera vez que pasa. No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó él.

—Una bolsa al vacío de esas micras no se rompe tan fácilmente.

—¿Micras? —preguntó la policía.

La mujer hizo una pausa.

—Espesor —contestó al fin—. No es fácil romperla.

—¿No puede haber sido en el trasporte?

La mujer levantó los hombros.

—No lo creo. En el punto del agujero no había metales, y menos aún un objeto punzante.

—¿Entonces qué piensas?

—No lo sé, es la primera vez que un paquete nos llega con un error, al menos algo que nosotros podamos interpretar como tal, claro.

—¿Dices que Roberto ha tenido un descuido?

La médica no se atrevió a responder.

—Hay otra cosa. El hedor que desprenden los trozos de cadáver es muy interesante —dijo Alba mientras se cruzaba de brazos—. El cadáver que tengo en la nevera tiene un nivel de descomposición, pero las extremidades tienen otro. Nada que ver.

—No te sigo.

—Cuerpo y extremidades deberían tener la misma descomposición, pero están en dos fases completamente diferentes, aun siendo el mismo cuerpo.

—Bueno, se puede explicar porque la furgoneta estaba al sol y lo demás estaba en una cámara frigorífica desde hace una semana, ¿no?

—Sí y no. Me explico. Si así fuera, también ocurriría lo mismo con los demás. ¿Pero cuál es el problema? Que parecen dos momentos totalmente diferentes. El cuerpo lleva un mes, pero las manos y cabeza, solo dos días. Aquí hay algo que no entiendo.

—Bueno, doctora, es muy tarde, nos volvemos a la central. Por favor, mande lo antes posible toda la información que consiga. Le doy las gracias.

La médica ni siquiera se despidió. Se dio la vuelta y volvió a empujar las puertas basculantes de su reino.

El día llegaba a su fin. Un viernes negro, a pesar de las buenas sensaciones que tenía Álex. Frente a sus pupilas pasaban las luces de los coches y los establecimientos que se preparaban para el fin de semana. También pasaban por su mente las imágenes de las personas que estaban en la morgue: a ellos ya les daba igual si era lunes o viernes.

Para el sargento era duro aceptar que por las calles andaba un asesino en serie y no podía atraparlo.

Jugaba con él y con la sociedad. ¿Qué quería demostrar? ¿Que era más inteligente que las fuerzas del orden? ¿Cuándo acabaría eso?

Demasiadas preguntas fluían en su mente.

El fin de semana que comenzaba lo acercaría un poco más a donde quería Roberto.

Ahora que Mary había desaparecido de su vida, no tenía sentido volver a casa pronto. Habría preferido dormir en un sofá de la comisaría y seguir estudiando los indicios, o mejor dicho, las migajas que Roberto le iba dejando, casi por misericordia.

54

Barcelona.
Sábado.

Se despertó en el escritorio el sábado por la mañana.

No le había pasado desde la época en que estudiaba en la academia.

Los ojos se abrieron. Por la ventana golpeaba la luz de un nuevo día.

—Despierta, dormilón.

Se preguntó dónde estaba y vio a su compañera con una bolsa de papel y cafés para llevar.

Karla traía el desayuno.

—Creo que me he dormido aquí.

Al incorporarse le cayó la chaqueta que tenía sobre los hombros.

—Anoche vi que te habías dormido y te la puse como manta —replicó la mujer, señalando con la barbilla la chaqueta caída al suelo.

—¿Qué tal has dormido? —preguntó ella acercando una silla a su escritorio.

—Estoy hecho un cuatro, hacía años que no me quedaba dormido así —dijo mientras estiraba los brazos.

Luego se fijó en el reloj.

—Mierda.

—¿Qué pasa?

—Hoy es el cumpleaños de mi madre.

—¿Y eso es malo?

—Tengo que ir a Tarragona a su fiesta. Nos ha invitado a todos los hijos —dijo mientras intentaba recuperar elasticidad en el cuello.

—Ni hablar de irte a Tarragona solo —dijo el subinspector, que recién entraba en la sala.

—No, tranquilo jefe, iré con mis hermanos.

—No lo pillas, Álex, estás demasiado expuesto en esto. Si quieres ir, lo entiendo, pero irás acompañado por dos agentes de la secreta. Hasta que esto no se acabe, irás escoltado a todas partes.

—Pero no digas tonterías, jefe —dijo Álex con un gesto despectivo.

—Nada de tonterías. Iras con escolta. Ya está todo organizado. No quiero excusas —concluyó y se sentó en otra silla.

Álex arrugó la cara.

—¿Ya sabemos cosas de Patricia?

—Hacía mucho que sus padres no sabían nada. En el trabajo no dijeron nada porque no era la primera vez que desaparecía semanas con algún ligue, por culpa de drogas o un festival. Vaya… una pieza.

—Desde luego, Roberto los sabe escoger —dijo el jefe mientras lo miraba desayunar—. ¿Y los enigmas?

—Los paquetes dos y tres también los tenían.

El subinspector se pasó las manos por la cara.

—En fin, tenedme al corriente y, sobre todo… —dijo apuntando al sargento—, …no se te ocurra irte sin ellos.

Álex resopló asintiendo, mientras el subinspector desaparecía por el pasillo.

—Ya ves, eres famoso y viajas escoltado. ¿Qué más quieres?

—Poderme ir a Tarragona.

—Pero si puedes ir, te lo ha dicho.

—No, para siempre —dijo Álex y miró por la ventana.

Karla hizo una mueca con la boca. Estaba claro que no le había gustado el último comentario, pero siguió comiendo como si nada.

55

Ana, Marc y Álex.

Los hijos pródigos que volvían para la comida del cumpleaños de su madre.

La vida los llevó a encontrar su camino lejos de casa.

La hermana, especializada en psicología y escritora, tenía una consulta en Barcelona.

El hermano más pequeño, de orientación sexual diferente, optó por imitar a los mayores para escapar de los chismorreos pueblerinos.

Formaban una familia con cincuenta kilómetros de separación física, pero tan unida como el primer día.

—Tendrán que seguirnos todo el rato, ¿verdad? —preguntó la hermana.

Álex se giró. El coche de la secreta estaba a unas decenas de metros por detrás.

—Tranquila, que ellos no suben a comer a casa.

—Eres famoso ya, tu madre estará contenta —dijo Alberto, el cuñado, que conducía.

—Mi madre estará contenta porque vamos… y más que se va a poner cuando vea el pedrusco que lleva Ana.

Alberto cogió la mano de su futura esposa y la besó.

—Hala, Ana, no me habías dicho nada —dijo Marc—. Oh, qué bonito.

—Es que era una sorpresa, pero ya sabes que tu hermano no sabe guardar ni un secreto —dijo la hermana dándole una colleja.

—Alberto, ¿te van muy bien las cosas no? —dijo Álex mirando el todoterreno en el que viajaban.

—No me puedo quejar. Hemos cambiado este coche por si la familia crece en el futuro —dijo sin quitar ojo de la carretera.

Álex sonrió.

—¿Otro? —dijo, y mientras miró entre los asientos traseros al primogénito, que dormía—. Os deseo lo mejor, os lo merecéis y hacéis una buena pareja —dijo y se acercó a su hermano—. Y lo más importante, a papá le gusta Alberto, algo inaudito.

Los tres hermanos se pusieron a reír.

—Tela… las panzadas que nos hacíamos con Álex al ver la procesión y rechazos de todos los novios que Ana llevaba a casa.

Los dos volvieron a reír.

—Oye, no me habías dicho nunca que estabas tan solicitada en Tarragona —dijo Alberto a su futura esposa.

—Bueno, digamos que nunca te he mentido, pero no te he mencionado cierta parte de la verdad —dijo coqueta—. Pero no solo en Tarragona, también en la universidad.

—Jolines con la tía, la mosquita muerta de psicología.

—No te preocupes, Alberto, tú te has llevado el gato al agua —dijo Álex—. Si no, no estaríamos aquí.

—La verdad es que Ana es como es gracias a todas las bromas que le hemos hecho.

Entre risas y recuerdos, los kilómetros pasaron rápido, hasta llegar a la residencia de los padres.

Siempre que aparece un hijo en casa es una fiesta.

La madre cumplía setenta años. La mesa estaba vestida de fiesta, con la cubertería buena y la porcelana de la abuela. Todo estaba listo. En una mesa auxiliar, media docena de regalos esperaban impacientes a ser abiertos.

La casa de los abuelos. Desde que ella murió y él fue a vivir a una residencia, los padres la disfrutaban para pasar los fines de semana y las vacaciones. Un pueblo del interior, en el Priorat, de vino y descanso.

Sentados a la mesa comenzaron a comer el aperitivo. Faltaba solo el padre, que seguía en el jardín, acabando el plato estrella.

—Eso de Mary no me ha gustado, por mí que no vuelva más —dijo la madre.

—Tranquila, madre, dudo que la volvamos a ver jamás. No creo que vuelva de Nueva York.

—Ana, por favor dile a tu hermano que coma más —dijo estrujando las mejillas de Álex—. Mira que delgado está.

—Mamá, por favor, deja de decirle lo que tiene que hacer, ya tiene una edad, ¿no crees?

—Perdona, pero creo que eres tú la más sensata de los tres y yo no puedo dividirme. No puedo estar a la vez en Barcelona y aquí cuidando de vuestro padre.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que me estás qué? —dijo el padre mientras aparecía por la puerta con una enorme paella.

Todos aplaudieron la entrada en escena del patriarca con su

famoso arroz con bogavante a la leña.

Repartieron los platos y empezaron a comer.

—Papá, te ha quedado divina esta vez —dijo Marc.

—Gracias, es que en Barcelona no se sabe comer tan bien como aquí.

Los tres hermanos se rieron.

—Álex, no se te puede mirar, hijo, mira que ojeras que tienes, pareces un oso panda. ¿Duermes? ¿No consigues dormir desde que Mary te ha dejado?

—Mamá por favor, ¡para ya! ¿Quieres controlar también si llevo camiseta interior, como cuando era pequeño?

—Sí, tú te ríes, pero cuando la llevabas, nunca enfermabas —dijo la madre jactándose—. Mírate ahora, un espectro del Álex que conocía.

—Papá, esta paella está exquisita. Bravo —dijo Álex al padre.

—¿Qué dices, mamá? Pero si Álex siempre estaba enfermo, era un quejica —dijo Ana.

—¡Lo que tenía que hacer para no ir al cole! —contestó Álex—. Por cierto, he pedido el traslado a la comisaría de Tarragona.

—¿En serio? —preguntó la madre—. Entonces, ¿vas a volver a casa?

—¡Me buscaré un piso en el centro!

—Que no, en absoluto, vas a volver a casa, tu habitación sigue vacía y es donde tienes que estar, así ahorrarás y estarás con nosotros.

—Bueno, ya veremos, tampoco está decidido —dijo en voz alta y luego se giró hacia su hermano menor y le dijo al oído—. A veces me olvido de cómo es volver a casa.

Los dos hermanos rieron.

—Bueno Ana, llevas toda la mañana escondiendo tu mano izquierda, ¿cuándo piensas decirlo? —soltó la madre.

Alberto, que estaba bebiendo, se atragantó y comenzó a toser.

—La verdad que es que lo queríamos dejar para el postre, pero ya que lo has dicho… —dijo Ana mientras miraba a Alberto.

Luego sacó la mano y les mostró el anillo con el diamante.

—Alberto me ha propuesto que nos casemos.

—¿Y? —preguntó la madre mientras se acercaba la mano de su hija para ver el anillo.

—¡Pues que sí, claro! Nos gustaría que fuera en noviembre.

La familia se levantó entre gritos y celebraciones.

Todos fueron a besar a los prometidos.

Sin sentarse, la hija añadió:

—Además hay algo más…

—¡No! —dijo la madre.

—Sí, ya va el segundo en camino —dijo ella mientras Alberto le

acariciaba la barriga.

Entre tantas noticias y celebraciones acabaron de comer y abrieron los regalos. Luego el padre, Alberto y Marc se fueron al jardín: el café era mejor rescaldado por el sol de mayo. Ana y Álex se apartaron.

—¿Cómo estás? —dijo ella—. Ahora en serio.

—Cansado y preocupado.

—Te veo, te conozco casi mejor que mamá.

—Este tío que es demasiado listo para que lo cojamos. A ti te lo puedo decir, pero casi no quiero ni confesármelo ni a mí mismo. Es muy bueno, el mejor que jamás he visto.

—Sigo las noticias y se están aprovechando, hay cada barbaridad que dicen los medios de comunicación sobre el asesino, sobre la policía… sobre ti.

—Me da igual lo que digan, lo que me importa es pillarle. Pero me asusta que no le lleguemos a coger, o que sea solo cuando él quiera.

—¿Y si no quiere?

Álex enarcó una ceja.

—¿Algún error cometerá? —preguntó ella.

—Pocos, casi ninguno.

—He estado investigando casos parecidos, en Estados Unidos —dijo ella—. Estos tipos creen estar echando un pulso con la policía. Igual que tú y yo podemos jugar a cartas, los asesinos en serie consiguen hacer de una locura su cruzada.

—Desde luego, no es muy alentador.

—Tienes que mantener los ojos bien abiertos. Supongo que ser el centro de sus atenciones no es muy agradable.

—Para nada.

—Me alegro de que te hayan puesto una escolta.

Álex hizo un gesto con la mano.

—Bobadas, ese tío no me va a hacer nada.

—Por cierto, me gustó mucho la rueda de prensa. Me sentí muy orgullosa de ti —dijo ella y le abrazó—. Ya verás, esto acabará. Conseguirás que la verdad salga a la luz y que Barcelona vuelva a ser lo que era antes de todo esto. Ya lo sabes, tu familia y yo confiamos en ti, aunque los demás no te lo digan.

Siguieron un rato abrazados.

—Toda autoridad conlleva una responsabilidad, y esta yo no la quería.

—Nadie nos obliga a superar los obstáculos de la vida, pero si queremos crecer y avanzar, los tenemos que encarar. Nadie te pregunta si estás preparado para superar un cáncer, la muerte de un ser querido, o un accidente. La vida no te lo pregunta, porque tú no lo elegirías. Nunca elegiríamos responsabilidades. Pero somos más

fuertes de lo que creemos. Somos más duros de lo que el miedo nos quiere hacer creer.

Ana se acercó y le tocó la frente.

—Todo es cuestión de actitud. Y tú lo estás haciendo de una manera ejemplar. Porque, ¿cómo lo hacen los Cortés?

Álex levantó la barbilla

—Exacto, nunca lo olvides: desafiando las adversidades.

—Eres una madre fantástica.

—No chaval, no soy tu madre, tú ya tienes una y yo ya tengo un hijo.

—Dos —aclaró él tocándole la barriga.

Ella asintió y se volvieron a abrazar.

Mientras regresaban a la pequeña fiesta de cumpleaños, Álex añadió: —Bueno, también como psicóloga no eres nada mala.

—Psiquiatra Álex, psiquiatra. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

56

Barcelona.

Lunes.

El rock sonaba a todo volumen.

Zancada a zancada.

Sorteaba los turistas mañaneros. El paseo marítimo de Barcelona a las seis de la mañana era terreno de deportistas y fiesteros que acudían para deshacerse de algún modo de la resaca.

Álex se libró de la escolta y se fue a correr solo. Lo necesitaba.

El sábado pasado en casa de la familia había sido un bálsamo, pero el domingo lo pasó en la oficina, entre papeles e indicios. Sentía que avanzaba en círculo, sobre unos raíles que había colocado Roberto.

Roberto, el asesino que le miraba.

Todos podían ser Roberto. El que tenía detrás de él en la cola del supermercado, repostando, el que se encontraba en las escaleras de su edificio.

¿Lo volvería a ver? Se atormentaba. ¿Sabría reconocerlo?

Se duchó y se fue a la comisaría. Le esperaba un nuevo día, si nada cambiaba, en la misma situación.

Karla estaba en su puesto. Con el equipo hicieron el Briefing como cada mañana, pero había muy poco que añadir. Se sentían estancados; Álex lo veía impreso en los ojos del equipo, que estaba cansado y algo decaído.

Según el plan de Roberto, ese lunes tenían que haber recibido el paquete con el tercer cadáver. Su identidad se había descubierto: era un chico peruano. Se llamaba Mauricio David López. Un nombre tan común como su vida. Sin familia, sin novia, sin rastro.

Roberto era bueno en identificarlos y Álex se lo admitía muchas veces. Demasiadas. Ese pensamiento no le dejaba avanzar.

Mauricio vivía en Barcelona y trabajaba como paleta en una obra en el centro. ¿Cómo pudo haber conocido a Roberto? Esa confianza le había costado lo más valioso que tenía: la vida.

Por otro lado, los enigmas eran tan complejos como aparentemente ilógicos.

Alan evolucionaba con la investigación. Al principio no tuvo mucho interés, pero después lo convirtió en un asunto de inteligencia, un rompecabezas que se juró resolver. Fue como el día en que cayó en sus manos un cubo de Rubik y cambió para siempre su vida.

Álex recordaba a menudo la furgoneta. Cuando pensaba en ella, llena de cadáveres, todavía podía sentir el olor a putrefacción en las fosas nasales. Era como un pellizco que avivaba sus sensores neuronales; el hedor de la verdad que despertaba su hambre de saber, de resolver, de atrapar al hombre más buscado de España.

Álex revisaba su bandeja de correos electrónicos.

—Puede que tengamos algo.

Álex subió la vista.

—¿Qué ha pasado ahora?

—Explícaselo tú —dijo Karla a Alan.

—Sabemos que Miguel estaba buscando otro trabajo porque el puesto en el supermercado de La Mina no era lo que quería. Patricia pretendía dejar la noche y dedicarse a ser esteticista. Esto lo sabemos porque lo dijo la madre adoptiva en el interrogatorio que ha realizado la Guardia Civil.

Álex iba asintiendo.

—Y hemos hablado con el compañero de piso de Mauricio. ¿Adiviináis qué quería hacer?

—No lo sé —dijo Álex negando con la cabeza.

—Pues quería dejar de trabajar con la compañía en la que estaba desde hacía tiempo, ya no se encontraba bien. ¿Ves la similitud?

—Muy bien. Tenemos tres personas que querían cambiar de trabajo. Es un buen inicio.

—Ya, pero eso no es todo. ¡Sigue! —dijo Karla.

Álex arrugó las cejas.

—De Patricia no lo sabemos, porque no tenemos información al respecto, pero tenemos dos coincidencias que hemos averiguado de Miguel y Mauricio. Los dos querían cambiar de trabajo y estaban entregando currículos en empresas, agencias, *etc.* Pero ambos coinciden en una agencia en concreto —dijo y esperó.

—¿Cuál? —preguntó Álex.

—Work Job Institute. Es una ETT.

—¿Una qué? —preguntó él.

—Una empresa de trabajo temporal. Sirve para colocar trabajadores, tanto para corto como largo plazo. Incluso hacen de

puente entre la empresa y el trabajador. Es decir, una selección de personal externa.

—Qué interesante. ¿Y sabemos la sucursal?

—La de Portal del Ángel, los dos coinciden en la misma.

—¡Bingo!

—Bueno, puede que no sea nada, una simple coincidencia —dijo Karla—. ¿Pero quién sabe?

—En fin, hasta que no lo averigüemos, no lo sabremos —dijo Álex mientras se levantaba del escritorio—. ¿Vamos a echar una ojeada? Por lo menos es una pista a seguir.

57

Los dos policías entraron en la sucursal.

Habían pasado menos de treinta minutos y entraban por la puerta, sin previo aviso.

El local era muy minimalista. Muebles y decoración de colores llamativos: así era la imagen corporativa de la marca. Una empresa con varias sucursales por toda España. En la puerta, un letrero luminoso con la marca, azul y naranja.

Una chica joven atendía con una sonrisa de oreja a oreja, marca de la casa. Detrás había una decena de mesas con chicos que atendían llamadas y tecleaban como hámsteres. En algunas estaban atendiendo a personas que buscaban un empleo mejor.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarles? —preguntó la chica de la entrada.

—Buenos días, somos los agentes Ramírez y Cortés. De la policía investigativa —dijo Álex—. Nos gustaría hablar con el director de vuestra sucursal.

—Nuestro director está de vacaciones. ¿En qué puedo ayudarles?

Los dos policías se miraron a la cara.

—¿Desde cuándo está de vacaciones?

—Pues lleva… —dijo y miró un calendario en su pantalla—. Unos diez días. Vuelve el jueves de esta semana.

—¿Tiene una foto?

—¿Le buscan por algo en concreto?

—Por una investigación.

—Debería buscarla, ahora no tengo ni una —dijo la recepcionista mirando el móvil—. Pero si prefieren pueden hablar con mi compañero, que hace las funciones de subdirector.

—Sí, mejor.

La chica levantó el auricular y al otro lado de la estancia, en medio del bullicio, sonó otro teléfono. Un hombre respondió y luego se les acercó.

—Buenos días, agentes —dijo el señor—. ¿En qué podemos ayudarles?

El hombre tenía aire de banquero: camisa de manga corta de un color de moda en los años noventa, pelo corto y barba afeitada.

—Queríamos hacerles unas preguntas sobre una investigación. ¿Tienen un lugar más reservado?

—Claro, síganme.

Entraron en una sala de reuniones y entrevistas. Los policías se sentaron frente al hombre.

—Disculpe, ¿cómo ha dicho que se llama?

—Néstor, no se lo había dicho.

—Bien, Néstor, estamos investigando la desaparición de dos chicos que, según unos indicios, han pasado por esta sucursal a buscar empleo.

El hombre asentía. Se veía afable, colaborativo, aunque sus ojos eran oscuros y poco expresivos.

—Que sepan que desde Work Job Institute damos la máxima colaboración a las autoridades. Si me indican las personas, les traeré los expedientes de los que disponemos —dijo el hombre con amabilidad.

Álex le indicó el nombre completo de Miguel y Mauricio y el responsable fue a buscarlos. En pocos minutos regresó con una compañera y las carpetas.

La chica que los había atendido expresó todo lo que sabía, aunque a los policías no les aportó nada nuevo a la historia. Luego se fue.

—¿Le importa que nos llevemos los dos expedientes? —preguntó Álex.

—Por supuesto, lléveselos. Por desgracia creo que ya no los necesitaremos.

—Muchas gracias —dijo Karla—. Necesitaríamos hablar con vuestro director.

—Está de vacaciones.

Álex se acercó al responsable.

—¿Cómo es que se ha ido de vacaciones?

—Pues no lo sé, cada uno pide las vacaciones cuando quiere, la empresa es muy flexible en este aspecto.

—¿Y sabe a dónde ha ido?

El hombre, siempre con una sonrisa, se mantuvo impasible.

—No tengo ni idea. No tenemos tanta confianza como para preguntarlo. Pueden preguntárselo a él —dijo Néstor.

—¿Y cómo?

—Le puedo dar su número de teléfono.

—Perfecto, gracias. ¿Cómo se llama?

—Néstor Luna.

—No, me refiero a su jefe.

—¡Ah! Qué despistado. Tomás Fernández. Mire, se lo apunto aquí.

—Cogió la carpeta y se lo apuntó.

—¿No necesita mirarlo? —preguntó Karla—. ¿Lo sabe de memoria?

El responsable los miró y rio.

—Tengo buena memoria —dijo y colocó su bolígrafo en el bolsillo de la camisa.

—Muchas gracias, Sr. Luna —dijo Álex levantándose y ofreciendo la mano para que se la estrechara.

El hombre se levantó, le miró la mano, titubeó y, finalmente, se la estrechó. Acto seguido, dijo: —Por aquí, por favor.

Los policías siguieron al hombre y salieron de la sucursal de la empresa de trabajo temporal.

Se detuvieron delante. Álex miró desde la calle qué hacía el responsable. Lo vio hablar con la chica de la recepción. La hizo hacerla reír y volvió a su puesto de trabajo. En ningún momento se giró a mirar a los policías.

—¿Te apetece un café? —le preguntó Karla a Álex.

—Sí, por favor.

Subieron un centenar de metros por la calle, en dirección Plaza Catalunya, y entraron en una cafetería. Pidieron y se sentaron en una mesa.

Álex comenzó a hojear las carpetas de los dos jóvenes difuntos. Las hojas no eran más que simples entrevistas transcritas a ordenador y una copia original del currículum vitae.

Las fotos le impactaron. Álex revivió el momento en que había visto las dos cabezas amputadas y apoyadas en una fría mesa de acero inoxidable en la morgue. A pesar de sus esfuerzos, le costaba desalojar de la mente ciertos recuerdos.

—Gracias —dijo Karla al camarero.

Este apoyó las tazas en la mesa.

—¿Qué piensas? —preguntó ella.

—¿Qué te ha parecido ese tío?

—No me ha gustado.

Álex contestó con un sonido gutural.

—¿Y a ti?

—Tampoco me ha gustado del todo —respondió Álex.

—¿Crees que…?

—¿Sí?

—Ya sabes.

—No. ¿A qué te refieres?

—Si es… ¡Roberto! —susurró ella.

—Demasiado fácil —confirmó Álex—. Pero…

—¿Sí? —dijo ella sorprendida.

—¿Y si fuera el director?

Ella gruñó y arrugó el ceño.

—También.

—Pongamos que puede ser una coincidencia. ¿Ok?

—Sí, claro —dijo ella mientras mezclaba el azúcar—. Pero sigue…

—Me preguntaba… ¿no es raro que el director esté de vacaciones precisamente estos días? ¿No crees?

—¡Ya!

—Otra cosa. ¿Y si este tal Néstor buscaba las víctimas perfectas para Roberto? Es decir, ¿Y si Roberto y él fueran socios en esto? Ya sé que es un poco rocambolesco, pero, ¿y si fueran cómplices?

La mujer arrugó las comisuras de los labios; luego dio un sorbo y se quemó la lengua.

—¿Y tú qué piensas de este tío? —preguntó Álex—. Como mujer, ¿qué te dice tu intuición?

—Si me invitara a tomar un café no iría. Me parece baboso, calculador, incluso asqueroso. Ahora, de eso, a ser el asesino en serie más prolífero de Barcelona, creo que hay un buen trecho.

Luego ella miró fuera de la ventana.

—¿Qué notaste cuando le apretaste la mano? —preguntó ella.

—Pues no lo sé, yo creo que nada. Estaba mojada, húmeda, sudada. No me gustó, pero no sé… nada en especial —Álex también miró por la ventana. Al fondo se veía la sucursal donde acababan de estar—. Pero organizaría un grupo de vigilancia. A estas alturas de la película, no podemos permitirnos el lujo de desperdiciar cualquier pista. No podemos. Sea o no sea, tenemos que averiguar cualquier cosa de este tío. Podría ser él, o colaborar con Roberto. ¿Puedes organizar un turno?

—Claro, cuenta con ello.

Álex dio un sorbo y también se quemó.

Lo soltó y lo apoyó ruidosamente. Se giró y miró al hombre que estaba detrás de la barra.

—¿Pero qué le han hecho a esta leche? —graznó Álex.

Mientras se quejaba, le vibró el teléfono. Lo sacó y lo miró.

—Sí, Alberto, ¿te puedo llamar más tarde? —dijo Álex y esperó la respuesta—. ¿Cómo? ¿Mi hermana? ¿Estás seguro? ¿Por qué no me has llamado antes? ¡Maldita sea! —dijo y se levantó—. Voy en seguida.

58

Alberto había perdido el mundo de vista.

Estudió empresariales. Conoció a Ana en la misma universidad. Fueron presentados por amigos comunes y, después de comer mucho polvo, consiguió una cita con una de las chicas más pícaras de psiquiatría.

Acababa de ser nombrado director general de una compañía alemana de productos plásticos. Ascenso, más dinero, seguro sanitario para la familia, un BMW de empresa y otros beneficios. Pero lo más importante es que era un buen compañero y buen padre, o por lo menos lo había sido hasta ese momento.

Cruzó la ciudad con la escolta, sirenas y adelantando por la izquierda. Hasta agradeció tenerla.

Subió al piso de la hermana por las escaleras. En cuanto abrió la puerta, se encontró a Alberto de cara. Nunca lo había visto así. Tenía los ojos rojos e hinchados de tanto llorar. Llevaba una camisa blanca remangada.

Al verle le abrazó y lo llevó dentro.

—¿Qué ha pasado?

Alberto comenzó a hablar sin sentido, hiperventilando.

Álex en su trabajo ya había visto demasiadas veces esa reacción.

Le hizo sentar en el sofá.

—Respira profundamente Alberto, todo va bien —dijo procurando calmarle.

Mientras, cogió una revista para refrescarle la cara.

Con el paso de los minutos fue recuperando el color de la cara y la normalidad en la respiración.

—Alberto, ¿Qué pasó?

—Ayer fui a la oficina. Por la tarde tenía que preparar una reunión importante para hoy.

—Sí, qué más.

—Tardé más de la cuenta, me quedé con una parte de mi equipo en la oficina hasta tarde.

—¿Te cepillas a tu secretaria, Alberto?

El hombre lo miró encogiéndose, sorprendido por la aberración que acababa de escuchar.

—¡Nooo! Pero qué dices. Estamos con una adquisición importante y tenía que prepararla.

Álex soltó un sonido gutural.

—Vale, sigue.

—Llegué tarde…

—¿A qué hora?

—Tarde…

—No, tarde no es una hora. ¿A qué hora?

—No lo sé, creo sobre las once de la noche.

—Ok, sigue.

—La llamé sobre las siete para decirle que no podía ir a cenar y que cenara ella con el niño.

Álex cuando escuchó esa palabra se dio cuenta.

—¿Dónde está?

—En la otra habitación, está bien por suerte.

Álex suspiró y dijo:

—De acuerdo, sigue.

—Cuando llegué a casa ella no estaba. La puerta no estaba forzada y de ella ni rastro. El niño estaba en su camita llorando. Fui a buscarle, pero Ana no contestaba. Entonces busqué por todos lados y no la encontré. Pensé que era una broma, pero no sé qué pensé, consideré que volvería. No lo sé.

—¿Y por qué no me has llamado antes?

—No lo sé, hice lo que pude.

—¡NO! —gritó y dio un puñetazo en la mesa—. Tenías que haberme llamado antes. ¡Maldita sea! ¿Cómo se te ocurre? ¿Y desde anoche no hiciste nada?

Alberto abrió la boca e intentó hablar levantando las dos manos.

—No sé, hice lo que pude. Cogí al niño, me lo llevé en coche, fuimos a casa de su mejor amiga, luego a su despacho. Pensé que volvería. No lo sé…. —concluyó, luego explotó en un llanto y se tapó la cara con las dos manos.

Álex se arrepintió de haberle gritado.

Al rato, cuando el cuñado consiguió detener el llanto, le dijo un detalle que faltaba.

—Luego, esta mañana me he dado cuenta de algo…

Álex se giró y arrugó las cejas.

—¿De qué te has dado cuenta Alberto…?

—No sé a lo mejor no es nada, pero fue muy raro.

—¿De qué me estás hablando?

—No sé, a lo mejor no es importante… —dijo y le pasó un trozo de papel blanco plegado—. Esto estaba enganchado en el espejo del

lavabo.

Álex lo cogió y lo desplegó lentamente, sin querer ver lo que había dentro.

—¡NO! —gritó con todas sus fuerzas.

El sobrino, al otro lado de la casa, comenzó a llorar asustado.

En el papel aparecían unas líneas negras que formaban un código de barras.

59

Álex sintió un rayo que lo partía en dos.

Se estremeció.

Gritó.

Lo invadió la tristeza más absoluta.

Un escalofrío le atravesó toda la espalda.

Luego la tristeza se trasformó en rabia y en ira.

La tormenta tropical de nombre Roberto había dejado de ser un problema público y acababa de entrar en su vida como un tsunami.

La ira le hizo arrugar la hoja que tenía en la mano. Se tapó la cara. Hasta el momento en que vio ese papel no se había imaginado que aquello pudiera pasarle a él.

Miró a su alrededor: la casa de su hermana había sido expoliada de lo más importante que él tenía. Las lágrimas ofuscaron su vista y sus pensamientos.

Al cabo de un rato, reaccionó.

—El teléfono, ¿dónde está su teléfono?

—¿Qué teléfono, Álex? —dijo Alberto mirando a su alrededor.

—Su móvil ¿dónde está?

—No lo he visto.

—¿Y la has llamado?

—Sí, pero está apagado.

Álex empezó a rebuscar por la casa, luego se detuvo. Sacó su teléfono y la llamó.

Saltó en seguida el contestador. Luego se acordó del teléfono de Miguel.

Entro en WhatsApp y le envió un mensaje. Enseguida aparecieron las dos palomitas. *Recibido*.

—No me lo puedo creer.

Entonces apareció el teléfono de su hermana en línea y pasó el tic a azul.

Álex comenzó a temblar, el estómago se le cerró y apretó el icono de llamada.

Sonaba, los tonos pasaban, pero nadie contestaba.

Luego colgó.

—Hijo de perra —dijo Álex.

En cuanto acabó de decirlo le llegó un audio, pero no había sido grabado con su teléfono, solo reenviado. Eran cuarenta segundos.

Le dio al play.

«Hola… sargento. Lo que has hecho en Chronus Frius no ha estado bien, has cambiado las cartas del juego, alterado los sucesos. Eres impaciente, amigo mío. Por eso he cambiado el plan yo también. He cogido a tu hermana, nada personal, por supuesto, solo negocios. Digamos como un salvoconducto. Te propongo un pacto. Tú no cambias más mi plan maestro y yo no le hago nada a ella. ¿Qué te parece? Bueno, no hace falta que me contestes, la verdad es que ya está decidido. Si haces un cambio más en mis planes, ya puedes imaginar quién acompañará a todos los amigos en la Morgue. Chao, sargento».

Álex vio desaparecer la frase “en línea” del móvil de Ana y con eso las posibilidades de volver a ver su hermana.

Una hora más tarde la policía científica estaba revolviendo el piso en búsqueda de una pista.

Alberto se llevó a casa de su madre al niño, y el piso quedó cerrado.

El subinspector acudió con Karla y los periodistas comenzaron a asediar el piso.

—¿Has controlado al de la ETT? —preguntó Álex.

—Sí, Álex, siguió en la oficina y luego se fue caminando a su domicilio a un par de manzanas hacia el centro —comentó Karla.

—Es el jefe, déjeme hacer una incursión en su piso, seguro que es él y tiene el móvil de mi hermana.

—Álex, vete a casa y descansa. No puedes acusar a un hombre solo con lo que tenemos. Aquí estamos nosotros. Mañana verás las cosas diferentes. Vete a casa. Incluso puedes tomarte un día libre, el miércoles puede que venga otra caja y necesitamos al Álex de siempre.

Álex hizo caso omiso.

—¿Qué dice Alan? ¿Has mirado las últimas triangulaciones del móvil de mi hermana?

—Sí, pero vienen de aquí, es como si nunca se hubiera movido.

—No lo tiene él —dijo Álex al subinspector.

Luego se sentó en el sofá y se cogió la cabeza con las dos manos.

—Vete a casa —dijo Rexach—. Es una orden.

—¿Alan ha podido descifrar el código? —replicó con los ojos saltándosele de las órbitas.

—¡Álex! Es una orden. Vete a casa.

Este calló. Su mirada se perdió por el piso y luego por el suelo. No pudo contestar más.

—Estamos aquí nosotros, el jefe tiene razón. Vete a casa. ¿Quieres que te acompañe?

—No Ramírez, que lo lleve la escolta, a ti te necesito aquí —dijo el subinspector.

Álex asintió y se fue sin despedirse. Cabizbajo, como un perro apaleado y herido de muerte.

Arrastraba los pies cuando desapareció por la puerta.

El jefe miró a los escoltas y les hizo un gesto con el cuello. Ellos asintieron.

—No es fácil esto, jefe —dijo ella.

—Lo sé, pero antes es un policía que un hermano —replicó—. Tiene que mantener una cierta conducta, una disciplina, el código ético del cuerpo; no puede hacer las cosas como se le antoje. Espero que esto no le haga perder la cabeza.

Álex llegó a casa escoltado como un testigo, pero sintiéndose un prisionero. Fue a rebuscar detrás de las botellas de vino que había comprado con Mary. Guardaban una botella de Bourbon de una marca famosa, una añada extraordinaria.

La botella de las grandes ocasiones.

Esa no era una gran ocasión, pero de la misma forma necesitaba beber, olvidar y dormir. Le esperaba una noche en blanco y sin consuelo.

Cuanto más bebía, con más lucidez veía las cosas y en más movimiento.

Se durmió abrazado a la botella, hasta que la luz directa del sol que despuntaba del mar, le hizo imposible seguir con el sueño.

Se despertó acompañado de un tremendo dolor de cabeza y ningún recuerdo de la noche.

La resaca era monumental, no alcanzaba la memoria a saber cuándo había sufrido la última de esa magnitud.

El martes había empezado.

La resaca fue lo primero que notó; solo después se acordó del porqué del Bourbon: su hermana había sido raptada por Roberto, el asesino en serie de Barcelona.

60

Barcelona.
Martes.

La cabeza le estallaba.

Una aspirina no era suficiente; necesitaba un medicamento de caballo. Entró en la farmacia y pidió lo más fuerte que tenían. Solo alcanzaba a recordar una hecatombe mental parecida el año en que terminó la academia, un día en que había mezclado diferentes tipos de alcohol con un puro. A pesar de que entonces tenía bastantes años menos, el viaje había sido parecido.

Entró en la cafetería. Necesitaba otra dosis de café antes de ir a la comisaría y tomar el medicamento. Llamó a Karla. Ella, en cuanto escuchó su voz, bajó al momento.

Cuando vio a Álex, su forma de mirarle dejó claro que se había convertido en un reducto de lo que ella conocía.

Se sentó frente a él.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó la agente.

Se había presentado con el pelo mojado y una barba de tres días. Las ojeras eran tan grandes como sus mejillas.

—No preguntes.

La mujer se acercó más y lo olió.

—¿Te has pasado la noche bebiendo? —dijo ella con tono decepcionado—. ¿Así afrontas lo de tu hermana?

Álex frunció el rostro.

—No me vengas con estas, por favor. Hoy ya está siendo lo bastante duro como para que te sumes a la cabeza que está a punto de explotarme —dijo él, sujetándose la frente con un codo apoyado sobre la mesa.

La conversación siguió, pero Álex no estaba receptivo, demasiado ofuscado por los hechos. La niebla mental se enlazaba con el dolor.

Sentados en la mesa comunitaria del fondo, algo le llamó la

atención.

Ambos se giraron al unísono. La escena los dejó sin palabras.

En el mostrador de la cafetería se veía un bulto. Delante de Rafael había un chaval algo más bajo. Hasta allí no había nada de especial, pero entre ellos había algo más que no les cuadraba. Les resultaba familiar, pero no en ese lugar. Agudizaron la vista: no había duda, era uno de los paquetes de Roberto. Rafael hizo un gesto y el chico salió disparado por la puerta.

Los dos policías se levantaron de golpe. Saltaron por encima de las otras sillas y llegaron hasta la entrada.

Álex salió y vio al chico, que caminaba calle abajo.

—Tenemos que cogerlo —dijo a su escolta—. ¡Vamos!

Los dos agentes de incógnito y el sargento comenzaron a correr tras él.

Karla cogió el paquete y lo guardó en la zona de la cocina. Llamó a sus compañeros para que fueran a custodiarlo y se unió a la persecución.

El chico giró a la izquierda, por Carrer del Berguedà. Pasaba al lado de las personas y procuraba hacerlas caer para entorpecer la persecución de los agentes.

El joven corría más ágilmente que los policías. Les había sacado media manzana de ventaja.

La sangre apretaba aún más las sienes de Álex, aumentando la presión e incrementando el dolor. Pero se había propuesto atrapar al mensajero de Roberto.

Los dos agentes que lo seguían eran altos y fuertes, pero no tan rápidos o ágiles. Álex se dio cuenta de que los estaba perdiendo.

Al llegar al final de la calle giró a la derecha por Carrer del Montnegre, hasta entrar en un parque. Se saltó el semáforo y cruzó el tráfico matutino sin mirar, creando revuelo y rozando ser atropellado.

Álex lo seguía de cerca, pero los separaba aún media manzana de ventaja. Corría todo lo que daban sus piernas, poniendo a prueba su entrenamiento. No podía dejarlo escapar; ese repartidor de la muerte era demasiado importante.

Pasaron por la Plaza de Les Corts, un pequeño parque con una calle en forma de ese. Cuando el chico pasó, todas las palomas echaron a volar, asustadas.

Al final giró a la izquierda, por Calle Numancia.

Álex lo seguía, pero la distancia se había incrementado a casi una manzana. A pesar de la resaca, intuyó la dirección que estaba tomando el chaval.

Corría bajando la calle, e intuyó que si no arriesgaba no lo atraparía jamás.

Antes de la mitad de la calle el chico había desaparecido hacia la

derecha. Entonces el sargento tuvo un momento de lucidez. Dio unas zancadas más y entró en un supermercado a la derecha.

Cuatro.

Entró por las cajas, sorteando los carros llenos.

Tres.

Cruzó la frutería entre plátanos y ensaladas, acelerando lo máximo que pudo.

Tenía la vista sobre el otro lado del establecimiento, en la puerta acristalada.

Dos.

Pasó por la zona de perfumería. Necesitaba un esfuerzo más, y sentía que podía ser el último. Las zapatillas deslizaban sobre el frío gres.

Uno.

Su corazón iba a mil pulsaciones por minuto. Dejó de oír su entorno. Solo escuchaba su corazón, que como una locomotora a vapor estaba a punto de reventar. Pero no era suficiente. Tenía que ir más rápido. Seguía mirando hacia el fondo, había visto que aún no había pasado. Saltó el cordón rojo de una caja cerrada y se coló tras un cliente que salía abriendo las puertas automáticas.

Cero.

Álex saltó en un intento desesperado. En el aire rezó por que su intuición no le hubiese defraudado. Y al lanzarse hacia al vacío con los brazos abiertos, como una red de pesca, el destino le puso delante al pez que necesitaba atrapar.

En ese momento pasaba el muchacho. Al ver que ya no venía el policía, había dejado de correr tan rápido como al principio. Se lo encontró aparecer por la puerta, con los brazos abiertos en un placaje de rugby.

Ni siquiera se dieron cuenta, pero chocaron con un contenedor azul y aterrizaron en una pila de cartones.

A los pocos segundos llegaron los dos agentes de la escolta. El chico ya no pudo hacer nada, bloqueado y apuntado por pistolas.

61

La carrera mereció la pena.

El esprint no programado dejó empapado al sargento y redujo el dolor de cabeza.

Entre las manos sujetaba el tercer café de la máquina expendedora.

El transportista del paquete, el mensajero de Roberto, estaba sentado en la sala de interrogatorios.

Sentado y atado, como si fuera una fiera.

Necesitaron tres personas para meterlo en la furgoneta; el tío estaba hecho una furia. Desde luego no estaba en sus programas ser capturado, ni en los suyos, ni en los de Roberto.

Mientras Álex le interrogaba, Karla llevaba el cuarto paquete a Sabadell, para la macabra rutina que ya habían instaurado.

—¿Cómo te llamas? —preguntó el sargento.

El chico se mordió el labio y se giró hacia el cristal.

—¿Me estáis grabando? —dijo el chico—. Lo he visto en las pelis.

Álex asintió.

—Tenemos que hacerlo, por tu seguridad.

—Entonces quiero hablar con un abogado.

—Esto no es como en las pelis americanas. Esta es la vida real. ¿Sabes qué contenía la caja que has dejado en la cafetería?

El chico no le miró y se encogió de hombros.

—¡Mírame, por favor! —dijo Álex.

El chico le miraba de reojo.

—Te lo repito. ¿Sabes qué transportabas en esa caja?

—No tío, yo qué sé —soltó abriendo los brazos en un gesto típico de las bandas de chavales abandonados a su destino—. A mí me da igual. ¿Vale? Yo he cogido la pasta y lo he hecho.

—Pues te voy a decir qué hay en ese paquete: una cabeza y restos humanos de un cadáver. Te han usado como transportista de la muerte. Eso es homicidio. ¿Te das cuenta? De diez a treinta años de cárcel. Si no colaboras te vamos a considerar cómplice del asesino.

El chico se quedó boquiabierto.

—¡No me jodas, tío! ¿Eso es del tío de la furgo? —dijo moviendo una mano.

—No creo que hayas entendido del todo tu situación. Creo que no es de las mejores, ¿sabes?

Álex respiró y dio un trago al café.

—Volvamos a intentarlo. ¿Cómo te llamas?

—Fernando —dijo mirando hacia el lado contrario del cristal.

—Muy bien, Fernando. Escúchame, ya sé que no tienes nada que ver. Solo quiero saber cómo fue.

El chico comenzó a zarandear la cabeza.

—Me dijo que me mataría si hablaba.

—Eso te aseguro que no va a suceder, porque le vamos a coger antes si me ayudas.

Fernando resopló. Luego se pasó las manos por la cabeza y por la cara.

—Me dijo que era muy importante que no me cogieran. Total, que los polis son tan tontos que no podrían pillarme.

—Pues la profecía no se cumplió —dijo Álex—. Venga, por favor. ¿Qué te parece si comienzas por el principio? Me explicas desde el inicio y así te irás antes a casa. ¿Eh? —concluyó alzando las cejas.

—Hace unas semanas un tipo me paró en mi barrio. Iba en una furgo blanca. Me dijo que tenía un trabajillo fácil, dejar algo en un sitio y a cambio un par de billetes de los gordos. —Fernando levantó los hombros—. Un pirado como otros de los que vienen por mi zona.

—Sigue…

*

Karla volvió de Sabadell con novedades.

Subió a gran velocidad por las escaleras. Su fino y largo pelo moreno se movía al compás de los escalones. Sus dulces facciones chocaban con el carácter afilado que había desarrollado en la academia. Sus labios carnosos daban impresión de que era una buena chica, pero solo hasta cuando desenfundaba su carácter.

Entró en la sala y vio en su puesto a Álex. Se acercó.

—Álex, tengo las fotos del cuarto paquete. Hay una sorpresa dentro. Algo ha cambiado, ven —dijo y se fue.

Los dos entraron en la sala del Briefing.

—¿Qué ha pasado?

—No te lo puedes imaginar, había algo más en este paquete.

—¿Un mensaje? ¿O no estaba el mensaje?

—Peor…

—Bueno, dime, tanto secretismo…

—Había lo de siempre, una cabeza, manos y pies de la cuarta víctima. Un chico que ya veremos quién es. Pero había algo más —dijo la chica.

Luego sacó unas fotos de todo lo que había en la caja, para que las pudiera ver el sargento. La última era la que le interesaba a Karla. La sacó y se la enseñó.

—Había una mano más.

—¿Cómo una mano más? —dijo Álex. Un escalofrío le puso los de punta.

La mujer le dio la foto.

En cuanto Álex la vio, se dejó caer en la silla, con la boca abierta, aunque de esta no salió ni un sonido.

La caporal se puso a su lado, con las manos en torno a las rodillas, esperando.

Los ojos del policía se comenzaron a teñir de rojo, de lágrimas, de odio.

Su mano libre se cerró formando un puño.

—¿Te suena? —preguntó la mujer con dulzura—. ¿Crees que es de ella?

Álex reconoció el color de esmalte de uñas, pero el puñetazo en el esternón fue el anillo, el mismo que Alberto le había regalado por su compromiso.

Era la mano de su hermana.

Álex no consiguió hablar, solo le caían las lágrimas. Bajaban por la fuerza de la impotencia.

Karla apoyó la mano en su rodilla, pero sintió que era poco. Se levantó y le abrazó con todo el amor que aún sentía por él, que había sobrevivido escondido bajo el polvo del tiempo.

—Le vamos a coger Álex, no te preocupes.

Álex se quedó en silencio, sin exteriorizar su sentimiento, sus ideas, su ira.

Al cabo de varios pañuelos empapados, se desbloqueó y consiguió hablar.

—Debería avisar a mis padres y a Alberto.

—Espérate. No sabemos nada.

—¿Cómo que no sabemos nada? —dijo él indicando la foto.

—Escúchame Álex, eso es una mano, tu hermana puede estar viva. Eso no prueba nada.

—Nos enviará más trozos, como ha hecho con los demás.

—Bueno, no lo sabemos, Álex. Solo es un vaticinio tuyo.

Álex miró a través de la ventana.

—Es lo que siento.

—Escúchame, no adelantemos eventos futuros, no eres vidente, ni lees las cartas. Eres un poli como yo —dijo ella girándole la cara—. Tenemos que seguir investigando.

Álex asintió con la cabeza, mirando fijamente los ojos de la compañera, perdiéndose en su dulce iris marrón claro. Aguantaron la mirada, y por un segundo ella miró sus labios, pero él se apartó.

—¿Has comprobado qué hizo ayer Néstor?

—Se quedó toda la noche en casa —dijo Karla después de carraspear—. No creo que sea él, Álex. Es demasiado fácil.

—Ya lo sé, me lo has dicho ya —dijo él, seco.

—¿Qué has podido sacar del chaval?

—Es un chico de barrio, de La Mina. Un jefecillo de tres al cuarto. Nada importante. Pero Roberto le contactó hace semanas, lo convenció de que hiciera la entrega a cambio de unos doscientos euros. Ayer le llevó el paquete y le dijo que lo entregara.

—¿Ayer?

—Sí, llegó en bus y desapareció.

—¿Crees que contaba con que le cogiéramos?

—No creo, porque el tío es rápido, muy rápido. Lo eligió, creo, por estas cualidades.

—¿Qué más le has sonsacado?

—La descripción de Roberto, que es igual a la que tenemos. Ahora están haciendo el identikit, pero es tiempo perdido, no le vamos a coger jamás —dijo y dio un manotazo en la mesa.

La compañera se sobresaltó.

—No me gustan tus arrebatos. Me asustan, Álex.

—Lo siento Karla, pero no sé cómo gestionar todo esto.

—Lo estás haciendo de la mejor manera que puedes, como un buen hermano —dijo ella.

La puerta se abrió. Un agente entró.

—Lo siento jefes, pero tenemos algo.

—No, ahora no es buen momento —dijo ella.

—Lo siento, era importante —dijo el agente cerrando la puerta.

—Espera, entra, dinos qué pasa —lo interrumpió Álex.

Karla se levantó.

—Creo que tenemos algo. Desde la rueda de prensa llevo varios días con llamadas de la ciudadanía quejándose de vecinos ruidosos, molestos o malos olores. Otras con falsas identificaciones del asesino, *etc.* Gente que dicen que el asesino es su marido, que lo han visto. Otros que han recibido paquetes extraños…

—Agente —interrumpió el sargento con gesto de la mano.

—¡Sí! Voy, me acaba de llamar una señora que dice que la casa de

su vecino emana olor a putrefacto desde hace varios días y que no saben cómo quitarlo. Eso es común, hay muchas personas que han dicho lo mismo, diseminadas por Barcelona, todas falsas alarmas.

—¿Y entonces? —esputó ella.

—Llevamos un par de días con la misma ubicación de varios vecinos del mismo sitio.

—¿Dónde? —dijeron al unísono.

62

Bellvitge.

Un barrio tranquilo, que no se esperaba lo que estaba por suceder.

En él vivían personas de clase media, en su mayoría trabajadores y jubilados. Tiendas, cines, supermercados.

Un vecindario con problemas habituales y gente de todo tipo. Calmo, como otros, o casi.

La policía apareció por sorpresa. Tres patrullas y dos furgonetas de los GEI, los Grupos Especiales de Intervención. Detrás, en otros coches camuflados, iban Karla y el sargento con su escolta.

Llegaron con las sirenas y las luces rotativas encendidas, rompiendo la rutina del barrio. Los vecinos asomaron por las ventanas para ver cómo las fuerzas especiales rodeaban el edificio y entraban. Detrás llegaron Álex y Karla.

Siguieron las indicaciones recibidas, que los llevaron hasta una puerta en el rellano del segundo piso, puerta "B".

«Salía un hedor a putrefacción desde hacía varios días», dijo un vecino.

En cuanto llegaron al rellano, se desplegaron.

La señora que acababa de llamar a la policía salió.

—Ya os vale… ¿sabéis cuánto tiempo llevamos con esto? —dijo la mujer.

—¡Vuelva a entrar, señora! —dijo un agente con el rostro cubierto por un pasamontañas y refugiado detrás de una ametralladora de asalto.

La mujer obedeció.

Álex, subiendo las escaleras del primero al segundo piso, empezó a oler la peste de la que le habían avisado. En cuanto llegaron al rellano, cruzó una mirada con Karla. Esta asintió con la cabeza e hizo una tímida mueca.

La puerta presentaba un cojín cilíndrico y alargado, colocado en la parte inferior para impedir que saliera más olor.

Un agente lo apartó y tocó el timbre.

No hubo respuesta.

—Policía, abran la puerta —dijo el agente de más galones mientras llamaba a la puerta.

No hubo respuesta.

Entonces dio señal a un compañero y este, con un fuerte golpe de ariete, tumbó la puerta.

Las fuerzas del orden se colaron por la casa. En menos de un minuto todo estaba despejado. En el piso no había nadie.

El jefe del grupo salió.

—Sargento, venga a ver esto —dijo.

Karla los siguió. Cuanto más penetraban en el piso, más sentían el fuertísimo olor en las narices.

Los agentes estaban revisando el inmueble, entrando y saliendo de todas las estancias. Llegaron al final y abrieron la puerta del lavabo.

En cuanto vieron la escena, Álex giró la cabeza, tanto por la imagen como por el hedor que impactó en su cara.

Salió de inmediato, tosiendo del asco.

*

Mientras tanto, abajo, a las fuerzas de seguridad de los Mossos d'Esquadra se sumó la policía local para sellar la zona.

Los agentes siguieron el protocolo. Eran conscientes de lo que podía pasar, y así fue.

Los policías miraban a los residentes, que se acercaban a preguntar y a curiosear.

A un agente le llamó la atención alguien que se acercaba. Llevaba una bolsa llena de algo que podían ser unos botes. Se fue acercando al cordón policial. El hombre, por algún motivo, difería del resto de personas de ese barrio. El policía siguió mirándolo.

El ciudadano, cuando vio que había agentes entrando por el edificio, ralentizó el paso y se detuvo. Comenzó a mirar a su alrededor. Luego se dio la vuelta y retrocedió por donde había venido.

El policía local se dio cuenta. Llamó por radio y comenzó a perseguirle.

El hombre, cuando se percató de que lo seguían, soltó las bolsas y echó a correr.

Después desapareció por la boca del metro.

*

Karla entró en el lavabo una vez hubo salido Álex, como si fuese inmune a aquella escena repugnante. Se colocó la manga de la cazadora de piel delante de la cara, ayudando al modesto trabajo que hacía la mascarilla.

La visión era espeluznante.

El cuerpo yacía en la bañera. Sobresalía parcialmente del líquido en el que estaba metido. La parte que había quedado fuera se había consumido, quedando momificada. El líquido verdoso, con burbujas de fermentación y ronchas de grasa por la superficie, dejaba entrever el esqueleto que quedaba por debajo.

Los mechones de pelo blanco parecían los de una señora anciana.

La caporal abrió la ventana para que se ventilase la estancia y se disipara el insoportable olor. En ese momento recibió una llamada de la radio.

—Tenemos al hombre.

Karla se giró hacia el sargento, que estaba en el umbral de la puerta, e intercambiaron una mirada.

63

El hombre temblaba.

Sudaba en la silla.

Llevaba una sudadera de deporte, algo sucia y gastada, con tejanos desteñidos por un exceso de lavado y unas zapatillas económicas de un gran almacén deportivo.

Su pelo era corto, aplastado por falta de lavado.

Después de casi una hora allí, la puerta se abrió. Esta vez, le tocaba a Karla.

La agente se sentó.

Dejó una carpeta en la mesa y la abrió lentamente.

En la primera página estaba la foto de los restos humanos en la bañera.

El hombre la vio y giró la cara hacia un lado.

—Carmen García García —dijo la policía.

El otro tragó ruidosamente, y las manos aumentaron su temblor.

—¿Por qué? —dijo la policía.

—N-no, no la he matado yo.

La mujer asintió sin decir nada.

—Se lo juro, no la he matado.

—¿Lo ha hecho por encargo? ¿Por venganza?

—No, lo siento –dijo con un hilo de voz vibrante.

—¿Entonces?

—No lo he hecho yo… se lo juro.

—No me lo creo.

—Sí, tiene que creerme. No soy un asesino.

La policía giró la carpeta con la foto de la mujer y se la acercó.

—¿No? ¿Seguro? Pues a mí me parece que todo apunta a ello.

El hombre no contestó.

—Enrique Díaz García. Jamás habías cometido un delito anteriormente —dijo ella con tono ceremonial—. Matas a tu abuela y la metes en una bañera con ácido clorhídrico. Querías disolverla y pensabas que aquí nadie había visto nada. Los huesos a la basura, y listo —concluyó con un rápido movimiento de hombros.

—No, no ha ido así.

—Pues explícame, Enrique, y por favor, tengo mucho trabajo, que

sea convincente.

—¡Está bien! Te lo voy a contar —dijo y suspiró—. Perdí el trabajo hace meses. No tengo como alimentar a mi familia. No sabía qué hacer. Solo podíamos vivir con la pensión de la abuela. Pero murió, en casa, sola, una noche. Por la mañana nos la encontramos muerta, se lo juro por mis hijos —dijo llorando y poniendo la mano en el pecho—. No podíamos subsistir.

—Claro, y pensaste en ocultar el suceso.

—No íbamos a hacer ningún mal a nadie. Solo queríamos que la Seguridad Social siguiera pagando, era por nuestra familia —dijo tapándose la cara con las manos y llorando desconsolado.

Karla lo observó y luego miró al cristal. Suspiró cerrando los ojos.

—¿Seguro, Enrique? ¿Nadie te dijo que mataras a tu abuela?

—Lo juro, agente —dijo volviendo a poner las manos delante del corazón—. Se lo juro, por lo que más quiero. Se lo juro…

A los pocos minutos entró por la puerta del cuarto oscuro.

—¿Que pensáis? —dijo la mujer.

—Parece un pobre diablo —dijo primero el subinspector.

—Desde luego no es Roberto —confirmó Álex—. Hemos cogido a un desesperado. ¡Maldita sea!

—Cálmate un poco, Álex, seamos profesionales, tenemos que mantener la calma…

—¿Profesionales? Si lo fuéramos, ahora mi hermana no estaría…—gritó Álex apuntado hacia un lado de la estancia—, …vete a saber dónde… probablemente muerta. No me vengas ahora con discursos motivacionales.

—Tranquilízate, Álex.

—¿Que me tranquilice? Pero tú te oyes, ¿cómo puedo tranquilizarme, por el amor de Dios?

—¡Álex! Tengo órdenes del inspector jefe de que te quite el caso, ¿me entiendes?

Álex le miró, perdido.

—Me ha pedido que te aleje de este caso, tu implicación personal ya es excesiva.

—¿Y tú? ¿Qué vas a hacer?

Rexach miró a la caporal.

—Ramírez, oficialmente coges tú el mando de la investigación.

—¿Perdona? ¿Me apartas de la investigación? ¿Así? ¿Como si fuera un calcetín sucio? —dijo Álex y se alejó del jefe con las manos juntas —. Es decir, espera, espera.

Álex se volvió a acercar al jefe y le apuntó con el dedo en el pecho.

—Si no me acuerdo mal, me lo dijiste tú, ¡NO! Me suplicaste que no me fuera a Tarragona, luego yo no me fui y decidí quedarme a

ayudaros. Y ahora me apartáis, ¿ya no me necesitáis?

—Álex, no hagas esto más difícil —dijo y le cogió de un brazo—. Escúchame, no me hagas esto, no me has escuchado, estás tan cegado que no se te puede hablar. He dicho "oficialmente" Álex, oficialmente.

Se quedaron mirando. La habitación oscura se asemejaba a un corral con una pelea de gallos.

—Claro que necesitamos que te quedes, pero entiéndeme a mí, por favor, no me hagas esto.

—Escúchame, jefe. Es él. Roberto es Néstor, tenemos que ir a buscarle, traerle aquí y hacerle escupir toda la verdad —dijo apuntándole con el dedo a la cara, con los ojos fuera de sus órbitas—. Es él, lo sé. ¡Maldita sea! ¿Cómo tengo que decirlo?

—No puede ser él, Álex —gritó la chica poniéndose en medio—. No puede, estuvo vigilado todo el día de ayer y ahora no ha hecho nada más que casa-trabajo-casa.

Álex se separó y se sentó, sujetándose la cabeza con las manos.

—Mírate, Álex, estas al borde del abismo. Vete a casa a descansar —dijo el jefe con tono negociador—. Si te quedas no nos ayudas, todo lo contrario.

—El jefe tiene razón —asintió Karla—. Vete a casa, te mantendré informado por teléfono.

Álex enarcó las cejas y se levantó.

—De acuerdo, me voy —dijo caminado hacia la puerta—. Nos vemos mañana.

—Mejor sí, mañana te llamo… si hay novedades.

Álex se giró, a punto de abrir la puerta, y escuchó lo que había dicho Karla.

—Ya, entiendo.

Y después se fue.

—Jefe, no estoy de acuerdo, sin Álex no podemos seguir —protestó Karla.

—Lo has hecho bien, caporal, sigue así —dijo el jefe y antes de desaparecer por la puerta concluyó señalando al hombre que acababa de interrogar—. Ocúpate de eso.

Enrique, el nieto de la mujer encontrada en la bañera, seguía llorando tras la mesa.

Se pasó una mano por el pelo.

—Vaya mierda.

Al otro lado de la planta, Álex recogió sus cosas y seguido por la

escolta subió un piso.

—¿Se puede? —dijo Álex.

—Sí, pase sargento —dijo Alan—. Justo quería buscarle, tengo novedades interesantes sobre los enigmas.

64

Lento.

O, más bien, a su velocidad. Oso perezoso por fuera, zorro por dentro.

Alan no solía suscitar ni empatía ni afinidad en la mayoría de las personas del planeta. En su juventud fue el típico niño gafotas que jugaba en el equipo de ajedrez.

—Pase, sargento.

Álex entró en el cuartucho sin ventanas. En las paredes había estanterías llenas de cables de forma y colores diferentes, sin ningún orden aparente; aparatos informáticos de todo tipo y época. Nada más entrar, Álex olió una fuerte presencia de humedad.

Alan estaba al ordenador, y en la pantalla aparecía un Excel lleno de códigos y números.

—Mire esto, son los códigos que salen de los mensajes que nos ha enviado el asesino —dijo moviendo el puntero del ratón en el programa—. He probado con signos Morse, pero no funciona, es demasiado obvio. He probado con el sistema César, pero no quiere decir nada. Luego con el César cambiando alguna letra, recombinando el alfabeto, adelantando una y atrasando otra.

—Espera, no te sigo.

—En fin, que no lo consigo, necesitamos más información, supongo que nos falta uno, que es el quinto, ¿no?

—Por desgracia llegará en breve. El trabajo que estás haciendo es genial, pero lo que todos esperamos de ti es que puedas adelantarte a lo que quiera decirnos. Lo que te pido es que vayas un paso por delante de él, sin esperar a tener todo el mensaje. ¿Me explico?

Alan dejó de mirar a la pantalla y miró al policía mientras asentía.

—Es imposible, si no lo tenemos todo será complicado. Pero creo que hay dos opciones. O bien el asesino nos dará al final un traductor o algo para descifrarlo, o bien se ha basado en criptogramas conocidos: entonces solo será cuestión de jugar, combinándolos para entender cuál es. ¿Me explico?

—Debería entenderlo, ¿verdad?

Alan se fijó en la cara del hombre.

—¿Qué has averiguado del teléfono de mi hermana?

—Nada, el teléfono no ha dado más señales de vida. Solo se mantuvo en la triangulación de su piso.

Álex asintió con la cabeza.

—¿Y el mensaje que encontré en casa de ella?

—Aquí lo tiene, mismo formato, mismo sistema, pero hay algo diferente.

Eso llamó la atención de Álex.

—¿A qué te refieres?

—Este papel no está plastificado —dijo Alan sacando las fotos que venían de la Morgue—. Los que hemos encontrado en las cabezas humanas estaban plastificados. Supongo para que no se quedaran humedecidos y pudiéramos ver el mensaje. Pero el que encontraste en su casa, aparte estar arrugado, ¿vete a saber por qué? —dijo Alan mirándole como si supiera que había sido Álex—, no lo estaba y era solo un trozo de papel blanco, pasado por una impresora.

—Sí, ¿y? ¿Qué te sugiere?

—Que no estaba planificado. De lo que he leído, es un tío calculador, todo lo tiene programado, pero ese papel no lo estaba. Fue un añadido. Así que he pensado colocarlo al final, como si fuera algo más.

—Bien visto —dijo y esperó a que siguiera—. ¿Algo más?

—No, de momento.

Álex suspiró y se fue hacia la puerta.

—Me voy. Si encuentras algo más escríbeme, ahora me voy a descansar.

—Veo cierta inteligencia en esa decisión.

Bajando por las escaleras, se dio cuenta de que no quería ir a casa. Decidió hacer un cambio de rumbo. A pesar de tener estrictas normas, quiso romperlas.

Necesitaba ver al que pensaba que era Roberto.

65

El potente coche del sargento bajaba lentamente por la Diagonal.

Su conducción demostraba cansancio.

Arrancó con suavidad en dirección a su domicilio, casi dejándose llevar por la pendiente de la avenida en dirección al mar.

Pero esa actitud no era más que una estrategia, parte de un plan.

Tres semáforos antes de Paseo de Gracia, circulaba detrás de un par de coches. Álex alzó una ceja y pensó: «Es el momento».

Apretó el botón de «Sport», y al instante el tubo de escape se liberó para dar paso a la pequeña orquesta que tenía bajo el capó.

El semáforo se puso en ámbar. Entonces apretó el embrague, escaló una marcha y empujó el acelerador hasta el fondo. Dio un golpe de volante, pasando entre varios coches zigzagueando, y cruzó la intersección en rojo. Cambió de marcha y volvió a acelerar. En un pestañear de ojos estaba pasando al siguiente semáforo en rojo.

La escolta desapareció del retrovisor de su Mini, tragada por el tráfico.

Giró a la derecha y bajó rápidamente el Paseo de Gracia, pasando por delante de la Casa Milà con sus colas de turistas que la fotografiaban. Un trueno retumbó en las fachadas de los edificios de la Manzana de la Discordia.

Dio la vuelta por la Plaza España y metió el coche en el parquin subterráneo de una gran superficie.

Al salir se giró a mirar si llegaba el coche camuflado, pero de él no había ni rastro.

Fue bajando a pie el Portal del Ángel y entró en la cafetería a pocos metros de la ETT donde trabajaba Néstor. Se tomó un café y esperó. Se quedó pensativo, y se dijo que tenía que pensar menos y actuar más.

Fue haciendo fotos y el café le duró un suspiro. Se acomodó en la silla acolchada y cruzó los brazos. Mientras esperaba, se quedó dormido.

Su propio ronquido le despertó.

Dos suecas de la mesa al lado lo miraron con desdén: se había convertido en el espectro del atractivo policía que era antes. Se

incorporó en el asiento y miró el reloj. Habían pasado varias horas.

Un cúmulo de llamadas perdidas y mensajes llenaba la pantalla del móvil. Fue a desbloquearlo y alguien se sentó justo delante de él.

—Eres tan previsible —dijo Karla.

—¿Qué haces aquí?

—No, ¿qué haces *tú* aquí? Deberías irte a casa.

—¿Cómo me has encontrado?

—Como si no te conociera. Me llamó la escolta diciéndome que habías desaparecido, en casa no estabas y pensé que podías estar solo en un lugar —dijo Karla y lo señaló—. Y aquí estás. ¿Qué haces aquí?

—No sé cómo decírtelo.

—Estas obsesionado.

—¿Lo sabe Rexach?

—¿Crees que estarías aquí si lo supiera?

—¿Noticias de mi hermana?

—Si estuvieras en casa, podría estar investigando en vez de hacerte de canguro —dijo ella cansada—. Lucía Zapatero Pérez.

—¿Quién es?

—La mujer número cuatro. Lo acabamos de averiguar.

—¿Qué más sabes?

—Veintiséis años, de la Andalucía profunda, de una familia humilde de una aldea rural. Buena gente. Vino a Barcelona con veinte, varios novios, uno peor que el otro. Varios trabajos, y adivina…

Álex negó con la cabeza.

—¿Era amiga de Néstor?

Karla le miró cruzada.

—¡No! Pero trabajaba como camarera en un famoso bar de tapas para turistas del Paseo de Gracia.

—Y a lo mejor quería cambiar de trabajo —concluyó Álex.

Karla se acercó a Álex y le cogió una mano. A él le sorprendió, pero no la rechazó.

—Hazte y hazme un favor. Vete a dormir. Siento que está a punto de acabar, no sé cómo, eso lo veremos juntos, pero lo que sí sé es que te necesito en plena forma. No me vale tu fantasma.

Hizo una pausa para ver cómo reaccionaba.

Álex la siguió mirando a los ojos. Le encantaba como llevaba el pelo, suelto y largo. Pensó que era afortunado por estar en un local público, de lo contrario habría hecho algo de lo que probablemente se habría arrepentido. Se sintió débil, de ánimo y de carne. La mujer tenía razón. Asintió con la cabeza y levantó la vista: justo fuera, en la puerta de la cafetería, estaban los agentes de su escolta.

—Creo que tienes razón. Me voy a ir a casa —dijo y se levantó, separando lentamente su mano de entre las de Karla.

No miró atrás, ni siquiera la saludó. Pasó delante de la escolta.

—¿Qué tal el tráfico por la Diagonal? —soltó Álex a los dos hombres.

Aparcó el coche y se metió en la cama. Consiguió vencer la fuerza magnética de la botella de Bourbon. Tenerla en casa era un peligro, tenía que deshacerse de ella. Estaba demasiado cansado para desvestirse, así que se tumbó en la cama bocabajo y se durmió.

Se quedó en los brazos de Morfeo mucho más de lo que se hubiese imaginado.

Lo despertó el impacto del móvil en el parqué gris. Continuaba vibrando.

Se despertó de un sobresalto.

Abrió los ojos, no había luz. Pensó que aún era de noche. Miró el reloj: marcaban las cuatro.

Pero había demasiada luz para esa hora. Se giró y las cervicales se quejaron de haber pasado muchas horas en la misma posición. Por la ventana vio que el cielo estaba cubierto. Nubarrones dominaban el horizonte. Había conseguido dormir casi veinticuatro horas.

Recogió el móvil y desbloqueó la pantalla.

El último mensaje era de Karla. Ponía:

«*Jalilah Tahiri*. Han entregado el quinto paquete. Te espero en la central, hay más novedades. Tenemos el enigma casi completo. Y hay algo más.»

El yunque de la justicia.

No importaba qué dictaminase un juez, la opinión pública decidía por su cuenta. Lo hacía con información sesgada y con la influencia de la dependencia política que tenía un medio de comunicación u otro.

Barcelona estaba bajo la presión de los medios y del miedo.

Los titulares de los periódicos estaban repletos de titulares sensacionalistas escritas solo para vender más ejemplares.

Las radios emitían programas con tertulianos que se volvían criminólogos de la noche a la mañana.

Los programas televisivos sembraban el miedo para que las personas más sensibles no salieran y se quedaran en casa a envenenarse frente a la caja tonta.

El cuerpo de los Mossos soportaba presiones internas y externas. No era la primera vez que se encontraban en esa tesitura, aunque este caso era determinarte.

Álex llegó a la comisaría y fue directo a Karla.

—Por fin. Pensaba que te había tragado el retrete —dijo ella—. Da gusto verte así.

—¿A qué te refieres?

—Pues… —dijo ella señalándole—. Afeitado, duchado, limpio… ya sabes.

—Hay que estar presentables, para el día que en que llegue…

—¿Te refieres a Mary? —preguntó Karla decepcionada.

—La muerte, nunca sabes cuándo es tu ultimo día —dijo Álex serio y convencido de lo que decía.

—Ven, tenemos cosas serias para averiguar. Mientras estabas aletargado nos ha llegado el último paquete. Unos agentes ya se lo han llevado a tu amiga.

—¿Mi amiga?

—La forense Guevara.

Álex puso los ojos en blanco.

—Es un chico originario de Marruecos, veintiún años, llevaba unos meses en España. El informe de la Hacienda dice que hizo varios trabajillos y el último fue de cuidador social de niños en un establecimiento del centro de Barcelona. Y… ¡adivina!

—En la zona de la Plaza Catalunya.

La policía asintió con la cabeza y subió una ceja.

—¿Y sabes lo peor?

—¡Sorpréndeme!

—Esto te gustará. Néstor ha desaparecido.

—¿Cómo que ha desaparecido? —preguntó Álex con tono

sorprendido—. ¿Pero no le habías puesto un policía enganchado a su trasero?

—Pues esta mañana no salió de casa para ir al trabajo.

—¡Ves, yo te lo dije desde el principio! ¡Maldita sea! No uso palabras raras, vocalizo bien, y a pesar de eso, ¡la gente no me entiende!

—Espera, lo peor viene ahora. El hombre tenía una puertucha en la parte trasera del edificio. Salió por allí y los agentes no lo detectaron. Cometimos el error de presentarnos.

—Claro, y él supo que lo seguiríamos.

—¿Y ahora? —dijo él mirando la carpeta del último cadáver—. ¿Tienes algo pensado?

—He pasado la fotografía de Néstor por todas las comisarías, aeropuertos, *etc.* Si se mueve, a este tío lo vamos a coger. Ahora, no sabemos con certeza que Néstor sea Roberto. Es posible que sea un simple ayudante.

Álex se sentó y se sujetó la cabeza con las manos.

—Piensa. Piensa. Piensa —se decía el policía.

De golpe, cogió el teléfono y marcó un número.

—Alan, buenos días. Soy Álex Cortés.

—¿Buenos días? —dijo y hubo un silencio—. ¡Serán buenas tardes!

—Lo que sea. ¡Escúchame! ¿Ya tienes todos los códigos del enigma?

—Estoy trabajando en ello desde que tengo el sexto.

—¿Y bien?

—Aún nada. Sigo pensando que el tío nos ha dado una combinación de encriptados. Estoy probando con Fibonacci, con el sistema César, pero no me cuadra nada.

—Sigue con ello. Gracias —dijo y colgó.

Tras colgar, Álex miró a su compañera.

—Tenemos que encontrar a Néstor como sea.

—Que haya desaparecido no lo hace culpable.

—Pero que lo haya hecho por la puerta de atrás, sí lo hace un sospechoso —dijo Álex levantándose—. Tenemos que pedir una orden al juez.

—Ya he hablado con Rexach. No la tendremos hasta que dejemos de tener suposiciones y comencemos a tener pruebas.

Álex dio un puñetazo sobre la mesa. La sala se giró y él se tocó la mano, dolorido.

—¡Maldita sea!

Karla le apoyó su mano en el hombro.

—Te entiendo, pero tenemos las manos atadas —dijo ella—. El subinspector tiene razón, no quiere que nos equivoquemos y tenga que dar más explicaciones al juez. Está cansado de que Su Señoría le saque

los colores.

Álex arrugó las cejas.

—¿Cómo has dicho?

—Álex, Rexach tiene razón….

—No. Espera… lo de los colores.

—¿Cómo dices? —preguntó ella sin entender.

Álex se levantó y le dio un beso en el frente.

—Eres un genio, Karla —dijo y se fue.

—¿Un genio? Pero si no he dicho nada. ¿Dónde vas?

Álex no le contestó y Karla le siguió. Entraron en la sala del Briefing. Él comenzó a mirar por la pizarra todos los papeles enganchados.

—¿Qué buscas? —preguntó ella sin tener respuesta.

El sargento daba la impresión de estar poseído por una idea.

Miró los papeles y las fotos de la furgoneta. Luego buscó encima de la mesa una carpeta, hasta encontrarla. Rebuscó entre ellos.

—Aquí está. ¡Los colores, Karla, los colores!

—¿Que dices?

—Cuando fuimos a la ETT donde trabaja Néstor, me dio la impresión de haber visto o acordarme de algo relacionado con los colores de allí. Ahora me acuerdo. ¿Por qué no me di cuenta antes?

La policía seguía sin entender. Álex cogió la carpeta y salió otra vez, sin comprobar si lo seguía la compañera.

Se sentó en el ordenador, abrió el navegador y comenzó a buscar.

—Álex, espera, no te sigo. Por favor, ¿puedes decirme qué estás farfullando?

Entonces Álex dejó de mirar la pantalla.

—Escúchame. ¿Te acuerdas de cuando interrogamos a Pere Franco, el vendedor de la furgoneta de los cadáveres?

La mujer asintió con la cabeza.

—Bien, pues era este el bolígrafo —dijo y giró la pantalla.

En ella aparecía, en una foto del navegador, un bolígrafo de color azul y naranja con un texto que decía *Work Job Institute*.

La mujer inspiró, apuntando el dedo hacia la pantalla, mientras que Álex asentía con la cabeza.

—Que Pere nos lo confirme.

Acto seguido cogió su teléfono, guardó el contacto del hombre y abrió la aplicación de mensajería instantánea.

Le envió un mensaje y el hombre contestó enseguida.

Le preguntó si podía reconocer el bolígrafo y le envió una foto.

Mientras esperaba la respuesta miró a la cara de la compañera, y ella le sonrió. Estaba más guapa de lo habitual, o eso le pareció a él.

Llegó el mensaje.

«Creo que era el mismo bolígrafo, o por lo menos era de esos

colores».

—Álex, eso no prueba nada.

El sargento pensó que su compañera tenía razón y se rascó la barbilla.

—Espera un momento, no te vayas.

Abrió un programa de dibujo gráfico y sobrepuso un par de fotografías. La expresión de la compañera era por momentos más asombrada.

—¿Dónde has aprendido esto? No te hacía tan “manitas”.

—¡Hay muchas cosas que no sabes de mí! —dijo Álex y volvió a coger el móvil.

Pere Franco, el ganadero, seguía conectado. Hizo una foto y se la envió. En esta aparecía una foto de Néstor, sacada de una red social. Había sobrepuesto unas gafas Ray Ban, con las lentes en forma de gota típicas de los aviadores.

Pasó un minuto. El programa mostraba que el mensaje había sido visto. El hombre seguía en línea; se lo estaba pensando.

Karla y Álex se miraron a la cara, hasta que apareció “Escribiendo”.

Cuando Álex vio la respuesta se levantó, poseído por la rabia.

67

Abrió la puerta.

Lo hizo sin pedir permiso, aunque no era su costumbre. En cuanto cruzó la puerta vio la reacción inesperada de su jefe, pero le dio igual.

—Roberto es Néstor —dijo Álex nada más entrar.

El jefe apresuró la llamada y colgó.

—¿Qué pasa, Álex? ¿No sabes qué quiere decir una puerta cerrada? —le gritó Rexach.

—¡Es él jefe, es él! —replicó Álex apoyando el móvil en el escritorio.

—¿De qué me estás hablando, Cortés?

—Jefe, Roberto es Néstor. ¿Cuántas veces te lo tengo que repetir?

El jefe levantó las manos.

—Álex. Para. ¿De qué me hablas?

Entonces el sargento le explicó lo que acababa de descubrir. Mientras escuchaba, el jefe miraba de reojo a Karla.

—Ramírez, ¿qué opinas? —preguntó Rexach, una vez Álex hubo terminado.

Ella asintió con la cabeza.

—Está bien, llamo a la jueza para pedir una orden.

—Pero Néstor ha desaparecido, jefe —dijo ella—. Desde ayer que no sabemos dónde se encuentra. Al agente que lo estaba vigilando le extrañó que no hubiera aparecido y fue a buscarle, entonces vio que había otra puerta de salida del edificio. No sabemos dónde está. Ya hemos pasado la comunicación a todas las comisarías y los otros cuerpos.

El jefe se rascó la cabeza y miró al sargento.

—Empezaremos por su lugar de trabajo. Vamos a interrogar a sus compañeros, a lo mejor saben algo que se nos escapa —dijo Álex.

—Mientras tanto, científica podría ir a su casa a hacer una inspección ocular. Puede que encontremos indicios —propuso el subinspector.

—De acuerdo, pero me parece que, conociendo e Roberto, no vamos a encontrar nada —contestó Álex.

Luego cogió el teléfono y estaban a punto de salir cuando el jefe lo volvió a llamar.

—¿Álex?

Este se giró.

—Usa la cabeza.

Álex asintió, apretando los dientes por la rabia contenida, y desapareció por la puerta.

*

A los pocos minutos, las sirenas de las patrullas y las furgonetas del cuerpo de los GEI cruzaban la Diagonal. Apartaban el tráfico y se saltaban los semáforos. Acababan de entrar en una fase de la investigación donde ya no había vuelta atrás.

Álex se encontraba en el asiento del copiloto. Se mordisqueaba las uñas y movía la pierna con nerviosismo.

—Por eso nos dio las carpetas y dijo: «Pueden llevárselas, ya no las necesitaremos». ¡Hijo de perra!

—¿De qué me estás hablando? —preguntó ella.

—De las carpetas de Miguel y Mauricio.

—Nosotros le dijimos que habían desaparecido, no muerto. Pero él ya lo sabía… ¿cómo no he podido pensar en ello antes?

La mujer rio cínicamente.

—Néstor sabía que llegaríamos a su casa. Sabía que iríamos allí y ya tenía preparado el número de su jefe para apuntarlo.

—Exacto. Por eso lo sabía de memoria. Justo cuando este estaba de vacaciones, para despistar.

Veía pasar las imágenes de Néstor. Recordó la conversación y sus impresiones acerca de él. Las imágenes de su hermana se proyectaban por los escaparates de Paseo de Gracia.

Cruzaron Plaza Catalunya y entraron por el Portal del Ángel, sembrando el desconcierto entre los peatones. Una furgoneta y el coche de Álex se detuvieron delante la ETT donde trabajaba Néstor, y los otros siguieron hacia su casa.

En cuanto se bajaron del vehículo, los policías entraron armados

para buscarlo. Los trabajadores se quedaron petrificados. Los pasantes de la vía comercial iban grabando la escena con los teléfonos.

Ambos agentes llevaban un chaleco antibalas con «Policía» escrito en la espalda; el número del agente y el escudo del cuerpo eran visibles sobre el pecho.

Álex se acercó a la joven de la recepción, que estaba en estado de shock.

—Hola, ¿te acuerdas de mí? —le dijo.

La mujer negó con la cabeza.

—Soy Álex Cortés, nos vimos hace unos días, quería hablar con el director. Al no estar, hablamos con Néstor.

—Sí, me acuerdo —respondió ella asintiendo—. ¿Quiere hablar con el director? Ha vuelto antes de lo previsto.

—¿Qué es lo último que sabes de Néstor?

La mujer, con la mirada perdida en el vacío, negó con la cabeza.

—Dijo que se encontraba mal y que hoy no vendría.

—Es importante, piénsalo bien. ¿Desde ayer no has recibido noticias de él?

La mujer negó de nuevo.

—Ayer fue lo último.

—¿A tu teléfono particular tampoco?

Ella negó una vez más.

—De acuerdo, gracias. —Álex se alejó de su mostrador—. ¿El director está en su despacho?

—Al final del pasillo —dijo la mujer.

Álex se separó del mostrador y se fue encaminado hacia el despacho indicado. Detrás de él fue Karla.

—Espere —dijo la recepcionista.

Álex frunció el ceño, luego se giró.

—Ha dicho que se llama… —dijo mientras miraba un papel—. Álex Cortés, ¿verdad?

—Sí, ¿Por qué?

—Néstor me dijo que, si venía un tal Cortés, dejaba una cosa para usted.

A Álex le cruzó un escalofrío.

—¿Qué es?

—No lo sé, se lo dejó en la sala de reuniones de la derecha —dijo señalando el lado del pasillo.

Álex saltó como un muelle y se lanzó a la puerta.

Cuando la abrió, una sombra le llamó la atención. La estancia estaba oscura. Hizo un paso hacia dentro mientras Karla encendía la luz. Entonces lo vio: no había dudas, era para él.

Álex se detuvo, se acercó las manos a la boca y se quedó noqueado ante la visión que tenía delante.

Los miedos lo dejaron bloqueado y le atravesaron la columna como un rayo en medio de una tormenta. Sus presagios más oscuros acababan de materializarse, justamente cuando estaba más cerca de poder resolver el caso. Ahora que se sentía más cerca de la solución, Néstor había vuelto a hacer una jugada que lo devolvía a la casilla de salida.

Se dio cuenta de que no era más que una peonza; una marioneta de Néstor que solo había ido recogiendo las miguitas que él le dejaba: las pistas calculadas de un psicópata que jugaba con él. Hasta el momento solo había ido a remolque de su plan, y el paquete que estaba esperándole en la mesa era una mera prueba de ello.

Allí estaba, el sexto paquete.

¿Qué habría dentro del sexto bulto?

O, mejor dicho, ¿*quién* habría?

Inevitablemente, Álex pensó en la persona que faltaba.

Pero, a pesar de su miedo, tenían que abrirlo.

68

Miedo.

Solo miedo.

Álex sintió cómo le poseía. Durante un tiempo no pudo calcular. El paquete delante de él no daba lugar a malentendidos.

Néstor había seguido matando. Los cinco cadáveres que estaban en la furgoneta no eran los únicos: había más sorpresas.

Karla se acercó al compañero. Seguía bloqueado, como si no quisiera saber la verdad. Arrepentido de haber entrado en la estancia siguiendo la pista del asesino.

Los ojos de Álex se tiñeron de rojo.

Karla entendió que ahí podían estar los trozos de su hermana.

La mujer respiró hondo y avanzó, dejando la pistola en la mesa. El bulto no presentaba ninguna etiqueta, solo una frase escrita en rotulador: «Para Álex Cortés, con cariño».

Karla cogió la llave de su casa y la clavó en el precinto marrón.

En cuanto lo perforó, la corrió por la ranura. Tiró de las solapas, haciendo saltar los trozos restantes.

Álex seguía paralizado; una parte de él no quería ver lo que había dentro. Pero otra, sí.

Una vez abierta la caja, reconoció el envoltorio de porex.

Karla se giró, pero Álex seguía igual.

La caporal destripó la caja de cartón sin ningún miramiento.

Dio un respiro hondo.

Levantó la tapa y miró dentro.

Se detuvo. Seguramente no se sentía preparada para dar la noticia en caso de que se tratase de su hermana.

Cerró los ojos y cogió la bolsa al vacío que estaba dentro. La extrajo lentamente.

La dejó sobre la mesa. Presentaba mucha sangre, más de la que estaban acostumbrados a ver.

Álex no quiso verlo, se giró y comenzó a salir de la sala.

—Espera, Álex —dijo Karla sorprendida—. No es Ana, por todos

los demonios. ¡No es Ana!

Los ojos de Álex cambiaron y volvieron a cobrar vida. Se giró.

—¿Cómo dices?

—Mira, no es Ana, es un hombre.

Álex no daba crédito a lo que escuchaba, pero no podía ser que ella le estuviese engañando. Se lanzó hacia la mesa.

Karla apretó con los dedos el macabro contenido de la bolsa al vacío. El líquido trasparente, junto a la sangre en su interior, dejaron entrever que era un rostro de un hombre.

—Ves, no es Ana. ¡No es Ana! —dijo casi gritando y dando pequeños botes.

Se dibujó una pequeña sonrisa en el rostro de Álex. Volvió a reanudar la respiración.

No era su hermana, pero era otra persona.

Otro hombre había perdido la vida a manos de Néstor. Otro cadáver que sucumbía a alguna, aún desconocida, ley del asesino.

—Otro muerto. Pero espera… —dijo Álex—. Esta cara me suena…

—¿Cómo que te suena?

—No sé de qué, pero me parece haber visto antes a este hombre.

La mujer se acercó mejor al rostro y dijo:

—Mira, Álex, tiene algo entre los dientes.

—Maldito perro, es un mensaje.

—No podemos abrirlo aquí. Tenemos que llevarlo al laboratorio.

Karla colocó la bolsa en la caja de porex, buscó a su alrededor y cogió un trozo de tela negra y lo cubrió.

—Vamos al laboratorio, tenemos poco tiempo —dijo Karla y salió de la estancia.

69

Lo estaba esperando.

Alba cogió el paquete, como si fuera un cofre del tesoro.

Se lo llevó a su reino, donde todo era posible. Fue abriéndolo; la contaminación de las huellas ya no era un problema.

Álex llamó a Alan: le dijo que había otro indicio y que en cuanto lo tuvieran le avisaría.

El agente de telefonía forense dudó que pudiera ser la clave del cifrado del acertijo.

En cuanto perforó la bolsa, la mujer percibió el olor a óxido de la sangre fermentada. Al retirar el plástico notó enseguida unas diferencias substanciales con los envíos anteriores.

Esa cabeza y las manos no presentaban putrefacción.

Además, en la bolsa no estaban los pies.

¿Por qué esa vez no estaban los pies?

¿Prisa?

¿Una diferencia en el mensaje?

El corte de la sierra era el mismo, pero algo cambiaba. A simple vista no podía decirlo. Alba necesitaba analizarlo, pero la contrarreloj había iniciado hacía tiempo.

Cogió la cabeza y la apoyó en la mesa. El lúgubre trofeo estaba allí. Su ayudante le ayudó con el proceso, que desgraciadamente se había convertido en un ritual.

Agarró la cabeza y la forense hizo palanca para abrir la mandíbula. Sacó lo que tenía entre los dientes.

Era un DNI, no daba lugar a dudas. Néstor quería que entendieran rápidamente quién era ese individuo.

El caso acababa de torcerse y de acelerarse al mismo tiempo.

La forense lo giró y buscó algún mensaje escrito. Nada.

Se acercó a la ventana y lo mostró a través de ella.

—Maxime Garanger —dijo Karla—. ¿Quién es?

—Maldita sea, ya te dije que sabía quién era —dijo Álex—. Llevo

una hora pensado en su cara. Claro.

—¿Quién es?

—Es el escritor best seller —dijo colocándose la mano en la frente —. Estoy leyendo su libro.

—¿Pero un escritor? —preguntó Karla—. ¿Qué tiene que ver?

—No tengo la menor idea, pero es un claro mensaje de Néstor.

—Vamos, rápido, tenemos que ir a su casa —dijo la agente.

Luego le hizo una foto con el móvil y le mostró el pulgar alzado a la forense, indicando que podía guardar el documento.

—Tenemos que ir a su casa enseguida —repitió Karla mientras salía por la puerta.

—Espera —dijo Álex—. Eso es lo que Néstor quiere que hagamos.

—Claro, es lo que quiere que hagamos, porque a lo mejor está ahí tu hermana.

Álex miró al suelo y se giró. Se acercó a la fila de sillas contra del muro y se sentó.

—¿Pero qué haces? ¿Te has vuelto loco?

—Espera. Néstor quiere que hagamos eso. Hasta ahora hemos ido a remolque de sus decisiones. Tenemos que parar y pensar, saltar ese paso y ver cuál es el que vendría después y pillarle en ese. Si no será una historia sin final, para nosotros y para mi hermana.

Karla lo miró, jadeando y con las cejas arrugadas.

—¿En qué piensas?

Álex no contestó. Le daba vueltas al asunto.

—Un escritor, Karla. ¿Por qué un escritor?

—No lo sé. Porque a lo mejor le tiene manía, o le cae mal. A lo mejor la respuesta está en los libros que ha escrito, algo que no le gustó.

—No creo, si pensáramos eso de él sería demasiado simplista. Néstor es más rebuscado, más perfeccionista, el porqué de elegir a un escritor tiene que ser mucho más perfilado, cuidado, meditado.

Karla encogió los hombros.

—Yo creo que estamos perdiendo tiempo importante.

—Un escritor, un escritor… —repetía Álex.

Su pierna derecha subía y bajada en un movimiento compulsivo y nervioso.

—No lo sé, me rindo, pero… —dijo Álex.

—Menos mal, ¿piensas venir?

—No, tengo una idea mejor. Necesito hablar con Alan —dijo Álex mientras sacaba el móvil y llamaba—. Él nos puede dar una ventaja para sorprender a ese hijo de perra.

70

Desmarcarse.

Dejar distancia y tomar perspectiva.

Distanciarse de la realidad para entender qué era lo próximo que había que hacer.

Álex tuvo una revelación, aunque no solía tomar iniciativas así. Detenerse y salir del surco marcado por los que iban delante no era cosa fácil. Se necesitaba coraje, desfachatez, valentía.

Sintió en su interior la fuerza que su hermana siempre le había intentado trasmitir. De pequeño, en la academia, al aterrizar en Barcelona: ella siempre fue su pilar. Ahora le tocaba a él ayudarla. ¿Pero cómo? se preguntó.

—Alan, ¿estás en tu despacho?

—Sargento, me está llamando al fijo. ¿Dónde quiere que esté?

Álex carraspeó.

—Mira, es muy urgente, estamos en el médico forense, en Sabadell. Hemos encontrado el DNI de la sexta víctima. Es un escritor. Necesitamos que hagas algo…

—¿Qué quiere ahora?

—Algo para lo que no tenemos tiempo de pedir autorización al juez. —Hubo silencio—. Alan, lo sé, pero solo tú puedes hacer esto.

Álex esperó unos instantes.

—Sargento, ¿sabe lo que me está pidiendo?

—Lo sé, Alan, pero necesito salvar la vida de mi hermana y coger de una vez por todas a ese psicópata que ha jugado con nosotros desde el principio.

—Lo siento, Sargento, no puedo acceder a eso.

—Espera, espera. Alan, ¿tienes hermanos? ¿Hijos?

—No y no.

—Alan, da igual, imagínate que la persona que más quieres en este planeta estuviera en manos de un asesino y tuvieras la posibilidad de salvarla. ¿Qué harías, Alan? ¿Perderías horas para pedir un permiso? —dijo Álex con tono negociador, y luego lo cambió, suplicando—. Necesito que me ayudes, sin tu soporte no podremos cogerle. ¿Qué me dices? ¿Nos ayudarás?

Karla lo observaba con más ansia aún que el sargento. Al otro lado del teléfono se oyó resoplar.

—¿Qué necesita?

Álex suspiró. Luego, al verlo, Karla también lo hizo.

—Te doy la dirección del escritor, necesito que entres en su ordenador y me digas qué ves.

—¿Perdone? —dijo Alan.

—A ver. El asesino quiere que vayamos allí. Necesito que me digas si su domicilio tiene cámaras, que mires por ellas y me digas qué ves. Y también qué hay en su ordenador.

—¿En su ordenador?

—Sí, tengo una corazonada, Alan, dime qué ves.

—Deme la dirección.

Álex se la dio.

Alan la introdujo en el ordenador y comenzó a buscar.

—Puigcerdà, esto es en los Pirineos.

—Ya lo sé, por eso necesitamos tenerlo rápido.

—Deme cinco minutos —dijo Alan mientras estaba buscando.

—No tenemos mucho tiempo, Alan, por favor date prisa —dijo Álex y apretó el teléfono.

—Karla, llama a Rexach y ponlo en situación. Dile que envíe a los compañeros de Puigcerdà a la casa del escritor. Máxima prioridad.

—De acuerdo, buena idea. ¿Y nosotros? —preguntó ella —Dile que necesitamos el helicóptero que está aquí arriba para llegar allí.

La compañera asintió y se separó para llamar al jefe.

—Alan, ¿estás ahí?

—Sí, estoy entrando en el wifi. En treinta segundos estaré dentro de la red y podré ver todo lo que está alimentado —dijo mientras tecleaba a una velocidad de vértigo—. A ver, déjame ver. Sí, hay cámaras de una alarma barata.

—Dime qué ves.

—Nada, oscuro y en las estancias de la casa todo quieto, un gato que se pasea por el comedor. Las cámaras del jardín… todo quieto. En la casa no hay movimiento. Nada de raro, sargento.

—No puede ser. Maldita sea. Alan, mira bien. Tiene que haber algo, un cuerpo, Néstor, algo, maldita sea.

—No, Álex, no sé exactamente qué era lo que buscaba y lo que esperaba encontrar, pero no hay nada.

—Déjalo, Alan. Iremos allí. No nos queda nada más —dijo resignado—. Gracias igualmente por ayudarnos —dijo desanimado.

Pensaba poder atrapar al asesino antes de que se diera cuenta de que ellos estaban en su estela. Le vino una fuerte presión en el pecho. Se imaginó lo peor de Ana.

Miró a Karla, que seguía hablando con el jefe.

Al ver su cara entendió y apresuró la llamada.

Se fue apartando del teléfono y cuando ya estaba por apretar el botón rojo y cortar la llamada, le pareció oír algo.

—¿Has dicho algo, Alan? —dijo volviendo a escuchar.

Alan no contestó.

Álex pensó que había sido su subconsciente el que le había hecho creer que había dicho algo.

Álex suspiró.

—Espera, Álex… —se escuchó al otro lado.

—¡DIME! —gritó.

—Espera, veo algo, creo que es el despacho del escritor —dijo Alan sorprendido—. Veo algo, pero no entiendo qué es.

—¿Qué ves? ¡Dímelo, por favor! ¿Es una mujer?

—¿Una mujer? No, es un ordenador encendido.

—¿Un ordenador? ¿Hay alguien que lo está usando?

—No, está solo, pero encendido. Es decir, estoy viendo la parte frontal de un escritorio, con un portátil encendido en lo que parece un estudio lleno de libros y papeles. Es raro porque lleva un rato encendido sin un protector de pantalla.

—¿Qué estás diciendo, Alan?

—Espera, entraré en la cámara del portátil, a lo mejor hay alguien detrás.

El informático entró en el sistema operativo del ordenador conectado al wifi. Activó la cámara y miró qué había al otro lado.

—Álex, no hay nadie. La silla está vacía.

—Maldita sea.

—Espera, entraremos en el ordenador y veremos qué hay, a lo mejor hay un mensaje más del asesino —dijo Alan mientras tecleaba.

—¿Qué ves?

—Estoy entrando… —dijo Alan—. Ya estoy. Por todos los demonios. Esto, esto…

—¿Qué, qué hay, Alan?

—Esto no te lo vas a creer.

—Alan, es una orden, dime qué estás viendo.

—Es la página de un libro, en internet.

—¿Un libro? ¿Qué carajo dices, Alan?

—Es la pantalla de un portal donde el tío este publica y vende sus libros.

—¿Y qué tiene que ver esto con lo nuestro?

—Todo, Álex, todo. Por todos los rayos, *todo* tiene que ver. Es un libro publicado desde la cuenta de Maxime, pero el autor es un tal Néstor Luna, con el título… ¿estás preparado?

—¡Alan!

—*Diario de un Asesino Suicida.*

—¿Eso qué quiere decir? —preguntó Álex.

—¿Creo que el tío se quiere suicidar?

Un escalofrío recorrió toda la piel de Álex. Néstor se quería suicidar después de todo lo que había hecho. ¿Después de haber matado a seis personas y posiblemente a su hermana? ¿Qué sería de Ana si el asesino muriese? No la recuperaría jamás. Tenía que detenerlo.

Álex recuperó la respiración. No podía hundirse justo en ese momento, tenía que reaccionar, no todo estaba perdido.

—Excelente trabajo, Alan. Pero ahora necesito algo más.

El informático resopló.

—Búscame si Néstor tenía un coche.

—Álex, no puedo…

—¡ALAN! No tenemos tiempo de formalismos. Mira si tiene un coche, demonios.

El informático volvió a aporrear el teclado.

—En la DGT no aparece ningún coche suyo.

—Vale, ahora mira a nombre de Maxime.

—Sí tiene uno, es un Volkswagen Golf negro.

—Ok, ahora entra en el sistema de cámaras de tránsito para ver la última vez que ha pasado por delante de una.

Hubo silencio. Mientras, Karla se acercó y le hizo un gesto a Álex para preguntarle cómo iba la búsqueda.

Álex apartó el teléfono.

—¿Qué te ha dicho?

—Tenemos el helicóptero, pero habrá que esperar. En veinte minutos está aquí.

Álex asintió con la cabeza.

—Le tenemos, Álex. ¿Apuntas? —dijo Alan.

—Dime.

—Álex, le tenemos. Hace una hora, tu asesino con el golf de Maxime ha pasado por el Túnel del Cadí.

Álex miró a Karla y apretó la mandíbula, como un león con su presa entre los dientes.

71

El golpe de cola.

Cuando un animal parece herido y a punto de morir, hace lo que el depredador menos se espera y se invierten los papeles.

La presa había comenzado a seguir al depredador.

—Excelente, Alan. ¿En qué dirección?

—En dirección a vosotros.

—¿Nosotros?

—Sí, hacia Barcelona. Luego —continuó Alan rebuscando en el sistema de vigilancia—, hace treinta minutos pasó por la zona de La Roca del Vallés, donde estaba el peaje antiguamente.

—Bien. ¿Qué más?

—Nada más —dijo Alan y rectificó en seguida—. No, espera, ahora acaba de pasar por una cámara en la autovía, en la salida hacia la Costa Brava.

—Excelente. Llámame cuando tengas más noticias.

Álex agarró por un brazo a Karla. Subieron por las escaleras hacia el tejado del edificio de la central de policía de los Mossos d'Esquadra. El helicóptero estaba comenzando a girar las aspas. El piloto estaba realizando las comprobaciones de protocolo.

Se aproximaron, agachándose.

Álex abrió el portón lateral, el ruido era infernal. Dejó entrar a la mujer y esta se sentó. El piloto indicó que se pusieran los auriculares. Karla tiró de Álex, pero este se resistió. Le miró extrañada, y él negó con la cabeza.

—¿Qué haces? —gritó ella a pleno pulmón.

—Tienes que ir sola.

Ella se extrañó.

—Necesito que vayas a la casa del escritor. Si mi hermana está ahí, tienes que salvarla.

—¿Pero qué dices? Tienes que venir conmigo.

—No, yo necesito coger a Néstor. Si cabe la posibilidad, tengo que cogerlo.

—No, ven conmigo. Déjalo, es más importante tu hermana.

Álex la miró sin decir nada, negando.

—Confío en ti, Karla. Ana es la persona a quien más quiero. Por favor, sálvala tú.

—¡Tenemos que esperar a Rexach, no puedo irme!

—A la porra las órdenes, veinte minutos es una eternidad. Mi hermana, Karla, mi hermana.

Álex la cogió por detrás de la nuca y se acercó a sus auriculares.

—Capitán, despegue. Es una orden —dijo Álex en el micro de Karla.

Las dos caras quedaron a pocos centímetros, mirándose a los ojos, cayendo en las profundidades de sus miradas.

Entonces Karla se decidió, se acercó y apoyó sus carnosos labios en los de Álex. Fue un segundo, un beso temeroso, con miedo a ser rechazada en el momento más importante.

Al retirarse, ella se pasó la lengua por los labios, como si hubiera querido alargarlo, volviendo a probar el sabor de los labios de Álex.

—Cuenta con ello —dijo mientras sonreía y se colocaba el cinturón.

Álex se quedó sin palabras, con una sonrisa atontada que duró un instante.

—Vamos —dijo Karla al piloto.

Álex se apartó y cerró el portón. Retrocedió mientras la velocidad de las aspas iba incrementando. La chaqueta se le levantó por el remolino. El vehículo fue tomando altura, hasta convertirse en un punto y desaparecer detrás de las montañas.

Entonces Álex retomó la puerta y fue corriendo escaleras abajo. Entró en el parquin y en el coche patrulla.

En cuanto lo puso en marcha apretó el acelerador y un sonido estridente de neumáticos chirriando se difundió por el aparcamiento. Subió por la rampa de salida y aterrizó en la carretera, raspando el morro. Dio la vuelta al edificio en medio del revuelo de los compañeros, pasó por la barrera y aceleró por la calle que le llevaba a la autovía. Encendió las sirenas y todas las luces. La autovía que conectaba Sabadell con Barcelona estaba repleta de tráfico de gente que regresaba del trabajo. Fue adelantándolos por la vía de servicio sin preocuparse de la velocidad desmesurada. Adelantó la cola durante varios kilómetros hasta meterse en la autopista en dirección Girona. De repente el tráfico desapareció y la autopista de tres carriles se convirtió en un circuito de una sola dirección.

Las sirenas encendidas y las ráfagas de luces hacían los coches que se apartaran de inmediato. La aguja del salpicadero marcaba más de doscientos kilómetros por hora.

—Vamos, vamos, tartana.

El pedal tocó el final de su recorrido: el coche patrulla estaba

dando todo lo que podía.

En menos de diez minutos ya estaba en la salida de Girona. Tomó la dirección hacia la Costa Brava y llamó nuevamente a Alan.

—Alan, ¿tienes noticias? —gritó para que le oyera.

—Álex, no me grites —dijo con parsimonia el informático—. Tienes que coger la salida de Sant Feliu de Guíxols. Una cámara lo ha capturado allí en este momento. Me ha llegado el fotograma y está yendo hacia la carretera de Tossa. ¿Me has entendido?

—Entendido, Alan, gracias —gritó y colgó.

Álex lanzó el móvil en el asiento de al lado y se centró en la conducción.

Sorteaba los coches como podía. Recorrió la autovía en dirección Platja d'Aro.

Tomó la salida chirriando los neumáticos. Bajó por la rampa, que llevaba a una rotonda, y se metió en dirección a la ciudad que le había indicado Alan.

Aceleró por la recta y subió la cuesta de la fuente hasta llegar al pueblo. Cruzó dos rotondas y se metió por la variante.

Sintió el ansia que le oprimía el pecho. El peso del miedo era como un ladrillo tragado y atascado en la boca del estómago.

Confió en Karla para salvar a su hermana.

Mientras conducía, revivió momentos de su infancia con Ana y Marc. Fue conduciendo en piloto automático, acompañado por aquellas imágenes de la infancia, que apretaban con fuerza ese ladrillo atascado en su pecho.

Los coches se apartaban, más asustados por la velocidad del coche patrulla que por las sirenas. Llegó a la desviación hacia la población de Tossa.

Se acordaba de esas carreteras: había ido varias veces con Mary en verano.

Comenzó una carretera sinuosa. Los neumáticos chirriaban cada vez más en las curvas, debido a la alta temperatura que iban alcanzando. De pronto vio un coche detenido en medio de la carretera. Álex tuvo el tiempo justo de clavar las cuatro ruedas y detenerse. Delante de este había otro, y otro. La cola seguía hasta perderse detrás de una curva.

Seguir adelantando, sin ver los coches que llegaban desde la otra dirección, era demasiado peligroso.

Se detuvo y tomó aire. No se había esperado esa cola de coches.

Cuando llevaba un minuto parado, una ambulancia le adelantó a toda velocidad.

Se preguntó qué había podido pasar. Salió del coche; la cola era más larga de lo que se imaginaba.

Una idea le perturbó, y le vino un escalofrío. Tenía que averiguarlo. Cogió el celular y comenzó a correr.

72

Otro mundo.

Desde un helicóptero todo es diferente.

La distancia, la altura, la perspectiva de las cosas.

Karla vio desaparecer a Álex, luego la central de Sabadell y luego Barcelona. Volaron menos de media hora, desde la costa hasta los Pirineos. Un soplo. Ni siquiera tuvo tiempo de disfrutar del vuelo. Rexach le llamó y Karla no contestó: no estaba para broncas.

Volvió a meter el celular en el bolsillo.

En medio de tanto verde destacaban las pequeñas carreteras y lo que parecían casas aisladas.

El piloto dijo que ya estaban llegando. Indicó un punto blanco, que debía ser el objetivo.

El helicóptero se acercó a su destino.

Diminutas luces rojas y azules rodeaban lo que parecía un edificio.

Era una cabaña de madera con placas solares en el techo.

Buscaron un lugar seguro para aterrizar.

En un lado aparecía un huerto abandonado, con maleza por el perímetro, un viejo tractor rojo desteñido, unos columpios oxidados y una pequeña casa destartalada en un árbol.

Las aspas hacían bailar la alta hierba, como al compás de una música.

Una vez recibió autorización, Karla bajó del helicóptero. Allí la esperaba el sargento de la comisaría de Puigcerdà.

Se abrió paso unos metros, hasta donde el rotor del motor ya no era un impedimento para hablar.

—Ya hemos entrado —dijo el superior.

—¿Y qué habéis encontrado?

—Mejor que venga a verlo con sus propios ojos.

La mujer se detuvo un momento. Sintió miedo. Llevaban muchos días detrás del asesino en serie y sin buenas noticias. A juzgar por el comentario del compañero, la situación no iba a cambiar.

Lo siguió y llegaron a la entrada.

En el rellano se puso una bata blanca y el gorro para el pelo de la científica.

Karla sintió un cierto honor al rebasar el umbral de la casa de Maxime Garanger, a pesar de la terrible situación y la búsqueda de la hermana de Álex.

Miró a su alrededor.

Era la casa del famoso escritor superventas: un fenómeno literario al que se rifaban las editoriales, y que sin embargo decidió mantenerse fiel a la autopublicación.

El edificio olía a libros de segunda mano.

Karla siguió al policía hasta la puerta abierta de una librería. El portátil seguía abierto en el escritorio: todo estaba igual que Alan lo había descrito. Un compañero de la científica buscaba huellas por el ordenador, y otro por el escritorio.

—¿Me sigue? —le dijo el hombre, esperando delante de una puerta —. Allí no hay nada, lo acabamos de comprobar.

La mujer asintió.

—La fiesta está abajo —dijo el sargento bajando los escalones.

Karla le siguió. En el umbral de la puerta vio que la escalera llevaba a un sótano. Se sintió como si estuviera bajando a los infiernos. Recordó a Dante, en la Divina Comedia, pero con la diferencia de que aquello era real.

Antes de poder ver la estancia, un olor a humedad y una fuertísima fragancia a pino atravesó la mascarilla.

Delante de ella se abría una estancia alargada: un garaje enorme con cemento en el suelo. Algunos compañeros de blanco estaban iluminando el techo con aparatos de Luminol. En los extremos de la estancia colgaba un sinfín de ambientadores verdes en forma de abeto, formando un peculiar bosque enganchado al techo.

—Han encontrado manchas de sangre por todas partes —dijo el sargento a la mujer—. El techo está lleno, aunque lo veas limpio. Tiene que haber sido una carnicería.

Mientras escuchaba, miraba a su alrededor. Era un garaje normal, con una puerta que daba al jardín por la que podía entrar un vehículo. Había una pared con herramientas y algunos artilugios que ella desconocía.

—¿Esto? —dijo Karla decepcionada.

—¡No! —contestó el sargento cínicamente. Le hizo un gesto con la mano—. Aquí está lo que quiero enseñarle.

Al final de la estancia había una puerta negra de plástico. A la mujer le pareció extraña.

—¿Está usted lista? —dijo el superior, mirándola como si fuera demasiado sensible para ver lo que había al otro lado de la puerta.

El sargento la abrió. Había una estancia aparte, un espacio escondido. En el suelo se encontraba lo que el sargento había querido mostrarle. Karla se asustó y dio un paso atrás, tapándose la boca con

una mano.

Fue corriendo tras la ambulancia.

A los pocos segundos, esta desapareció detrás de una curva. No había tráfico en dirección contraria. Álex había corrido varios centenares de metros sin cruzarse con ningún coche.

Avanzaba mirando la caravana, buscando un Golf negro.

Agradeció el entrenamiento que hacía a diario en el paseo marítimo de Barcelona. El policía tenía una envidiable condición física desde su entrada en el cuerpo. Algunos compañeros se pasaban el día consumiendo comida basura y bebidas gaseosas, pero él había conseguido mantener la forma física haciendo deporte a diario.

Por suerte, pocas veces lo había necesitado, pero esa era una de ellas.

La interminable caravana se cocía bajo el sol de mayo.

Mientras corría le pareció ver las formas de un Golf.

Se fue acercando más lentamente, con una mano en la pistola, debajo de la chaqueta.

Fue avanzando. El juego de la luz del atardecer lo había hecho confundir un coche verde oscuro con el vehículo negro que él buscaba.

Reanudó su carrera desesperada.

Después de algunas curvas y varios kilómetros, llegó a una recta donde volvió a ver la ambulancia. Al lado había un camión de los bomberos.

Un dron de la policía estaba visionando desde lo alto. Los curiosos se asomaban al borde de la carretera. Disminuyó la intensidad y llegó hasta los vehículos de emergencia.

—Lo siento, pero no puede acercarse —dijo un agente de la policía local.

—Soy un compañero —dijo apartando la solapa de la chaqueta.

El hombre vio la placa.

—¿Que ha pasado? —preguntó Álex.

—Un accidente. Un coche ha caído terraplén abajo.

Álex no podía creerlo.

Se asomó y vio un amasijo de hierro ardiendo. El humo iba cambiando de dirección, formando una espiral. No consiguió descifrar ni el modelo ni la matrícula.

El salto era de unos cien metros. Al fondo, unos agentes forestales junto a los bomberos intentaban domar el fuego, por miedo a que se

extendiera por la vegetación de alrededor.

Necesitaba una confirmación de sus peores presagios.

Entre el alboroto de los equipos de emergencia volvió a dirigirse al agente.

—Disculpa, ¿habéis conseguido saber qué coche es?

—Sí, creemos que sí —dijo el policía mientras hacía otras cosas—. Creemos que es un VW Golf.

Álex sintió que se le encogía el pecho y se echó las manos a la cabeza.

—¿De qué color?

—Parece ser negro, eso sí que lo sabemos, era negro.

—¿Y el conductor?

El agente rio cínicamente.

—Lo que queda del tío intentaremos recuperarlo. A ver si la gente aprende a circular por esta maldita carretera más despacio. Parece que creen que es un circuito.

Álex se tapó la boca con las manos. Se giró hacia la chatarra que ardía.

—Compañero, ¿te encuentras bien? —preguntó el hombre sin darle mucho peso.

Al no recibir respuesta volvió a su trabajo.

Álex se arrodilló. Las últimas posibilidades de coger al Asesino del Criptograma se esfumaban.

Las lágrimas que recorrían sus mejillas saltaban de la punta de su nariz al abismo.

Álex se sintió perforado por el remordimiento de no haber llegado antes. En su bolsillo, el teléfono sonó.

Lo sacó; era Karla.

—Espero que por lo menos tú tengas buenas noticias —dijo.

74

En menos de una hora, Álex llegaba a la casa del escritor.

El helicóptero, tras dejar a Karla, recibió un mensaje para ir a buscar a Álex.

En medio de la alta hierba, Karla lo esperaba.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—¿Hay novedades? —replicó Álex.

La mujer negó con la cabeza.

—Sígueme —dijo y abrió paso.

Bajaron por la escalera del sótano.

Álex había imaginado muchos finales, pero no ese. La conmoción lo había atormentado durante todo el viaje. Se imaginaba su responsabilidad, el momento en que tendría que llamar a su madre y darle la noticia. No encontraba paz, no encontraba las palabras para justificarse a sí mismo.

Karla empujó la puerta de plástico. En cuanto esta se abrió, salió una bocanada de aire frío, glacial. Sobre el suelo, también de plástico negro, estaba el cadáver.

Tenías las manos seccionadas y le faltaba la cabeza. Entraron y cerraron la puerta. El cadáver estaba tieso, con los pies hacia arriba. Aún vestido, pero congelado.

Llevaba un tejano y un jersey azul con una camisa debajo.

Era un hombre: Maxime Garanger.

Álex alzó la mirada. En la cámara de congelación no había nada más, aparte de estanterías manchadas de sangre. Los motores inyectaban aire polar sin cesar.

Álex se cerró la cazadora y salió. Karla le siguió.

—De tu hermana ni rastro —dijo ella.

En el garaje estaban los de la científica, buscando huellas y reconstruyendo los hechos.

—¿Cortés? —preguntó el sargento de Puigcerdà alargando la mano.

Álex se la estrechó.

—Esto es una carnicería, jamás hemos visto nada parecido —dijo

con un tono sorprendido—. Miren esto.

Álex seguía en silencio, trastornado por la situación. El caso le había ido de mal en peor y todo apuntaba a que no encontraría a su hermana viva, ni siquiera su cadáver.

—Miren —dijo el sargento apuntando a una máquina—. Esto es una sierra de carpintería. Está llena de sangre, el asesino ni se ha molestado en limpiarla.

—No es muy propio de Néstor.

—Ya, pero, ¿para qué? Si total, llegados a este punto todo el plan se ha desmantelado. Ya no hacía falta limpiar.

—Aquí es donde cortaba los cadáveres —dijo apuntando al suelo.

—¿Y por qué cree que es justo aquí? —preguntó Karla.

—Porque aquí arriba esta… —dijo mientras cogía un Luminol y proyectaba la luz ultravioleta en el techo—. Está lleno de salpicaduras. El suelo tuvo la decencia de limpiarlo, pero el techo le dio igual.

—Claro, ahora entiendo —dijo Álex.

—¿Qué es lo que entiendes? —preguntó ella.

Álex se giró.

—¿Y cómo lo conseguía? Un cadáver pesa demasiado para una sola persona —se preguntó.

Álex se movió hacia la cámara de congelación y levantó la mirada: el termómetro marcaba veinte grados bajo cero.

Luego se giró de golpe y advirtió la foresta de abetos que colgaban de la pared.

Miró la sierra, apuntándola con un dedo.

—Falta algo.

—¿Algo?

Álex fue hasta el fondo de la estancia, que estaba lleno de hierros acumulados.

—¿Habéis controlado esto?

—¿Eso? Eso no. ¿Para qué?

—Por favor, dadme un poco de reactivo.

Álex cogió el espray y lo vertió sobre la estructura de metal. Era un triángulo con ruedas, de los que usan los mecánicos para levantar los motores y sacarlos de los coches.

Una vez esparcido el reactivo trasparente, proyectaron la luz ultravioleta. El metal se volvió fluorescente.

—Que me parta un rayo —dijo Karla.

—Ya lo he entendido. Mirad, Néstor dormía a las víctimas con un coctel de fármacos. Una vez dormidos los tumbaba en el suelo de la cámara frigorífica. Cuando estaban congelados los cogía con la grúa hidráulica y los aguantaba para ser cortados, primero la cabeza y después las extremidades. Pies y manos. Una vez cortadas, las apilaba en las estanterías, agrupados por cadáver. Volvía a colocar el cadáver

dentro, cómo si no hubiese pasado nada. Así sucesivamente, uno detrás de otro, en secuencia, como una fábrica de la muerte.

Álex se detuvo, pensó un rato más y continuó.

—Ahora entiendo el porqué de tanta sangre en la furgoneta. ¿Te acuerdas, Karla? La forense no se explicaba cómo podía ser que hubiera tanta sangre en la furgoneta si no los había seccionado allí dentro. Cuando cortas la cabeza debería salir una media de unos diez litros. Sin considerar que, aunque el corazón hubiese dejado de latir, al cortar las extremidades debería salir más aún. ¡Ahora lo entiendo! ¡Es porque los cuerpos los cortaba congelados!

Karla calló, pero su expresión lo dijo todo.

—Las livideces: por eso estaban en la parte de la espalda y eran casi nulas. Los congelaba mientras dormían y se congelaban con el corazón aún bombeando.

—Menudo carnicero.

—Bueno, creo que, dentro de todo, fue la mejor muerte posible. No notaron nada.

—Así fue como duraron treinta días en la furgoneta: los cuerpos congelados y dentro de una furgoneta con paredes isotérmicas, como en una nevera —dijo Karla respaldando la teoría del compañero.

El sargento de Puigcerdà escuchaba las teorías del caso sin entender nada, simplemente asintiendo con la cabeza.

—Ahora entendemos por qué la putrefacción era de mucho menos de un mes, fue por esto mismo. Vete a saber cuándo los raptó.

Cuando estaban en medio de la reconstrucción de las teorías, a Álex le sonó el teléfono.

—Cortés.

—Álex, soy Alan, he descubierto algo —dijo dejando el otro sin aliento—. ¿Sigues en la casa?

—Claro, dime.

—He encontrado algo más en la red wifi de la casa.

—Te escucho.

—Es el móvil de tu hermana… y unos cuantos más.

75

Fue como una ducha fría.

Le costó unos segundos reaccionar.

Álex parpadeó y respiró hondo.

—¿Habéis encontrado los móviles?

Karla y el sargento fruncieron el ceño y negaron.

—Me dicen que no, Alan.

—Pues tenéis que mirar bien, están allí.

—Ok, te llamo después, buen trabajo —dijo Álex y cuando estaba a punto de colgar añadió—: Oye, ¿has pedido una copia?

—¿Del libro? Ya lo he descargado, luego te la enseño.

—Tenemos que buscar los teléfonos. Si nuestro cerebrito dice que están aquí, tienen que estar —dijo Álex tomando las escaleras.

—No los hemos encontrado —gritó el otro agente desde el garaje, sin moverse.

Álex comenzó a buscar habitación por habitación. Karla hizo lo mismo.

La casa no era muy grande y en cinco minutos la revisaron entera.

Al final se encontraron en la planta baja.

—¿Nada? —preguntó él.

—Ni la sombra.

—Maldita sea —esputó Álex.

—¿Puede que se equivoque y que sea un truco informático?

Álex negó. Se le ocurrió una idea.

—Espera.

Sacó el móvil del bolsillo y entró en la aplicación de mensajería. Apretó el icono del teléfono y puso el altavoz.

El teléfono de su hermana sonaba.

—Silencio —gritó Álex—. ¡SILENCIO!

Todos los compañeros del cuerpo de científica se callaron. Los oídos se fueron acostumbrando a la bajada de decibelios, a la ausencia de ruidos. Cuando empezaba a pensar que había sido una tontería, escuchó algo, lejano, casi imperceptible.

—¿Escuchas? —preguntó a Karla.

Ella dijo que sí, dudosa.

Álex comenzó a seguir el sonido: venía de las escaleras. Subió y entró en el dormitorio de Maxime. Lo acababa de revisar, pero venía de allí, aunque las paredes de madera no mostraban ninguna puerta. Acercó la oreja: lo escuchaba, era claro. Sonaba al otro lado de la pared. Fue picando con el puño, hasta que encontró un lugar hueco. No había maneta, pero sí una estancia secreta, imperceptible a simple vista. Por error apretó más de la cuenta, hizo un clac y la pared de madera se hundió.

Mientras se abría la puerta, se le ocurrió que Néstor podía haberles puesto una trampa. En ese caso acababa de caer en ella. A lo mejor con su acción había conectado una mina antipersonal. Estaba solo en el piso de arriba.

—¡A la mierda! —dijo y empujó.

La puerta se abrió, mientras Álex con los ojos cerrados esperaba una detonación.

La puerta se abrió por completo y Álex abrió un ojo, como quien sale del agua del mar. Delante de él había un despacho estrecho y secreto. El móvil de su hermana estaba allí, conectado a la pared, sonando.

Se quedó sin palabras.

Por detrás apareció Karla.

La pared estaba llena de móviles enganchados a ella, todos encendidos. Debajo de cada uno había una etiqueta con el nombre del propietario, el número de teléfono y el PIN.

Todos estaban en modo avión, pero con el wifi encendido.

En las paredes se veían fotos de los chicos asesinados, anotaciones, recortes de periódicos del caso, mapas de seguimientos. Un plan de acción completo. En otra sección había fotos de Álex y todas sus apariciones en los periódicos.

Justo al lado encontró las fotos de su hermana. Había una nota adhesiva con una sola palabra: «*matarla*».

En el escritorio halló objetos varios, entre ellos tijeras, pegamento y bolígrafos. También facturas de compra de la sierra a nombre del escritor, el contrato de la furgoneta y varios bolígrafos de la ETT.

—Él contestaba a las familias, haciendo creer que estaban vivos —dijo fijándose en los aparatos conectados a la pared, en un macabro orden.

Arrancó el móvil de su hermana. Al girarlo, se dio cuenta de que estaba sujeto con velcro.

—Lo has encontrado —dijo Karla.

—No he encontrada nada —replicó Álex—. Mi hermana no está aquí. Vete a saber dónde se la ha llevado.

—Os había dicho que me esperarais —dijo Rexach mientras

entraba jadeando en la habitación.

Álex le ignoró.

—Es todo culpa tuya, maldita sea —gritó Álex apuntando con el dedo al jefe.

El otro se quedó en silencio.

—Quería irme a Tarragona y tú me obligaste a quedarme, y mira —dijo mientras se apartaba para que viera el depravado espectáculo —. Mi hermana estará muerta y este lugar parece la Matanza de Texas. No sé cómo pude aceptar este caso.

Karla bajó la mirada y se sentó en la cama de matrimonio.

—Álex, te había dicho que me esperaras con el helicóptero, era una orden.

—¿Cómo dices? ¿Ahora me vienes con eso? ¿La vida de mi hermana podía colgar de un hilo y lo único que me sabes decir es esto? —espetó a la cara del subinspector—. De ti no me lo esperaba — concluyó y salió de la estancia.

La mujer le siguió, lanzando una mirada a su jefe.

—¿Dónde vas? —dijo ella mientras él bajaba las escaleras.

—A la central, a trabajar con Alan en el enigma —dijo sin girarse —. Aquí no hago nada. Quién sabe, a lo mejor el libro publicado por el asesino nos puede ayudar.

76

La verdad.

En ocasiones es incómoda y no queremos saberla. En otras, nos vemos obligados a escudriñar la realidad para descubrirla.

Pero a veces apesta; desprende aroma a putrefacción y a complot.

El libro que Álex tenía entre las manos olía al Hedor de la Verdad.

«Diario de un Asesino Suicida», por Néstor Luna.

Álex, Alan y Karla se encontraron en la sala de Briefing. No los detuvo la avanzada hora de la noche. Sus mejores aliados eran el café y el ordenador del *cerebrito*.

Entre las manos tenían un lector de libros electrónicos con el e-book del asesino descargado. En la pared solo había una foto de una persona muerta y un código, el que habían encontrado dentro de su boca.

«La vida no ha sido fácil para mí. Este libro representa un testigo directo de ello. Un testimonio de mi breve y accidentada vida. Desde que nací hasta hoy, que estás leyendo este libro. Este es mi testamento de vida y de las muertes que me he llevado a la tumba. Aquí os explicaré el porqué, ya que no podré hacerlo en persona».

Álex leía en voz alta y los demás escuchaban. El interés por saber era mayor al empuje del sueño.

«Todo empezó hace unos cuarenta años, cuando iba a la playa con mi abuelo. Mis padres eran obreros en un astillero. Fui el tercer hermano, con varios años de distancia. Un error, un fallo de cálculos creo. Mi padre no me mató por no perder su puesto en la barra del bar, pero solo recuerdo azotes. Mi madre, pobre mujer, solo me dedicaba algunas caricias cuando mi padre no nos veía, por no hacerle enfadar. Mis hermanos se quedaban siempre con todo, las primeras cucharadas de sopa, la ropa nueva, los partidos de fútbol, los mejores puestos delante de la televisión. Lo que

sobraba era para mí y para mi madre».

—Es una carta póstuma —dijo Karla.

Álex asintió y siguió.

«Hasta que no tuve una cierta edad pensé que mi abuelo me quería. Cuando eres pequeño, todo te parece normal. Él era poco más que un despojo de la guerra civil. Me explicaba sus batallas, lo que la guerra le dio y le quitó. De lo segundo hablaba poco, más bien me lo mostraba con sus actos. Le gustaba llevarme a un fortín en la costa, oculto entre las rocas. Allí abusaba de mí, pero yo, con mi mente de niño, no entendía nada. Por aquel entonces, cualquier atención era mejor que nada. Sin embargo, aquellas experiencias cambiaron mi perspectiva de la vida».

«Más tarde me fui a trabajar al astillero. Allí conocí a Cristina, secretaria de la empresa. Una chica de mi edad, casada. Las miradas se convirtieron en roces y después pasamos a más. En las pausas nos metíamos en rincones y follábamos como si no hubiera un mañana. Fue lo mejor de esa época, hasta que quise más y ella se negó. Me amenazó con dejarme. Cuando ampliaron un edificio, la emborraché y la lancé a los cimientos. Fue la noche después de hormigonar. Nadie se enteró nunca. La buscaron por mar y por tierra. Pero no la buscaron en su ataúd de hormigón y nadie la encontró. Eso me gustó. Eché en falta el sexo con ella, pero me gustó más el placer de haberle quitado la vida, de descuartizarla y sepultarla para siempre».

«Cristina fue la primera de muchos. Por mis manos pasaron muchos hombres y mujeres que desaparecieron sin dejar rastro. Hasta que me cansé de mis hermanos y acabaron de la misma manera. Nunca se supo. Accidentes en el astillero hay muchos, uno más o uno menos no se nota. Los sindicatos gritan mucho, pero no hacen nada, menos para poner la mano y cobrar».

—Me parece como si leyera a Maxime Garanger. Misma manera de escribir —dijo Karla.

—Sospecho que Néstor le dictaba lo que quería, y el otro escribía.

«Mi padre murió de muerte natural. Mi madre se quedó sola, y ahora vive con una pensión mínima. Me encontré en la ETT, trabajando en el centro de Barcelona. Todas esas personas eran corderos extraviados. Necesitaban un cambio y yo se lo ofrecí, para siempre. Nadie se daba cuenta, las madres y amigos recibían un mensaje, que enviaba yo estudiando el patrón de los anteriores. Se quedaban tranquilos, les decía que se había ido de viaje, que estaba en casa de un ligue, o cualquier otra tontería. La gente se

cree todo lo que le dices. Pero la vida es dura, y lejos de casa puedes tener la posibilidad, remota pero real, de caer en las manos de un artista como yo».

«Conocí a Miguel. Quedamos varias veces. Un día decidí matarle, pero esperé. Mi madre necesitaba dinero para la residencia y para las medicinas. No podía seguir así. Se me ocurrió una idea. Contacté a Maxime, el escritor, en una aplicación de encuentros. Cuando vi su casa pensé que era perfecta. Lo tengo aquí, escribiendo, mi escritor esclavo. Esclavo sexual y de mis memorias. ¿Por qué matar gratis si pueden pagarte? Sí, tal y como lo oyes. Tú, al comprar este libro, estás pagando la residencia de mi madre. Se me ocurrió que matar a cinco, seis o siete personas me daría eco en la prensa: sería el mejor marketing para vender mi libro. El Monstruo de Barcelona. El Asesino del Criptograma. *Todos querrán saber, y aquí encontrarán las razones, mis maneras de hacer y los porqués. Todo. Ni más, ni menos».*

Álex se detuvo de nuevo.

—Habla de cinco víctimas, las de la furgoneta. Seis con el escritor y —tragó saliva, le costó seguir—. Siete con mi hermana.

—No está claro aún —dijo Karla—. Sigue, sigue leyendo.

«Solo me faltaba una pieza, el objetivo aparente en la comisaría. Salió el caso del niño secuestrado y me concedió un héroe al que convertir en villano. Dos en uno. Al principio me gustó, pero luego vi que era demasiado listo. Aun así, desde el fortín, me gustaba jugar con el fuego. Lo reté. Entonces cogí a su hermana. Embarazada. Lloraba como un cachorrillo. Suplicaba que la dejara, que estaba embarazada de su segundo hijo. Fue fácil llevármela, a cambio de no hacer nada a su hijo mayor. Hizo lo que quise, luego la sedé. Sí, se dejó hacer TODO lo que quise».

Álex soltó un puñetazo en la mesa que hizo rebotar las tazas de café.

Cerró los ojos unos instantes para recuperarse.

Luego siguió hasta llegar al final, la última frase decía:

«*Álex, cuando leas esto, espero que estés aún a tiempo… todo depende de ti. Yo te he dado las pistas, que las hayas sabido interpretar será cosa tuya. Buena suerte con Ana».*

Álex levantó la vista y miró a Alan.

77

—Alan, es la última oportunidad.

Este levantó la vista.

—Álex, esto es un mensaje, Néstor te está retando a que encentres a tu hermana —dijo Karla.

—Claro, ¿pero cómo? ¿Dónde? —preguntó Alan.

—No lo sé, puede que esté a trozos repartidos en cajas y que me vayan a llegar dentro de varios años. O enterrada en vete a saber en qué lugar donde jamás la encontraremos. —Se detuvo y suspiró antes de concluir—. Dudo que siga viva.

Entonces se apoyó en el hombro del informático.

—Necesito tu ayuda, ahora te toca a ti —dijo el sargento.

El forense de telecomunicaciones estaba enfrente de su ordenador. Crujió los dedos y se ajustó las gafas.

—Vamos a ver —dijo arrugando la nariz—. Repasemos los datos. Cuando murió Miguel, el primer mensaje que tuvimos era el 18.09.06.05.20.21. Cuando murió Patricia, el 21.16.13.24.16.20. Luego Mauricio el 22.09… Si el código se refiriera simplemente a un cambio de palabras a números, es decir un código César…

—¿César? —preguntó Álex.

—El emperador enviaba cartas encriptadas a las legiones lejanas. Cada una seguía un protocolo y código diferente. Alguno tenía un número desplazado a la derecha, otro dos a la izquierda… es decir, el alfabeto comenzaba con números desplazados. Si es esto podríamos averiguarlo, probando… pero nos llevaría toda la noche —concluyó Alan mirando a Álex, no muy convencido.

Álex se encogió de hombros.

—Solo tú puedes hacerlo, para mí es como si hablaras en chino.

Alan suspiró.

—Supongamos que sea una combinación de códigos encriptados, nos queda solo una palabra y ¿luego? Esto me lo llevo preguntando desde que apareció el primer código de barras. Quise esperar si al final este psicópata nos daba la clave de cifrado, pero no nos la ha dado. En el libro no está. Pero sí se usó un sistema de cifrado estándar, la clave tiene que estar oculta en el texto.

Pasaron horas intentando entender el sistema, probando múltiples combinaciones.

Barcelona amaneció bajo una losa de nubes que prometían lluvia.

Karla se durmió en el sofá y Álex le puso su chaqueta como manta.

Siguieron probando hasta que se hizo de día.

El cielo no tardó en hacer caer una lluvia insistente.

Las esperanzas se escurrían por las cloacas como ríos de agua.

Alan se despegó de la pantalla. Se levantó de la silla y lentamente estiró sus escuálidos brazos.

—No puedo más.

—Lo sé —contestó Álex, con tono resignado.

—He probado todas las combinaciones que se me han ocurrido —protestó—. Podemos estar aquí toda la vida si no damos con la clave.

Álex dejó de pensar en su hermana un momento y pensó en su madre. Desde que había desaparecido Ana, lo llamaba insistentemente. Ya no sabía qué decirle.

Vio su reflejo en el cristal. Tras una semana de la aparición de los cadáveres, la noticia había dejado de ser interesante y los periodistas ya no asediaban el edificio de la comisaría.

Retrocedió hacia la mesa, cogió nuevamente el libro y regresó a la última página.

Se puso a leer otra vez:

«*Álex cuando leas esto, espero que estés aún a tiempo… todo depende de ti. Yo te he dado las pistas, que las hayas sabido interpretar será cosa tuya. Buena suerte con Ana*».

Miró la pizarra.

—*Buena suerte con Ana* —repitió Álex casi susurrando—. *Buena suerte con Ana*… —dijo más alto—. Alan, ¿y si esa fuera la clave?

Karla se despertó.

Alan se giró y afinó la vista cansada.

—¿Cómo dices?

—La palabra clave, la última palabra del libro, "*Buena suerte con Ana*"—dijo en tono solemne—. *Ana*, la clave podría ser el nombre de mi hermana.

Alan arrugó las cejas. Su expresión fue cambiando, como si lo que decía el sargento cobrara sentido.

Regresó a la silla y abrió el sistema. Entró en el portal de encriptado y fue poniendo la primera secuencia de letras usando la

palabra Ana como clave.

—No sale nada. No funciona.

Álex se mordió un labio.

—¿Y si lo haces más sencillo? Ponlo tal cual, en el sistema César, la primera letra con el primer número.

Alan obedeció.

Luego colocó la secuencia de letras «QIFEST» junto con la clave *Ana* en el sistema de cifrado de Vigenère y apretó el intro.

En la pantalla apareció la palabra «*Puedes*».

El sargento soltó un grito que se escuchó en toda la comisaría.

—¡Lo tienes, Alan! ¡Lo has conseguido! —gritó Álex—. Sigue, sigue.

Alan metió todas las palabras hasta conseguir la frase:

«Puedes salvar a tu hermana en casa.»

—¡Está viva! —gritó Álex dando un salto de felicidad.

—¿*En casa*? Pero nos espera… ¿en qué casa? —preguntó Karla.

—A lo mejor es la casa de Néstor.

—No, la revisamos de arriba abajo y también pasó la científica.

—¿En qué casa puede ser? —preguntó Alan.

—Solo nos queda la de Maxime.

—Pero la hemos inspeccionado de arriba abajo. No puede ser —dijo Karla.

—Sí, pero fíjate, encontré un despacho secreto. Y acababan de pasar los de la científica. Tampoco son infalibles, hay lugares que se les pueden escapar.

—¿Crees que está allí? —preguntó arqueando las cejas.

Álex asintió, mirando intensamente.

—Solo nos queda una carta, tenemos que jugárnosla y rápido. Mi hermana me espera.

78

El mal tiempo impidió que volara el helicóptero.

Las gotas martilleaban el parabrisas; tuvieron que ir a la casa del escritor en coche.

Karla y Álex no informaron al subinspector de dónde iban.

Álex conducía con las luces encendidas. La patrulla de los Mossos adelantaba los coches, dejando una estela en el asfalto.

El sargento pensó en cómo le había cambiado la vida en dos semanas. No se había dado cuenta de que era una moneda en el aire. El día que en que menos se lo esperaba, cayó al revés.

Mary se había ido. El traslado a Tarragona, aunque concedido, no lo había ejecutado aún. Su jefe le obligó moralmente a quedarse. Un asesino lo puso en su punto de mira y su hermana sufrió las consecuencias. Su vida se había vuelto del revés y posiblemente se hallaba frente al acto final. Tenía que encontrar a Ana.

El asesino que tanto buscaron había publicado una carta póstuma en formato de libro.

En Puigcerdà el tiempo estaba aún peor. A la lluvia se le había unido también la humedad de los Pirineos y el viento.

Aparcaron cerca de la entrada. Lo que había sido césped hacía meses, ahora era un jardín abandonado, lleno de hierbas, latas y charcos.

Arrancaron las cintas del cuerpo que advertían de no pasar y reventaron la puerta. Se quedaron en el rellano, chorreando en el parqué. Se quitaron las chaquetas empapadas.

Álex le dijo a Karla que fuera por la primera planta, y él se encargaría de la planta baja.

—¡Anaaa! —gritaban al unísono por si los podía escuchar.

Karla desmontó por completo el dormitorio del escritor. El lavabo estaba intacto, con polvos negros de huellas esparcidos por todas partes, contrastando sobre la cerámica blanca de los sanitarios anticuados.

Entró en el despacho estrecho, de donde los compañeros de la

científica se habían llevado todas las pruebas.

Karla se resignó. Salió de la estancia y dio un último vistazo. Bajó las escaleras y estas crujieron. Álex la oyó y se acercó.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Karla.

Él negó con la cabeza.

—Nos queda solo eso —dijo Álex indicando con la cabeza la escalera al sótano.

Álex bajó primero. Encendió la luz. Volver a entrar en ese espacio de los horrores le encogió el corazón de tristeza y miedo.

Tras los primeros escalones fueron recibidos por el olor de los ambientadores colgados del techo.

Álex no se lo confesó a Karla, pero tenía casi más miedo de que Néstor saliera de algún rincón, que de encontrar su hermana muerta.

Su corazón latía con la misma potencia que cuando salía a correr por la mañana.

El espacio estaba igual que cuando lo dejaron con el sargento de Puigcerdà.

La sierra, las herramientas, las salpicaduras en el techo.

Antes de abrir la puerta del congelador, Álex miró la temperatura: estaba igual, a veinte bajo cero.

Al abrirla, una ola de frío polar le embistió. El cuerpo del escritor había sido retirado. Álex entró buscando algo más, algo que pudiera haber obviado horas antes. Las estanterías tenían sangre cristalizada. Fue dando puñetazos contra la pared y el suelo. No escuchó nada fuera de lo normal.

Karla estaba tiritando, pero Álex solo se dio cuenta del frío que tenía al acabar. No pudo imaginar cómo sería morir en una cámara de congelación.

Salieron.

Él la abrazó para que entrara más rápidamente en calor. Entretanto miró a su alrededor.

¿Qué más?

¿Qué faltaba que no veía?

¿Dónde la podía haber dejado?

Los dos policías habían revuelto toda la casa otra vez, pero nada.

¿Era esa la casa a la que se refería Néstor?

Álex no pudo más y comenzó a llorar. Se dejó invadir por el peor de sus temores. Apretó más fuerte a la chica y ella se dejó. Le secó las lágrimas con sus fríos dedos.

—Está todo perdido, no sé ni por qué hemos venido aquí —dijo Álex entre sollozos.

Karla no contestó nada. Acurrucó su cabeza en el pecho de él.

Su mente regresó al momento en que había llegado con el helicóptero. Recordó la casa desde arriba.

—Espera, Álex, Néstor escribió *casa*, pero no dijo *qué casa*.

—¿Qué dices, Karla?

—La casa. *Casa* puede ser también una casa en un árbol.

Álex la miró de reojo, arrugando el ceño.

—Fuera, Álex, en un árbol hay una casa de madera —dijo ella separándose.

—Es inútil, la habrán revisado los compañeros de la científica.

—Da igual, ven.

Karla abrió el portón que daba al jardín, el que Néstor había usado para entrar con la furgoneta.

El jardín estaba encharcado, como un lago que cubría toda forma vegetal.

Salieron, a pesar de la fuerte lluvia.

La mujer corrió hacia el árbol. Álex se quedó bajo el agua, rendido a la lluvia.

Karla subió la escalera enganchada al tronco. Cuando estuvo a tres metros del suelo, un escalón cedió, dejándola colgada por las manos.

Se estiró hasta el peldaño siguiente y volvió a trepar.

Llegó hasta arriba.

Karla titubeó, suspiró y dio un paso hacia el interior del habitáculo.

La casa en el árbol estaba vacía. No había nada, solo tablas carcomidas por el tiempo, hongos verdes y goteras.

Se giró y le hizo una señal a su compañero. Miró la casa desde allí: la perspectiva era diferente. Se preguntó si el asesino no quiso decir *casa*, sino *desde la casa*.

Agudizó la vista, pero no hubo nada que le llamase la atención. *Otro intento fallido.*

Fue bajando por la escalera.

Álex la miraba. Las esperanzas ya eran míseras. Bajó la vista hasta el gran charco que tenía delante. Este, como él, recibía la incesante caída de gotas, formando círculos. A un lado vio un viejo tractor de color rojo, destartalado y desteñido.

El agua fluía debajo de él. Álex dio un paso a la derecha y notó que el agua no seguía, sino que desaparecía debajo del vehículo.

Frunció el ceño y se fue acercando.

Se encendió en él una débil esperanza.

—¡Karla! —gritó a pleno pulmón—. Ven aquí. ¡Rápido!

79

El agua desaparecía.

Por arte de magia, por intervención divina, fuera por lo que fuese.

Álex se arrodilló. Debajo del vehículo había una trampilla metálica de color verde por la que el agua entraba a borbotones.

—¡Está aquí! —gritó.

Le enseñó la tapa a Karla: si no conseguían quitar el pesado vehículo, no podrían abrirla.

Empujaron, pero el oxidado vehículo no se movió ni un centímetro.

Álex subió. Todo estaba oxidado. Desde arriba se veían dos franjas hechas por los neumáticos. Tenía que mover el tractor como fuera.

Entró corriendo en el garaje, cogió una cuerda y la ató al coche patrulla. Este derrapó sobre el césped, serpenteando a cada acelerón. No conseguían moverlo.

—Tenemos que apartarlo rápido, o va a morir ahogada —dijo Álex.

Se quedaron de pie, estudiando la situación. No había tiempo de llamar una grúa.

Entonces Karla entró otra vez en el garaje, cogió otra cuerda y la alargó a la que ya había colocado Álex. Subió en el coche patrulla y lo metió en el garaje. Allí intentó hacer lo mismo. Los neumáticos patinaban, pero ella era consciente de ello. Primero se secarían y luego cogerían tracción. Un humo blanco invadió el garaje como una niebla otoñal.

El coche se fue separando unos centímetros, luego medio metro y luego un metro. Karla consideró que ya era suficiente.

Salió del coche, pero el tractor le impedía ver su compañero. Encontró la trampilla abierta.

La lluvia la azotaba, pero no era nada en comparación al miedo de asomarse y ver lo que estaba pasando. Se fue acercando a cámara lenta, con el miedo corriendo por sus venas en lugar de sangre.

Cuando se asomó entendió que era un zulo, un agujero para guardar agua. La tierra se veía escarbada y las paredes tenían varios metros de altura.

Al fondo aparecían varios palmos de agua. Álex, tumbado, tenía entre los brazos a su hermana.

Las lágrimas se juntaron con las gotas de lluvia. A la mujer le habían amputado la mano derecha, y en su lugar había un vendaje teñido de sangre.

Karla se quedó observando la escena. Pasó un tiempo hasta que se dio cuenta de que Ana se movía, y el llanto de Álex era de alegría.

Lo habían conseguido, habían encontrado a la hermana de Álex: Ana Cortés, la última víctima de Néstor Luna, *El Asesino del Criptograma*, el *serial killer* de Barcelona.

Karla se sentó en el barro, sin fuerza en sus brazos.

No habían podido salvar a las otras víctimas, pero sí a la única a quien Néstor había dado la posibilidad de vivir.

ULTIMO CAPÍTULO

Comisaría de Travessera de les Corts, Barcelona.

El lunes después.

El pronóstico se había cumplido.

El libro que había escrito Néstor Luna, dictándoselo al escritor encarcelado en su propia casa, se había convertido en el más vendido de toda España.

Diario de un Asesino Suicida estaba batiendo todos los récords.

A los medios de comunicación les encantaban las noticias así, y Néstor fue lanzado a la fama por sus sombríos actos. La acción de marketing más macabra de la historia, para vender un libro que mantuviese a su anciana madre.

Un noble fin, con unos medios despiadados.

Los fines no justifican los medios.

La prensa tergiversó su vida y la volvió aún más horrible: un simple trabajador, convertido en un perturbado mental. Fue el trampolín que le ayudó a vender millones de copias, mientras todas las editoriales buscaban a la madre para que firmara contratos de traducciones.

Néstor lo había logrado todo, excepto convertirse en héroe.

Álex, una vez más, lo había conseguido: igual que salvó al niño del presidente, había rescatado a su hermana.

El subinspector le dio una palmada en el hombro, y Álex le devolvió una sonrisa.

—Enhorabuena, un éxito merecido nuevamente —dijo el jefe, mirando la sala de prensa abarrotada de periodistas, invitados y compañeros del cuerpo.

—Con seis cadáveres en la morgue, no hay ninguna enhorabuena que valga.

—Por cierto, ¿has decidido quedarte? —preguntó Rexach desde el fondo de la sala, donde nadie los podía escuchar.

—No lo sé, ya veremos.

El jefe asintió.

—Ya sabes que aquí tienes tu casa.

—No creo que quiera estar aquí, en Barcelona hay demasiados recuerdos.

—En fin, ya veremos. Lo importante es que esta historia haya acabado —dijo el jefe y continuó susurrándole al oído—. O por lo menos eso es lo que tienen que creer los periodistas y la población.

Se calló y se puso de puntillas para ver el otro lado de la sala.

—¿A qué te refieres, jefe?

—¿No has leído el informe de la científica, el de las pruebas de la casa del escritor?

Álex se extrañó.

—En la cámara de congelación y en la sierra hemos encontrado el ADN de alguien más, que no sabemos quién es. No coincide con ninguno de los cinco cadáveres de la furgoneta —dijo e hizo un gesto con la mano—. Pero eso hoy no importa. Solo tienes que decir lo que hemos acordado, ¿ok? —concluyó el subinspector y le arregló la corbata del uniforme de gala.

Álex se quedó perplejo, pero en ese momento el inspector jefe le llamó desde la sala: había sido presentado en la rueda de prensa y tenía que entrar.

En cuanto cruzó la puerta, comenzaron los aplausos. Su expresión cambió, y en su rostro se dibujó una sonrisa como hacía tiempo que no lucía.

Al pasar reconocía a amigos, compañeros y periodistas famosos.

Subió al estrado y se sentó en el centro. A su derecha estaba el jefe de la comisaría, y a su izquierda la caporal Karla Ramírez.

Se miraron, riendo. Ella hizo un gesto extraño, no adecuado al momento, y se tapó la boca con su mano derecha. Álex al principio no lo entendió, pero luego se dio cuenta. El anillo de compromiso había desaparecido y ella quiso asegurarse de que lo viera.

Sonrió nuevamente y disimuló arreglándose el micro.

En primera fila estaba su hermana, con el brazo vendado y colgado del cuello con un foulard de flores. Un aparatoso vendaje tapaba su extremidad perdida.

Se miraron a los ojos: la pesadilla había acabado.

Álex carraspeó.

—Os doy las gracias por haber acudido. La verdad es que no soy muy bueno para los discursos.

Los flashes le alcanzaban a cada movimiento, a cada gesto que realizaba.

—Me gustaría explicar que, sin la cabo Ramírez a mi lado y el forense informático Alan Martínez, esto no habría sido posible.

Se detuvo. Al fondo se oyó el pitido de un móvil. Algún compañero se había olvidado de apagarlo.

—Damos por concluida la búsqueda del asesino en serie de Barcelona. El Asesino del Criptograma. Su cuerpo ha sido recuperado del precipicio tras el accidente que él mismo ocasionó.

Otros tres móviles de agentes sonaron. Álex se volvió a detener.

—Quiero tranquilizar a la población y deciros que la situación se ha normalizado. Espero que podáis recuperar la paz y vuestra vida normal.

Entontes, como en un efecto dominó, comenzaron a sonar en cadena todos los móviles de los Mossos d'Esquadra. El de Álex no fue menos. Los periodistas, al presenciar la escena, se extrañaron y se giraron para ver lo que sucedía. La atención ya no estaba en Álex.

Al fondo de la sala, a Mario, el de la científica, se le trasfiguró la cara. Cuando Álex lo miró, este le mostró su móvil, señalándolo con la otra mano.

Álex se hundió en el sillón y estiró una pierna. Disimulando, sacó el celular del pantalón y miró la pantalla.

Había un mensaje de WhatsApp en el grupo de los Mossos de la comisaría.

El sargento lo leyó y giró la pantalla hacia Karla. Esta se asustó al ver la expresión de Álex: esa mirada ya la conocía. Agachó la cabeza y leyó:

«Compañeros, acaba de aparecer otro paquete. Va dirigido a Álex Cortés, y ha sido entregado en la comisaría de Lloret de Mar. No os lo vais a creer, pero el remitente es Néstor Luna».

¿Te ha gustado?

Descubre “Asesino a Bordo”, la segunda entrega del inspector Alex Cortés.

IR AL LIBRO

Solo hay una cosa peor que el miedo: que este se materialice.
Un paquete entregado en una comisaría reabre un capítulo cerrado.
Un cadáver carbonizado en la cocina de un crucero.
Una clínica clandestina que oculta cadáveres de operaciones fallidas.

Tres historias que se entrelazan en la segunda aventura del inspector Álex Cortés.

El sargento Cortés emprenderá una búsqueda desesperada del asesino en serie más sanguinario de la historia de Barcelona, atormentado por su sed de venganza tras lo que le hizo a su hermana.

Los fantasmas del pasado reaparecen cuando el jefe de los Mossos d’Esquadra obliga a Álex a resolver rápidamente un asesinato en un crucero. Así, el caso anterior sin resolver se colará de nuevo en la vida de Álex, con el descubrimiento de nuevos criptogramas del *serial killer,* al que habían dado por muerto.

En su búsqueda del asesino del crucero, los agentes Álex y Karla se verán arrastrados al límite de la astucia. En su investigación contarán con la ayuda de un ingenioso cocinero, que se convertirá en su ayudante al más puro estilo *Watson*.

Venganza, enigmas y sangre son los ingredientes de este thriller, la segunda entrega del mejor inspector de Barcelona.

El sargento Cortés tendrá que usar toda su intuición y aprender a frenar su sed de venganza.

Descubre «*Asesino a Bordo*», una novela negra que te mantendrá en suspense hasta la última página.

IR AL LIBRO

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:

Comienza a leer GRATIS la SAGA MALATESTA

Lo prometido es deuda, aquí va tu REGALO:

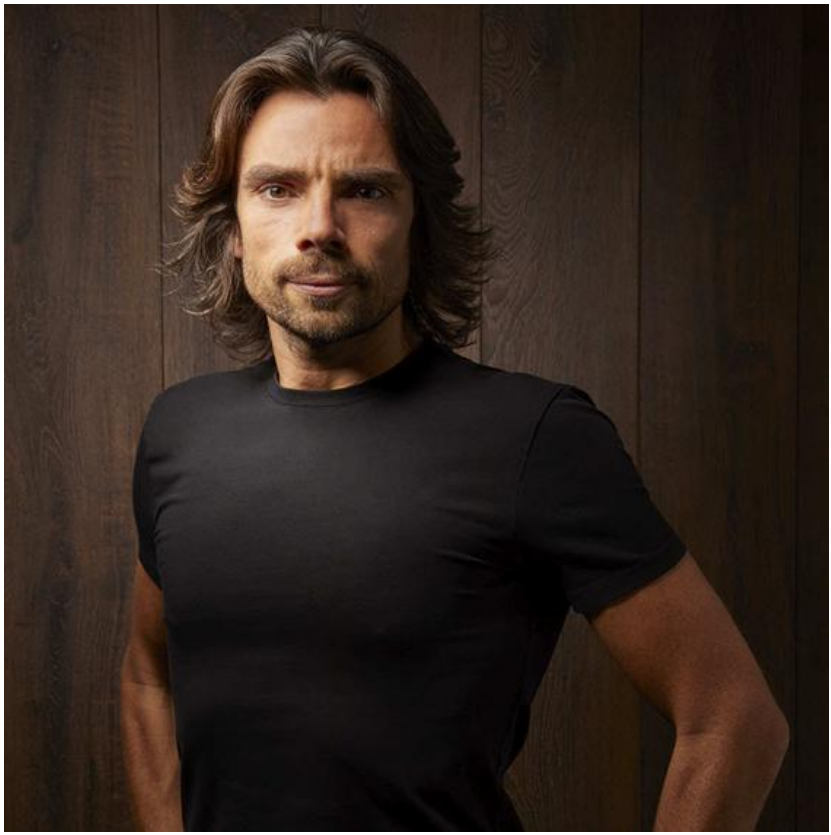
LINK PARA DESCARGAR GRATIS LA PRIMERA AVENTURA DEL DETECTIVE BRUNO MALATESTA

Un misterioso incidente. Una muerte inesperada. Un contrato incómodo. Lo que comienza con una investigación rutinaria, se les escapa de las manos a la policía.
Bruno Malatesta, un joven italiano aterrizado en la fría Stuttgart de los años '90, se ve involucrado en la muerte de su mentor.
Bruno tendrá que resolver el homicidio y desenmascarar al asesino. Ayudado por su novia y por su don intuitivo, poco a poco irá desenredando el tapiz urdido en secreto **donde nada, ni nadie, es lo que parece.**
Muerte, intuición, amor y sangre en una ciudad alemana donde un joven mecánico se convierte en un **detective para hacer justicia.**
Bruno te tiende la mano para entrar en un mundo diferente, **un thriller intenso,** una historia oscura y apasionante, que difiere de los habituales casos de detectives.
LA MUERTE DEL MENTOR, es la precuela de la Saga Malatesta, una serie de investigación con historias de crímenes internacionales y un profundo trasfondo humano.
Los amantes de la literatura de Agatha Christie, Dan Brown, Jo Nesbø, Joël Dicker o Dolores Redondo, pero también las series como El Inocente, The Mentalist, True Detective disfrutarán con este estremecedor thriller en la ciudad alemana.

LINK PARA DESCARGAR GRATIS LA PRIMERA AVENTURA DEL DETECTIVE BRUNO MALATESTA

También puedes acceder escaneando con la cámara del móvil este código:

SOBRE EL AUTOR



Riccardo Braccaioli (Italia, 1982) es escritor y conferenciante.

Ha escrito varios Best Sellers autobiográficos y de crecimiento personal como **DIARIO de una QUIEBRA**, **El PODER del FRACASO**, entre otros.

Con la **Serie Malatesta** y con la **Serie Álex Cortés** se ha consolidado como escritor de novela negra.

Si te ha gustado este libro, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para nosotros, los autores que nos autopublicamos, es sumamente importante tener reseñas en la plataforma. Estas

mantienen vivas las novelas.

Además, si seleccionas el botón "+ SEGUIR", Amazon te enviará mis novedades cuando las publique:

AGRADECIMIENTOS

Gracias a mi **padre**, que es mi “as en la manga”, tanto en la historia como lector pre-beta.

Gracias a Pili, por ser mi lectora beta, tus consejos son inestimables.

Gracias a **Pablo**, que con la linterna sigues enseñándome el camino desde tu altura.

Gracias a **Pedro**, por hacerme soñar en grande.

Gracias a mi **madre**, por la sensibilidad y la creatividad heredada.

Gracias **Eva**, por tus consejos, por creer en mi y por apuntalar conversaciones, emociones, ideas.

…y a **ti**, para hacer que este sueño sea real.